

JUDE DEVERAUX

*Amanecer a la luz
de la luna*



Una nueva trilogía ambientada en Edilean.



JUDE DEVERAUX

Amanecer a la luz de la luna

Moonlight N°1

Traducción de Martín Rodríguez-Courel

B de Bolsillo

Sinopsis

Entre Jecca Layton y el doctor Tristan Aldredge saltan chispas. A instancias de su gran amiga Kim, Jecca deja a un lado el mundo del arte de Nueva York para pasar el verano entregada a la que es su pasión, la pintura, mientras disfruta de la unida comunidad artística de Edilean.

El primo de Kim, Tris —el atractivo y entregado médico del pueblo— lleva años sintiendo una profunda atracción por la «hermana» universitaria de su prima, aunque hasta entonces sólo la ha visto una vez en su vida; ahora, Jecca queda cautivada por los encantos de este hombre fuerte y sensible en un verano de placer sensual.

Pero cuando los negros nubarrones anuncian el regreso de Jecca a la «vida real» y la gran ciudad, los amantes deben tomar una decisión: ¿podrán sobrevivir a la separación? Y ¿cuál de los dos sacrificará parte de sus anhelos para seguir juntos?

Traductor: Rodríguez-Courel, Martín

©2014, Deveraux, Jude

Editorial: B de Bolsillo

ISBN: 9788490197240

Generado con: QualityEbook v0.75

Amanecer a la luz de la luna

JUDE DEVERAUX

Créditos

Título original: *Moonlight in the Morning*

Traducción: Martín Rodríguez-Courel

1.^a edición: enero 2014

© Jude Deveraux, 2011

© Ediciones B, S. A., 2014

para el sello B de Bolsillo

Consell de Cent, 425-427 – 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 2.867-2014

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-724-0

Contenido

Portadilla

Créditos

PRÓLOGO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
EPÍLOGO
NOTAS

PRÓLOGO

NUEVA JERSEY, 2004

—Papi —dijo Jecca a su padre, Joe Layton—. Quiero ir a Virginia a ver a Kim. Serán solo dos semanas, y te las puedes apañar en la tienda sin mí. —Era consciente de que parecía una niña llorica y no la mujer madura de diecinueve años que era, pero eso era lo que su padre conseguía que hiciera.

—Jecca, te has pasado todo el año con tu amiga en esa facultad. Estuviste viviendo con ella y esa otra chica. ¿Cómo se llama?

—Sophie.

—Eso. No veo el motivo para que no puedas dedicarle a tu anciano padre unas cuantas semanas.

«¡Ya estamos con el machaque paterno!», pensó Jecca, y apretó los puños. Su padre era un genio en la materia, que había elevado a la categoría de arte.

Que se estuviera sacrificando todo el verano trabajando para él en la ferretería familiar era algo que parecía no entrarle en la mollera. Ya habían pasado dos meses completos desde que volviera de la universidad y su padre no se había tomado ni un solo día libre... y esperaba que su hija estuviese a su lado en la tienda. Jecca era la que había cubierto las ausencias cuando uno a uno todos los demás empleados se cogieron sus vacaciones. Pero no estaba por la labor de ocuparse de los cientos de bricolajeros en aras de lo que su padre llamaba «estar juntos», puesto que la única «conversación» que mantenían era cuando él le preguntaba si habían llegado las nuevas brocas

para las fresadoras.

Jecca agradecía todo lo que su padre hacía por ella, y deseaba verle, pero también deseaba tener algún tiempo libre. Quería catorce días enteros para hacer solo lo que se le antojara. Ponerse un biquini y tumbarse junto a una piscina; ligar con chicos; hablar con Kim de... bueno, de todas las cosas de la vida. Tener tiempo para soñar sobre su futuro. Estaba estudiando Bellas Artes porque quería ser pintora. Kim le había contado que había unos paisajes magníficos en los alrededores de su casa de Virginia, y Jecca quería plasmarlo todo en el papel. El plan era perfecto... salvo por la tozuda negativa de su padre. Y ella no quería provocar ningún enfado por desafiarle abiertamente, así que lo único que podía hacer era suplicarle que le diera permiso.

Mientras lo observaba apilar unas cajas de tornillos para madera, pensó en el último correo electrónico de Kim.

«Tendrías que pasar algún rato en Punta Florida —había escrito Kim—. Si subes a lo alto puedes ver dos condados en toda su extensión. Algunos de los chicos, incluido el idiota de mi hermano, se despelotan y saltan a la piscina natural que hay abajo. Hay una buena caída y muy peligrosa, pero aun así lo hacen. Chicos desnudos aparte, es un lugar precioso, y me parece que podrías encontrar mucho que pintar allí arriba.»

Jecca le había explicado a su padre con toda la paciencia de la que era capaz, y de la manera más adulta posible, que tenía que pintar algunas obras antes del año siguiente.

El hombre había escuchado educadamente cada palabra que le dijo, y a continuación le había preguntado si había hecho el pedido de los clavos de ocho centímetros.

Jecca había perdido su recién adquirida madurez.

—¡No es justo! —vociferó—. A Joey le diste todo el verano de permiso. ¿Por qué no puedo tener yo al menos dos semanas?

Joe Layton había parecido ofenderse.

—Tu hermano ahora tiene una esposa, y están intentando darme un nieto.

Jecca soltó un gritito ahogado.

—¿Dejas que Joey tenga todo el verano libre para que pueda tirarse a Sheila?

—Refrena tu lengua, jovencita —le soltó él, mientras se dirigía a la

pequeña sección de herramientas eléctricas.

Jecca sabía que tenía que tranquilizarse. No llegaría a ningún sitio enfadando a su padre.

—Papi, por favor —dijo, poniendo su mejor voz de niña pequeña.

—Quieres ir a ver a un chico, ¿no es eso?

Jecca se contuvo para no poner los ojos en blanco. ¿Es que alguna vez se preocupaba por otra cosa?

—No, papá, no hay ningún chico. Kim tiene un hermano mayor, pero lleva toda la vida con la misma novia. —Tomó aire y se obligó a no irse a por las ramas. Su padre era un especialista en saber cuándo su única hija mentía. Joey hacía lo que le daba la gana contando todo tipo de trolas. «Salí con los muchachos», decía, y su padre siempre asentía con la cabeza. Luego, Jecca le decía a su hermano: «El próximo condón usado que te dejes en el coche te lo encontrarás en tu almohada.» Ella sabía que no había estado con «los muchachos».

—Anda, papi —insistió—. Solo quiero dos semanas para cotillear con mi amiga y pintar. Cuando vuelva a la facultad quiero hacerlo despreocupadamente, como si no me hubiera dejado los cuernos para enseñarle a Sophie, y puede que a uno o dos profesores, algunas acuarelas hechas durante el verano. Eso es todo. Te lo juro sobre...

La mirada que le lanzó su padre hizo que cerrara la boca; no podía jurar sobre la tumba de su madre.

—Por favor —suplicó de nuevo.

—De acuerdo —consintió él—. ¿Cuándo quieres marcharte?

Jecca no respondió, o hubiera tenido que decirle que iba a salir por piernas ya mismo. En vez de eso, rodeó el cuerpo fuerte y rechoncho de su padre y se inclinó para besarle en la mejilla. Él se sentía orgulloso de que su hija rebasara por unos centímetros su metro sesenta y ocho, y le gustaba decir que salía a la familia de su madre, que eran todos altos y delgados.

Su hijo mayor, Joey, era un Layton puro. Medía un metro sesenta y siete y era casi tan ancho como alto, músculo casi todo, gracias a haber trabajado en la ferretería desde que tenía doce años. Jecca lo llamaba «Bulldog».

A la mañana siguiente bien temprano estaba en un avión. No quiso darle la oportunidad a ningún contratista para aparecer diciendo que a) le habían

robado las herramientas, b) las había perdido o c) habían sido destruidas, y que necesitaba unas nuevas ¡ya mismo! Su padre esperaba que ella se quedara y le ayudara a cumplimentar el pedido. Joe Layton no se lo pensaba dos veces antes de enviar a su hija hasta la falda de una montaña en una camioneta de doble eje a entregar clavos, material de techados y repuestos de todo tipo.

Cuando Jecca se bajó del avión en Richmond esperaba ver a Kim, pero su amiga no se encontraba allí. En su lugar, le estaba esperando el padre de Kim. Jecca solo le había visto una vez aunque se acordaba bien de él. El hombre era varios años mayor que su padre, aunque seguía siendo un tío atractivo.

—¿Va todo bien? —preguntó Jecca.

—Sí y no —respondió el señor Aldredge—. Anoche tuvimos que llevar corriendo a Kim al hospital para que le practicaran una apendicectomía de urgencia.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, pero va a estar alelada unos cuantos días. Lamento no haber podido llamarte para comunicarte que pospusieras el viaje.

—Tardé dos meses en convencer a mi padre para que me dejara salir de la ferretería. Si lo hubiera retrasado, jamás me habría dejado venir.

—Los padres podemos llegar a ser un problema —admitió el hombre.

—No me refería...

—No pasa nada, Jecca. Lo comprendo perfectamente. ¿Por qué crees que Kim no ha ido a visitarte? No podía soportar la idea de separarme de ella.

El señor Aldredge le sonrió. Kim siempre había dicho que su padre era muy fácil de manejar.

«Es el hombre más dulce del mundo. Ahora bien, mi madre...» Las tres se habían echado a reír. Sophie y Kim sabían de madres difíciles, pero Jecca supuso que para problema, su padre, que valía por tres.

Subieron al coche del señor Aldredge e iniciaron el largo trayecto hasta Edilean.

—Kim estará de capa caída algún tiempo, pero te puedo presentar a algunas personas. Si te apeteciera, los amigos de mi hijo andan por aquí, y está su prima Sara, y...

—No importa. Puedo pintar —le interrumpió Jecca—. Me he traído material suficiente para que me dure meses. Kim me dijo algo acerca de Punta

Florida.

El señor Aldredge hizo un ruido, como si Jecca hubiera dicho algo sumamente asqueroso.

—¿He dicho algo malo?

—No, esto, bueno, en fin, sería mejor llamar a ese sitio por su verdadero nombre, Punta Stirling.

—Ah. ¿Debido a...? —No estuvo segura, pero le pareció que el señor Aldredge se ponía colorado.

—Mejor se lo preguntas a Kim —masculló él.

—De acuerdo —admitió Jecca, y permanecieron en silencio durante un rato.

—Supongo que debería hablarte de mi hijo, Reede. Él y su novia rompieron. —El señor Aldredge suspiró—. Es la primera vez que le han destrozado el corazón. Le dije que no sería la última, pero eso no le hizo ningún bien. El pobre chico está tan abatido que me preocupa que pueda dejar la facultad de Medicina.

—Eso es serio. Creía que estaba a punto de casarse.

—Eso creíamos nosotros también. Él y Laura Chawnley eran pareja desde niños.

—¿Y eso no es...? —Jecca consideró que mejor se guardaba sus opiniones para sí.

—¿Limitarse? —preguntó el señor Aldredge—. Muchísimo, pero Reede es tan tozudo como su madre.

—Y Kim —añadió Jecca.

—Ah, sí. Cuando mis hijos deciden algo, no hay nada que los haga cambiar de opinión.

—Parece que Laura cambió a Reede.

—Ajá —dijo el hombre con un suspiro—. Cambió toda la vida de Reede. Iba a volver aquí después de terminar la carrera y abrir una consulta, pero ahora... No sé lo que va a hacer.

Jecca había visto a Reede Aldredge solo una vez, cuando Kim se trasladó a la residencia, pero lo recordaba como un pedazo de tío bueno. Durante el último año, cada vez que Kim hablaba de él, Jecca había escuchado con suma atención.

—¿Tuvieron una pelea? —preguntó Jecca, y le entraron ganas de añadir: ¿Está disponible?

—En realidad no. Laura dejó a mi hijo de plano. Le dijo que se había acabado, que había conocido a otro.

—Pobre Reede. Espero que ella no se haya ido con alguien de su pequeño pueblo, y que Reede tenga que verlos juntos.

El señor Aldredge apartó la vista de la carretera para mirarla.

—No fue tan considerada. Se ha enrollado con el nuevo pastor de la iglesia baptista de Edilean. Si mi hijo vuelve a ir a la iglesia alguna vez (algo que dice que no volverá a hacer), va a tener que mirar al hombre que le robó la chica.

—Cuánto lo siento por él —dijo Jecca, pero por dentro estaba como unas castañuelas. Un hombre guapo, con el corazón destrozado y necesitado de consuelo. El verano se estaba poniendo interesante por momentos.

Cuando llegaron a Edilean, Jecca emitió unos sonidos de admiración para expresar lo bonito que era el pequeño pueblo. Los edificios históricos habían sido restaurados y todas las fachadas se sujetaban a un estricto canon que uniformaba su aspecto. ¡En Edilean estaban prohibidos los edificios de cristal y acero!

Como artista, Jecca apreciaba el detalle, pero se estaba esforzando lo suyo para salir del pequeño pueblo de Nueva Jersey donde había crecido, y en ese momento solo admiraba las ciudades, más concretamente Nueva York.

En cuanto a Reede, iba a ser médico, así que podía ejercer en cualquier parte... y en ese momento su conexión con Edilean estaba rota. Jecca se los imaginó a los dos viviendo en París. Él sería un renombrado cirujano cardíaco, y ella una artista reverenciada por los franceses. Visitarían Edilean a menudo y verían a Kim.

Cuando llegaron a la casa de los Aldredge, estaba sonriendo.

—¿Cuándo podré ver a Kim?

—Cuando sea. Mi esposa ya está en el hospital, y yo me voy a acercar allí en cuanto descargue tu equipaje. Si quieres, puedes venir conmigo.

—Me encantaría.

El señor Aldredge condujo los dieciséis kilómetros hasta el hospital de Williamsburg, y cuando Jecca vio a Kim sentada en la cama con el cuaderno

de dibujo en las manos se echó a reír.

—Tienes que tomártelo con calma. Descansa.

Los padres de Kim salieron cortésmente de la habitación.

En cuanto se quedaron solas, Jecca dijo:

—Le dije a tu padre que quería ir a pintar a Punta Florida y me pareció que se iba a desmayar.

—¡Dime que no lo hiciste!

—¡Lo hice! —confesó Jecca—. Así que la cagué.

—Te dije que no pronunciaras ese nombre delante de nadie de Edilean.

—No lo hiciste —replicó Jecca.

—Vale, quizá no lo hiciera. —Miró rápidamente hacia la puerta y bajó la voz—. Es el picadero local... y lo ha sido desde hace siglos.

—¿Siglos? —preguntó Jecca con incredulidad.

—Sin duda desde la Primera Guerra Mundial, y eso acabó en...

—1918 —dijo rápidamente su amiga—. Y no me recuerdes la Gran Guerra. Fue entonces cuando se fundó la Ferretería Layton, y si oigo una vez más que los Layton tenemos una tradición que defender... De acuerdo, ¿y qué pasa con esa guerra?

—Alguien bautizó el sitio como la Punta del Sobre Francés. Así era como antes se llamaba vulgarmente a los condones, que se utilizaban mayoritariamente allí. Con el tiempo, en algún momento la cosa se redujo y la F pasó a significar Florida...

—Ya lo pillo —dijo Jecca—. Así que a cualquiera que tenga más de treinta años tengo que hablarle de Punta Stirling.

—Buena idea.

—Bueno, déjame ver qué estás diseñando —dijo Jecca, y cogió el cuaderno de dibujo de su amiga. La pasión de Kim era la joyería, y le encantaban las formas orgánicas. Esto era algo que había unido a las tres jóvenes cuando se conocieron en la facultad. Ya fueran joyas, cuadros o esculturas, a todas les gustaba reproducir lo que veían en la naturaleza.

—Me gusta —dijo Jecca, mirando los motivos con forma de rama. Se desparramaban como si colgaran del cuello de una mujer—. ¿Añadirás alguna joya?

—No me las puedo permitir. Apenas me puedo permitir la plata.

—Podría hacer que mi padre te enviara algunos cojinetes de acero.

Kim se echó a reír.

—Bueno, dime qué le contaste a tu padre para conseguir que te dejara venir. Y háblame otra vez de todos esos hombres con cinturones de herramientas con los que tratas.

—De mil amores, pero primero quiero oírlo todo sobre Laura y Reede y el chico malo del predicador.

Kim refunfuñó.

—Pase lo que pase, no menciones nada de esto en presencia de Reede. ¡Y no hagas ningún chiste!

Jecca dejó de sonreír.

—Realmente chungo, ¿no?

—Más de lo que te puedas imaginar. Reede estaba realmente enamorado de esa guarrilla y...

—¿Siempre has tenido esa opinión de ella?

Kim miró hacia la puerta.

—En realidad, la tenía peor. Me parecía mediocre.

Ni ella ni Kim lo decían jamás en voz alta, pero al tiempo que se sentían agradecidas por haber nacido con talento para el arte, a veces, bueno, despreciaban a la gente sin dotes artísticas.

—¿Mediocre en qué sentido? —ahondó Jecca.

—Tediosa. Nunca hacía nada diferente a lo que hicieran los demás. La manera de vestirse, las cosas que contaba, lo que cocinaba, todo era insulso, sin gracia. Nunca logré entender qué veía Reede en ella.

—¿Guapa?

—Sí, pero sin llamar la atención.

—Quizás esa fuera la razón de que lo dejara. A lo mejor se sentía intimidada por Reede —dijo Jecca—. Solo le he visto una vez, pero si no recuerdo mal, no daba ningún asco mirarle. Y debe de ser inteligente, o de lo contrario no estaría en la facultad de Medicina.

Kim estaba mirando a su amiga con severidad.

—¿Has venido aquí a verme a mí o a mi recién liberado hermano?

—¡No supe que estaba libre hasta hace una hora! Pero ahora que lo sé, no estoy precisamente hecha trizas por ello.

Kim empezó a decir algo más, pero vio que su madre estaba a punto de entrar en la habitación.

—Tienes mis bendiciones —le susurró a su amiga, apretándole la mano.

Con o sin bendiciones, durante los siguientes días Jecca encontró imposible llamar la atención de Reede. Si acaso, seguía igual de guapo que lo recordaba, y a sus veintiséis años estaba a un paso de convertirse en un médico con todas las de la ley.

Pero por más que se esforzó no consiguió que se fijara en ella. Se puso pantalones cortos, que dejaban a la vista sus piernas, y escotadas camisetas de manga corta que mostraban generosamente su pecho. Pero Reede no miró jamás; de hecho, Jecca no le vio que mirara a nada. Solo deambulaba por la casa vestido con un viejo chándal y veía un poco la tele, pero la mayor parte del tiempo se lo pasaba con la mirada clavada en las paredes. Era como si su cuerpo estuviera vivo, pero su mente no.

En un par de ocasiones, Jecca vio a la madre de Kim mirándola como si supiera que estaba tratando de llamar la atención de su hijo. Parecía aprobarlo, porque era muy amable con Jecca. Incluso le dio una fiesta e invitó a muchas personas de Edilean, la mayoría hombres solteros. Todos parecieron interesarse en Jecca, pero ella no les hizo ni caso; tenía la mente puesta en Reede.

Después de tres días de intentar llamar su atención, desistió. Si no estaba interesado en ella, pues no lo estaba, y punto. Y no iba a seguir vistiéndose como si tratara de conseguir un curro de bailarina de *striptease*.

Hizo que Kim le dibujara un plano de cómo llegar a Punta Florida —dijo el nombre en un susurro—, se puso unos vaqueros y una camiseta normales, cogió la caja de acuarelas y utilizó el coche de su amiga para dirigirse al solitario paraje desde el pueblo.

Pasó dos días en la Punta, trabajando incesantemente; Kim había estado en lo cierto en cuanto a que era un lugar magnífico. Había un elevado risco que por un lado ofrecía unas dilatadas vistas del paisaje, y por otro daba a una profunda laguna de aguas claras. Primero fotografió las vistas, manteniendo pulsado el botón de la cámara digital con un rápido chasquido. Nunca se le había dado bien pintar a partir de las fotos, pero a lo mejor aprendía.

Se esmeró en captar la bruma azul que ascendía desde las hondonadas de

Virginia e iba desapareciendo poco a poco entre las copas de los árboles. Jugó a poner una tonalidad encima de otra para tratar de recrear la luz que se descomponía antes de brillar.

Experimentó con trabajar lenta y meticulosamente sobre una pintura, y luego a toda velocidad en la segunda.

El segundo día no ascendió por el sendero que conducía a la cúspide del peñasco, sino que permaneció abajo para estudiar las flores, las vainas, la corteza de los árboles, las hojas. No trataba de hacer una composición sino que pintaba lo que veía. Hojas que se entrelazaban de forma natural con otras en un perfecto equilibrio de luz, color y forma.

Un par de veces se tumbó boca abajo para observar algunas flores del tamaño de una mariquita, y luego las recreó en acuarela. Pulsó el icono de aproximación de su cámara —gracias por el regalo, papi— para aumentar las flores, de manera que pudiera pintar los estambres y los pistilos, las venas de los pétalos y las hojas diminutas.

Cuando terminó, tenía una flor que ocupaba una hoja del grueso papel de acuarela.

Estaba tan absorta en lo que estaba haciendo que no oyó nada hasta que un grito la hizo pegar un salto. Se dio la vuelta y miró entre los arbustos, dándose cuenta de lo mucho que se había adentrado desde la erosionada zona sin vegetación que rodeaba la laguna.

Levantó la vista y vio a un hombre parado en los altos peñascos. Tenía el sol detrás, así que Jecca no podía verle la cara, aunque su bonito cuerpo sí que estaba desnudo. Y parecía que estaba a punto de ejecutar una de las tristemente célebres zambullidas desde el cortado.

—Por ti, Laura Chawnley —gritó el hombre—. Adiós para siempre.

Jecca contuvo la respiración; el que estaba allí arriba era Reede Aldredge. Un joven profundamente deprimido estaba a punto de zambullirse desde el acantilado a una laguna de dudosa profundidad.

Dejó caer su pintura y tropezó con la caja de acuarelas mientras echaba a correr hacia la zona abierta.

—¡No! —gritó hacia las alturas—. ¡Reede, no!

Pero el joven no la oyó. Horrorizada, le vio hacer una zambullida vertical desde el alto peñasco y dirigirse de cabeza hacia el estanque. Reede entró

elegantemente en el agua... y no emergió.

A Jecca le pareció haber esperado minutos, pero no había señales de Reede. No pensó en lo que hacía: simplemente saltó al agua fría con ropa, zapatos y todo. No era una buena nadadora, aunque se podía mover lo bastante bien para buscarle bajo el agua.

Se sumergió con los ojos abiertos, pero no vio nada. Salió a la superficie, tomó una bocanada de aire y volvió a sumergirse, conteniendo la respiración todo lo que pudo. Ni rastro de Reede. La tercera vez que lo hizo creyó ver un pie delante de ella; nadó bajo el agua lo más deprisa que pudo y lo agarró.

Reede se sacudió con tal rapidez que provocó que Jecca se golpeará la cabeza con el lateral rocoso del estanque. Lo siguiente que supo Jecca es que se hundía, y se hundía, y se hundía.

Pero Reede la agarró por debajo de los brazos y la subió con él a la superficie. Jecca solo estaba ligeramente consciente cuando la llevó hasta las rocas y la dejó en el suelo. Él se inclinó, como si fuera a empezar a hacerle el boca a boca, pero Jecca empezó a toser y escupir agua.

Reede se sentó sobre los talones.

—¿Qué narices intentabas hacer? —le dijo medio gritando—. Podrías haber muerto ahí dentro, si no hubiera estado yo para salvarte.

—Yo no habría estado ahí dentro... —se interrumpió ella para toser—, si no me hubiera metido para salvarte.

—¿A mí? No necesitaba que nadie me rescatara, tú sí.

—No lo sabía, ¿vale? —dijo Jecca mientras se sentaba... y entonces vio que estaba desnudo. Estaba decidida a ser sofisticada, una mujer de mundo, y a no hacer mención alguna a su desnudez. Mantuvo la mirada fija en los ojos de Reede—. Creí que estabas... intentando... bueno... poner fin a tus problemas. —Le estaba costando un esfuerzo ímprobo mantener la cabeza en lo que decía.

Reede parecía ajeno al hecho de no llevar ropa.

—¿Pensaste que intentaba suicidarme? —La miró asombrado mientras se levantaba y se apartaba unos pasos.

Jecca sabía que debía volver la cabeza, pero no pudo evitar echar un vistazo. Por detrás Reede era realmente hermoso: una espalda escultural que terminaba en una cintura estrecha, unas nalgas preciosas y unas piernas fuertes.

No había conseguido un cuerpo así dedicando todo su tiempo a estudiar.

Jecca no se había percatado, pero había un montón de ropa sobre una roca.

—Puede que haya estado un poco decaído últimamente —dijo el hermano de su amiga mientras metía una pierna en el pantalón.

¿Un poco decaído?, pensó Jecca; si podría haber caminado por debajo de la barriga de una cucaracha. No dijo nada porque vio que Reede no llevaba ropa interior. Por otro lado, no estaba bien que tapara toda aquella belleza.

—La verdad, creo que lo he llevado todo bastante bien —siguió él—. Me hicieron algo verdaderamente terrible.

—Una traidora —dijo Jecca.

—Sí —admitió Reede.

—Diabólica.

—Cierto. —Él metió la otra pierna en el vaquero, pero no se subió la cremallera, dejándolos que colgaran abiertos.

Jecca pensó que quizá sería excesivo que fuera corriendo a coger su cámara.

—Ruín.

—Todo eso, sí —dijo el futuro médico mientras se calzaba unas viejas zapatillas de deporte hechas puré, se metía la camiseta por la cabeza y se cubría aquellos pectorales y aquellos abdominales.

—Una verdadera burla —dijo Jecca, aunque no se refería a él y su ex novia. Se recostó sobre los brazos y lo contempló mientras se abrochaba los vaqueros. El espectáculo mejoraba cualquier película que hubiera visto en su vida.

Reede se volvió para entregarle una toalla y se agachó delante de ella.

—¿Te encuentras bien? Físicamente, me refiero.

—Sí, por supuesto.

—¿Te importa si te echo un vistazo?

Jecca se tumbó sobre la roca.

—Soy toda tuya —dijo, y añadió—: Doctor.

Él le pasó las manos por la cabeza, palpándosela en busca de chichones.

—Laura tiene derecho a hacer lo que le venga en gana. Sigue mi dedo.

Jecca movió los ojos de un lado a otro.

—Si quiere a otro, puede actuar a su libre albedrío. ¿Te duele en algún

sitio?

Jecca empezó a preguntarse si un cuerpo que se estremecía de deseo de la cabeza a los pies contaba, pero supuso que no.

—Nada que no haya sentido antes.

—Bien —dijo él—. A mi modo de ver no te pasa nada.

—Gracias —dijo ella sin ningún entusiasmo—. Así que no intentabas suicidarte, ¿no?

—¡Carajo, no! Llevo tirándome desde ese acantilado desde que era un niño... pero no se lo digas a mi madre o iniciará una campaña para hacer que clausuren este lugar o lo dinamiten. —Guardó silencio—. Bueno, ¿y tú qué estabas haciendo aquí arriba?

—Pintando.

Reede miró alrededor, pero no vio nada. Jecca se levantó, se metió entre los arbustos y regresó con las acuarelas, que extendió sobre una piedra.

—Son buenas —dijo él—. No soy crítico de arte, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Sabes lo que te gusta?

—Sí. —Esbozó una ligera sonrisa al oír el lugar común, se sentó y se recostó contra la roca.

Jecca dejó las pinturas al sol para que se secaran y se sentó a su lado, pero a un metro de distancia.

—¿Te encuentras mejor ya?

—Sí —admitió él—. Todo este asunto con Laura ha sido un palo emocional más que nada. Tal vez seas demasiado joven para que te cuente esto, pero...

—Tengo diecinueve años.

—Lo bastante mayor para oírlo, supongo. Jamás me he acostado con ninguna mujer salvo Laura.

—¿En serio? —exclamó ella, atónita.

—Qué estúpido, ¿eh?

—La verdad es que en cierto sentido es bonito —dijo Jecca—. La fidelidad parece una virtud olvidada en este país.

—Estoy seguro de que Kim te habrá contado que me enamoré de Laura cuando tenía trece años. Estuvimos juntos todo el instituto y desde que estoy en

la facultad de Medicina.

—Suenan a matrimonio para toda la vida. Puede que ella quisiera a alguien del que no conociera hasta el último detalle de su vida.

Él la miró.

—Eres lista, ¿eh?

Jecca no respondió, limitándose a sonreír de una manera que confió resultara tan seductora como enigmática.

Reede no pareció reparar en el hecho.

—Laura me dijo algo parecido. Me comentó que ese tipo no sabía lo que a ella le gustaba comer, o cómo vestirse, o lo que iba a decir antes de que lo dijera.

—Si es tan predecible puede que sea un poco plomo. —No sabía cómo se tomaría Reede lo que acababa de decir, pero la situación requería cierta inyección de realismo.

—Ya veo, has estado hablando con mi hermana. Ella dice que Laura es tan gris como la plata deslustrada... sin plata debajo.

—Parece propio de Kim. —Jecca dudó—. ¿Y qué planeas hacer ahora?

—Creo que haré feliz a mi familia y dejaré de arrastrarme. Luego, creo que recuperaré el tiempo perdido.

—¿Con las mujeres? —preguntó Jecca, sin poder evitar pensar: ¡Yo, primera!

—Una o dos, quizá. Seguro que no voy a perder ni un segundo más sintiéndome desgraciado.

—Bueno —dijo ella—. Tal vez tú y yo podríamos... esto... hacer algo.

Reede se levantó y se estiró.

—Lo siento, chica, pero tengo que hincar los codos. Creo que volveré a la facultad a ver qué se cuece por allí. He perdido semanas estando... —Agitó la mano—. Eso se acabó ya.

Ella se levantó e intentó pensar en algo inteligente que decir que le convenciera de quedarse, pero no se le ocurrió nada.

Reede se apartó de ella y luego se volvió.

—Gracias por esto. —Hizo un gesto hacia las aguas profundas del estanque—. No fue muy inteligente por tu parte zambullirte en unas aguas desconocidas como estas no siendo una buena nadadora, pero te agradezco el

detalle. De verdad que sí.

Siguió un momento de titubeo, al cabo del cual le cogió la barbilla con la mano y la besó en la boca. Su intención era darle un beso puro, de mera gratitud, pero provocó un cataclismo en las rodillas de Jecca. Llevaba un año coladita por él, y esto, combinado con la gloriosa visión de su desnudez y el verlo vestirse, hizo que todos los nervios de su cuerpo vibraran.

Jecca levantó las manos con la intención de pegárselo, pero él acabó de besarla y retrocedió para mirarla.

—¡Carajo! Ya eres una adulta. Mejor que salga de aquí antes de que me aproveche de la amiga de mi hermana pequeña. Gracias por escucharme, Jecca. Y por todo.

Y al minuto siguiente bajaba corriendo por un sendero que ella no había visto. Jecca oyó que un coche se ponía en marcha y se alejaba.

Se sentó en la roca donde estaban esparcidas sus acuarelas y soltó un gran suspiro.

—Mierda, mierda, mierda —dijo en voz alta, y entonces se levantó una brisa y tuvo un escalofrío. Mientras Reede estaba allí había sido tal la calidez que sentía que ni siquiera se había percatado de su ropa mojada, pero en ese momento estaba helada.

Recogió sus pinturas, el material y la toalla de Reede, y llegó al coche de Kim en el preciso momento en que empezaba a llover. Cuando llegó a casa de los Aldredge, Reede ya había recogido sus escasas pertenencias, y se había largado de la casa.

Los padres del chico la miraron sonriendo.

—Reede nos dijo que le salvaste la vida —dijo la señora Aldredge.

—Lo intenté —respondió Jecca—, pero no se estaba ahogando. Solo creí que se ahogaba. —Después de cambiarse de ropa, les contó una versión edulcorada de la historia, y los padres declararon que su gesto podría haber hecho que Reede saliera de golpe de su depresión.

—No lo creo —dijo ella, pero era agradable que sus padres pensaran que sí.

En cuanto a Kim, tan pronto como estuvieron a solas su amiga le preguntó si se había acostado con Reede.

—Eso quise —confesó Jecca—, pero no mostró ningún interés.

Puesto que era una mujer bastante guapa y los hombres solían perseguirla, su amiga quiso conocer todos los detalles.

—Aunque sea mi hermano.

Jecca le contó una historia más completa que la que les había endilgado a sus padres. Esta incluyó el capítulo del desnudo. Aunque no reveló lo que Reede le había dicho acerca de que Laura era la única mujer con la que se había acostado en su vida. Hacerlo habría sido traicionar su confianza.

—Cree que eres una niña como yo —dijo Kim.

—Creo que tienes razón —admitió Jecca—. Pero puede que fuera mejor que se marchara. Probablemente me habría sentido cohibida con él.

—Conociste a mis otros parientes —dijo Kim—. Te podría apañar una cita. Parece que te gusta Tristan.

Jecca la miró inexpresivamente.

—El médico. El tío con el que estuviste fuera, en el patio.

—Ah, sí. Era agradable, pero no, gracias —dijo Jecca—. Mi límite es un rechazo por verano.

Al cabo de las dos semanas, volvió a casa en avión, de nuevo con su padre, su hermano y su nueva cuñada. Jecca había hecho casi cincuenta acuarelas. La mayoría estaban simplemente bien, pero cuatro se contaban entre lo mejor que hubiera hecho nunca.

Su padre la abrazó y le dijo que había hecho justo lo que quería hacer.

—Bueno, ¿y a qué viene ese aire tan mustio?

—No estoy mustia —replicó ella.

—A mí no me engañas.

—Es cierto. Yo no soy Joey.

Joe siguió mirando a su hija.

—De acuerdo, quería gustarle a cierto chico, pero no estaba interesado.

—Pues es un chico muy estúpido —dijo su padre, y lo dijo en serio.

Jecca le sonrió.

—Los chicos son unos hijos de puta —masculló, y su padre se echó a reír.

Capítulo 1

EDILEAN, VIRGINIA, 2011

¡Jecca Layton iba a ir a Edilean a pasar todo el verano!

El doctor Tristan Aldredge colgó el teléfono al acabar de hablar con su prima Kim. ¡Por fin iba a pasar algo bueno en su vida! En las últimas semanas había empezado a pensar que estaba en una espiral descendente que no iba a acabar jamás.

Le picaba el brazo, e hizo lo que pudo con el alambre de la percha para rascarse debajo de la escayola. Tanta facultad de Medicina para eso, todos aquellos años de formación ¿y qué utilizaba para el incesante picor si no una percha?

Como siempre, trató de no pensar en lo que le había ocurrido en las últimas semanas. Cuando se estaba dirigiendo al aeropuerto, se dio cuenta de que se había dejado el móvil en casa. Puesto que era el único médico del pequeño pueblo, no podía arriesgarse a estar ilocalizable. Condujo de vuelta a casa y se encontró con que le estaban robando. Antes de que supiera lo que estaba pasando, le habían golpeado en la nuca con un palo de golf, y arrojado a patadas por la ladera de una colina. Así que en ese momento tenía el brazo escayolado, su padre había abandonado su jubilación para encargarse de la consulta, y a él le habían prescrito «reposo». Que no hiciera nada. Que dejara que su brazo se soldara.

Semejante prescripción le había hecho dudar entre el suicidio y el

asesinato. ¿Cómo no iba a hacer nada? No podía por menos que pensar en la de veces que le había dicho a sus pacientes lo que su médico le había dicho a él. A lo largo de los años, Tris había adoptado su expresión más seria para decirle a un paciente tras otro que buscara algo que hacer que solo requiriese un brazo o una pierna. En tales ocasiones, había parecido algo pasajero, así que ¿a qué venían tantas quejas? Pero cuando le dijeron exactamente lo mismo a él, había respondido que eso era imposible.

—Tengo pacientes. Un pueblo entero depende de mí —le había dicho a su médico.

—¿Y eres el único que puede ocuparse de ello? —había respondido el hombre con una ceja levantada. No comprendía el dilema de Tris y sin duda no sentía ninguna conmiseración. A Tris se le ocurrió arrollar con su silla el estetoscopio del sujeto... mientras lo tenía en los oídos.

Lo de su padre había sido peor. Después de llegar de Sarasota, donde vivía desde que se jubilara, había empezado a quejarse en cuanto entró en la consulta de Tris, la consulta que le había pertenecido. Vio todo lo que su hijo había cambiado y le dijo que debería haberlo dejado como estaba. Cuando Tris se lo discutió, su padre le dijo que se fuera a casa y descansara.

—¿A hacer qué? —había mascullado Tris al salir.

Había pensado en marcharse de Edilean una temporada, pero la idea no acabó de seducirle. Le gustaba estar en casa, y además, tenía unas plantas que cuidar. Y unos pacientes adicionales que ver, unos pacientes de los que su padre no sabía nada.

Aun así, el panorama veraniego era desalentador, y le daba pavor.

Pero entonces Kim le llamó para preguntarle cómo se encontraba. Tris se había abstenido de contarle la verdad, aunque sí consiguió soltar algunos suspiros que ella le recompensó con cierta comprensión. Entonces le había contado la maravillosa noticia de que su amiga Jecca Layton iba a ir a Edilean a pasar todo el verano pintando. Por primera vez desde que se había despertado y encontrado al pie de una colina en los límites de su propiedad, con plena conciencia de que se había roto el brazo en la caída, Tristan empezó a levantar el ánimo. Aunque, por otro lado, el nombre de Jecca siempre le infundía vitalidad. La había conocido hacía unos años, la primera vez que ella había visitado Edilean; entonces Jecca era una adolescente, y Tris un joven

médico que trabajaba a las órdenes de su padre.

Los padres de Kim habían organizado una fiesta e invitado a un montón de primos para que conocieran a la chica. El resultado había sido una casa llena de personas que se tenían más vistas que el tebeo, así que la principal ocupación consistió en ponerse mutuamente al corriente de las vidas del prójimo. Tris fue el único que se percató cuando Jecca se escabulló por la puerta trasera. Empezó buscándole un margarita, pero entonces recordó que la chica tenía la edad de Kim, solo diecinueve años. En vez de eso le consiguió un vaso de limonada y se lo llevó afuera.

—¿Sedienta? —preguntó, entregándole el vaso.

—Claro —dijo ella, cogiéndolo, pero sin apenas mirarle.

Que la chica no volviera a mirar lo guapo que era hizo que Tristan parpadeara varias veces; que la gente reaccionara al verle había sido una constante en su vida. Jamás había tenido problemas para conseguir chicas, porque acudían a él sin necesidad de que tuviera que mover un dedo. Pero aquella chica siguió mirando la luz de la luna a través de la extensión de césped y no pareció interesada en lo extraordinariamente guapo que era. Hasta ese momento solo había sido la «amiga de la universidad de Kim», pero esa noche Tris la contempló por lo que era en realidad. Era alta, con un cuerpo delgado que se curvaba en todos los sitios adecuados. Llevaba unos vaqueros y una camiseta que se adherían a su perfecta figura, no escandalosamente, sino con discreción, y eso le gustó. Parecía una chica con clase, incluso elegante. Tenía una cara bastante bonita, y el pelo negro y corto le enmarcaba la cara. Sus ojos verdes le recordaron a los pétalos de las orquídeas mariposas, y su naricilla respingona se elevaba de una manera que le entraron ganas de besarle la punta. Tenía unos labios perfectamente moldeados, aunque en ese preciso momento mostraban un mohín de tristeza que casi le hicieron arrugar la frente; por encima de todo, Tristan quiso eliminar esa tristeza.

—¿Somos demasiados para ti? —le preguntó.

—Sí —respondió ella con sinceridad—. Kim tiene tantos parientes que... —Se interrumpió de pronto y le echó un vistazo—. Lo siento, no era mi intención parecer negativa. La familia de Kim ha sido muy amable al darme esta fiesta, pero conocer a tanta gente de golpe es demasiado. Perdona, pero no me acuerdo cómo te llamas.

—Tristan.

—Ah, sí, el escritor.

—No. —La sonrió con aire burlón.

—¿El abogado?

—Me estremezco solo de pensarlo. —Tristan dejó su copa y apoyó los codos de espaldas al murete de ladrillo que discurría por el patio.

—No eres uno de los... —Jecca agitó la mano—. Esos que tienen que ver con los coches.

—¿Un Frazier? No, soy un Aldredge.

Ella volvió a mirarle arrugando ligeramente la frente de su bonita cara, y entonces sonrió, y, cuando lo hizo, Tris tuvo la sensación de que el corazón se le subía de un salto a la garganta. ¡Joder! Sí que era guapa. La luz de la luna titilaba sobre su piel de una manera que la hacía parecer de alabastro.

—Eres médico. Igual que Reede.

Tristan le dedicó su mejor sonrisa, la que había hecho que muchas mujeres tuvieran la sensación de que se iban a derretir. Pero Jecca no se derritió; se limitó a seguir mirándole con aire inquisitivo.

—Sí, soy médico. Trabajo aquí, en Edilean.

Ella levantó la cabeza para mirarle.

—¿Te gusta ser médico o lo haces porque es lo que hacen los Aldredge?

Tristan no estaba acostumbrado a que las mujeres guapas se pararan a la luz de la luna y le preguntaran por sus pensamientos más íntimos. No le sorprendía que le enseñaran un lunar que les preocupara, o que alguna se le acercara insinuantemente, pero que alguien le preguntara por su vida era una novedad.

—Yo...

—Si dices que quieres ayudar a la gente, eso no cuenta —le cortó ella.

Había querido eliminar la seriedad de la chica, pero fue él quien se echó a reír. Eso era exactamente lo que había estado a punto de decir. Tardó un instante en considerar la pregunta.

—¿Tendría sentido decir que no creo que tuviera elección? Hasta donde alcanzan mis recuerdos, he querido curar las cosas, hacer que mejoren. Los chicos solían traerme animales heridos, y yo los vendaba.

—¿No es también médico tu padre? ¿Te ayudaba?

—No —dijo Tris, sonriendo—. Estaba demasiado ocupado con las personas de verdad. Pero lo comprendía. Decía que él había hecho lo mismo cuando era niño. Mi madre me ayudaba. Iba a buscar los viejos libros de texto de papá al ático, y juntos aprendíamos a entablillar y suturar heridas. Creo que probablemente ella le preguntara a mi padre qué es lo que había que hacer, pero era agradable que mi madre y yo lo hiciéramos juntos.

—Me gusta esa historia —dijo Jecca, que desvió la mirada hacia el césped—. Mi madre murió cuando yo era muy pequeña y no la recuerdo. Pero mi padre siempre me ha prestado su apoyo. Es un gran tipo, y me ha enseñado muchas cosas.

—Parece que lo echas de menos —había dicho Tris en voz baja, sin poder evitar dar un paso hacia ella. Nunca antes se había sentido tan unido a una mujer que no fuera de su familia. Había deseado cogerle la mano y guiarla por la oscuridad, sentarse en alguna parte y hablar toda la noche—. ¿Tu...? —empezó, pero se interrumpió cuando la puerta corredera de la casa se abrió.

—¡Estás ahí! —dijo Kim, dirigiéndose a Jecca—. Te anda buscando todo el mundo. —Paseó la mirada de Tris a Jecca con aire meditabundo, como preguntándose si había estado sucediendo algo.

Jecca se adelantó un paso y miró a Tristan por encima del hombro.

—Ha sido un placer conocerte. Espero no tener necesidad de acudir a tu consulta —dijo, y siguió a Kim al interior de la casa.

Esa había sido la última vez que Tristan había visto a Jecca. Había querido invitarlas a ella y a Kim a su casa, pero una paciente había sufrido una trombosis en una pierna y la habían tenido que trasladar a Richmond en avión. Tris la había acompañado, y cuando volvió a casa, Jecca había regresado a Nueva Jersey. Sin necesidad de que se le dijera, sabía que en los recuerdos de Jecca había sido relegado a «uno de los primos de Kim».

Se dijo que no pasaba nada, porque Jecca tenía solo diecinueve años, y, en comparación a sus veintisiete, Tris era un anciano. Había tenido que contenerse en su intento de sonsacarle información a Kim. Siempre se había comportado como si no le importara nada, pero le preguntaba por ella a menudo. «¿Cómo está esa amiga tuya... Cómo se llamaba? Eso. Jecca. ¿Cómo le va? ¿Os habéis echado algún nuevo ligue? ¿Alguna de las dos tiene algo serio?» Hacía todas aquellas preguntas en un tono paternalista, y nunca le

había parecido que Kim se diera cuenta de lo que realmente le estaba preguntando.

Ella elogiaba lo buen amigo que era por acordarse incluso de una compañera de habitación de la facultad, y un tío aún mejor por escucharla parlotear sin parar sobre todo lo que hacían en la universidad. Kim le contaba que el padre de Jecca casi la volvía loca por lo mucho que la controlaba, y cómo le iba con su pintura, y todo lo relacionado con cualquier ligue que su amiga pudiera tener. También le hablaba de su otra compañera de habitación, Sophie, y de su propia vida, y jamás pareció advertir que Tristan siempre manipulaba la conversación para volver a Jecca.

Cada vez que Jecca había vuelto a Edilean a visitar a Kim, Tris había tratado de verla. Pero todas las veces había surgido algo, alguna emergencia que como médico no podía desatender. En una de las visitas, se encontraba en Francia en una de sus escasas vacaciones. Que hubiera estado allí con otra mujer no había tenido ninguna importancia para él.

En una ocasión, estando en Nueva York, se pasó por la galería de arte donde Jecca estaba trabajando, aunque a la sazón ella se encontraba en Nueva Jersey. En otro viaje a Nueva York con ocasión de una conferencia, alquiló un coche y condujo hasta la Ferretería Layton, pero Jecca no estaba allí. Había llegado a ver a su padre, que parecía ser tan ancho como alto y todo músculo, pero a Tris no se le ocurrió nada que decirle. ¿Que estaba persiguiendo a una chica que había conocido cuando ella solo tenía diecinueve años? Joe Layton no parecía la clase de hombre que recibiría esas palabras con una sonrisa. Tristan se había marchado con una nueva caja de herramientas y había regresado a Edilean en coche.

Pero ahora parecía que Jecca iba a ir a pasar todo el verano en Edilean. De una vez por todas iba a tener la oportunidad de pasar algún tiempo con ella. La diferencia de edad ya no era un impedimento, así que quizás ahora por fin podrían conocerse mutuamente.

—¡Eh! ¡Ya sé! —había dicho Kim por teléfono—. Tú y yo podemos salir con Jecca y Reede. Como si fuera una cita doble.

«¿Reede? —pensó Tristan—. ¿Qué tenía él que ver con Jecca?» Pero entonces resolvió que probablemente Kim solo estuviera planeando concertarle una cita a Jecca.

—¿Que Jecca va a venir a Edilean? —había conseguido articular Tris—. ¿Cómo te las apañaste para conseguirlo?

—Le señalé que era yo y Edilean o su padre y Nueva Jersey. Aceptó inmediatamente.

Tris no se rio.

—¿Y de qué va eso de Reede? ¿Lleva fuera de casa desde cuándo? ¿Dos años ya?

—Ay, vaya, me parece que he revelado algo que no tenía que revelar. Creo que mejor se lo preguntas a tu padre.

—¿Kimberly! —dijo Tristan con seriedad, intentando parecer todo lo mayor que podía—. ¿Qué es lo que pasa?

Kim no se sintió intimidada en lo más mínimo.

—¿No te contó tu madre que ella y tu padre tenían reservas para un crucero?

—No lo recuerdo. En las últimas semanas me han ocurrido muchas cosas. Me cuesta recordarlo todo.

—Lo sé, y todos intentamos ayudarte. —Kim dejó de perder el tiempo con más compasión—. Tu madre jura que no va a renunciar a ese crucero. Le dijo a la mía que tardó medio año en convencer a tu padre para hacerlo, y que si él no sube a ese, tu madre jamás conseguirá subirle a un barco.

—¿Kim? ¿Qué tiene esto que ver con Reede y Jecca?

—A eso voy, espera un poco. Tu padre va a ir al crucero y Reede va a volver a Edilean para encargarse de tu consulta hasta que te recuperes.

Tristan trató de controlar su impaciencia.

—Eso es estupendo por su parte. Necesita sentar la cabeza. A lo mejor se queda aquí.

—Crees que todos los habitantes del planeta deberían vivir en Edilean, Virginia, ¿no es así?

—Solo las buenas personas. —Tomó aire—. ¿Y qué tiene esto que ver con tu amiga Jecca?

—¿Recuerdas la primera vez que me visitó Jecca? Creo que la conociste entonces, ¿verdad?

—Sí. —Jamás le contaría a nadie la cantidad de cosas que había hecho por culpa de aquel encuentro.

—Es una historia muy larga, pero en aquella ocasión hubo algo entre Reede y Jecca, y ella ha estado al tanto de todo lo relacionado con él desde entonces. Creo que cuando se vuelvan a ver... Bueno, espero que hagan buenas migas. Por mi parte, voy a hacer todo lo que pueda para que se hagan novios.

—¿A qué te refieres con que «hubo algo»?

—Es demasiado largo para ahondar en ello ahora —dijo Kim— y tengo que irme. He de pulir y abrillantar unos anillos de boda. Pero ten los dedos cruzados para que consiga que se enrollen. Creo que harían una pareja fantástica, ¿tú no?

—Reede quiere viajar por el mundo. Jamás sentará la cabeza.

—Acabas de decir... La verdad es que estás de mal humor, ¿no? Quizá no te pidamos que salgas con nosotros, después de todo. —Esperó a que él le contestara, pero como su primo no dijo nada, suspiró y dijo—: ¿Qué tal si me paso esta tarde y te cuento mis últimos diseños de joyería?

Tris pensó que preferiría oír hablar de Jecca, pero no lo dijo. Ya haría que le contara todo cuando llegara a su casa.

—Pues claro, me encantaría tener compañía.

—Ve a atender tus orquídeas —le dijo su prima al despedirse, y colgó.

Tristan permaneció junto al teléfono mucho tiempo sin hacer otra cosa que mirarlo de hito en hito. Estaba eufórico por que Jecca fuera a pasar el verano en Edilean, pero ¿qué era aquello sobre ella y Reede? Kim jamás había dicho una palabra al respecto.

Entró en su dormitorio, accionó el interruptor de la luz y se dirigió al espejo. Metió la mano por detrás y sacó una foto. Era vieja y estaba un poco desvaída, y en la imagen había una mano que sobraba, perteneciente a la rubia que estaba reclinada en lo alto de la gran roca. Pero la antigüedad y estado de la foto le recordaron la cantidad de tiempo que llevaba intrigado por la señorita Jecca Layton.

Desplegó la foto y miró a las dos jóvenes. La rubia era sin duda preciosa, y tenía el físico de una chica de calendario de la década de 1950, grande por arriba y por abajo y con una diminuta cintura en el medio. Tenía un rostro bonito, de tez pálida y rosácea, con ojos azules claros y labios carnosos. Pero Tris nunca se había sentido atraído por aquella chica y volvió a doblar la foto.

Se estiró sobre su cama, sostuvo la foto en alto y miró a Jecca. Se la había

enviado Kim, junto con otras muchas, al poco tiempo de haberla conocido. Había conservado esa para recordar los breves momentos pasados con ella. Sí, por supuesto, tenía una pinta fantástica en biquini, larga y estilizada, aunque era más que eso. Tenía un cuerpo que parecía capaz de realizar actividades deportivas, como montar en bicicleta por los senderos de la reserva natural. O conducir un *quad* hasta la cabaña de su primo Roan para ir a pescar.

Le gustaba su cuerpo por todo eso, y estaba fascinado por su cara. Tenía una expresión risueña en los ojos que siempre le había gustado; parecía alguien que podría echarse a reír aun cuando las cosas se pusieran duras.

¡Y si había algo que Tris necesitaba en su vida era reírse a mandíbula batiente!

Le encantaba ser médico y ayudar a la gente, y sabía que había salvado algunas vidas. Pero cuando llegaban las analíticas y mostraban que una persona que le importaba tenía cáncer en grado IV, su trabajo ya no le gustaba tanto.

En los últimos años había querido volver al hogar, no a una casa vacía, sino junto a alguien con quien pudiera «hablar». Alguien que le comprendiera y escuchara.

Pero, pese a todas las mujeres con las que había salido, no había encontrado una mujer así. Había montones de ellas que dejaban claro como el agua que les gustaría casarse con él, pero siempre había tenido la sensación de que lo querían no por quién sino por lo que era. Parecían pensar más en ser la esposa de un médico que en serlo del propio Tristan.

Pocos años atrás había estado a punto de creer a una de ellas. Habían salido durante un año y las relaciones sexuales habían sido buenas. La había conocido en una fiesta, era de Virginia Beach, estaba licenciada en empresariales y vendía productos farmacéuticos. Era una mujer inteligente e interesante. Después de que hubieran pasado varios meses juntos, Tris había considerado la posibilidad de pedirle que se casara con él. Pero entonces, por esas cosas del azar, la había oído hablar por teléfono con su amiga sobre el tamaño del anillo que probablemente le iba a regalar. «Estoy segura de que puede permitirse por lo menos tres kilates —había dicho—. Te aseguro que estoy impaciente por meterle mano a esa vieja casucha suya. Aunque solo la

utilicemos en vacaciones, no soporto ese lugar.»

Tris se había adelantado y dejado que lo viera. Había escuchado sus excusas y disculpas, pero la mujer se había dado cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos. Le dejó aquella noche, y Tris no la había vuelto a ver desde entonces.

De ahí en adelante, no había habido nadie serio; de hecho, en los dos últimos años cada vez había salido con menos chicas.

Era muy consciente de que en el pueblo ahora se decía que jamás se casaría, que era un solterón empedernido. Y una parte de él había empezado a creérselo.

Pero en los últimos años, uno a uno, sus primos de edad aproximada a la suya se habían ido casando, y ya tenían hijos. Ya no quedaba ninguno con quien salir a tomarse una cerveza. Todos los hombres estaban tan recién casados que seguían queriendo quedarse en casa con sus mujeres y sus bebés. O al menos esa era la excusa que Tris les buscaba. Que hubieran escogido bien sus parejas era algo en lo que ni siquiera quería pensar.

Tris bromeaba permanentemente sobre lo tranquila que era su casa, pero no engañaba a nadie.

Volvió a mirar la foto de Jecca. Unos años atrás, su hermana Addy se había enfadado al contarle que había roto con una joven que a ella le había gustado.

—¿Sabes cuál es tu problema, Tristan? —le había dicho, con las manos en las caderas. Estaba desayunando en casa de su hermana y su sobrina Nell estaba a su lado.

—No, pero tengo la impresión de que me lo vas a decir. —Lo dijo sin levantar la vista del periódico.

—Que nunca te has tenido que esforzar para conseguir una chica. ¿Conoces siquiera el significado de la palabra esfuerzo?

Tris consideró que la afirmación de su hermana era absurda. La miró por encima del periódico.

—¿Te refieres a la mujer que llevé a dar un paseo en globo? ¿O por la que volé a Nueva York a pasar un fin de semana de tres días? ¿O...?

Addy sacudió la cabeza.

—Sí, ya sé. Eres el señor Encanto en persona. Las mujeres le echan un vistazo a esa jeta tan bonita tuya y a ti te encanta volverlas locas reforzando

sus fantasías sobre ti.

Tristan había bajado el periódico y mirado a Nell.

—¿Tienes idea de lo que está hablando tu madre?

A la sazón, Nell tenía solo seis años, y siempre había sido un poco adulta. La niña asintió solemnemente con la cabeza.

—Mi profe dice que eres el hombre más guapo que ha visto nunca, y me pidió que le diera el número de tu móvil.

—¡Lo ves! —insistió Addy—. Es de eso de lo que estoy hablando.

Tris había seguido mirando a su sobrina.

—¿Te refieres a la profe pelirroja o a la morena de pelo largo?

—A la morena —dijo Nell, dándole un mordisco a su tostada.

—Ah. —Había dicho Tris, que volvió a coger el periódico—. Sonríele, pero no le des mi número. Si te lo pide la pelirroja, dáselo.

—¡Nellonia! —dijo Addy—. No te atrevas a darle el número de tu tío a nadie. Y tú, Tristan, si no dejas de tontear, vas a acabar como un solterón cincuentón viviendo con un montón de gatos. ¿Es que no quieres tener una familia?

Él había vuelto a bajar el periódico, pero esa vez su expresión fue de seriedad.

—Estoy abierto a todo tipo de sugerencias, así que, por favor, dime cómo encontrar a una mujer que puede ver más allá de sus fantasías de casarse con un médico. ¿Esa mujer que te gustaba tanto? No quería vivir en Edilean. Y me sugirió vehementemente que me trasladara a Nueva York y me hiciera cirujano plástico para poder ganar dinero de verdad.

—Ah —había dicho Addy, mientras se sentaba en el extremo de la mesa—. Esa parte no me la contó.

Tristan se bebió su zumo de naranja y le dijo a Nell que hiciera lo mismo.

—Addy —había dicho—. Estoy más que dispuesto a resolver ese problema. Pero parece que no puedo cambiarme. Al contrario de lo que la gente parece creer de mí, me gustan las mujeres inteligentes, esas con las que uno puede mantener realmente una conversación. Pero todas las mujeres así con las que he salido me piden que deje este pueblo de mala muerte y empiece a ganar mucho dinero.

—No sabía nada de eso —había dicho Addy. Levantó la cabeza—. Todo

lo cual hace que lo que he dicho sea más cierto. Tienes que encontrar a una mujer que no piense que eres la respuesta a todos sus problemas. Encuentra a una mujer que no te quiera, y luego ve a por ella.

—Pero si no me quiere, ¿por qué habría de perseguirla? —había preguntado Tris con desconcierto.

—Mírame —le dijo su hermana—. Cuando conocí a Jake, era la última persona que deseaba. ¿Un mecánico de coches que quería ser militar? ¡Jamás! Pero míranos ahora.

Tristan miró a su preciosa sobrina y pensó en lo mucho que envidiaba a su hermana. Ella y su marido eran una pareja tan feliz como no había visto en su vida.

—Estoy dispuesto —había dicho—, pero ¿cómo la encuentro?

—Ponte una máscara —terció Nella, y cuando los dos adultos la miraron, añadió—: Ponte una máscara horrible, tío Tris.

Addy y Tris se habían echado a reír con tantas ganas al oír lo que había dicho, que la tensión desapareció.

Algunas semanas más tarde, Tris conoció a otra mujer que le gustó. Consideraba que se había esforzado con ella, pero quizá su hermana tuviera razón, porque nunca había tenido la sensación de estar luchando para conquistarla. La ruptura se produjo cuando averiguó que la mujer había dejado de tomar sus anticonceptivos.

Tris volvió a mirar la foto. Jecca había permanecido en su pensamiento a lo largo de todo ese tiempo. Tal vez los escasos momentos que estuvieron juntos en el patio de los padres de Kim no hubieran significado nada para ella, pero para él habían representado muchísimo. A Jecca no le había impresionado la profesión de Tris, y no se había dejado subyugar por lo guapo que era. Ella le había calado, había mirado en su interior, y le había hecho preguntas acerca de él como hombre. A Tristan se le ocurrió que a Jecca le habría dado lo mismo que él hubiera estado desfigurado.

Addy decía que jamás se esforzaba por conquistar a una mujer, y eso era lo único que había hecho con Jecca. Pero había fracasado. Todos sus intentos de volver a verla se habían quedado en nada.

Bueno, ¿y de qué narices iba ese asunto de Reede Aldredge? ¿Qué tenía él que ver con Jecca? ¿Y por qué Kim había mantenido en secreto lo que quisiera

que hubiera ocurrido —ese «algo»— durante todos estos años?

Tris miró su brazo escayolado con asco. ¿Cómo iba a conquistar el afecto de una mujer con aquel lastre envolviéndole? Reede iba por el mundo salvando a la gente de manera espectacular ¿Cómo podría competir con eso? Sabía por experiencia que los hombres incapacitados tienden a sacar la enfermera que las mujeres llevan dentro. Pero Tris no quería una enfermera, quería...

Quería conocer a Jecca como hombre, con todas sus facultades en pleno funcionamiento.

Había mentido a Kim cuando le dijo que no recordaba lo del crucero que sus padres estaban planeando hacer; su padre había rezongado al respecto sobradamente. A Tris le había encantado la idea. Si su padre se marchaba, eso significaba que podría regresar a su consulta, aunque siguiera con el brazo escayolado. Pero Tris no se había enterado de que su madre —estaba seguro de que había sido ella— se hubiera puesto en contacto con Reede y lo hubiera convencido para que regresara.

Cogió su móvil y abrió el calendario para comprobar las fechas. Disponía de poco tiempo entre la marcha de su padre y la llegada de Reede. Pero con escayola o sin ella, iba a reunirse con Jecca el día que ella llegara.

¡Y esta vez se iba a asegurar de que lo recordara!

Capítulo 2

MIENTRAS JECCA conducía por la sinuosa carretera que conducía a Edilean, los árboles que sobresalían por encima le produjeron la sensación de estar atravesando un túnel oscuro y secreto. Era como si estuviera a punto de entrar a un lugar encantado, a un sitio que no pertenecía del todo al mundo real.

Se conminó a dejar de ser tan imaginativa. Daba igual las veces que visitara el pequeño pueblo que este jamás parecía cambiar; le seguía pareciendo que estuviera entrando en un lugar tan remoto y oculto como Brigadoon. De no haber sido por el permanente contacto con Kim y sus muchas visitas, habría dicho que era posible que Edilean no existiera realmente. Quizá fuera un lugar que se hubiera imaginado en aquel lejano verano en que se había salvado de estar en la ferretería durante dos maravillosas semanas dedicadas a la pintura.

El recuerdo de aquellas semanas acudió de nuevo a ella. ¡Qué manera de tirarle los tejos al hermano mayor de Kim! Se avergonzaba solo de pensarlo incluso todavía. Gracias a Dios que él no había aceptado sus descarados ofrecimientos. En aquel momento, el sufrimiento del chico le había parecido romántico, pero desde entonces ella había pasado por la ruptura de una relación seria, y sabía que para nada había algo de romanticismo en lo que le había sucedido a Reede.

En todas sus demás visitas, había ido en avión hasta Richmond y alguien la había ido a recoger. Esa era la primera vez que iba en coche hasta allí, y esta visita iba a ser para todo el verano. Pero llegara como llegase a Edilean, el

sitio nunca dejaba de asombrarla y fascinarla.

Cuando el bosque de árboles se abrió, vio el principio del pueblo. Unas preciosas casitas flanqueaban la carretera, casi todas con unos porches delanteros profundos. Más que un depósito para cualquier cosa que no encajara dentro, los porches tenían sillones, y en algunos había personas que contemplaban el paso de los coches. Cuando redujo la velocidad a cuarenta kilómetros por hora, levantó la mano hacia un anciano y este le devolvió el saludo. Jecca sabía que si se parase, el hombre le pediría que se «sentara a charlar» y le ofrecería un vaso de limonada casera.

Siguió conduciendo y llegó al «centro». Puesto que había pasado los últimos años en la ciudad de Nueva York, la idea de que aquel fuera el barrio comercial del centro se le antojaba casi irrisoria. Había una plaza rodeada de pequeñas tiendas que eran una auténtica monada, y otra con un viejo roble en el centro.

Cuando se detuvo en el único semáforo del pueblo, observó a la gente que paseaba por las pulcras calles; nadie parecía tener prisa. Los vio sonreír, saludarse con la mano, llamarse unos a otros por el nombre. Parecía haber cochecitos de niño a raudales, y las mujeres se detenían a contemplar los bebés rollizos y saludables de las otras.

«Que el cielo me asista», pensó Jecca cuando cambió la luz del semáforo. Sabía que Kim amaba a su pueblo con una pasión rayana en la obsesión, pero Jecca quería una ciudad.

Aunque en ese preciso instante tenía muchas ganas de estar en el pequeño Edilean. Tenía tres meses enteros para no hacer otra cosa que pintar. Trabajar en una galería de arte de una gran ciudad pagaba las facturas, pero no alimentaba su profundo deseo creador. No había nada como coger una hoja de papel y llenarla de formas y colores... o para el caso, de palabras; o coger un poco de cera y fundirla dentro de algo hermoso y luego moldear una joya con ella, como hacía Kim, o un trozo de arcilla para formar una criatura o una persona, como era el caso con la amiga de ambas, Sophie.

Para Jecca, crear belleza de la nada era el objetivo último de su vida, aquello por lo que siempre había luchado. Lo que más deseaba en el mundo era ser como Kim y encontrar la manera de ganarse la vida con sus creaciones. Tal vez durante esos tres meses fuera capaz de pintar algo que de hecho

podiera «vender».

Ensimismada como estaba pensando en lo que le esperaba, a saber, una temporada de no hacer otra cosa que no fuera crear, se pasó el pequeño rótulo de la calle. Cambió de sentido y regresó a Aldredge Road. No podía evitar sonreír cada vez que veía el nombre. Hacía unos doscientos años aquel sendero había sido bautizado así en honor de uno de los antepasados de Kim.

—La casa Aldredge no pertenece a la rama de mi familia, y no vivimos en esa calle —le había dicho Jecca hacía mucho tiempo.

Tal vez no, pensó Jecca, pero su familia seguía en el mismo pueblo.

Giró a la izquierda e inmediatamente tuvo la sensación de haber penetrado en una jungla..., que era lo que había hecho. Kim le había contado que en algún momento de la década de 1950 el gobierno de Estados Unidos había decidido convertir toda la zona en una reserva natural. Como quien no quiere la cosa — como si realmente el hecho no fastidiara a nadie—, dijeron a la gente de Edilean que tenían que abandonar la zona, y que todas sus casas, algunas construidas en el siglo XVII, habrían de ser demolidas. Los funcionarios estatales se sorprendieron cuando los habitantes alzaron sus voces y se negaron de forma pública y enérgica a marcharse y, por supuesto, a derribar ningún edificio.

Jecca se había enterado de la historia de una tal miss Edi y de su lucha durante años, que finalmente la condujo a ganar la batalla y que se permitiera al pueblo conservar su integridad. Sin embargo, la pega fue que se permitió que la zona virgen rodeara al pueblo, lo que lo separó del resto del mundo hasta que, en opinión de Jecca, quedó demasiado aislado.

Gracias a aquella batalla, que había sido ganada a duras penas en los tribunales, las familias que llevaban viviendo en Edilean desde hacía siglos siguieron conservando la propiedad de la tierra, que había quedado situada en medio de lo que en esencia era un parque nacional.

Mientras Jecca avanzaba por Aldredge Road, tuvo la sensación de que era imposible que hubiera una casa al final de la calle. Al menos ninguna con agua corriente. Pero Kim le había asegurado que había dos. La primera era la casa Aldredge, donde vivía el médico local. Que era, por supuesto, primo suyo, y al cual, le juró su amiga, había conocido en su primera visita, aunque Jecca no se acordaba. En la cabeza de esta, aquel verano era una imagen borrosa donde

se mezclaban Reede y la pintura. Después de la casa del médico estaba la de la señora Wingate.

—Esa es nueva —le había dicho Kim por teléfono cuando Jecca la llamó antes de partir—. Fue construida en 1926 por el difunto suegro de Olivia Wingate, que vino aquí procedente de Chicago.

—Gente nueva, ¿eh?

—Por supuesto —había confirmado Kim con una ironía no exenta de firmeza—. Lo que no se establecieron en Edilean antes de la Guerra de la Independencia de Estados Unidos, son... —Hizo una pausa y esperó.

—¡Unos advenedizos! —dijeron al unísono, y se habían echado a reír.

—No sé cómo lo soportas —dijo Jecca—. A mi padre le gusta alardear de que su abuelo abrió la ferretería en 1918. Piensa que la tienda es realmente antigua, pero vosotros...

—Sí, lo sé —admitió Kim—, por estos andurriales somos un poco retrógrados, pero la semana pasada recibimos nuestra primera máquina de fax.

—Estás de broma, ¿no? —dijo Jecca.

—Sí, es una broma. Bueno, ¿cuándo llegas?

—Pasado mañana. Debería estar ahí a eso de la una.

—Fantástico. Comeremos juntas.

—El Cracker Barrel me extrañará.

Habían colgado, riéndose.

Cuando le habían dicho que iba a tener todo el verano de vacaciones, Jecca se quedó obnubilada. Su jefa había decidido cerrar la galería durante tres meses mientras ella y su flamante marido se daban un garbeo por Europa. Jecca seguiría cobrando el salario base, sin comisiones por ventas ni bonificaciones por el trabajo bien hecho, pero le llegaba para arreglárselas, siempre que fuera muy frugal, claro está. Además, había podido subarrendar su piso de Gramercy Park al primo de su cuñada, y eso ayudaba.

En cuanto le dieron la noticia, había llamado a Kim para decirle que iba a tener libre tres meses enteros, y que eso empezaba al cabo de dos semanas.

—¿Y qué es lo que vas a hacer? —le había preguntado Kim.

—No lo sé. Me da miedo decírselo a papá, porque querrá que vuelva a casa y trabaje en la ferretería.

—¿Y presentarte a jóvenes idóneos con cinturones de herramientas? —

bromeó su amiga.

—No había caído en eso. ¡Eh! Tengo que llamar a papá. ¿Te acuerdas de aquel tío con el que perdí mi virginidad? Andaba por ahí sin camisa, con vaqueros y grandes botas. Quizá podría...

—Vente aquí —le había sugerido Kim.

—¿Te refieres a Edilean?

—¡Sí! Ven aquí y pinta. O dibuja. O suelda trozos de acero. Lo que sea. Ven a Edilean y hazlo durante todo el verano.

Jecca sabía que tenía que pensarse un cambio tan grande, que debía considerarlo detenidamente, aunque nunca había sido de las que perdían el tiempo dándole vueltas a las decisiones.

—Sí —había dicho—. Eso es exactamente lo que me gustaría hacer.

Tras soltar un aullido de felicidad, Kim dijo:

—Me ocuparé de todo. Ah, la señora Wingate.

—¿Qué le pasa, quienquiera que sea?

—Tiene unos apartamentos fantásticos, y alguien me dijo que había uno disponible. Tengo que ir a su tienda y hablar con ella. Ahora. Te volveré a llamar. —Y había colgado.

Jecca también había colgado su teléfono con una sonrisa. A Kim le gustaba precipitar las cosas, y Jecca sabía que su amiga haría todos los preparativos.

A las nueve de la noche Kim volvió a llamar y le dijo que el acuerdo estaba cerrado.

—La señora Wingate tiene solo tres apartamentos... En realidad, técnicamente no son lo que se dice apartamentos, porque no tienen cocina, pero de todos modos te conseguí uno.

Su tono triunfal hacía que pareciese que hubiera librado una batalla con unos cuantos dragones.

—¿Fue difícil? —había preguntado Jecca, sabiendo que su amiga se moría por contarle la historia.

—Espantoso, pero mi primo Tris la convenció.

—¿Tris? —había preguntado Jecca, tratando de recordar quién era. Todo el mundo en Edilean parecía ser pariente de Kim.

—Es nuestro médico y vive al lado de la señora Wingate. Te he contado montones de cosas sobre él, y le conociste.

—Tendré que verlo de nuevo antes de poder acordarme —había dicho Jecca—. ¿Y qué le dijo para convencerla?

—La señora Wingate es como una segunda madre para Tris, así que tiene mucha influencia sobre la mujer. Además, ella le iba a alquilar el piso a un hombre de ochenta y dos años. Tris le dijo que tendría que llevarle el desayuno a la cama.

—¿Quieres decir que a mí no me lo servirá? ¿Que no habrá bandejas con brioches y mermelada casera?

—Ni hablar del peluquín. Pero sí que tienes el privilegio de compartir la cocina.

—Eso es estupendo, sabiendo como sabes lo gran cocinera que soy.

—¿Sigues echándole patatas fritas encima a todo? —le había preguntado su amiga.

—Vivo en Nueva York. Ahora desmigajo una rosca de pan encima.

Mientras conducía, Jecca sonrió al recordar la conversación. A su izquierda, a través de los árboles, vio una casa. Estaba bastante apartada de la carretera y tenía delante un estanque, o puede que un lago. Al comienzo del camino de acceso había un cartel: DOCTOR TRISTAN ALDREDGE.

Jecca se detuvo y comprobó las direcciones que Kim le había enviado. «Deja atrás la casa de Tris y sigue hasta el final de la carretera y verás la de la señora Wingate. Aparca delante; estaré allí para recibirte.»

Jecca empezó a conducir de nuevo, aunque no pudo evitar preguntarse si no sería posible que Kim se hubiera equivocado, porque los árboles parecían juntarse cada vez más. Podría creerse que el mundo acababa en Aldredge Road. Pero entonces tuvo que tomar una curva cerrada a la izquierda, y el lugar se abrió de una manera sorprendente. Ante ella apareció una gran casa blanca de dos plantas, con postigos marrones en las ventanas y un tejado verde con ventanas abuhardilladas. Rodeada por una extensión de césped perfectamente segado, allí crecían unos enormes árboles de extensas copas que parecían más propios de un jardín botánico.

Avanzó lentamente por la gravilla hasta la parte delantera de la casa y detuvo el coche.

—¿Hola? —llamó cuando se apeó. Pero no recibió respuesta. Miró a su alrededor durante un momento, y tuvo la inmemorial sensación de estar siendo

observada, aunque no veía a nadie. Probablemente fuera su imaginación. Se estiró y aspiró el aire fresco. ¡Sin duda no estaba en Nueva York!

Probó a abrir la puerta delantera del caserón, y no estaba cerrada con llave. Entró con indecisión y se encontró en una enorme sala de estar con una chimenea a la izquierda. Los muebles estaban dispuestos con mucho gusto. La mezcla de estilos, que abarcaban desde el mueble rústico al tapizado de felpa eduardiano, con algo de *art déco* aquí y allá, parecía haber ido acumulándose a lo largo de generaciones. Las telas estaban en buen estado no siendo exactamente nuevas, pero su desgaste llegaba para sugerir un uso cotidiano. El gran sofá de brazos redondeados invitaba a sentarse.

En su condición de artista, Jecca dio el visto bueno a la estancia. Parecía como si todo hubiera ido reuniéndose a lo largo de ochenta o más años, o que fuera obra de un decorador realmente genial.

Junto a la chimenea había una puerta, y Jecca la cruzó para entrar en un comedor que debía de tener más de nueve metros de largo. En un extremo había una mesa larga, pero en la habitación se podría haber celebrado cualquier evento que conviniera a un salón de banquetes.

—Arturo y todos sus caballeros habrían encajado aquí —dijo en voz alta.

Entonces oyó abrirse y cerrarse una puerta a su izquierda. Cruzó la puerta doble en dirección al ruido y entró en un invernadero largo y estrecho con tres de las paredes y el techo de cristal. Unas persianas hechas de finas varillas de bambú protegían la pieza del exceso de sol.

En un extremo había unos acogedores sillones puestos en círculo, una vez más de estilos y telas diferentes que habían sido hábilmente escogidos para dar la impresión de discordancia, aunque combinaban perfectamente unos con otros.

Los muebles estaban rodeados de plantas. Las había de varias clases, aunque en su mayoría eran orquídeas, cientos de ellas. Colgaban del techo, en tiestos de madera cuadrados en los que asomaban las raíces blancas y verdes y se arqueaban las hojas gráciles y largas, y cubriéndolo todo los tallos de orquídeas exóticas de vivos colores. Un banco recorría todo el perímetro de la estancia cubierto de una variedad de plantas en tiestos. Los etéreos helechos se acurrucaban entre las flores exóticas.

Jamás había visto semejante variedad de orquídeas. Había unas grandes y

anchas que parecían mariposas gigantes y cuyos colores iban desde el fucsia brillante a un blanco cegador. Unas flores diminutas, algunas con manchas, se arracimaban en otros tallos. Vio unas grandes flores chillonas, de las que solían llevar en los hombros las señoronas en época del presidente Eisenhower.

En el suelo había unos enormes tiestos, algunos tan grandes que se necesitaría una grúa para moverlos. De ellos se desparramaban en cascada miles de flores hermosas. Debajo del estante, completamente a la sombra, había unas floraciones de aspecto extraño que tenían una bolsa en la base y unos pétalos de color morado oscuro y verde.

Jecca dio lentamente la vuelta a la habitación para mirarlo todo.

—¡Bellísimo! Realmente impresionante —dijo, cuando pareció que no daba con las palabras.

—Transmitiré el cumplido a Tris.

Jecca se volvió y vio a su amiga salir de entre las plantas, y durante un instante todo fueron gritos y abrazos.

—¡Estás fantástica!

—¡Tú también!

—¿Has adelgazado?

—¡Me encanta cómo te sienta ese color!

Siguieron abrazándose, sinceramente contentas de verse. Se habían conocido en su primer día de universidad cuando les asignaron la misma habitación, y desde entonces no se habían separado. Habían compartido un dormitorio y luego un piso, primero las dos solas, y luego se les había unido Sophie. Las tres habían formado un gran equipo, cada una con su pasión en una parcela del arte, cada una con una personalidad diferente.

Mientras que el único amor de Kim era la joyería, a Jecca solo le interesaba crear. Era la única que utilizaba la vieja máquina de coser de su madre para confeccionar cortinas. Y lo sabía todo sobre las varillas necesarias para colgarlas. «Cortesía de la Ferretería Layton» era un comentario frecuente en el minimalista piso de las tres chicas. Sophie acostumbraba decir que si Jecca tenía su caja de herramientas a mano, podía arreglarlo todo.

En ese momento, las dos mujeres, con las manos en los hombros de la otra,

no dejaban de mirarse.

—¡Todo el verano! —exclamó Kim—. ¡No me lo puedo creer! ¡Has traído suficiente papel? ¿Bastante pintura?

—Espero que sí. Pero si se acaba, ¿hasta dónde tengo que ir para conseguir más?

Kim dejó caer las manos y la miró con seriedad.

—Tienes que coger una avioneta hasta el gran aeropuerto, donde puedes tomar un avión espía y luego...

—De acuerdo, entono el mea culpa —respondió Jecca, riéndose. Eran casi de la misma altura, aunque el pelo moreno de Jecca era más corto que el castaño de su amiga. Aunque ambas eran jóvenes y guapas, sus personalidades las hacían parecer muy distintas. Jecca siempre daba la impresión de estar al borde de la carcajada, mientras que Kim era más seria. Aquella siempre había atraído a los hombres, pero su amiga a veces parecía ahuyentarlos. Si alguien hubiera sugerido trepar por un poste, Jecca habría aceptado el desafío, pero Kim habría dicho: «Deja que haga algunos cálculos para ver si puedo hacerlo.» A Jecca le gustaba la aventura; a Kim, triunfar.

—¿Hambrienta? —preguntó.

—Famélica.

—Nada ha cambiado. —Kim sonrió, incapaz todavía de creerse que su amiga estuviera realmente allí. Empezaron a dirigirse hacia el comedor.

—Detesto salir de esta habitación —dijo Jecca, mirando por encima del hombro el invernadero y las orquídeas—. Estoy impaciente por venir a pintar aquí. He aprendido algunas técnicas nuevas para introducir luz en mi obra, y pienso dedicarles toda mi atención. ¿Quién creó este lugar?

—Tristan.

—Ah, vale. El médico de al lado.

Cruzaron el comedor, dejaron atrás la escalera y entraron en una gran cocina blanca. En el centro había una sólida mesa de roble que parecía haber sido puesta allí cuando se construyó la casa. Unos brillantes azulejos blancos de metro cubrían las paredes. Los electrodomésticos eran todos de gama alta... de hacía unos cuarenta años.

—He retrocedido en el tiempo —dijo Jecca.

—¿Y no te sientes afortunada?

—Sí —admitió—. Quiero oír todo lo que ha ocurrido en tu vida últimamente.

—Pues yo igual —respondió Kim, mientras abría el frigorífico y sacaba una quiche, ensalada, aceitunas, espárragos en vinagreta y dos botellas de agua mineral con sabor a frambuesa.

—Excelente —dijo Jecca—. ¿Lo has cocinado tú?

—Es del ultramarinos del pueblo, y, antes de que lo preguntes, tenemos tanto queso como pueda tener el ultramarinos más exquisito de Nueva York.

—¿Velveeta?

—Por supuesto. Somos del sur.

Sonriendo, Jecca cogió un par de platos que había sobre la encimera.

—Podríamos comer ahí fuera, con las orquídeas de Tris —propuso Kim, y su amiga ya tenía los brazos llenos de platos y comida antes de que hubiera terminado la frase.

Kim cogió una bandeja, la llenó y regresaron para sentarse entre las plantas.

Jecca miró por la sala mientras empezaba a comer, reparando en la luz que entraba por las ventanas y modificaba los colores de las flores. Pensó en la manera de extender las capas de acuarela para lograr precisamente aquella tonalidad de rojo rosáceo.

—Mi piso es más pequeño que este invernadero, y sin duda no tan bonito.

—El marido de la señora Wingate lo añadió justo después de la muerte de su padre. Pero Tris colocó las plantas aquí dentro y se ocupa de cuidarlas. Venía mucho aquí cuando era niño. Los Wingate jamás tuvieron hijos, así que en cierta manera Tris y su hermana vinieron a llenar ese vacío.

—Algo bueno para todos —dijo Jecca—. Está buena esta comida.

—No era lo que esperabas de este aldeorrio de Edilean, ¿verdad? —preguntó Kim.

—Después de todas las veces que he estado aquí, ya os conozco, y sé que os encanta comer. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta que conducía al interior de la casa—. Bueno, háblame del resto de las personas que viven aquí. Por favor, dime que nadie va a llamar a mi puerta a las dos de la madrugada queriendo charlar.

—Lo cierto —dijo Kim, y bebió un largo trago de agua— es que no

conozco realmente todos los detalles. Llevaba años sin venir aquí hasta que empecé a hacer las gestiones para conseguir el apartamento. Ahora mismo, la señora Wingate está en su tienda del pueblo, y...

—¿Qué es lo que vende?

—Ropa de herencia.

—¿Y eso qué es? ¿Ropa *vintage*?

—Oh, no —dijo Kim—. Es un tipo de costura. No sé mucho al respecto, aunque... —Bajó la voz—. Hay una mujer que se llama Lucy en el apartamento que está enfrente del tuyo, y que se pasa el día cosiendo. Hace casi toda la ropa que vende la señora Wingate.

Jecca se echó hacia delante.

—¿Y por qué estás susurrando?

—Lucy es una mujer muy solitaria. Creo que quizá padezca agorafobia, pero nadie dice nada.

—¿Le asusta salir de la casa? —preguntó Jecca, también en un susurro.

—Eso creo. Aunque he estado aquí varias veces en las dos últimas semanas, jamás me he encontrado con ella, ni siquiera la he visto. Creo que permanece en su apartamento casi todo el tiempo.

Jecca se reclinó en su sillón.

—Me parece estupendo. Lo último que deseo es relacionarme con gente este verano. Ya me tengo que relacionar bastante en mi vida real con Andrea.

—Hablando del rey de Roma, ¿cómo le va la luna de miel a tu jefa?

—¿Es que crees que me lo contaría? —replicó Jecca—. El hecho de que sea la que saldó las deudas de su galería y empezó a exhibir artistas que venden de verdad, ¿es razón suficiente para que me cuente lo que está pasando? Y eso sin contar las tres veces que me tuvo en la galería hasta el amanecer, mientras lloraba por otro novio más que la había mandado a paseo. ¿Son esas razones suficientes para que me envíe una postal?

Kim se echó a reír. Le encantaba oír las historias de Andrea y sabía que eran una válvula de escape para las frustraciones de su amiga con su jefa.

—¿Existe alguna posibilidad de que pueda cerrar la galería para siempre?

—Espero que no, pero su padre me juró que, si lo hacía, me conseguiría un empleo en otra.

—A mí me vendría bien alguna ayuda —dijo Kim, esperanzada.

—¿Dos artistas en una pequeña tienda? No lo creo. Háblame de la señora Wingate. ¿Es una dulce ancianita?

—No tan ancianita. Andará por los cincuenta, calculo. Muy dulce, sí, pero también un lince en los negocios. Esta casa requiere muchos cuidados. Tris dice que el único dinero que tiene la mujer procede de la tienda y los apartamentos que alquila. No es una labor fácil.

—Dijiste que había tres apartamentos. ¿Quién está en el tercero?

—De momento, nadie. Creo que está reservado para alguien, pero no sé quién. Estoy segura de que la señora Wingate te lo diría si le preguntaras. En realidad, confiaba en...

—¿Confiabas en qué?

—En que a Reede le apeteciera utilizarlo mientras está aquí.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Jecca, que se metió una aceituna en la boca—. ¿Se trata de algo que no me contaste?

Kim sonrió abiertamente.

—Te lo oculté a propósito... durante veinticuatro horas enteras.

—¿Tanto? Creo que has roto el código de la hermandad. ¿Por qué necesitaría él un apartamento en su propio pueblo? Salvo por educación, no estoy en absoluto interesada en lo que ande tramando tu guapísimo hermano el viajero, aunque ardo en deseos de escucharlo.

Se sonrieron mutuamente en una completa armonía cimentada en años y años de charlas de madrugada, lloriqueos conjuntos sobre los limacos que eran los hombres, risillas tontas y ruidosas carcajadas que les salían del alma. Y, en más de una ocasión, Kim había confesado su deseo de que Jecca se convirtiera en su cuñada.

En los siete años transcurridos desde que Jecca hubiera hecho una jugada para llamar la atención del hermano de Kim, ambas habían hablado de él a menudo. Kim siempre le hacía partícipe de cualquier noticia que su familia recibiera de Reede. Había terminado sus estudios de Medicina, y como soltero sin familia que le retuviera, era libre para vagabundear por el mundo. Había trabajado para Médicos Sin Fronteras, montado una clínica en un lugar remoto de África y acudido a muchos desastres mundiales. Kim decía que eran pocos los helicópteros en los que no se hubiera subido su hermano. «Ellos le dicen, “ve”, y él dice “sí”», decía.

—Reede va a regresar a Edilean dentro de dos semanas.

Jecca no pudo reprimir su gran sonrisa. A pesar de varios novios y un romance serio, nunca había olvidado a Reede. Por otro lado, Kim jamás había dejado que pasaran más de dos semanas sin hablarle de su hermano.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó.

—Mamá se las arregló para aplastarle con una tonelada de sentimiento de culpa porque lleva fuera de casa más de dos años. Hasta ayer no me enteré de que por fin le había sometido. Va a volver a casa a ayudar a Tris.

—Tristan de nuevo —dijo Jecca—. ¿Y por qué tu primo médico necesita ayuda?

Kim agitó la mano.

—Es una larga historia. Ya te conté los problemas que habíamos tenido el año pasado.

—El mundo entero oyó hablar de los paisajes de CAY encontrados en la pequeña Edilean, Virginia. ¿Crees que tu amiga me dejaría exhibir algunos en la galería de Andrea?

—Estoy segura de que sí. Sara solo vendió unos pocos. Y le encantaría enseñártelos.

—¡Fabuloso! —exclamó Jecca—. Estaría realmente encantada de verlos. ¿Pero qué tienen que ver con Reede?

—Tristan, nuestro primo...

—Que vive en la casa de al lado, cultiva orquídeas, es médico y surge en nuestra conversación una frase sí y otra también...

—El mismo. Lo comprenderás cuando lo conozcas. Tiene... ¿qué puedo decir? Una presencia imponente. Le gusta a la gente.

—Eso es bueno en un médico. ¿Me vas a hablar de Reede o no?

—Llevemos estas cosas a la cocina —sugirió Kim mientras empezaba a llenar la bandeja, y Jecca la ayudó. Las tareas domésticas eran algo que habían hecho juntas muchas veces y cada una sabía lo que tenía que hacer.

Cuando la bandeja estuvo llena, Jecca la llevó de vuelta a la cocina.

—Hace un par de meses... —empezó Kim, mientras metía los platos en el lavavajillas y Jecca guardaba las aceitunas— se produjo un incidente. Cierta sujeto, un ladrón internacional en realidad, fue sorprendido cuando intentaba robar algo en la casa de Tris.

—¿De qué se trataba? ¿De diamantes? ¿Oro? ¿Es que es tan rico?

—Ni de broma. Tris no cobra muchas de las consultas. Sea como fuere, durante la refriega, resultó herido, le golpearon en la cabeza con algo y lo tiraron por una colina. Se rompió el brazo izquierdo (o tuvo una fisura, no estoy segura) y ahora lo tiene escayolado y en cabestrillo. La verdad es que no puede valerse del todo para seguir ejerciendo, así que su padre vino desde Sarasota para ayudarlo. Cuando Reede llegue aquí, él se hará cargo. Y se quedará hasta que Tris pueda volver al trabajo.

—Qué amable por su parte. —No había nada que oyera sobre Reede Aldredge que no le gustara.

—Bueno, además de primos son amigos, y Tris también ayudaría a Reede. Además, ya era hora de que mi hermano olvidara a Laura Chawnley y regresara al sitio que pertenece.

—¿Crees que Reede podría quedarse en Edilean para siempre?

—¡Espero que sí! —respondió Kim categóricamente—. Vivimos en una constante preocupación por que no se vaya a matar en su siguiente intento de rescate. Acuérdate de la vez...

—¿Cuando descendió por un cable desde un helicóptero para recoger a aquel niño? Oh, sí.

Kim sonrió, y las lágrimas acudieron a sus ojos durante un momento.

—No tengo palabras para decirte lo estupendo que es tenerte aquí. Parece como si en los dos últimos años todas mis amigas se hubieran casado. Y en cuanto te casas, cambian tus intereses. Ahora, cuando le pregunto a alguna si quiere salir a tomar una copa, me mira como si estuviera loca. Solo quieren hablar de los pañales que absorban más.

Jecca abrazó a su amiga sonriendo, y luego se apartó.

—Ahora estoy aquí, y de lo único que quiero hablar es de arte. Supongo que ese collar que llevas está hecho por ti.

Su amiga sonrió de oreja a oreja.

—Ramas de olivo. ¿Te gusta?

—¡Me encanta!

—Creo que deberíamos sacar tu equipaje del coche y llevarlo a la habitación. Y otra cosa...

—¿Sí? —Se detuvo y esperó, porque se dio cuenta de que Kim tenía algo

serio que decirle.

—Hace un par de semanas, se me ocurrió una idea. No sé si querrás hacerlo o no. Sé que te gusta idear tú misma lo que pintas, así que siéntete libre para decir que no a esto.

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza?

—Pensé que quizá podrías hacer algunas acuarelas de flores, digamos las orquídeas de Tris, y yo haría que fotografiaran mis joyas con ellas. Tengo previsto empezar una campaña de publicidad a nivel nacional, y pondría «pinturas de Jecca Layton. Para más información...» y daría un número novecientos. ¿Qué te parece? ¿Te interesa?

Jecca se quedó mirando a su amiga fijamente, asombrada.

—Sí —dijo—. Me sentiría honrada. ¿Cuántas pinturas? ¿Para cuándo?

Kim sonrió.

—Confiaba en que te gustaría la idea. Necesito una docena de acuarelas. Pensé que sería justo que pudieras hacer seis a juego con mis diseños, y luego yo podría hacer las joyas a juego con las otras seis pinturas que fueran ocurrencia tuya exclusivamente. ¿Te parece bien?

Jecca le dedicó una sonrisa llena de cordialidad. La inspiración, pensó, era la base de todo lo que hasta entonces había creado el ser humano. La necesidad, un fin, ese era todo el fundamento que necesitaba un artista para inspirarse, ya fuera un escritor o un chef, ya un arquitecto. Todo el arte provenía de lo que veían, sentían u oían. La joyería de Kim proporcionaría ideas a Jecca, y sus pinturas impulsarían a Kim a crear. Esta vez fue el turno de Jecca para que se le anegaran los ojos en lágrimas.

—Me gusta muchísimo tu plan —logró articular.

—Venga, vayamos a que deshagas el equipaje, y luego nos tomaremos unos margaritas en el jardín.

—¿Y qué ha hecho el distinguido doctor Tristan ahí fuera?

—Construyó un cenador.

—¿También le da a la carpintería?

Kim soltó una risotada.

—No. Tengo otro primo que se dedica a eso. Pero Tris lo diseñó y lo plantó allí.

Jecca levantó la puerta trasera del coche. El interior estaba atestado de

cajas con material, diversos estuches delgados llenos de pinceles y sus preciosos tubos de acuarela. Había una gran bolsa que contenía una cámara fotográfica y el proyector de diapositivas. Sobresaliendo del fondo estaba el tablero de la mesa de dibujo que ella había diseñado y su padre le había ayudado a construir. La parte superior había sido hecha para que encajara en el maletero con las patas plegadas.

—¿Has traído ropa? —preguntó Kim.

—Está delante, debajo de las pinturas.

—Donde deben de ir todas las cosas sin importancia —apostilló Kim, y cogió tres maletines de pintura. Después de coger una caja de cartón, Jecca siguió a su amiga al interior de la casa y luego por el lateral de un enorme salón hasta llegar a la escalera. En el piso de arriba había una gran zona abierta con los suelos de madera oscura cubiertos parcialmente por una alfombra preciosa. A lo largo de las paredes había varias mesas con lámparas. El lugar estaba envuelto en un aura de serenidad y elegancia.

—Qué agradable —dijo Jecca, y entonces oyó un ruido a su izquierda—. ¿Qué es ese ruido?

—La máquina de coser —respondió Kim, señalando con la cabeza hacia la puerta cerrada del otro extremo del pasillo. Abrió una puerta que había enfrente y entró seguida por Jecca.

Dentro había un dormitorio cuadrado que albergaba una cama doble preciosa con unas grandes almohadas, y un gran salón con una espléndida ventana saliente.

Jecca se dirigió a la ventana y se asomó para ver el jardín de abajo. Este se extendía a lo largo de lo que debían de ser casi unas dos hectáreas de césped y árboles, con varias pequeñas zonas de descanso intercaladas entre los arbustos. El cenador del que había hablado Kim abría el camino a lo que parecía una rosaleda auténtica.

—¿Este sitio es real?

—Ha sido conservado como cuando fue construido por un hombre muy rico en 1926. Su único hijo se casó con la señora Wingate.

—¿Cuál es su apellido de soltera?

—No tengo ni idea.

—Entonces ¿no es de Edilean?

—Si lo fuera, lo sabría todo acerca de ella.

—De ella y sus antepasados. —Jecca volvió a mirar la habitación. Estaba amueblada igual que el salón de abajo, con un sofá y unos sillones de una diversidad de estilos que abarcaban varias épocas.

—¿Tú crees que a la señora Wingate le importaría que apartara todo un poco para poner mi mesa aquí, a la luz?

—Creo que estaría encantada. Es una de esas personas que admira muchísimo a los artistas. Adora lo que Lucy le cose para la tienda.

—Y si Lucy nunca sale de esta casa, ¿cómo consigue sus suministros?

Kim se encogió de hombros.

—Ni idea. Cuando lo averigües, dímelo.

—Con mucho gusto —dijo Jecca, y fue a examinar el baño. Era grande, con un inodoro de cisterna de cadena y una bañera con los pies en forma de garras. El lavabo estaba sobre un pie y parecía bastante antiguo. Más azulejos blancos de metro cubrían las paredes.

—La señora Wingate me dijo que este era el baño principal —explicó Kim—. Supongo que el viejo señor Wingate se afeitaba aquí.

—El lavabo es lo bastante grande para que pueda lavar los pinceles —dijo Jecca—, y eso es lo único que me importa. ¿Dónde vive ella?

—Arriba. Tiene todo el tercer piso para ella. Nunca lo he visto.

Tardaron treinta minutos en subir todas las cosas de Jecca y meterlas en las habitaciones. Entre las dos sacaron la mayor parte del equipaje y hablaron de todo. Cada trapo fue escudriñado antes de ser colgado en el gran armario ropero del dormitorio. La procedencia de cada uno y su rediseño por Jecca fueron ampliamente analizados. A Jecca le encantaba comprar ropa antigua y luego modificarla de alguna manera, ya quitando volantes, ya añadiendo ribetes a las mangas, etcétera. Decía que detestaba ver a otras mujeres llevando lo mismo que ella.

Por último abrieron las cosas de pintura, porque Kim sabía que Jecca tendría allí algunas de sus últimas pinturas, y así fue.

—Cuando estoy en Nueva York no tengo tiempo para hacer gran cosa —dijo, mientras le pasaba una a una las obras a su amiga.

Kim las admiró como solo otro artista podría hacerlo. Elogió su utilización del color, el juego de luz y la manera en que había captado los

detalles de una hoja.

—Son verdaderamente exquisitos —dijo Kim—. Has mejorado muchísimo. No es que lo necesitaras, es solo que...

—Lo sé —admitió Jecca, y por un momento sus ojos se llenaron de tristeza. Al igual que Kim y Sohpie, cuando terminó la carrera había pensado que iba a acceder a un mundo que pagaría por su arte.

Kim había regresado a Edilean, y durante un par de años solo había vendido a los lugareños, aunque había conseguido dar un paso de gigante cuando una tienda de Williamsburg aceptó mostrar algunas de sus piezas. Habían tenido éxito y eso había propiciado que recibiera más ofertas. Dos años atrás, Kim había abierto una minúscula tienda al por menor en Edilean, y más tarde había empezado a vender su trabajo en internet. Ahora tenía cuatro empleados y estaba teniendo bastante éxito.

Las experiencias de Jecca no habían corrido parejas a las de su amiga. Después de terminar la carrera, había estado tres años trabajando de camarera por la noche, dedicando las mañanas a llevar su trabajo a las galerías de Nueva York. Ninguna había mostrado interés.

«Demasiado trillado», había sido la opinión general. «Georgia O’Keeffe conoce a Gainsborough», dijo un hombre especialmente desagradable.

Aquellos años habían sido los más duros de su vida, y Kim siempre la había apoyado. Solo otro artista podía comprender el dolor que padecía. Tenía la sensación de vaciarse en el lienzo, y cuando rechazaban sus cuadros, la estaban rechazando a ella, a su vida, a su misma alma.

Durante ese tiempo, Kim había volado dos veces a Nueva York para quedarse con ella en su minúsculo piso y escuchar durante horas cómo Jecca le abría el corazón.

En una ocasión en que Jecca tenía una cita nocturna con un galerista, Kim la había sustituido en el trabajo. Jecca no había podido convencer al galerista para que comprara su obra, aunque Kim había vendido tres collares que llevaba puestos mientras servía la cena a la gente. Más tarde, y aunque costó dos horas y otros tantos margaritas, Jecca pudo por fin reírse del incidente. Ahora, era una de las anécdotas favoritas de las dos.

La galería de Andrea Malcolm llevaba abierta solo seis meses cuando Jecca entró allí. El esnob hombrecillo que dirigía el lugar la hizo esperar una

hora y media antes siquiera de echarle un vistazo a sus acuarelas.

Durante la espera, había permanecido sentada en silencio, observando lo que sucedía. Dos nuevos artistas habían entrado con sus trabajos, y vio como cada uno de ellos entregaba un billete de cien dólares al repipi del directorcillo. Y cuando un artista conseguía que le pagaran, aquel sujeto se llevaba el 45 por ciento de comisión.

Jecca observó y no dijo nada. Si aquello lograba que sus pinturas colgaran donde el público pudiera verlas, estaba dispuesta a ir a pachas.

Pero cuando finalmente el hombrecillo aceptó mirar su obra, su comportamiento fue el más odioso de cuantos la habían criticado.

—La técnica es correcta —dijo él—. Pero careces del menor talento. — Dejó caer la última acuarela sobre la mesa con tanta insolencia que se dobló una esquina. Jecca tendría que cambiarle el paspartú.

Estaba cansada y hambrienta, agotada de caminar cincuenta manzanas cada día y de ser echada a cajas destempladas como si no valiera nada. Había abierto la boca para decirle al horrible hombrecillo lo que pensaba de él, pero entonces levantó la vista. Detrás de él había una ventana estrecha que daba a un despacho. Dentro había una joven sentada a una mesa, y su ropa parecía costar más que el edificio donde estaba el piso de Jecca. Esta tuvo de inmediato una visión certera de lo que estaba sucediendo. Una mujer rica abre una galería para aparentar que tiene un negocio e impresionar a sus amigas, pero como no tiene ni idea de dirigirlo, se lo deja a algún tipo que dice que sabe lo que hay que hacer.

Sin decir ni mu, agarró su carpeta, abrió la puerta del despacho y entró. El hombre se precipitó tras ella, pero Jecca se apoyó en la puerta y la mantuvo cerrada.

—Ese pequeño cretino de ahí fuera te está robando hasta la camisa.

La mujer no pareció inquietarse en lo más mínimo por la acusación de Jecca ni por el hombre que estaba golpeando la puerta.

—Lo sé —dijo—. En cuanto encuentre a otra persona, le despediré, pero ahora no tengo tiempo. —Se levantó y cogió su bolso de miles de dólares.

Jecca se había sentido como una idiota por meter las narices en aquello.

—Cualquiera lo haría mejor que él —masculló.

La mujer la miró.

—¿Serías capaz de dirigir la galería?

Jecca creyó que la mujer no hablaba en serio.

—Con la gorra —alardeó.

—Entonces, el puesto es tuyo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta, y Jecca se apartó.

El hombrecillo, con la redonda y sonrosada cara brillando a causa de la ira, irrumpió en el despacho.

—Esta... esta nulidad del tres al cuarto me derribó antes de que pudiera detenerla. Andrea, lo siento muchísimo. Llamaré inmediatamente a la policía.

—Hazlo, y les mostraré los libros de contabilidad, Finch, estás despedido. Vete a casa. —Se volvió hacia Jecca—. El trabajo es tuyo. Y ahora, ¿os importa apartaros ambos de mi camino? —La mujer pasó entre los dos y salió de la galería.

Había seguido un airado intercambio de improperios, pero, al final, el hombrecillo había tirado sus llaves sobre la mesa y se había largado. De pronto, Jecca se dio cuenta de que tenía un nuevo empleo y una galería entera que cuidar... y que no tenía ni idea de cómo dirigirla. Aunque, por otro lado, había crecido prácticamente dentro de la ferretería familiar, y vender era vender.

Cuando entraron dos clientes, describió los cuadros de las paredes tan bien, que vendió dos. Sin embargo, no fue capaz de vender los suyos.

—Muy agradables —dijo un hombre—. A mi abuela les habrían gustado —fue lo más amable que había oído.

Aquel día permaneció en la galería hasta bien entrada la noche, confiando en que Andrea regresaría y le hablaría de sus cosas, como el sueldo, y si tendría o no comisiones, pero la dueña no apareció.

Temiéndose que todo fuera una broma, siguió con su trabajo de camarera de noche y abrió la galería a las diez de la mañana. Al tercer día, cuando tenía la cabeza apoyada en la mesa, medio dormida, había entrado el señor Boswell. Era uno de los abogados del padre de Andrea, y como le confesó, se encontraba en la desagradable posición de encargarse de los asuntos de Andrea.

—Superviso todo lo que hace con el dinero de su padre, aunque no tengo verdadero control sobre ella.

Jecca y el señor Boswell hicieron buenas migas. Ella le enseñó lo que había hecho en los tres últimos días, la cifra de ventas, la nueva disposición de los muebles y de las pinturas, los bocetos que había hecho sobre el aspecto que según ella debía tener la galería. El señor Boswell había dicho:

—Estoy convencido de que, aun sin proponérselo, cuando Andrea te contrató hizo por fin algo a derechas.

Juntos, ella y el señor Boswell prepararon un contrato que especificaba todo lo relacionado con su puesto, desde el salario hasta el número de pinturas propias que podría exhibir.

Pero a pesar de colgar en una galería que tenía muchísimo tránsito de clientes, además de los amigos muy ricos de Andrea, durante todos esos años Jecca solo había conseguido vender ocho de sus pinturas. No ser capaz de ganarse la vida con su obra era lo único malo de su vida.

Kim vio la expresión en los ojos de su amiga, y dijo:

—Creo que es hora de un margarita.

—Una idea fantástica —corroboró, y bajaron la escalera.

Capítulo 3

JECCA se estiró en la tumbona y contempló la rosaleta a través del pequeño estanque. Era un lugar realmente hermoso, y se alegraba de que Kim se lo hubiera encontrado. Estaba un poco nerviosa a causa de las otras dos mujeres que vivían allí, porque todavía no las había conocido, aunque hasta el momento todo era perfecto.

Kim se había marchado hacía una hora, porque tenía que estar pendiente de su tienda e ir a alguna parte con su hermana pequeña. Le había dicho que había comida en el frigorífico y que se sirviera ella misma. Al día siguiente irían al pueblo.

—Y a ver tu nuevo estudio —había añadido Jecca. Kim se había comprado una casa recientemente y su amiga no la había visto todavía.

—En realidad es un garaje reconvertido —había empezado Kim—. Es solo...

La expresión de Jecca la había hecho callarse; no le iba a permitir desdeñar sus logros solo por el hecho de que la vida de Jecca no hubiera seguido los derroteros que ella tenía previstos.

Kim sonrió.

—Realmente me encantaría enseñarte mi taller y los últimos cambios que he realizado en la tienda. Y quiero oír cualquier cosa que se te ocurra acerca del escaparate y el futuro trabajo.

—No creo que... —En esta ocasión fue Jecca la que se interrumpió—. Mensaje recibido. Sigo siendo una artista, aunque no venda una escoba.

—Te diría que eso es lo que llevas dentro, aun a riesgo de que te rieras de

mí.

—Sí, lo haría —admitió Jecca—. Deberías irte o llegarás tarde.

Kim se había levantado con las dos copas vacías de los margaritas en la mano.

—Pensé que la señora Wingate ya estaría de vuelta de su trabajo. —Eché un vistazo a la luz de la ventana de arriba—. Solo con Lucy aquí, podría decirse que estarás sola.

—Estaré bien —la tranquilizó su amiga—. Quiero sentarme aquí y mirar, escuchar y oler las rosas. Voy a pensar en doce pinturas para tus joyas. Puesto que la mitad tienen que inspirarte para crear algo magnífico, tengo que meditarlo detenidamente.

Kim la besó en la mejilla.

—Hasta mañana por la mañana.

Jecca asintió con la cabeza y se recostó en la tumbona, que había movido para estar más cerca del estanque. Durante el día el mueble estaba al sol, pero ahora estaba anocheciendo. El frío arreciaba, y se alegró de haber cogido una chaqueta.

Bostezó; había sido un largo día de coche. Había salido la noche anterior, porque había que hacer miles de cosas antes de cerrar la galería, la menor de las cuales no había sido tratar con los artistas descontentos. «Pero mi obra está a la venta aquí —había oído una y otra vez—. ¿Por qué no puede dejar la galería abierta mientras está fuera? Ni que Andrea hiciera realmente algo.»

Pese a estar completamente de acuerdo, había tenido que sonreír y mascullar que Andrea hacía más de lo que la gente veía.

Entre unas cosas y otras, había sido una semana de vértigo. En ese momento, la inminente oscuridad y el canto de las ranas en el estanque la estaban adormeciendo. Recostó la cabeza, cerró los ojos y empezó a soñar con Reede subido a un helicóptero.

Se despertó sobresaltada cuando algo pesado le cayó encima. Al darse cuenta de que era un hombre lo que había aterrizado sobre ella, soltó un gritito y empezó a empujarlo. No había luna ni luces en el exterior, y estaba tan oscuro que no podía ver quién le había caído encima.

—Lo siento —dijo el sujeto, moviéndose torpemente para quitarse de encima—. No era mi intención caerme sobre ti, pero la tumbona está fuera de

su sitio.

Jecca tenía las manos en lo que le parecieron los hombros del sujeto, aunque no estuvo segura. Él tenía la cara junto a la suya, así que a Jecca le llegó el olor de su aliento, y pensó que era bastante agradable. Entonces retomó el forcejeo con renovados bríos.

—Por favor, deja de empujarme —protestó el hombre, y por la forma de decirlo Jecca supuso que le dolía algo—. No es mi intención quejarme, pero tengo el brazo roto y el cabestrillo se me ha enganchado en la tumbona. No me podré mover hasta que lo suelte.

Al oír esas palabras, supo que se trataba del primo de Kim, Tristan, el médico que vivía en la casa de al lado. Mantuvo las manos en sus hombros, pero dejó de forcejear.

Sintió las manos de Tristan cerca de ella cuando él movió el cojín en el que apoyaba la cabeza. Tenía medio cuerpo encima de ella, y medio fuera. Jecca percibió que era alto, de estómago plano, y bajo sus manos sintió unos pectorales bastante bien desarrollados. En conjunto, parecía un tipo verdaderamente maravilloso.

—¡Ya está! —dijo Tristan, y rodó sobre su costado para quitarse de encima. Empezó a levantarse, pero trastabilló.

Jecca le agarró de la mano para sujetarle mientras él intentaba incorporarse.

—Siéntate —dijo ella, y le tiró de la mano. Balanceó las piernas para poner los pies en el suelo sin soltarle la mano.

Estaba tan oscuro que Jecca no podía ver nada, aunque por la respiración del primo de Kim supo que se había hecho daño.

—Si no te molesta —dijo él mientras se daba la vuelta y se sentaba a su lado.

Jecca guardó silencio mientras él tomaba aire, y al tener un costado lo bastante cerca, se dio cuenta de que estaba temblando un poco. El golpe con la tumbona le debía de estar doliendo una barbaridad.

—Deduzco que eres el doctor Aldredge.

Aldredge tomó aire antes de responder.

—Y tú debes de ser Jecca, y ya nos conocemos. Por favor, llámame Tris. Llevo semanas sin oír hablar de otra cosa que no sea tu visita. Hemos... —Se

interrumpió porque tuvo que respirar más hondo.

—Se acabó —dijo Jecca, levantándose—. Estás herido y voy a llamar a alguien. ¿No me dijo Kim que tu padre estaba en el pueblo?

Tristan levantó la mano y tanteó el aire hasta que encontró la suya y se la cogió.

—Por favor, no llames a nadie, y menos a mi padre. Se enfadará e insistirá en que tome analgésicos y descansa más. Y si descanso un poco más perderé la chaveta.

La oscuridad era tan completa que Jecca apenas podía distinguir un vago contorno de Tristan, aunque comprendió lo que quería decir.

—Supongo que te dirigías a casa. ¿Puse la tumbona en tu camino?

—Sí, eso hiciste, pero no pasa nada. —Él seguía sujetándole la mano.

—¿Te gustaría que te llevara a casa? Puedo entrar a ver si encuentro una linterna.

—No uso ninguna, nunca lo hago.

—¿Ni siquiera con esta oscuridad? —Jecca sabía que debía apartar su mano de la suya, pero no lo hizo. Había algo bastante... bueno, íntimo en estar con un extraño en aquella profunda e impenetrable oscuridad. Él tenía una voz sonora y más seductora que la luz de la luna.

—A los dos años me fui a dar un paseo por ese bosque de ahí. Me puse como unas castañuelas cuando encontré esta casa, porque siempre quise a la señorita Livie. Pero mis padres se pusieron como locos, pensando que podría haberme metido en el lago. Después de encontrarme, intentaron todo lo que se les ocurrió para impedir que viniera aquí. Pero siempre encontraba una manera de darles las vueltas. Al final, mi padre se rindió y me abrió un sendero con una motosierra.

—¿Y lo has estado utilizando desde los dos años?

—Sí. —Tristan le cogió la mano entre las suyas—. Manos de artista.

Jecca se soltó; el tono del médico era un poco amistoso de más.

—Creo que debería ir a buscar a la señora Wingate o a quien sea.

—No —dijo él—. Solo quiero quedarme aquí quieto hasta que paren las punzadas de mi costado. Te prometo que me guardaré las manos para mí; ¿te quedarás a hablar conmigo?

Jecca consideró que debía decir que no, pero no pareció capaz de hacerlo.

La cabezada la había revitalizado, y lo último que quería era entrar en una casa extraña y acostarse. Le preocupaba un poco que ni siquiera fuera capaz de encontrar de nuevo su apartamento.

—Iré a por una silla —dijo—. Si es que puedo encontrar una.

—¿Qué tal si te guío? Será una buena manera de entrenarme para mis pacientes ciegos.

—De acuerdo. Ahora estoy a la izquierda de la tumbona.

—Ven hasta este lado hasta que encuentres mi mano.

—Parece que te gusta coger las manos.

—Me gusta coger cualquier parte de las chicas guapas.

—Entonces, no tienes suerte conmigo. Me he convertido en algo totalmente horripilante. —Rodeó la parte trasera de la tumbona palpándola, hasta que consiguió tocar las yemas de los dedos de la mano derecha de Tristan.

—Ponte de espaldas a mí y da diez pasos en línea recta.

—¿Cómo de largos los pasos?

—Normales. No des esas zancadas tan grandes o te chocarás con una silla de madera.

Jecca dio los diez pasos, pero no tocó ni vio nada. Se inclinó y tanteó el aire con las manos.

—No hay ninguna silla.

—Bien. Ahora da tres pasos a la derecha, y luego avanza cuatro lentamente.

Ella hizo lo que le decía, y cuando extendió la mano, tocó la silla.

—¡Muy bien! —dijo ella.

—Ahora, por favor, tráela aquí para que me siente.

Jecca tardó solo unos minutos. Chocó contra el lateral de la gran tumbona, Tristan gruñó, ella se disculpó, pero al final consiguió colocarla cerca de él y se sentó.

Permanecieron en silencio unos minutos.

—Tengo una pregunta que hacerte —dijo Tristan.

—¿Cuál?

—Eres la del biquini rojo, ¿verdad? ¿No te he confundido con la otra, no?

Jecca no pudo evitar la carcajada; sabía exactamente de qué estaba hablando. Durante el primer año de universidad, Kim, Sophie y ella habían ido

a la playa y se habían fotografiado por turnos. Había un gran peñasco que sobresalía de la arena, así que en una foto Jecca se había apoyado en ella, mientras Sophie se había tumbado en lo alto con su traje de baño azul.

—Lo siento, pero soy la flaca. Sophie es la de las partes que sobresalen.

—Bien —dijo Tris, y ella se dio cuenta de que sonreía—. A mí me parece que tú destacas mucho.

—¿Qué clase de médico eres tú? No les dirás cosas así a tus pacientes, ¿verdad?

—Pues claro que no. En la consulta soy estrictamente profesional. Ni siquiera les tiro los tejos a mis pacientes femeninos fuera de la consulta.

—Me alegro de oírlo.

—Bueno, Jecca, cuéntamelo todo acerca de ti.

—No hay mucho que contar. Crecí en Nueva Jersey, y mi madre murió cuando yo tenía cuatro años, así que me crio mi padre. A mi hermano mayor le gusta decir que le ayudó a educarme, pero no es verdad. ¿No me dijo Kim que tenías una hermana?

—Addison. Addy. Está casada, y su marido acaba de volver de Irak, y me han dado una sobrinita de ocho años.

—¿Que te han dado? ¿Es que la has adoptado?

—No, tan solo disfrutamos mutuamente de nuestra compañía, eso es todo.

Jecca se esforzaba en verle, pero no podía. No conseguía recordar lo que Kim le había dicho acerca de aquel primo en concreto, aunque por otro lado eran muchísimos. Uno era jurista, otro escribía novelas, otro más era un superatleta, un cuarto era jefe de policía... La lista parecía no tener fin. Y aunque tanto él como Kim le habían dicho que conocía a este primo, no conseguía acordarse de él en absoluto.

—Muy bien —dijo Tris—, y ahora que ya nos hemos contado uno al otro todas las cosas alegres y empalagosas, ¿qué cosas malas hay en tu vida?

—Me temo que no te conozco lo suficiente para contártelo —respondió Jecca.

—¿Y dónde está lo bueno de esto, sentados aquí en completa oscuridad, dos extraños que nunca más volverán a encontrarse, si no hablamos de algo más que de banalidades?

—Nos volveremos a encontrar —dijo Jecca—. Y nos encontraremos de

nuevo. Voy a vivir en la casa que está al lado de la tuya tres meses enteros.

—¿Y qué es eso en el transcurso de una vida? ¿Tres meses para «hablar» de verdad con alguien? No es mucho.

Por debajo del tono de broma, Jecca percibió la seriedad en su voz y recordó la historia que Kim le había contado sobre cómo había llegado a romperse el brazo su primo. «Le golpearon en la cabeza», le había contado. «Le tiraron por una colina.» Y el ladrón había querido «algo» que Tris tenía. Todos eran acontecimientos traumáticos.

Cuando Tristan se había caído sobre la tumbona que ella había puesto en su camino, sabía que se había hecho daño, aunque había actuado como si no. Si ocultaba el dolor, ¿escondería también sus verdaderos sentimientos a la gente de Edilean? Ella sabía lo mucho que se esforzaba en ocultarle las malas noticias a su padre. Había habido ocasiones en que no había querido ver a nadie de lo deprimida que estaba, pero siempre hacía todo lo posible para alegrar la cara cuando estaba cerca de él.

—Debe de ser difícil vivir en un pueblo lleno de familiares —dijo en voz baja—. Cuando tienes uno de esos contratiempos de la vida, ¿con quién hablas?

Tristan tardó tanto en responder que ella pensó que quizá no fuera a hacerlo. Cuando por fin habló, lo hizo en voz baja.

—Hace unos meses, una mujer joven vino a Edilean por un trabajo. Estuve en un tris de enamorarme de ella, aunque recientemente se casó con mi mejor amigo.

—¿Y eso ocurrió al mismo tiempo que te rompías el brazo?

—Sí. Todo está relacionado. —Tomó aire—. Ella ya está de seis meses.

—La cosa fue rápida. ¡Espera! Si está en un estado de gestación tan avanzado, quizá solo se casó con él porque le pareció que tenía que hacerlo.

—Ojalá fuera eso verdad —se lamentó Tris—, pero no lo es. Ella nunca me consideró otra cosa que un amigo.

—Eso es doloroso —dijo Jecca. No lo iba a decir, porque el hermano de Kim era amigo de Tris, pero se había sentido igual cuando Reede la ignoró. Cuando se calló, le oyó darse la vuelta como para mirarla, pero por más que lo intentó Jecca no pudo verle.

—Hablando de sentirse dolido, ¿qué pasó con Laura Chawnley? —

preguntó ella—. Siempre he querido preguntarle a Kim, aunque no lo he hecho. ¿Sigue Laura por aquí?

—Oh, sí. Se casó con el pastor, y tienen hijos sanos y fuertes. Pensamos que el niño tenía un soplo cardíaco, pero está bien.

Jecca se echó a reír.

—Realmente eres médico, ¿eh?

—Ahora no. Mientras este maldito brazo no se suelde, no soy nada.

—¿Conozco bien esa sensación!

—¿Tú? ¿Y cómo es eso? Kim no para de ponerte por los cuernos de la luna. Cuando estaba en la universidad, todos los correos electrónicos que me enviaban trataban de ti y de la chica del bikini azul. ¿Cómo se llamaba?

—Sophie. Estoy segura de que Kim te envió más fotos que esa en la que estamos en bañador.

—Me envió cientos de ellas, pero por algún motivo esa es la única que recuerdo. La escondí en el espejo de mi dormitorio.

—¿Con tus demás fotos de niñas?

—Esa es la única que tenía.

—Sophie es muy guapa.

—La doblé hacia atrás.

—¿Que hiciste qué? —preguntó ella.

—Doblé la foto para que no aparezca en ella. No es mi tipo.

—Ah —dijo Jecca—. Hasta ahora nunca pensé que yo pudiera ser la chica de calendario de alguien. Qué lástima que Kim no me enviara una foto tuya.

—Rompo las cámaras.

—Me parece recordar a Kim diciendo que todos sus primos son guapos de la muerte. Sé que Reede lo es; o lo era hace siete años. No le he visto desde entonces.

Tristan sonrió. Parecía que Kim se había equivocado en lo tocante a que Jecca y Reede sintieran un apego mutuo.

—Ahora me estás poniendo celoso —dijo, coqueteando—. Supongo que sabes que Reede va a venir bastante pronto.

—Me parece que Kim me lo mencionó.

Él soltó un gemido.

—No me digas que ya he perdido antes siquiera de tener una oportunidad.

—¡Pero mira que eres ligón! Casi parece que hables en serio.

—Si se me da bien ligar, te puedo asegurar que no es por práctica. Soy pariente de muchas de las personas de este pueblo, y soy el médico de casi todas ellas. Eso estrecha de manera drástica el campo de elección.

—¿Sabes?, no te puedo ver, y no me acuerdo de muchas de las cosas que Kim me contó de ti, pero mi instinto me dice que no tienes problemas con las mujeres.

—Hace un año te habría dado la razón, pero perdí a una que me parece podría haber hecho que ocurriera todo.

—¿Y qué es lo que quieres que ocurra? —preguntó ella en voz baja.

Tristan titubeó, como si escogiera las palabras cuidadosamente.

—Soy un tipo chapado a la antigua. Quiero una esposa e hijos. Estoy cansado de hacerle fotos a los hijos de los demás. Quiero fotografiar a mis propios hijos.

Jecca se echó a reír.

—Es una manera de verlo.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí, lo sé —dijo ella, e intentó reprimir un suspiro. Por nada del mundo se enrollaría con aquel hombre. Estar atrapada en el minúsculo Edilean, Virginia, eliminada de su vida cualquier posibilidad de desarrollar una carrera artística, era la peor de sus pesadillas.

Sin embargo, no era un hombre al que pudiera ignorar. Ese mismo día, Kim le había dicho que su primo Tristan tenía una presencia «imponente», y ahora que estaba sentada cerca de él en la oscuridad, supo a qué se refería Kim. Casi podía «sentirle», como si una descarga eléctrica circulara desde él hacia ella.

De haber sido otro tipo de mujer, y de estar en un lugar distinto, podría imaginarse deslizándose sobre la tumbona y estirándose cuan larga era junto al cuerpo de Tristan. Podría imaginarse quitándose la ropa, besando, incluso haciendo el amor. La idea de hacer el amor con un hombre al que nunca había visto era excitante.

Salió de su ensoñación cuando él alargó la mano y le tocó la rodilla. Jecca no pudo evitar cogerle la mano.

—Tristan —dijo en voz baja.

—¿Sí?

—No te conozco, y no puedo ver qué aspecto tienes, así que no puedo recurrir a la manera habitual de juzgar a una persona. Pero me parece que estás pasando por una etapa de inquietud, tanto física como emocionalmente.

—Es cierto —reconoció él, y su voz profunda apenas fue un murmullo.

Jecca le soltó la mano.

—Pero quiero decirte que no soy la mujer que buscas. Tú quieres alguien que esté dispuesto a... empezar a anidar. Yo todavía ando detrás de establecerme profesionalmente. Al terminar los tres meses, me iré de aquí y no miraré atrás. Me tengo que encontrar a mí misma antes de hacerme cargo de otro ser humano... o de dos o tres.

Esperó a ver cómo se lo tomaba.

—Advertido quedo —contestó Tris—. Y te agradezco tu honestidad. Pero me parece bien. Ahora mismo, creo que ya no puedo seguir manejando este asunto amoroso.

—Tienes que dejar que se te cure el brazo, y creo que deberías empezar ya. ¿Qué hora es?

—Bien pasadas las diez.

Ella se levantó.

—Creo que debería entrar en casa y dormir un poco.

—¿Te importa ayudarme a que me levante? —preguntó él.

Jecca sabía que podía levantarse por sus propios medios, pero aun así tanteó el aire con el brazo hasta que encontró su mano. Para entonces su tamaño y forma casi le resultaron familiares.

Tris se levantó y acercó el cuerpo al de ella.

—Gracias —dijo en voz baja—. No le he contado a nadie... bueno, lo que ocurrió.

Ella supo que se refería a lo de la mujer de la que casi se había enamorado. Su confesión había consistido en unas pocas frases. Si de ella se hubiera tratado, le habría hablado a Kim del asunto durante horas. Pero quizá todo lo que él necesitara fuera el alivio de expresarlo en voz alta.

Tris seguía sujetándole la mano, jugando con los dedos en su palma.

—No le dirás a nadie lo que te he contado, ¿verdad? No quiero que corra por todo el pueblo, porque podría avergonzar a la flamante esposa de mi amigo.

A Jecca no le gustaba prometer guardarle un secreto a Kim, aunque por otro lado, aquel breve encuentro en la oscuridad resultaría difícil de explicar.

—No diré una palabra —dijo—. Lo prometo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó Tris, sujetándole la mano con firmeza.

Jecca no pudo contener la risotada.

—¿Como *El amante de Lady Chatterley*?

—Esto te convertiría en la dama y a mí en el guardabosques bastardo. ¿Es lo que quieres?

Tal y como lo dijo pareció que la estuviera elevando a una clase superior a la de él, y Jecca se rio aún más.

—Sí que me gusta la idea.

—Yo la veo más como Cupido y Psique, la pareja que...

Jecca conocía bien la historia y siempre le había gustado.

—Cupido era el hijo de la diosa del Amor, mientras que Psique era...

—Una mujer muy hermosa. Y en cuanto él la vio, se enamoró de ella —terminó por ella Tris.

—Creo que él se hirió con su propia flecha, ¿pero no era también bastante guapo?

—Creo que sí. Probablemente saliera a su madre —dijo el, mientras acercaba a Jecca para poder sujetarle la mano entre las suyas—. Demasiadas mujeres se enamoraron de él por su belleza, cuando él solo quería ser amado por sí mismo. Así que...

—Se casó con ella, pero no permitió que le viera.

—Y entonces, aquella noche... —dijo Tris.

—Se metió en su cama, y le hizo el amor como un dios —continuó ella.

Tris se acercó aún más.

—¿Y qué clase de amor sería ese? —susurró él—. ¿Toda una noche ardiente y sudorosa, o de champán y rosas, o con más caricias que verdadero sexo?

—Sí —susurró Jecca. Tris ya tenía la cara casi pegada a la suya, y aunque ella no le podía ver, sintió su aliento en la mejilla. Y cuando él se volvió, sus labios quedaron muy cerca de los suyos—. Cualquiera de las tres —confesó ella—. Me gusta todo.

Tris le sujetó la mano con la que tenía en cabestrillo y levantó la otra hacia su pelo.

—Mis dos pacientes ciegos dicen que su sentido del tacto les informa de todo. ¿Te importa? —La punta de sus dedos le rozaron el cuello.

Jecca asintió con la cabeza. Se alegró de la oscuridad, porque así no pudo verla cerrar los ojos al sentir su caricia. Había estado tan enfrascada en el trabajo últimamente, que llevaba meses sin tener una cita, y aún más sin acostarse con un hombre.

Dejó que le acariciara el cuello y la oreja y que luego le pasara el dedo por la mejilla.

—Pero Psique sentía una curiosidad de mortal —dijo Tris—, y quiso ver a su marido. Quería saber si era horrible. —Tenía la mano en la mejilla de Jecca, los dedos en su pelo, el pulgar en la barbilla.

—Así que cogió una lámpara de aceite —dijo Jecca en voz baja— y fue hasta su cama. Y cuando le vio...

—Se quedó tan asombrada ante su belleza, que dejó caer una gota de aceite en el hombro de Cupido y le quemó.

Jecca sabía que tenía que parar aquello o que aquel hombre la iba a hacer desnudar en cuestión de minutos. Retrocedió, poniéndose fuera de su alcance.

—Fueron seis gotas, y esa es la razón de que tengamos seis meses de invierno y seis de verano.

Tristan se echó a reír, y su risa fue un sonido agradable.

—Creo que fueron unas semillas de granadas y otra historia. Psique dio su nombre a los metomentodos como los psiquiatras.

—Y esto lo dice un hombre muy metomentodo —replicó Jecca.

—Últimamente he recibido unas cuantas lecciones de curiosidad, y las encontré francamente útiles. ¿Te reunirás aquí conmigo mañana a las nueve? Hablaremos un poco más.

Jecca no pudo reprimir el ligero estremecimiento que la recorrió. El erotismo de aquel encuentro la atraía; el de hablar con un hombre al que no conocía, al que no veía, aunque podía sentir su aliento en la cara, oír su voz, tocar sus manos. Atraía a la artista que llevaba dentro.

Avanzó impulsivamente hacia él y extendió ambas manos hasta que logró tocarle el cuello. Era más alto de lo que había pensado.

—Psique debió haber intentado palpar a su amante para conocer su aspecto. Debió...

—Marido —la corrigió, mientras las manos de Jecca subían hasta su cabeza—. Estaban casados, ¿recuerdas?

—Ah, sí. —Jecca le puso las manos a ambos lados de la cara. Tenía mucho pelo—. Moreno o rubio —preguntó.

—El que más te guste, ese es el color de mi pelo.

Tenía un pelo abundante, y Jecca lo notó un poco ondulado al tacto. Si lo dibujara, sería moreno.

—Negro como la noche —dijo. Tris no respondió, pero ella percibió su sonrisa contra las palmas de las manos.

Sus orejas no eran demasiado grandes ni demasiado pequeñas, y estaban bastante pegadas a la cabeza.

—Bien —murmuró, pareciendo una científica que estuviera haciendo un descubrimiento—. No hay ningún soplillo aquí.

Notó que la sonrisa de Tris se hacía más franca, aunque no dijo nada. Le recorrió la frente con los dedos.

—Ninguna calva, lo que significa que eres más joven de lo que creía.

—O podría ser hereditario. Mi padre...

—Chist. Estoy llevando a cabo el examen. Tú ya no eres el médico.

—En ese caso, puedo toser.

Al principio, Jecca no supo a qué se refería, y cuando cayó en la cuenta trató de no echarse a reír.

—Creo que debería estar presente una enfermera para proteger mi castidad.

—¿Un trío?

—Chist —siseó ella de nuevo, mientras se desplazaba a sus ojos. Tris nos los cerró hasta que ella le tocó los párpados—. Cejas no demasiado pobladas. Las pestañas demasiado largas.

—Una maldición de la familia de mi padre. Las de mi sobrina parecen plumas.

—Qué incómodo para ella —dijo Jecca, mientras le pasaba las yemas de los dedos por la nariz. Larga y recta, sin protuberancias ni deformidades de ninguna clase—. La nariz parece funcionar bien.

—Huelo tu perfume.

—Jamás me pongo... —empezó a decir ella, y entonces supo que le estaba tomando el pelo—. Encuentro que el amarillo cadmio es el que mejor me sienta.

—Personalmente, me gusta el azul cielo. Sobre todo en noches como esta.

Dejó de hablar cuando las yemas de los dedos de Jecca alcanzaron sus labios. Ella le palpó el pelo de la barba en las mejillas y la barbilla, aquella antigua señal que indicaba: hombre. Había pasado tiempo desde que se hubiera afeitado, así que el pelo casi era suave. Le entraron ganas de poner los labios encima, de sentirlo en la punta de la lengua.

—Jecca —susurró él.

Ella se enderezó.

—Nada de eso ahora, soy Psique, y quiero palparte para conocer tu aspecto. —Con las yemas sobre las mejillas rasposas, le pasó los pulgares sobre los labios. Eran carnosos y suaves.

—Psique quiso que su marido le hiciera el amor —susurró él.

Jecca sintió su aliento en la piel, el movimiento de sus labios bajo los pulgares.

Tris se inclinó hacia ella, y Jecca supo que la iba a besar... y quiso que lo hiciera.

Pero justo entonces las luces se encendieron dentro del caserón detrás de ellos, y ella se volvió para mirarlas.

Tris dijo:

—¡La leche! —Y desapareció.

Jecca volvió la mirada hacia él pero ya no estaba allí. Fue como si se hubiera inventado todo el incidente, como si lo hubiera soñado todo.

Entonces le llegó la voz de Tris procedente del bosque.

—¡Psique! —le gritó.

—¿Sí, Cupido? —le respondió Jecca, sonriendo por la broma.

—Mañana a las nueve.

—A las nueve —respondió, y entonces oyó sus pasos sobre el sendero del bosque.

Con un suspiro de pesar porque el dulce y oscuro encuentro hubiera acabado, Jecca se volvió hacia la casa.

Mientras regresaba a su casa, Tristan no era capaz de dejar de sonreír. Esa noche ella le había gustado tanto como la primera vez. Había sido fantástico hablar y coquetear con ella en la oscuridad, provocarla. Le había gustado que no hubiera estado evasiva, que no hubiera soltado ninguna risilla tonta, que no se hubiera ruborizado. Puesto que había habido tantas mujeres en su vida que lo habían visto como un médico soltero, y por consiguiente como material casadero, la había puesto a prueba. Le había dicho enseguida que quería una esposa e hijos. Sabía por experiencia que la mayoría de las mujeres habrían dicho que eso era también lo que ellas querían... aunque no fuera verdad.

¡Pero Jecca no! De inmediato le había dicho que no se iba a quedar en Edilean, que no quería casarse, y que quería ser una artista profesional por encima de cualquier hombre.

No podía evitar admirar su honestidad al tiempo que se le antojaba... bueno, un pequeño desafío.

Esa noche había sentido despertar algo en su interior, algo desconocido hasta ese momento. Le había gustado Jecca; al anticuado le atraía. Tenía que olvidarse de que la manera en que le había pasado las manos por la cara le había hecho desear tirarla al suelo y hacerle el amor allí mismo. Había disfrutado muchísimo riéndose y hablando con ella de una fábula griega con un sesgo erótico.

En cuanto llegara dentro, se estiraría en su cama y empezaría a repasar toda la noche mentalmente, empezando por lo apacible y tranquila que se había mostrado cuando se había caído encima de ella. La mayoría de las mujeres se habrían puesto histéricas, pero Jecca enseguida había deducido que era él. E incluso se acordaba de que el padre de Tris estaba ejerciendo como médico del pueblo.

Seguía sin poder creerse que le hubiera contado lo de Gemma. No le había contado a nadie lo que había sentido por la joven llegada a Edilean hacía tan poco tiempo. En una ocasión, furioso, a punto había estado de decirle a Colin, el hombre con el que se había casado, la verdad sobre sus sentimientos hacia Gemma. Pero aparte de eso, jamás se había aproximado siquiera a contarle a nadie que hubiera estado a punto de enamorarse. Gemma había encajado en su casa; era fácil hablar con ella. Tris se había sorprendido revelándole cosas que no le había contado a nadie más.

En las últimas semanas desde que ella se casara con su amigo, Tristan se había estado preguntando sobre lo que habría ocurrido si hubiera seguido los consejos de su hermana y se hubiera esforzado. ¿Apareciendo en casa de Gemma con una botella de vino, quizás? ¿O pidiéndole que salieran a cenar?

Pero no había hecho nada de eso.

Había dejado la vieja foto de Jecca en el cajón de la mesilla de noche, y la sacó para mirarla. Cada vez que lo hacía, le parecía más guapa. Su nariz era un tanto respingoncilla en la punta. Y sus ojos parecían a punto de echarse a reír. Pero su boca no es que fuera mona; era preciosa. Sus labios parecían sacados de un anuncio de pintalabios, absolutamente perfectos y, ay, tan deseables.

—Vamos, Aldredge —dijo en voz alta. Dejó la foto en la mesilla de noche y se levantó de la cama. Era tarde, tenía hambre y se enfrentaba a la ardua labor de intentar desvestirse y vestirse con un solo brazo. Pensó: «Si Jecca estuviera aquí, me ayudaría», y la idea le hizo soltar un gemido.

Tenía el frigorífico bien abastecido gracias a los desvelos de su asistenta. Ella le cocinaba cosas en su casa y se las llevaba. Cuatro años atrás, cuando la contrató, la mujer le había mirado extasiada, pero ahora estaba comprometida y lo más probable es que solo le pidiera que le mirase una faringitis.

Llenó un plato con rosbif frío y ensaladas frías, abrió una botella de vino y se sentó en un taburete para comer en la encimera.

Jecca le había dejado claro que no estaba interesada en vivir en Edilean, y que se marcharía al terminar el verano para regresar a Nueva York.

Tris sabía que era indiscutible que tenía que respetar los deseos de Jecca. Lo que debía hacer era buscar por ahí una mujer con la que pudiera pasar su vida. Ya tenía treinta y cuatro años; antes de que se diera cuenta, tendría cuarenta, y esa sería una edad avanzada para fundar una familia.

Aunque quizá, si hacía lo que su hermana le sugería y se esforzaba un poco, podría convencer a Jecca para que se quedara algún tiempo más en Edilean. Por otro lado, puede que una vez que se conocieran mejor uno al otro, descubrieran que solo estaban destinados a ser amigos.

Quizás el ávido y abrasador deseo que había sentido esa noche acabara desapareciendo por sí solo.

Echándose a reír por semejante absurdo, fue hasta su portátil y se conectó.

—Me pregunto qué libros habrá sobre Cupido y Psique —dijo—. Y dónde puedo conseguir uno.

Tal vez fracasara, pero esta vez iba a poner todos los medios a su alcance para conquistar a la bella doncella.

Capítulo 4

JECCA se despertó sonriendo, aunque por lo demás ese parecía ser su estado normal siempre que estaba en Edilean. Tenía la sensación de que su vida iba a empezar ese día, lo que, por supuesto, era absurdo. La vida de una persona no empezaba a los veintiséis años.

Quizá su vida no fuera a empezar realmente, pero tenía la sensación de que iba a ocurrir algo.

Se puso las manos detrás de la cabeza y se apoyó en la pila de almohadas de plumón. La habitación era ciertamente preciosa. La cama tenía uno de esos colchones almohadillados que eran tan sumamente cómodos. Era una cama para revolcarse, para repantigarse, para soñar. O para hacer el amor.

La idea la hizo sonreír con más ganas mientras se acordaba de la noche anterior. Reírse en la oscuridad con un hombre al que no podía ver; oír su voz, notar su aliento en la mejilla. No creía haber experimentado nunca algo tan romántico. Pensó que era una lástima que la noche no pudiera llegar por la mañana para que pudiera conservar el humor, y la idea la hizo reír. El día traía la realidad. Y el trabajo.

Ese día Kim iba a pasar a recogerla para llevarla a Edilean. ¿Y qué ocurriría si veía al doctor Tristan Aldredge? ¿Se estrecharían las manos al ser presentados? ¿Se andarían con cumplidos?

Pensó que lo peor sería que él se disculpara por las cosas que había dicho la noche anterior. Confió en que Tristan no se arrepintiera de haberle contado que casi se había enamorado de cierta mujer que ahora estaba casada con otro hombre.

Y por supuesto que no podría reunirse con él esa noche. Dado que le había dicho a bocajarro que andaba por ahí a la caza de esposa, verle de nuevo estaba fuera de discusión. Jecca era sangre nueva en el pueblo, así que era lógico que lo intentara con ella. Aunque al final, el resultado de aquel coqueteo sería que él acabaría lastimado. Cuando ella se marchara para regresar a Nueva York, el hombre se quedaría hecho polvo. No, no podía encontrarse con él.

Se levantó de la cama y se vistió para bajar. Kim estaría allí al cabo de una hora, y tenía que estar preparada. En cuanto abrió la puerta de su apartamento, olió a beicon y a algún tipo de bollería. ¿Magdalenas de plátano?

Estaba un poco nerviosa por ir a conocer a la señora Wingate, y se preguntó si la esquivada Lucy echaría a correr y se escondería cuando ella apareciera. Pero lo primero que oyó cuando llegó a la puerta de la cocina fueron unas carcajadas.

Las dos mujeres estaban en la gran habitación blanca, las dos delgadas, ambas bastante guapas. La más baja estaba junto a la cocina, la más alta ponía la mesa. Jecca supo inmediatamente quién era cada cual. La alta tenía una elegancia en su manera de pararse, con la espalda rígida, que hacía que la gente la llamara «señora Wingate»; no se lo había dicho nadie, pero Jecca supo que solo Tristan y su hermana la llamaban «señorita Livie». La baja estaba sonriendo y tenía un aspecto simpático. Sería Lucy. A Jecca le pasó rápidamente por la cabeza que a su padre le encantaría estar allí, acompañado de aquellas dos mujeres preciosas.

—Aquí estás —dijo la alta—. Ven y desayuna con nosotras. Soy Olivia Wingate, y esta es Lucy Cooper.

—Hola —dijo Jecca, mirando a Lucy a distancia, que tenía una sartén en las manos. No parecía alguien que se escondiera del mundo.

—Tenemos beicon, huevos revueltos y magdalenas de plátano —dijo Lucy. Tenía una voz agradable, con una entonación que parecía proclamar que estaba encantada de estar viva—. ¿Algo? ¿Todo?

—Todo —dijo Jecca—. Anoche no cené.

—Llegaste tarde —dijo la señora Wingate, y las dos mujeres la miraron como si esperasen una explicación.

«¡Pueblos pequeños!», pensó Jecca. Nadie en su edificio de vecinos de

Nueva York se enteraba de a qué hora entraba y salía.

—Me quedé dormida en la tumbona —mintió.

—Ya vi que la habían movido, igual que la silla —dijo Lucy mientras sacaba las magdalenas del horno.

Jecca se maldijo por haberse olvidado de volver a dejar los muebles donde los había encontrado. Aunque por otra lado había estado demasiado oscuro para ver.

—No pasa nada —dijo la señora Wingate—. Tris las volverá a poner en su sitio esta mañana. Ese chico sigue deambulando por ahí en la oscuridad. Es asombroso que no se tropezara contigo anoche.

Jecca evitó los ojos de la señora Wingate mientras se sentaba a la mesa. Había un enorme cuenco de moras en el centro y se comió una.

—No paro de oír hablar de ese tal Tristan. ¿Viene a menudo a esta casa?

—Te lo has perdido por poco —dijo la señora Wingate—. Las moras las trajo él. Son de su casa.

—Y por supuesto vaporiza sus plantas, y las cuida —dijo Lucy.

—Kim me habla a menudo de él. ¿Qué tal es? —preguntó, como si solo intentara entablar conversación.

—Es un chico trabajador y callado —dijo la señora Wingate.

—Es un joven maravilloso, y hará lo que sea por ti. Me ha ayudado en tantas cosas... —añadió Lucy.

—¿Se refiere a que la ha ayudado como médico?

—¡Oh, no! Cuando recibí la 380, Tristan fue el único que entendió cómo se utilizaba la enhebradora semiautomática.

—¿Está hablando de su máquina de coser? —preguntó Jecca.

—Sí, por supuesto —le aclaró Lucy.

—Tienes que ver el taller de Lucy y todas las máquinas que tiene —terció la señora Wingate.

—Acabo de comprar una Sashiko —dijo Lucy con orgullo, aunque no explicó qué era la tal cosa—. La verdad es que ahora sé enhebrar mis máquinas, aunque Tristan y yo tuvimos unas charlas tan encantadoras, que finjo que no entiendo la remalladora.

—Tristan siempre ha sido una buena compañía —declaró la señora Wingate, mientras ponía una cesta llena de magdalenas calientes encima de la

mesa—. ¿No le has conocido todavía? —preguntó a Jecca.

—No le he visto, no. —Miró a la señora Wingate—. ¿No me dijo Kim que usted le conocía desde niño?

—Sí —la mujer sonrió—. Empezó a venir aquí cuando todavía llevaba pañales. Le daba de comer y luego lo llevaba a casa, y siempre le decía que no podía volver, a menos que su madre llamara primero. Me encantaba que viniera, pero tenía miedo de que su madre se preocupara al no poder encontrarlo. —Suspiró—. Nunca hizo lo que le pedí. Adquirí la costumbre de llamar a su madre por teléfono en cuanto le veía aquí.

Lucy le entregó a Jecca un plato lleno de beicon y huevos revueltos.

—Tristan hace lo que quiere.

—Sí, así es —confirmó la señora Wingate con un dejo de admiración en la voz.

—¿Está casado? —preguntó Jecca. Sabía la respuesta, pero confiaba en que las mujeres siguieran hablando.

—Oh, no —dijo Lucy—. Es muy independiente. Ahora ni siquiera tiene novia.

—Y si el tío es semejante dechado de virtudes, ¿cómo es que ninguna mujer ha conseguido echarle el guante? —preguntó Jecca. Al no decir nada las mujeres, dijo—: ¿He dicho algo malo?

—No —respondió Lucy—. Lo que pasa es que la mayoría de las mujeres del pueblo lo han intentado, pero ninguna ha tenido éxito con el doctor Tris.

—Ni solteras ni casadas, si sabes a lo que me refiero —añadió la señora Wingate.

—¿Así que las deja? —preguntó Jecca—. ¿Primero hace que se enamoren de él, y luego las deja?

—¡Oh, no! —exclamaron al unísono las dos mujeres.

—Es más bien que las mujeres le persiguen —dijo la señora Wingate—. Gustaba a las mujeres incluso cuando era niño.

—Era un niño tan guapo... —dijo Lucy.

—¿Lo es? —preguntó Jecca, mientras mordía una magdalena—. ¿Cómo de guapo?

La señora Wingate y Lucy se pararon con la comida a medio camino de sus bocas y la miraron fijamente.

—Tanto, ¿eh?

—Sí —confirmaron al unísono la señora Wingate y Lucy.

Las tres mujeres permanecieron en silencio durante un instante, al cabo del cual la señora Wingate empezó a explicar la manera que tenían de repartirse el trabajo de la cocina.

—Si haces una lista de la compra, Lucy irá a buscar lo que necesites y te pasará la cuenta. Le encanta ir a la tienda tanto como yo lo detesto.

—Pero creía... —empezó Jecca, pero se interrumpió. Si Lucy iba a la tienda de ultramarinos, entonces no era agorafóbica, como Kim creía.

—¿Haces ejercicio? —preguntó la señora Wingate.

—¿Ejercicio? ¿Se refiere a si voy al gimnasio?

—Sí.

—Lo procuro —confesó Jecca—, pero mi vida en Nueva York es bastante frenética. Pero allí camino mucho.

—Supongo que podrías dar vueltas por el jardín —dijo Lucy.

—O puedes acompañarnos —dijo la señora Wingate—. Regreso del trabajo a las tres de la tarde y bajo al sótano a seguir uno de los DVD de Lucy. Dura una hora, y después tomamos el té entre las orquídeas de Tristan.

Jecca escondió la cabeza para ocultar su sonrisa. ¿Qué clase de entrenamiento de DVD harían dos cincuentonas? ¿Diez estiramientos de piernas y un abdominal? ¿Una docena de repeticiones con unas mancuernas de kilo?

—O no —dijo la señora Wingate—. Lo que prefieras. Por supuesto que eres libre de hacer lo que quieras. Están a punto a abrir un gimnasio en Edilean, pero no lo harán hasta el otoño. Lucy, ¿qué harán allí?

—Artes marciales combinadas. Creo que tiene mucho de boxeo.

—Eso está un poco por encima de mi nivel de ejercicio —reconoció Jecca, y las mujeres sonrieron—. Puede que me una a ustedes esta tarde.

—¡Nos encantaría! —dijo Lucy.

La señora Wingate miró a Jecca.

—Anoche, cuando te quedaste dormida fuera, ¿no te picaron los mosquitos?

—Nunca lo hacen —respondió—. A mi hermano se lo comen vivo, pero a mi padre y a mí, no.

—Te pareces a Tristan —dijo la señora Wingate—. Su madre y su hermana ya se pueden poner tres tipos diferentes de repelentes que aun así las siguen picando, pero a Tris y a su padre jamás les ha picado un mosquito. —Bajó la vista durante un instante—. Cuando vi que los muebles del jardín habían sido movidos, pensé que quizá tú y Tris os hubierais visto.

—No le he visto nunca —volvió a mentir Jecca, aunque en esta ocasión notó cómo se ponía colorada. ¡Jamás serviría de espía! ¿Cómo era capaz de mentir a aquellas mujeres adorables?

La señora Wingate empezó a decir algo más, pero entonces oyeron el crujido de las ruedas de un coche sobre la grava.

—Lo más probable es que sea Kim —dijo Jecca—. Ella y yo... —Se interrumpió porque de pronto Lucy se levantó de un salto y salió corriendo de la cocina—. ¿Qué he dicho?

—Nada malo —la tranquilizó la señora Wingate—. Es solo que es hora de que me vaya trabajar y que Lucy es... esto... bueno... es un poco tímida.

Jecca pensó que al menos no era la única a la que se le daba mal mentir. ¿Por qué diantres Lucy Cooper —que no parecía tener un pelo de tímida— saldría corriendo cuando Kim aparecía?

Treinta minutos más tarde, Jecca y Kim estaban en el coche de la última y se dirigían a Edilean. Kim se había tomado su tiempo en hacerle la visita a la señora Wingate, mientras Jecca terminaba de prepararse para salir.

—Está absolutamente encantada de tenerte aquí —le dijo Kim cuando entraban en el pueblo—. Me preguntó si te importaría que te pidiera que le enseñaras tus acuarelas.

—Sabes que me encantaría enseñarlas. Mañana voy a sacar fotos, y luego veré lo que tengo. —En su primera visita a Edilean había hecho fotos, y posteriormente las había ampliado, cortado y combinado, y pintado a partir de tales composiciones. Desde entonces, había trabajado más a partir de las fotos que de la vida.

—¿Así que Lucy ha desayunado contigo?

—Sí —dijo Jecca. No quiso decirle que la mujer había salido corriendo al llegar ella, por temor a herir los sentimientos de su amiga.

—Qué mujer más huraña —dijo Kim, mientras avanzaba por un callejón estrecho. Aparcó detrás de las tiendas—. ¿Te importa si primero vamos a ver

qué hago con mi tienda?

—Es lo que más deseo.

Jecca ya había visto la pequeña tienda de Kim dos veces. Por supuesto, había estado allí para la inauguración, pero algunos meses antes, Kim había cambiado la iluminación y puesto una nueva alfombra. Jecca había visto fotos, pero en persona era mejor de lo que se había imaginado. La bien pensada iluminación hacía que cada pieza pareciera estar en su propio estuche. Además de las piezas iluminadas había una zona reservada para los lugareños que quisieran comprar un anillo de compromiso. Kim le enseñó una caja de anillos con joyas acanaladas.

—Las diseñé especialmente para las personas que iban a contraer segundas nupcias o que querían renovar sus votos. La llamo colección Eternidad.

Jecca sonrió. Pese a que Kim era la pragmática de las tres, en su fuero interno era profundamente romántica.

—Sophie la habría llamado «Buscando de nuevo el desamor» —dijo Jecca, y Kim se echó a reír.

—¡La echo tanto de menos! —exclamó Kim.

—¿Todavía no la has encontrado?

—No —dijo Kim—. ¡Espera un minuto! Se me acaba de ocurrir una idea. El nuevo marido de mi prima Sara tiene contactos en el FBI. A lo mejor puede encontrarla.

—Lo que me preocupa es que Sophie no quiera ser encontrada. Sabe dónde vivimos. Oyó el nombre de Edilean con bastante frecuencia, y todos los días salía a colación la Ferretería Layton. Si Sophie quisiera vernos, sabría cómo ponerse en contacto con nosotros.

—Sí, es posible —dijo Kim—. Pero me gustaría saber que se encuentra bien. Puede que si pudiera encontrarla y decirle que estarás aquí todo el verano, también viniera a visitarnos.

—Ahí que irían todos los hombres de este condado —dijo Jecca, pero no pudo evitar sonreír al recordar lo que Tris le había dicho la noche anterior. ¿Decía la verdad cuando dijo que había doblado la mitad de la foto donde estaba Sophie hacia atrás? Probablemente no, puesto que los hombres seguían a Sophie a donde quiera que fuera. En el campus le habían llevado los libros;

en cada baile, al menos seis le pedían salir a bailar, y los fines de semana a veces tenía hasta tres citas al día. Sophie los llamaba «comidas gratis». «Si no quedo, no como», decía. Provenía de una familia humilde, y miraba cada centavo con lupa. Se había negado a dejar que Kim o Jecca la ayudaran, y siempre pagaba lo suyo, aunque no fuera más que la tercera parte de una pizza. «Los hombres tienen que pagar por las cosas», acostumbraba decir.

El día que las tres terminaron la carrera se habían abrazado, llorado y jurado que seguirían siendo amigas eternamente. Jecca y Kim mantuvieron la promesa, pero Sophie había desaparecido. Trataron de ponerse en contacto con ella por todos los medios a su alcance, pero no lo habían conseguido. Tres años atrás, Kim había volado a Tejas, el estado natal de Sophie, e ido en coche al pequeño pueblo donde Sophie decía que se había criado; pero nadie había oído hablar de ella. Y nadie había reconocido su foto.

—¿Piensas que todo lo que nos contó acerca de ella era mentira? —le había preguntado Kim a Jecca por teléfono aquella noche.

—Si lo era, tendría sus motivos —había respondido.

Sabían que Sophie no quería que la encontraran, pero eso no impedía que siguieran teniendo esperanzas... ni que dejaran de intentar averiguar algo sobre ella.

Después de salir de la tienda, dieron un paseo por Edilean y se detuvieron en la tienda de la señora Wingate, Ayer.

Jecca se quedó atónita por lo que vio. Ropa para niños y bebés, del algodón más suave que cupiera imaginar, con hileras de encajes y bandas bordadas insertadas en la tela. Jecca le dio la vuelta a un vestidito que tenía un corazón de encaje en el faldón. No se veía ninguna costura; el encaje había sido embutido de alguna manera en la tela y sujetado con unas puntadas casi invisibles.

La señora Wingate dijo que los vestidos recibían el nombre de «herencia» porque se basaban en una antigua técnica de costura. Donde otrora el encaje era insertado a mano, ahora se hacía a máquina. Jecca había cosido bastante como para asombrarse de la precisión, además de lo artístico, de la ropa.

Deseaba hacerle algunas preguntas a la señora Wingate sobre cómo estaba hecho aquello, pero eso significaría hablar de Lucy. Jecca quería saber más sobre la resistencia de Lucy a relacionarse con las personas, antes de empezar

a soltar sin tino su hombre por todas partes.

—¿Te veremos esta tarde? —preguntó la señora Wingate cuando las dos jóvenes estaban a punto de irse.

—No estoy segura. —Jecca miró a Kim inquisitivamente—. ¿Tenemos algo planeado para hoy a las tres?

—Lo cierto es que tengo que reunirme con algunos vendedores. Si quieres venir, eres bien recibida.

—Gracias, pero no —declinó Jecca, y sonrió a la señora Wingate—. Parece que allí estaré.

Cuando estuvieron fuera, su amiga le preguntó de qué iba todo aquello.

—Quieren que haga gimnasia con ellas.

—¿Quieren? ¿Te refieres a la señora Wingate y la reservada Lucy?

—No es... —Jecca se interrumpió. Si decía demasiado, Kim preguntaría, y ella no tenía respuestas—. ¿Tienes hambre?

—Estoy que me muero de hambre —dijo Kim—. Hay un bar de bocadillos dos tiendas más allá.

—Perfecto.

Dentro del pequeño y coqueto local hicieron sus pedidos y se sentaron a una mesa con la superficie de mármol.

—Háblame más de tu campaña de publicidad —dijo Jecca, mientras colocaba su gran bolso en el suelo, al lado de su silla.

—Lo normal, amor y romanticismo. Puesto que tiendo a inspirarme en la naturaleza para mis diseños, pensé en las flores. ¿Crees que podrías hacerme algunas buenas acuarelas de las orquídeas de Tris?

—Montones. Me preguntaba si alguna vez has pensado en utilizar algo parecido a una historia como base de tu campaña.

—¿A qué te refieres? ¿Como hacer que mi primo Luke Adams escriba algo y luego adapte las joyas a lo que escriba?

—Algo así. —Jecca guardó silencio cuando la joven camarera les sirvió la comida. Cuando volvieron a estar solas, dijo—: Pensaba en Cupido y Psique.

—Ah, sí. Creo recordar la historia, pero tendré que buscarla.

—Era solo una idea —dijo Jecca—. Si publicas tus anuncios en la misma revista, cada mes podría haber una continuación del relato.

—Y presentar un diseño distinto —dijo Kim—. No es mala idea. ¿Cómo se te ocurrió?

—Algo que dijo alguien —respondió, y se metió la comida en la boca. Kim estaba asintiendo con la cabeza.

—Ángeles, arcos y flechas, un jardín lleno de flores...

—Por no hablar de un hombre guapísimo —añadió Jecca.

—Que podría estar entregándole una joya —siguió Kim—. ¡Me gusta! Siempre se te dio bastante bien el retrato. ¿Crees que podrías hacer esto?

—Si me consigues un modelo tan guapo como el hijo de Venus, por supuesto —dijo, bromeando.

Kim ni lo dudó.

—Conseguiré a Tris. No le gustará hacerlo, pero le daré la brasa hasta que le convenza. ¿Lista para marcharte?

—Creo que haré una rápida visita al servicio —dijo Jecca, pensando en que Kim hubiera elegido a Tris como Cupido sin pensárselo dos veces.

—Tomaré algunas notas —dijo Kim.

Jecca regresó a la mesa al cabo de unos minutos y se encontró a Kim partiéndose el pecho a reír.

—¿Qué me he perdido?

—A Tristan.

—¿Qué pasa con él?

—Que acaba de estar aquí. Dijo que lo sentía, que no podía quedarse para conocerte, pero que tenía que ayudar a su padre con algo. Dijo que esta noche se pasaría por la casa de la señora Wingate.

—Me gustaría verle —dijo Jecca—, sobre todo porque es de lo único que os oigo hablar a ti, a la señora Wingate y a Lucy.

—¡Así que hablaste con esa tal Lucy! —exclamó Kim.

Jecca recogió su bolso.

—¿Hay algún sitio donde pueda comprar champú? Me he quedado sin.

—Por supuesto. Aquí lo hacemos en casa y le echamos lejía, pero no te quemará el pelo demasiado.

—Muy graciosa —dijo Jecca—. Solo necesito...

—¿Señora?

Se volvieron y se encontraron con la camarera, que estaba tendiendo un

gran libro de colores muy vivos a Jecca.

—Se dejaba esto.

Jecca cogió el libro y se lo quedó mirando de hito en hito. *Cupido y Psique*, se titulaba, y estaba profusamente ilustrado con unas acuarelas preciosas.

—¡Jecca! —dijo Kim—. Realmente has estado pensando muchísimo en mi campaña publicitaria. ¡Eres tan buena amiga! ¿Me lo prestas? —Y extendió la mano hacia el libro.

—¡No! —dijo Jecca, aferrando el libro contra su pecho—. Bueno, es que tengo que mirarlo un poco más para que me dé algunas ideas.

—Vale —dijo Kim, sonriendo—, pero soy la siguiente.

Permanecieron en Edilean una hora más. Kim tenía algunas citas y Jecca se moría de ganas de ponerse a trabajar. Quería montar su mesa y sacar todo el material por el orden exacto en que los quería. Y quería empezar a fotografiar las orquídeas a la luz del atardecer.

Pero, sobre todo, quería revisar el libro que Tristan le había dejado. No pudo evitar sonreír cuando pensó en las molestias que se había tomado para encontrar y comprar el libro, y luego esconderlo... ¿Dónde? ¿En el cabestrillo? Y como fuera, había distraído a Kim el tiempo suficiente para sacarlo y dejarlo junto al bolso de Jecca. Su amiga no había reparado en él, pero se alegró de que la camarera sí lo hiciera.

En cuanto hubo regresado a la casa Wingate, subió la escalera corriendo, se dejó caer a lo ancho de la cama y leyó la historia de Cupido y Psique. No fue hasta la última página que apareció una nota de Tristan.

Estaba equivocado. No se casaron hasta después de enamorarse.

TRISTAN

Jecca se rio. Era divertido que fingiera que «ella» era la mujer que deseaba.

—Una mujer a la que ni siquiera ha visto nunca —dijo en voz alta.

Metió el libro debajo de las almohadas y se puso a montar su estudio provisional. Sacó su preciado papel y ordenó los pinceles. Desde la universidad había invertido en los pinceles de marta de la mejor calidad, y los trataba con todo el cariño y respeto que se merecían.

Puso las bandejas esmaltadas individuales en unas bandejas de oficina apiladas. Le gustaba extender la pintura por capas. Si quería verde, ponía una capa muy fina de azul, lo dejaba secar y ponía otra de amarillo encima. El verde resultante era, a sus ojos, más luminoso que si hubiera mezclado sin más el azul y el amarillo en la paleta y lo extendiera sobre el papel.

Su costumbre de dejar que los colores se secaran entre las aplicaciones, además del uso frecuente de líquido enmascarador, hacía que tardara semanas en terminar sus pinturas. Pero para ella lo que importaba era el resultado.

Sacó su caja de viaje, la que utilizaba cuando salía a hacer bocetos. Su padre se la había hecho de una caoba de veta muy fina.

«Aquí debería caberte lo que utilizas», le había dicho cuando se la regaló, en las segundas navidades que pasaba en casa desde que se fuera a la Escuela de Bellas Artes. Sin que ella lo supiera, su padre le había registrado su gran bolsa de lona raída y medido todo lo que había dentro. La bolsa contenía lo que necesitaba cuando hacía sus bocetos rápidos, en los que no perdía tiempo en extender capas sino que usaba un juego de doce colores diferentes. Pocas semanas antes, Jecca había acabado hecha un mar de lágrimas porque sus colores mojados se habían corrido sobre lo que había pintado.

—Levántalos de costado y se correrán —le dijo su hermano como si ella fuera idiota.

Su padre la había rodeado con el brazo y dado una palmadita en el hombro. En navidades le había dado la caja, donde había espacio para el papel, las pinturas, los pinceles y un lugar independiente en el interior para el trabajo terminado.

A Jecca le había encantado tanto la caja que había bailado con ella por la habitación, provocando la hilaridad entre su padre y su hermano. Luego, los había pintado a los dos inclinados sobre un nuevo cepillo de carpintero, sus caras mostrando idéntica expresión de amor por la herramienta... y de uno por el otro.

Jecca pasó los dedos por los surcos para los lápices y los pinceles y pensó en su padre. Los últimos años no habían sido felices para él. Siempre estaba discutiendo con la esposa de Joey, Sheila. Esta había resultado ser sumamente ambiciosa, y no veía ningún motivo para que su suegro no se jubilara y le traspasara la ferretería a Joey.

—¡Dile que cuando la reina se jubile, me jubilaré yo! —le había gritado a su hijo.

—¿Qué reina? —había preguntado Sheila—. ¿Se refiere a ese club de la esquina? Yo no voy a sitios como ese.

Durante una de sus disputas —en las que Jecca procuraba no interferir—, ella había declarado que la ambición de Sheila era inversamente proporcional a su inteligencia. Su padre se había echado a reír, Joey la había mirado con ira y la aludida había preguntado que a qué se refería.

La Guerra de Sheila, como Jecca la llamaba, era una de las principales razones para que hubiera aceptado fácilmente la invitación de Kim de pasar un apacible verano en Edilean.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no se percató de que Lucy estaba parada en la puerta abierta de su dormitorio.

—No es mi intención interrumpirte —dijo Lucy. Llevaba una bata floreada y parecía que se dirigía a la ducha—. Pero son casi las tres, y como dijiste que tal vez te apeteciera unirme a nosotras.

—Pues claro —dijo Jecca. Podría soportar un poco de ejercicio suave; solo esperaba que fuera lo bastante intenso como para que le hiciera circular la sangre. Después, le gustaría preparar su cámara y hacer algunas fotos.

Pero una hora de levantamiento de piernas o lo que fuera sería una pausa agradable. Y además, le agradaba la idea de estar con aquellas dos mujeres mayores. La verdad era que no recordaba a su madre, y puesto que se había pasado la vida con hombres, nunca había sabido muy bien qué se sentiría estando rodeada de unas mujeres así.

Capítulo 5

—¿TRISTAN? —dijo Jecca por tercera vez hablándole a la oscuridad, pero siguió sin haber respuesta—. Plantada por un hombre al que nunca he visto —masculló, y entonces el dolor que sentía en el hombro la hizo gemir.

Hubo un relámpago, seguido inmediatamente del estruendo de un trueno. «Fantástico —pensó—, ahora me voy a empapar.» Cuando le alcanzaron las primeras gotas, se dio la vuelta hacia la casa.

—Psique —oyó decir a la voz de Tristan. La lluvia empezó a caer con más fuerza.

No podía ver nada, aunque sintió el brazo de Tris rodeándole los hombros de tal forma que le atrajo la cabeza contra su pecho. Cuando empezó a correr, ella lo acompañó.

Atravesaron el oscuro bosque a paso rápido. Por dos veces sintió que un árbol le arañaba el brazo. Si Tristan no hubiera sabido exactamente adónde se estaba dirigiendo, habrían chocado entre sí, pero no titubeó ni un segundo en su carrera.

—¡Agáchate! —le dijo él, que subió la mano hasta su cabeza y se la empujó hacia abajo. Tris retrocedió para que Jecca cruzara lo que parecía el umbral de una puerta baja. Cuando se volvió a incorporar, estaba en el interior de una construcción que, si es que era posible, estaba más oscura que el exterior.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—Estás en...

Jecca le oyó moverse por allí aunque no podía ver nada. Se oyó el ruido

de una tela, y entonces él le entregó lo que parecía una colcha pequeña. Jecca se envolvió el torso con ella.

Tristan le puso la mano que tenía libre en el hombro y empezó a darle unas palmaditas.

—Siento lo de la lluvia —dijo—. Estás en la casa de muñecas Aldredge. Mi sobrina es la cuarta generación que la utiliza.

Se puso detrás de Jecca para alisarle la colcha por la espalda, y luego regresó frente a ella.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí y no —respondió ella.

Tris dejó de moverse.

—¿Y eso qué significa?

—Que hoy estuve haciendo gimnasia con la señora Wingate y Lucy.

—¡No! —exclamó él—. Creía que esas cosas eran una leyenda urbana.

—Ojalá lo fueran —se lamentó Jecca, que se quitó la colcha y se la entregó—. Debes de estar chorreando.

—He estado más seco —dijo él, cogiendo la colcha y echándosela por los hombros; tuvo un escalofrío.

—¿Se te ha mojado el cabestrillo? —le preguntó Jecca en tono reprobatorio—. En cuanto oíste los truenos, debiste haberte quedado en casa.

—¿Y dejar de verte? —preguntó en voz baja.

—No me puedes ver, y podrías haberme dado un grito. —Le estaba dando palmaditas para secarle, dando vueltas a su alrededor, con las manos en el cuerpo de Tristan. A pesar de sus palabras, se alegraba de que hubiera aparecido.

Cuando regresó frente a Tris, él la besó en la mejilla.

—Me gusta cuando te preocupas por mí.

Fuera, la lluvia azotaba con fuerza.

—¿Hay algún sitio aquí dentro donde sentarse?

La cogió de la mano, le volvió a decir que se agachara y la condujo a una segunda habitación, donde la condujo hasta lo que parecía una cama.

—No creo... —empezó Jecca.

—Nada de seducción, te lo prometo.

Ella pensó: «Entonces ¿por qué estoy aquí?», pero no dijo nada.

La cama era pequeña y estaba rodeada en tres de sus lados por paredes. Jecca se dio la vuelta y se apoyó contra un extremo de la cama, y él ocupó el otro, aunque ella mantuvo las piernas encogidas; extenderlas significaría entrelazarlas con las de él.

—¿Por qué no te quedaste en el restaurante hoy? —preguntó Jecca—. La verdad es que me habría gustado conocerte. Esto es, de nuevo.

—Me conoces tanto como me conoce cualquiera. Y además, si me hubiera presentado, a lo mejor no te habría gustado mi aspecto y no hubieras venido esta noche.

—No debería haber venido. —Esperaba que le preguntara la razón, pero no lo hizo.

—Cuéntame lo de tu gimnasia.

—¡Esas dos mujeres! —exclamó Jecca—. ¡Oye! Quizá no tendría que hablar. Secretos de mujeres, y todas esas cosas, ya sabes.

—Soy el médico del pueblo, ¿recuerdas? Puedes contarme lo que sea. Y puede que me sea de ayuda con futuras pacientes que acudan a la consulta con esguinces musculares a causa de sus clases. ¿Qué es lo que hicisteis? ¿Y dónde tuvo lugar? ¿En el bosque a la luz de las velas? —Su voz dejaba traslucir cierta esperanza.

—Promete que no te reirás.

—Jamás prometo tal cosa. Aprovecho para reírme siempre que la ocasión me lo permite.

—Buena filosofía —reconoció ella, y entonces tomó aire—. Hicimos baile de barra.

—¿Que hicisteis qué?

—Baile de barra. Mañana toca la danza del vientre.

Tristan no se rio.

—¿Hablas en serio?

—Oh, sí, y tengo los músculos doloridos como demostración. En el sótano hay una habitación grande alfombrada con lo que ellas dijeron era un triple acolchado. Fuera lo que fuese, no era suficiente. En uno de los extremos de la habitación hay un enorme televisor de pantalla plana con un súper equipo de vídeo, y una de esas estanterías con cabida para miles de DVD. Justo en el centro hay una barra de bomberos. Y eso es todo.

—¿No hay ninguna silla?

—Ni una. La señora Wingate dijo que todos los días Lucy escoge un disco de ejercicios diferente, y lo hacen. Tristan, los revisé todos, y no te creerás lo que tienen. Hay todo tipo de bailes, desde el carnaval de Brasil al hula y ballet. Incluso llaman Yoga Dinámico al yoga. Y hasta tienen discos de kickboxing.

—No me puedo imaginar a mi señorita Livie a horcajadas sobre una barra de bomberos. ¿Estás hablando de...?

—Bailarinas de *striptease* —dijo Jecca—. ¡Lo que son capaces de hacer esas mujeres! Me sonrojo solo de pensarlo.

—Bueno... esto —empezó Tristan—, ¿y lo intentaste?

—Por supuesto. Tengo la mitad de edad que ellas, así que pensé que no me costaría mucho hacer lo que hacían ellas. Pero ni de lejos pude llegar a la altura que alcanzaban en la barra. ¡Y haciendo remolinos...! ¡Imposible!

—Me pasan una imágenes maravillosas por la cabeza.

—¿De la señora Wingate? ¿O es Lucy la que ocupa tu imaginación?

Tristan se rio entre dientes.

—Y mañana toca la danza del vientre, ¿no? Crees que quizá pudiera...

—No, no te puedes unir a nosotras.

—¿Estás segura? A lo mejor...

—En la puerta hay un letrero: NO SE ADMITEN HOMBRES.

—Veo que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en el sótano de esa casa.

Jecca se frotó los brazos.

—Mañana voy a estar dolorida.

—Date la vuelta; te daré unas friegas en los hombros.

Ella vaciló.

—No puedo hacer gran cosa con un solo brazo —la tranquilizó.

—Pues parece que has conseguido encontrarte a solas con la chica nueva del pueblo y meterla en la cama contigo, y eso que ni siquiera la has visto.

Tristan se echó a reír.

—Creo que eso es más mérito de tu naturaleza adorable que mío. Ven aquí. Prometo no hacer nada que no deba. A menos que quieras que lo haga, claro está.

Jecca se abstuvo de responder a la declaración, pero se volvió y se movió para acercarse a él. La cama era estrecha además de pequeña, y cuando se puso a su lado, Tris tuvo que poner los pies en el suelo. Si a eso se sumaba el hecho de llevar un brazo en cabestrillo, Jecca se dio cuenta de que estaba bastante incómodo.

Para reforzar su objetivo, Tris soltó un gran suspiro cargado de dramatismo.

—Hasta mí han llegado noticias de cómo sueles salirte con la tuya —dijo ella.

La respuesta fue otro suspiro.

—¡Muy bien! —dijo Jecca, y se inclinó hacia delante para que Tris pudiera subir las piernas y ella colocarse entre ellas de espaldas. Aun así, se negó a apoyarse en él cuando este empezó a masajearle el cuello.

—Esto es fantástico —dijo ella.

—Sí, la región lumbar acumula mucha tensión.

—Lo has dicho como un verdadero médico.

—Eso es lo que soy.

Permanecieron en silencio un momento mientras él le bajaba la mano por la columna vertebral, manipulándole los doloridos músculos de una manera que casi era una caricia. Jecca sintió que se relajaba.

—¿Echas de menos ver a tus pacientes? —le preguntó.

—Sí —admitió Tristan—. Echo de menos tener un trabajo. Esta mañana intenté que mi padre me contara qué es lo que le pasa a cada uno y cómo evolucionan, ¿pero sabes qué me dijo?

—Me lo imagino —dijo Jecca—. Te dijo que ya era médico antes de que tú nacieras.

—O tienes un padre igualito al mío o fuimos separados al nacer.

—Mi padre, Joseph Frances Layton, se niega a escuchar cualquier sugerencia de nadie sobre lo que sea. En una ocasión, le dije que debía desmontar el altar y utilizar ese espacio para poner allí algunas herramientas decorativas. ¿Adivinas que me contestó?

—¿Qué altar?

—Que no. Me dijo que llevaba regentando la tienda desde antes que yo naciera y...

—Jecca, ¿qué altar?

—Ah —dijo—. La ferretería fue fundada en 1918 por mi tatarabuelo, que erigió un altar de madera en honor a los hombres que habían servido con él en la Primera Guerra Mundial. Es el escenario de una batalla donde habían muerto varios amigos. Es bastante grande, y una obra maestra. Tardó veinte años en construirlo. Todo el que lo ve se queda impresionado. Muchos artistas han venido a verlo y fotografiarlo. Es sobre todo *art déco*, pero la talla de las figuras es un poco barroca. Es realmente singular.

»De todas formas, la sociedad histórica local le ha suplicado que ponga el altar en el ayuntamiento, ¿pero crees que mi padre les hará caso? No. Hace dos años seis tablones estuvieron a punto de caerle encima. Si lo hubiera hecho, probablemente lo habrían destruido enterito.

Tristan dejó de masajear.

—Te preocupa tu padre, ¿verdad?

Sus palabras la sobresaltaron; eran muy perspicaces.

—Sí —reconoció—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Escucho a muchas personas que me hablan de sus problemas, y conozco el tono. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Jecca se volvió en redondo, de manera que quedó apoyada en la pared larga. Él tenía la pierna detrás de ella, pero no la movió.

—No sé qué hacer. La esposa de mi hermano quiere que papá se jubile y les pase la tienda.

—Y a ti no te gusta ni un pelo la idea, ¿no?

—Esa tienda es lo único que tiene. Es viudo desde hace veintidós años y...

—¿Ninguna novia?

—Una, cuando yo estaba en séptimo, pero no duró. Tus padres tienen suerte de tenerse uno a otro.

—Mucha suerte —admitió Tris—. Los envidio.

—¿Extrañan vuestro pequeño pueblo?

—Papá sí, pero allí en Florida tiene algún colega, y a los dos les gusta aquello. Y se tienen el uno al otro.

Sus palabras parecían tan cargadas de nostalgia que Jecca le buscó la mano y se la cogió. Pensó que Tristan tenía unos dedos largos, como los de un pianista, o un cirujano, y sonrió.

—¿Siempre quisiste ser médico?

—Siempre —dijo—. Jamás tuve la menor duda al respecto. A mi madre le gusta contarle a la gente que lo único que me aliviaba el dolor de la dentición era el viejo estetoscopio de papá.

Tris mantuvo la mano en la de Jecca mientras ella le palpaba la palma, y luego la muñeca.

—Mañana... —dijo él en voz baja.

—¿Sí?

—Podríamos tener una cita de verdad. Podría recogerte con el coche y salir a cenar.

—¿Y pedir algo delicioso y beber vino?

—Suena bien, ¿no te parece?

Jecca titubeó. Sonaba muy bien, pero también parecía, ay, tan sumamente «corriente».

—A los artistas os gusta cualquier cosa siempre que sea diferente, ¿verdad? —preguntó él.

—No solo que sea diferente, pero a mí sí que me gustan las cosas creativas.

—Muy bien —dijo él—. Nada de citas normales como las demás personas. ¿Pero qué vamos a hacer cuando salga la luna?

—No lo sé. Pensé que quizá Virginia no tuviera luna.

—Virginia es para los amantes, pero no hemos progresado tanto. Por si no querías una cita normal, consulté algunos calendarios lunares.

—¿En serio? —Tristan le agarró las manos—. ¿Y qué decían? —preguntó Jecca.

—Nos queda otra noche de oscuridad, y luego la luna empezará a salir. Hacia el catorce habrá bastante luz ahí fuera.

—Supongo que eso significa que empezaremos a vernos. —Mientras lo decía, miró en su dirección. Fuera, la lluvia se había calmado y en ese momento era lenta y pertinaz, y en la pequeña habitación hacía cada vez más frío. Tris le tiró de la mano, atrayéndola hacia él, pero Jecca se resistió.

—No podemos —dijo ella.

—Soy un hombre muy paciente. —Se recostó contra la pared—. ¿Qué planes tienes para mañana?

—Empezar con mis acuarelas. Kim quiere que haga una serie de doce pinturas para poder utilizarlas en una nueva campaña publicitaria.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—La madre de Kim se lo contó a mi padre cuando fue a la consulta. Él llamó a mamá y se lo dijo, que a su vez informó a Addy y mi hermana me lo contó a mí. Los tambores del cotilleo de Edilean.

—¿Y no te contó nadie lo que voy a pintar?

—A todos nos pareció bien la idea de las orquídeas de Kim.

Jecca soltó una carcajada.

—Todo por consenso. ¿Qué son esas plantas raras que están debajo del banco?

—Paphiopedilums.

—¿Y las de la época de Eisenhower? —Jecca le oyó reírse entre dientes.

—Cattleyas.

—¿Por qué tienes las orquídeas en casa de la señora Wingate?

—Por una pelea con mi padre.

—¡Tienes que contarme eso! A lo mejor me sirve de ayuda con el mío.

—Si descubres la manera de lidiar con un padre que cree que lo sabe todo y que yo sigo mordisqueando un estetoscopio, no dejes de contármela. Por favor.

—Mi padre piensa que no distingo un martillo de orejas de uno para metal. A menos que me envíe a buscar una herramienta. Entonces se supone que tengo que saber lo que quiere, aunque no me lo diga. Quiero saber lo tuyo con tu padre y las orquídeas.

—¿Te importa?, pero se me ha dormido la pierna y me duele el brazo roto. Si te echas hacia el lado, y me pongo aquí, entonces...

Era mucho más grande que ella, y la cama de la casa de muñecas era muy pequeña. No estuvo segura de cómo ha ocurrido, pero en un momento estaba apoyada en la pared, y al siguiente tenía la espalda contra el pecho de Tristan, con las dos largas piernas de este a ambos lados de las suyas. El cabestrillo parecía haber desaparecido con el cambio de posición.

—¡Eh! —exclamó—. Esto no es...

—No te muevas o me harás daño en el brazo. Bueno, ¿por dónde iba?

—Haciendo la jugarreta más fina que me hayan hecho nunca para aprovecharse de mí —dijo Jecca—. Seguro que en el instituto eras el terror de las chicas que llevabas al cine, todo un pulpo.

—Nunca sabían lo que las atacaba. No te creerías lo bueno que soy robando besos.

—¿Ah, sí?

—Sí, y ahora deja de distraerme y permite que te cuente lo de mis orquídeas.

Apoyó la cabeza en él y no pudo por menos que maravillarse de lo que bien que encajaban en el uno en el otro. Tenía la cabeza justo en su hombro, y cuando Tristan hablaba, notaba su aliento en la mejilla.

Tristan le contó su vida en la casa Aldredge con voz suave y profunda y muy masculina. Había un pequeño invernadero en el extremo de la casa, levantado por la mujer que la había construido en la década de 1840.

—¿Vivía allí sola? —preguntó Jecca.

—La historia de Winnie queda para otra noche. ¿Te pesa mucho mi brazo? Puedo moverlo.

—¡Ni se te ocurra! —dijo Jecca. Tenía los brazos inmovilizados por los suyos—. Quiero decir que no, que está bien así.

Tristan le retiró suavemente el pelo con la mano que tenía libre y le dio un beso en la sien.

—¿Por dónde iba?

—No estoy segura —dijo ella. Los labios de Tristan le habían despertado el deseo de besarle. ¿Qué tendría de malo un simple beso?

—Las orquídeas —dijo Tristan, que siguió con su relato. Según parecía, a lo largo de las generaciones los sucesivos Aldredge habían cuidado lo que fuera que cada uno metiera en el pequeño invernadero. Al padre de Tristan le gustaban las bromeliáceas—. ¿Sabes cuáles son? —le preguntó él.

—Ni idea. —Jecca estaba demasiado pendiente del cuerpo que tenía pegado al suyo.

—No son mis plantas favoritas —le aclaró Tris—. Tenía unos nueve años cuando, estando en una tienda con mi madre, vi mi primera orquídea. Una oncidium. Mamá me la compró, y mi padre me dejó que la pusiera con sus plantas.

—Bonito detalle —dijo ella.

—Lo fue hasta que tuve seis orquídeas, que fue cuando me dijo que dejara de comprarlas.

—Y supongo que la señora Wingate y el gran invernadero que construyó su marido acudieron al rescate.

—Así fue.

—¿Ya era viuda?

Tris tardó un rato en contestar.

—Ceo que Olivia Wingate era viuda incluso cuando estaba casada. Su marido era un mal nacido.

—Qué horror.

Tristan se encogió de hombros.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Nunca se volvió a casar?

—Por lo que sé, ni siquiera volvió a mirar a un hombre.

—Posiblemente ella y Lucy sean pareja.

—No lo creo —dijo Tris—. Me gustaría que ambas encontraran pareja. Son unas mujeres muy agradables, y se merecen lo mejor.

Jecca se percató de que volvía a tener la mano de Tristan en la suya. En solo dos días, su mano se le había hecho muy familiar.

—Cuando Kim llegó a casa esta mañana, Lucy salió corriendo de la cocina.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pensé que tú quizá sabrías algo.

—Nada. Lucy trabaja mucho, y no sale demasiado. Procuero ir allí una vez a la semana y ver una película con ellas.

Jecca se echó a reír.

—Seguro que te colman de palomitas con mantequilla, y limonada, y...

—Bizcocho de chocolate, pastel de cereza y tartas de albaricoque con enrejado de almendras. Tengo que hacer cuarenta minutos más de ejercicios para compensar todas las calorías.

Jecca le pasó la mano por el brazo. Era muy musculoso y fuerte.

—No parece que te hayas echado nada de grasa.

Durante un momento permanecieron en silencio, y Jecca tuvo la certeza de

que si él movía la cabeza hacia la suya, no se apartaría. Tris parecía estar dándole vueltas a qué hacer a continuación, y ella contuvo la respiración.

—Es tarde y tenemos que irnos —dijo él de pronto, y entonces se separó rápidamente del cuerpo de Jecca.

Ella tuvo la impresión de que en un segundo habían estado a punto de besarse, y que de pronto los dos estaban de pie.

Sin mediar palabra, la cogió de la mano y la condujo a través de las dos puertas bajas hasta el exterior. Había dejado de llover, y el aire era fresco y limpio.

Todavía sujetándole la mano, cruzaron la oscuridad a un paso que a Jecca la dejó sin resuello. En lo que se le antojaron segundos, se encontraron en el límite del bosque. Una pequeña luz amarilla brillaba en el porche de la casa.

—Tristan —dijo, y le apretó la mano.

Él se acercó pero no la rodeó con su mano libre, como ella esperaba que hiciera; en su lugar, se la puso en la mejilla y entrelazó los dedos en su pelo.

—Jecca —dijo en un susurro—. Me gustas. Solo ha habido otra mujer con la que me haya sentido tan a gusto. Ten paciencia conmigo en esto. No quiero fastidiarla.

«¡Joder!», quiso decir Jecca, que no pudo evitar arrugar la frente. Parecía hablar en serio.

—Por favor, no olvides que voy a regresar a...

Él le puso el pulgar en los labios.

—Ya lo sé. Te marcharás para regresar a Nueva York. Ya he pensado en ello. ¿Pero sabes qué, mi dulce Jecca?

—¿Qué? —preguntó ella en un susurro.

—Que ya soy mayorcito. Y si consigo algo de tu dulzura, podré soportar el dolor de la despedida.

Ella notó que inclinaba la cabeza y pensó que iba a besarla, pero lo que hizo fue acercarle los labios a la oreja.

—¿Mañana al anochecer? —le susurró.

—Sí —respondió ella, y entonces Tristan le soltó la mano y desapareció.

Capítulo 6

TRISTAN estaba enfrascado con su desayuno tras haber decidido hacerse unos huevos revueltos, en lugar de tomarse otro cuenco más de cereales. Pero hacer algo con un brazo solo era difícil. Rompió los huevos en un cuenco y recogió las cáscaras.

Puso mantequilla en una sartén caliente, pero se le quemó porque estaba distraído. No dejaba de mirar la puerta que utilizaba cuando iba a casa de los Wingate. ¿Qué haría Jecca si se presentaba allí a desayunar, como solía hacer antes de que ella llegara?

El día anterior había tenido que inventarse un pretexto para justificar ante las dos mujeres que no se pudiera quedar. Lucy le había creído; le había dado un beso en la mejilla, y dicho que trabajaba demasiado.

Pero la señorita Livie le había mirado igual que lo hacía cuando él tenía doce años y contaba alguna mentira sobre su paradero y lo que hubiera estado haciendo. Ni siquiera su madre le pillaba en las mentiras como lo hacía la señorita Livie.

Supuso que a esas alturas la mujer le habría relacionado con las ausencias nocturnas de Jecca, aunque hasta donde él sabía, la señora Wingate no parecía desaprobador la clandestinidad de sus encuentros.

Se le ocurrió que probablemente pensaría que iban a casa de Tris a follar como locos. Volvió a limpiar la sartén; había quemado la segunda tanda de mantequilla.

Se preguntó qué pensaría la señorita Livie si supiera la verdad, que apenas si había besado a Jecca.

—Lo más seguro es que no me creyera —masculló, y volvió a meter los huevos en el frigorífico. Mejor olvidarse de cocinar; iba a ir al pueblo a desayunar.

Sin pensarlo, cogió el teléfono y llamó a Kim.

—¿Has desayunado?

—Todavía no.

—¿Puedo invitarte a desayunar a Al?

—Esto estaría muy bien. Tengo que contarte algunas buenas noticias.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué? —preguntó él.

—Me lo reservaré hasta que te vea. A propósito, ¿qué te parece Jecca?

—Cada vez que voy a casa de la señorita Livie, tu Jecca está en su habitación. —Era lo más cerca que podía estar de no mentir.

—De todas formas es mejor así, porque ya está pedida. Te veo en Al. —Y colgó.

—¿Qué diantres significa eso? —Le dijo Tristan al teléfono—. ¿Pedida?

A pesar de su discapacidad. Tris estaba en la cafetería al cabo de unos diez minutos, esperando impacientemente a que llegara su prima Kim.

Kim entró sonriendo, le besó en la mejilla y ocupó el banco que estaba frente a él. La cafetería de Al había sido el no va más en la década de 1950, cuando el Chevy del 57 reinaba en las carreteras y Elvis Presley empezaba a hacerse famoso. A la sazón, el lugar había tenido un gran éxito, así que Al —el hijo— no vio ningún motivo para cambiarlo. Los reservados seguían siendo los mismos, al igual que los redondos taburetes del largo mostrador. En la pared de cada reservado había unas pequeñas gramolas en la que uno podía escoger su música. A nadie le importaba que no hubiera ninguna canción posterior a 1959.

—Bueno, ¿qué quieres oír esta mañana? —preguntó Kim, mientras repasaba la lista de éxitos—. ¿B9, «Diana», de Paul Anka, o D8, Jerry Lee Lewis desgañitándose con «Great Balls of Fire»? —Los niños de Edilean se enorgullecían de saberse de memoria los números de catálogo de las canciones.

—Ninguna —dijo Tris, bebiendo su café.

—Alguien está de mal humor —dijo Kim—. ¿Te duele el brazo?

—Los días sin nada que hacer me vuelven loco —respondió Tris.

—Lo siento, aunque me parece que la cosa va a empeorar.

—¿Qué quieres decir? —Tris tenía el ceño puesto.

—Hoy estás gruñón, ¿eh? ¿Qué es lo que te ha puesto de mala leche?

No podía decirle que habían sido sus palabras acerca de que Jecca «estaba pedida».

—¿Cuál es tu buena noticia?

—Reede regresa este fin de semana.

—¿Ah, sí? —preguntó Tris, y sonrió. Llevaba sin ver a su amigo y primo más de dos años. Había sido Kim quien le había pedido que se hiciera cargo de la consulta. Su padre estaba dispuesto a trabajar todo el tiempo que Tris llevara el brazo en cabestrillo, pero su madre se había opuesto. ¡La mujer estaba decidida a zarpar en el crucero que había reservado!

—¿Qué le ha hecho venir antes? —preguntó Tris, desaparecido su mal humor. Reede era uno de los pocos amigos solteros que le quedaban.

—Jecca.

Tris tuvo que reprimir un gruñido. Otra vez el «algo» del que ella había hablado no.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Le conté que Jecca estaba aquí, y me respondió que cogía el primer vuelo que hubiera. Rompió con su última novia hace un par de meses, así que cuando le conté que Jecca estaba aquí se mostró impaciente por verla. ¿No sería maravilloso que mi hermano y mi mejor amiga se enrollaran?

—No supe que se conocieran hasta que me lo mencionaste el otro día. — Cuando le había preguntado a Jecca por su primo, sacó la impresión de que no había nada entre ella y Reede. Y, por lo que sabía, todo aquello era fruto de la muy activa imaginación de Kim. De la abundancia del corazón... Pero ahora le estaba diciendo que Reede volvía antes a casa solo para ver a Jecca.

—Oh, sí —dijo Kim—. La primera vez que vino Jecca fue nada más acabar el primer año de carrera, y se chifló por mi hermano. Pero eso fue cuando aquella idiota de Laura Chawnley le acababa de dejar, y Reede ni siquiera le hizo caso. Me contó que había estado corriendo completamente desnudo delante de ella y que ni siquiera se había dado cuenta.

La camarera se acercó para tomar nota, y eso le dio tiempo a Tris para tranquilizarse. Después de que la camarera se marchara, dijo:

—¿Quieres decir que Reede estaba desnudo?

Kim le contó entre risas la historia de Jecca y Reede en la laguna de Punta Florida y que ella se había zambullido tras él.

—Hace un par de años le pregunté a Reede por lo sucedido... quería oír su versión..., y me dijo que había estado tan alterado por lo de Laura, que no había sabido lo que hacía. ¿Y sabes qué más me dijo?

—¿Qué? —preguntó Tris.

—Que aquel día había estado pensando que quizá le gustaría acabar con su sufrimiento, y que si no hubiera subido desde el fondo de la laguna no habría pasado nada.

—Así que Jecca le salvó la vida.

—Diría que sí —dijo Kim—. Y creo que Reede quiere darle las gracias. Y yo voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que se hagan novios.

—¿No me dijiste que Jecca no quiere vivir en Edilean?

—Ni tampoco Reede. Me temo que el mundo lo tiene atrapado. Jecca sería una esposa perfecta para él.

—¿Esposa? —preguntó Tris con más vehemencia de la que era su intención mostrar—. ¿Cuándo pasaste de que se conozcan a casarlos?

—Ay, hijo, es que hacen una pareja tan perfecta... —dijo su prima, mientras les ponían la comida en la mesa—. Su profesión de pintora es nómada, así que podría acompañarle a cualquier parte.

—Pensaba que trabaja en una galería de arte. Eso no es muy nómada.

—¿Qué pasa hoy contigo y tu negatividad?

—Mi brazo, y quiero que Reede sea feliz. ¿Y esa tal Jecca cómo va a conseguir que lo sea? ¿Cómo va a viajar, si tiene un trabajo a jornada completa en Nueva York?

Kim titubeó.

—Jecca...

—¿Ella qué?

—No le digas que te lo he dicho, ¿vale?

—Sabes que soy el depositario de muchos secretos de este pueblo.

—Sí que lo sé —reconoció ella en voz baja—. Las pinturas de Jecca no se venden. Son fantásticas, fabulosas. Nunca he visto nada mejor, pero solo ha vendido unas pocas. Y su trabajo en esa galería... por cierto, tiene una jefa

despreciable... le ocupa tanto tiempo que no le queda mucho para dedicarlo a su obra.

—Tiene todo el verano para pintar aquí —señaló Tris.

—Espero que sí. Aunque, por otro lado, también espero que Jecca deje ese trabajo horrible, viaje con mi hermano y pinte. ¿Te imaginas lo que haría en África? ¿O en Brasil? Reede ha estado allí dos veces.

Tris bajó la vista hacia su plato. Había comido poco, y la comida se estaba enfriando. Jecca no querría renunciar a una vida así para vivir en el diminuto Edilean. ¿Renunciaría a la posibilidad de pintar a unos guerreros masai por dejar constancia de la feria escocesa local? Ni de broma.

Por otro lado, él no iba a permitir que la ecuanimidad se interpusiera en su camino.

—¿Cómo es tu amiga Jecca como persona?

—Es creativa. Le encanta hacer cosas, desde decorar tartas o hacerse su propia ropa a pintar una habitación. Dice que está deseando que llegue la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La de bienvenida a Reede por volver a casa, claro está. Es el próximo sábado. Estás invitado. Empieza a las seis, pero ven antes para ayudar a papá con la comida. Va a hacer una barbacoa con más de veinte kilos de carne. Colin va a traer...

—¿Cuándo llamaste a Jecca?

—Anoche. ¿Pasa algo? Te comportas de manera muy extraña. Me parece increíble que no hayas visto a Jecca en casa de la señora Wingate. Sueles ir allí cuatro veces al día y...

Tris la cortó. Para responder tendría que mentir, y no quería hacerlo.

—Háblame más de Jecca. ¿Qué consejo le darás a Reede si quisiera conquistarla?

—Que utilice la cabeza y discurra algo diferente para hacer con ella.

—¿Ir a cenar y una película...?

—Jecca se moriría de aburrimiento. Ni te imaginas la cantidad de tíos que iban detrás de ella en la universidad. Tiene algo que gusta a los hombres.

«Sí, sentido del humor, compasión, ganas de pasárselo bien», pensó él. Jecca no era la clase de mujer que se cabreara cuando un hombre la dejaba

plantada en una cena por tener que ir a atender una urgencia.

—¿Alguna proposición matrimonial?

—Cuatro que ella me contara. ¿Por qué me haces todas esas preguntas sobre Jecca?

—Estás planeando ofrecerle esta mujer a mi primo y amigo. Quiero estar seguro de que es merecedora de él. ¿Has pensado en algún plan para que Reede la conquiste?

—Simplemente no ser aburrido —respondió ella.

—¿Y qué es lo que le aburre a Jecca?

—¿Sabes todas esas preciosas barbis con las que sales y que piensan que es suficiente con tener un aspecto fantástico?

Tris asintió con la cabeza; sabía muy bien a qué se refería su prima. Había sido el caso de Heather, que era tan guapa que la gente se paraba en la calle para mirarla. Tris se había colado por ella como todos los demás. Pero solo habían sido necesarias dos citas para que se diera cuenta de lo que la chica esperaba que hiciera por ella. Heather parecía creer que su única obligación en la vida era tener buen aspecto.

—Lo sé —dijo él—. ¿Jecca no es así?

—No. Detrás de su cara bonita hay una persona real. Tristan, ¿qué estás tramando?

—¿Qué quieres decir?

—¡Todas estas preguntas sobre Jecca! No estarás pensando en ir tras ella, ¿verdad?

—Todavía no hemos sido presentados.

Ella lo miró con severidad, tratando de averiguar en qué estaba pensando su primo.

—No lo conseguirás —dijo ella, por fin.

—¿Conseguir qué?

—No pongas esa cara de inocente. Te conozco de toda la vida. Te aseguro que por más que lo intentes no conseguirás a Jecca.

—¿Y por qué no? —preguntó él.

—Porque no es como las mujeres de este pueblo. Necesita algo más que casarse con un médico guapo, irse a vivir a su vieja y destartalada casa y echar al mundo cuatro o cinco hijos. —Kim se dio cuenta de que se iba

enfureciendo—. Mantente alejado de ella. No quiero que nadie le rompa el corazón, como has hecho con todas las demás mujeres que han intentado acercarse a ti.

Tris pensó que si algún corazón había sido roto era el suyo.

—No sabía que hubiera herido ningún corazón.

—Eres tan puñeteramente amable con ellas, que acaban pensando que va a haber más. Eres tan adorable y considerado que las mujeres empiezan a comprar revistas de novias después de la primera cita. Y cuando les dices que se pierdan, acaban destrozadas.

—¿Estás diciendo que no debería ser cortés con las mujeres con las que salgo?

—Creo que deberías ser más honesto. Si no te gustan, díselo. —Kim agitó la mano en el aire—. Esta conversación no va a ninguna parte. Jecca no es para ti, así que te pido por favor que la dejes en paz.

Tristan no pudo evitar que las palabras de su prima lo aturdieran... y le hirieran no poco. ¿Cuántas personas lo consideraban un hombre que rompía el corazón a las mujeres? A su modo de ver, era un buen tío que siempre había sido correcto con las mujeres. Con independencia de lo odiosa, agresiva o banal que resultara ser su acompañante, siempre hacía todo lo que estaba en sus manos para hacerla sentir como si fuera una mujer atractiva.

Oír que su prima, alguien a quien quería, tenía una opinión tan diferente acerca de su comportamiento, fue un duro golpe. Escogió sus palabras con sumo cuidado.

—No he oído más que cosas buenas de tu amiga, y me gustaría pedirle que saliera.

Kim se retrepó en el asiento.

—¡Me cago en la leche! Reede y Jecca tienen un asunto. Mi hermano le está agradecido por ayudarlo en lo que él llama el punto más bajo de su vida. Cuando le dije que ella iba a pasar el verano aquí reorganizó toda su vida para poder regresar tres semanas antes. Llevo años imaginando a Jecca con mi hermano.

—¿Y tan trágico sería que ella se enamorase de otro y se quedara a vivir en Edilean? —preguntó Tris con crispación.

—A ella le gusta este pequeño pueblo, pero no puede vivir aquí —repuso

Kim—. Su familia, su profesión, todo está en otra parte. ¿Qué iba a hacer aquí? ¿Pintar la Punta de Florida trescientas veces? ¿Abrir una galería y oír a los turistas decir lo mona que es su obra? Aunque se enamorase loca y perdidamente de ti, aun así matarías su alma.

Kim se deslizó hasta el extremo del reservado y le miró.

—Tristan, sabes que te quiero. Siempre te he querido. Fuiste el único primo adolescente que prestaste atención a una niña que le gustaba hacer joyas tomando las flores como modelo. Me dejabas que te cubriera con collares de margaritas. Estoy segura de que si sacaras a relucir tu encanto, podrías enamorar a Jecca, pero ¿luego qué? ¿La meterías en tu vieja casa y contemplarías morir su alma? Por favor, no hagas eso.

Como su primo no dijera nada, se despidió de él con un beso en la mejilla y se marchó.

Mientras Tristan se bebía otra taza de café, miró fijamente por la ventana tratando de decidir qué hacer. ¿Respetar la petición de su querida prima o seguir citándose con Jecca?

Lo primero que se le ocurrió fue que no podría soportar no volver a estar con Jecca, no pasar otra noche hablando con ella, riéndose, ¿haciéndose arrumacos? No era algo que pudiera considerar. La noche anterior había acertado el rato con ella porque el ímpetu de su deseo casi le había superado. Pero entonces ya sabía que lo que sentía por Jecca era algo más serio que un mero revolcón en la casa de muñecas. No quería que las cosas fueran demasiado rápido. Cuando hicieran el amor, quería que tuviera más trascendencia que una simple aventura nocturna.

—¿Kim te ha hecho pasar un mal rato? —preguntó Doris, la camarera. Ella, su marido y sus dos hijos eran pacientes de Tris. Cuando su marido se había rebanado el tobillo con un cortacésped, él se lo había vuelto a unir; y cuando la herida se infectó y el hombre se negó a ir a su consulta, Tris había acudido a su casa y le había salvado el pie.

—Sí —dijo Tris—. Vaya que sí.

—¿No hay otra cosa que le guste hacer?

—¿Además de darme un disgusto? —preguntó Tris—. No suele, pero hoy...

—No, si me refiero a ese chica a la que no le gusta Edilean. ¿Es que no

sabe hacer nada aparte de pintar? Y no tiene por qué pintar siempre esas extravagantes flores tuyas, ¿no?

Tristan levantó la vista hacia la mujer, comprobó que el lunar de su cuello no había cambiado y entonces trató de entender de qué estaba hablando.

—Piensa en ello —dijo Doris—. Y no te preocupes, que no diré nada. Jamás oigo las conversaciones privadas. —Le guiñó un ojo, recogió la cafetera y se alejó.

Tris no estaba seguro de a qué se refería Doris, pero le dejó una propina del mismo importe que la nota y se marchó. Sabía que era inútil que fuera a la consulta, porque su padre le diría que se fuera a descansar.

En lugar de eso, se fue al gimnasio que estaba instalado temporalmente en un edificio del centro del pueblo. Solo era para socios, y tenía una llave. No había nadie, lo cual le alegró porque eso le daba la oportunidad de pensar.

El dueño del gimnasio, Mike Newland, tenía algunas taquillas en la parte posterior donde Tris había dejado su ropa de gimnasio. Le resultó difícil desabotonarse la camisa y quitarse los pantalones, y cuando consiguió terminar de desvestirse y vestirse, estaba furioso por lo que Kim le había dicho. Pero al cabo de treinta minutos de ejercicios se dio cuenta de que su prima le había dicho que no hiciera daño a su amiga. A su manera rebuscada, eso era todo lo que había dicho. Y él no tenía derecho a enfadarse por ello.

Pasó dos horas solo en el gimnasio e hizo lo que pudo con un brazo solo. Mientras gastaba energías, su enfado empezó a abandonarle y él empezó a sonreír de nuevo.

Así que a Jecca le gustaba la creatividad, ¿verdad? Los médicos no eran famosos por la suya, aunque pensó que podría conseguirlo.

Consultó su reloj, medio oculto por el cabestrillo. Disponía de varias horas antes de que la volviera a ver.

Capítulo 7

CUANDO JECCA se despertó no era completamente de día, y en lo primero que pensó fue en Tristan y en lo parecidos que eran sus respectivos padres; de hecho, parecían tener mucho en común.

Pensó que eso no era bueno; no podía empezar el día pensando en un hombre, y sin duda no en uno al que no había visto nunca. Tenía que centrarse en la campaña publicitaria de Kim.

Tenía que discurrir algo para unificar las doce pinturas. El nexo podía ser que fueran diferentes clases de orquídeas. Tendría que hablar con Tristan sobre cuáles utilizar. Con una sonrisa, pensó en la facilidad con que el médico pronunciaba los largos nombres latinos de las flores.

Lo cual la llevó a pensar en los labios de Tristan sobre su sien.

—¡Olvida eso! —exclamó, apartando la colcha. Había conseguido pasar veintiséis años sin obsesionarse con un hombre, y no iba a empezar ahora. Siempre le había asqueado cuando Andrea llegaba llorando y diciendo que su vida se había acabado por lo que fuera que le hubiera hecho su último novio.

Hizo la cama, se vistió y bajó. La casa estaba en silencio, y pensó en tomarse un cuenco de cereales y preparar su equipo de fotografía. Pero cuando abrió el frigorífico vio una gran caja de arándanos. La víspera le había entregado a Lucy una breve lista de alimentos que quería, y según parecía la mujer había ido a la tienda.

Sacó la caja de las bayas y decidió que era justo que hiciera el desayuno, puesto que Lucy lo había hecho la víspera.

Cuando las mujeres entraron en la cocina las recibieron unas filloas de

arándanos, embutidos, trozos de melón y zumo de naranja recién exprimido.

—¡Qué sorpresa más agradable! —dijo la señora Wingate.

—Realmente fantástica —abundó Lucy—. Parece que Tristan estaba en lo cierto al pedirnos que te dejáramos vivir aquí.

—Me enteré que lo hizo —dijo Jecca—. ¿Ha estado aquí esta mañana?

—Si hubiera estado, estaría sentado a la mesa —dijo Lucy—. Le gusta tanto comer... Las noches de cine a veces se come tres tozos de tarta.

—Eso es porque parece que podrías echarte a llorar si no se las tomara —bromeó la señora Wingate.

—Me da mucha lástima que viva allí tan solo —dijo Lucy—. ¿Sabes, Jecca?, Tristan es un soltero muy recomendable.

Jecca dejó una pila de filloas encima de la mesa mientras las mujeres se sentaban.

—Interesante idea, pero ¿cómo me iba a ganar la vida en Edilean?

—En mi familia —dijo la señora Wingate—, el marido mantiene a la mujer.

—En la mía también —abundó Lucy, aunque su voz dejó traslucir un dejo de amargura—. Querida Jecca, sigue mi consejo y gánate tú misma la vida.

Cuando Jecca se sentó, paseó la mirada de una mujer a otra. La boca de Lucy era una línea fina y apretada, mientras que la señora Wingate estaba cabizbaja. Pensó que fuera lo que fuese lo que provocaba tanta amargura en Lucy, la señora Wingate estaba al cabo de la calle.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para hoy? —preguntó la señora Wingate, y el pesimismo se disipó.

Mientras comían, Jecca les habló de la campaña publicitaria de Kim.

—Todavía no he decidido qué voy a pintar. Lo lógico sería que fueran las orquídeas de Tris. Pensé que podría hacerlo al estilo de los grabados botánicos del siglo dieciocho, como si se tratara de unas especies recién descubiertas. Esas flores que hay debajo de los bancos son lo bastante raras como para aparecer en una película de terror.

—La *Paphiopedilum* —apostilló la señora Wingate.

—Eso es lo que... —Se contuvo—. Lo que oí.

—Igual que los paisajes CAY —dijo Lucy, refiriéndose a los cuadros del siglo XVIII que habían sido descubiertos en Edilean un año antes.

—Exacto —respondió Jecca—. Aunque, por otro lado, el baile de anoche me dio la idea de algo más exótico, como unos genios, por ejemplo. O unas campanillas revoloteando alrededor. —Hizo una pausa—. Kim había pensado en algún hombre guapo ofreciendo la joya a una mujer invisible.

—Tendrás que convencer a Tristan para que pose para ti —le propuso la señora Wingate.

—A cualquier mujer le encantaría tener alguna cosa que él le ofreciera.

Jecca no pudo evitar reírse.

—No paro de oír hablar de ese hombre, pero nunca le veo.

De repente, la señora Wingate se levantó de la mesa y se fue.

—¿He dicho algo que la ofendiera? —preguntó Jecca.

—Oh, no —dijo Lucy—. Supongo que ha ido a buscar los libros. Hay seis, y los vemos juntas a menudo.

—¿Libros? —preguntó.

Antes de que Lucy pudiera responder, la señora Wingate regresó con media docenas de álbumes de fotos forrados en piel y los dejó en la mesa al lado de Jecca.

—Llevo fotografiando a Tristan y a Addy desde que eran niños.

—Un diez por ciento a Addy, y un noventa al doctor Tris —puntualizó Lucy.

—Eso se debe a que venía a menudo por aquí. Addy y su madre eran una pareja fantástica, pero el padre de Tristan solía estar trabajando, así que... —Se encogió de hombros.

—Así que él se pasaba por aquí —terminó Jecca. Se limpió la boca con la servilleta y abrió el álbum que estaba arriba. Era el más antiguo, databa de 1979. Los fotos eran de un crío de unos dos años monísimo, con el pelo oscuro y unas pestañas negras y tupidas.

—He oído que su sobrina tiene las pestañas como plumas —comentó Jecca.

—Nell es casi tan preciosa como lo era Tristan a esa edad —dijo la señora Wingate—. La niña es una damita de una inteligencia extraordinaria. Hace unas tres semanas que no la veo, así que vendrá pronto. Tristan y ella no soportan estar separados demasiado tiempo. Cuando están juntos son dos verdaderos pillastres.

Había muchísimo amor en el tono de la señora Wingate.

Jecca estaba pasando las páginas del álbum más antiguo. Las fotos de Tristan habían sido tomadas en todas las habitaciones de la casa Wingate. Con frecuencia aparecía con vestidos de marinero o lo que parecían ser unos holgados babis mameluco hechos a mano.

—¿Le hacía usted la ropa? —le preguntó Jecca a la señora Wingate.

—Quizá le hiciera uno o dos —respondió la señora con modestia.

—No dejes que te tome el pelo —terció Lucy, mientras empezaba a recoger la mesa. Cuando Jecca empezó a levantarse para ayudar, Lucy le dijo que siguiera sentada—. Yo lo hago todo con mis máquinas, pero Livie cose a mano.

La señora Wingate sonrió.

—No todo. Monto los vestidos a máquina.

Lucy soltó un bufido de burla.

—Tiene una antigualla, de esas a las que tienes que cambiarle la aguja cuando se rompe.

—¿Y cuándo si no la vas a cambiar? —preguntó Jecca, pero sin levantar la vista de las fotos. Tristan tenía ya unos cuatro años y sonreía a la cámara, y en su gran sonrisa mostraba el cariño por la fotografía.

Como las mujeres guardaron silencio, levantó la vista y vio que ambas la estaban mirando fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tienes que ver las nuevas máquinas de coser que tengo en el taller —dijo Lucy.

—Lo haré. —Volvió a mirar el álbum. Era fascinante ver crecer al hombre con el que se estaba encontrando.

—Me tengo que ir a la tienda —dijo la señora Wingate cuando Jecca abrió el segundo álbum.

—Y yo tengo mucho que coser.

—Hasta luego. —Jecca no levantó los ojos de las fotos.

A eso de los siete años, Tristan había empezado a dar muestras del hombre en el que se estaba convirtiendo. Pelo moreno, ojos azules, mentón y quijada pronunciadas. Parecía como si en todas las fotos estuviera sujetando una rana, un gatito o algún animal. A veces llevaba un viejo estetoscopio colgado del

cuello.

Había varias fotos de Tristan con un joven alto y guapo, que parecía trabajar en el jardín, en las que este estaba lanzando al niño por los aires o dándole un paseo montado en un caballito. Jecca se preguntó quién sería y si su influencia había sido decisiva para alimentar el amor de Tristan por las plantas.

Como artista, Jecca no pudo evitar reparar en que la destreza fotográfica de la señora Wingate había empezado a mejorar a medida que el niño había ido creciendo. En lugar de simples imágenes con unos fondos abarrotados de cosas, lo mostraba inclinado sobre un libro, envuelto en la luz de una única bombilla.

—Mira la Georges de la Tour esta —dijo Jecca.

A partir de ahí empezaron las etiquetas, «Tristan a los nueve años», rezaba una, y se operaron más cambios. Por un lado, las fotos ya no estaban tomadas exclusivamente en el hogar de la señora Wingate. Algunas estaban sacadas en un colegio, donde Tristan aparecía suspendido del puente colgante de un parque infantil, o saludando con la mano mientras se deslizaba por un tobogán; en otra mostraba una sonrisa sin dientes, mientras miraba por la ventanilla del autobús escolar.

En el cuarto álbum ya estaba en la secundaria. Por lo que Jecca pudo distinguir, Tristan Aldredge no había pasado por ninguna etapa difícil, víctima del acné o de un cuerpo desgarrado, o siquiera fuera a causa de la timidez con las chicas; por lo que vio en las fotos, había sido un jovencito muy popular. En todas aparecía riéndose con otras personas de uno y otro sexo: las chicas lo miraban como si fuera un ángel caído del cielo, y los chicos parecían considerarlo un amigo.

Había fotos deportivas —Tristan jugando tanto al baloncesto como al béisbol— y de un bar de bailes.

El quinto álbum era del instituto, y Jecca vio a un joven verdaderamente guapo. Parecía como si la mayor parte de la atención de la señora Wingate se hubiera centrado en los acontecimientos atléticos en los que había participado Tristan. Había una foto adorable en la que estaba acompañado de una chica con demasiado pelo, vestidos ambos para asistir a un baile de etiqueta.

Volvió la página y se quedó boquiabierta, porque allí estaba Tristan con

Kim de niña. Su amiga tenía como unos siete años, y él era un guapísimo adolescente alto y musculoso. Estaban sentados en la hierba en lo que ella reconoció el jardín trasero de la señora Wingate, y Kim estaba engalanando a su primo con flores. El joven parecía plenamente satisfecho, sin mostrar ninguna impaciencia por preferir estar en otra parte.

En la página siguiente, Tris paseaba a Kim sobre los hombros y ella se sujetaba a su cabeza. Los dos llevaban collares, pulseras y tocados hechos con flores del jardín de la señora Wingate. Kim llevaba una gran rosa blanca en el pelo.

Jecca cerró el libro y pasó al último. En su interior, iba a ver a Tristan de hombre, y no estaba segura de si quería hacerlo.

Apartó el álbum, se levantó y se dirigió a la escalera. Subió dos escalones antes de darse la vuelta y volver corriendo a la cocina. Cogió el álbum y se lo llevó al invernadero; verlo en la habitación de Tristan parecía el único sitio adecuado.

El último álbum mostraba más fotos de familia. Allí estaba Tristan en la graduación de la universidad junto a un hombre que solo podía ser su padre; eran como dos gotas de agua, hasta el punto de que supo que estaba viendo a Tristan cuando tuviera cincuenta años.

Titubeó antes de pasar la página. ¿De verdad quería ver cómo era Tristan en ese momento? Aunque sabía que ver una foto de alguien era muy diferente a verla en persona.

Pasó las páginas lentamente y lo vio avanzar desde los dieciocho hasta sus actuales treinta y cuatro años. Era un hombre verdaderamente guapísimo. De más joven parecía uno de los modelos de las vallas publicitarias de Nueva York. Su cara y su cuerpo —que vio en las diversas fotos en las que estaba en la playa— podrían vender lo que fuera a cualquier mujer.

Pero lo que a Jecca le gustaba iba más allá de su aspecto exterior. Había una foto de Tristan en la que parecía estar en África, y otra en Sudamérica.

No habían sido sacadas con la excelente cámara de la señora Wingate, sino con una barata que daba una imagen borrosa. Todo sugería que Tris se las había enviado a la señorita Livie, porque al pie se veía escrito: OS EXTRAÑO A TODOS. La segunda rezaba: ¡A LOS NIÑOS LES ENCANTAN LOS JUGUETES! GRACIAS.

También había una foto de varias personas delante de lo que parecía su consulta de Edilean. Estaban bebiendo champán y se reían. TRISTAN POR FIN TIENE SU PROPIA CONSULTA, estaba escrito en un margen de la foto.

Otra era de Tristan besando a una joven bajo el muérdago de la casa de la señora Wingate, y en otra más aparecían los dos abriendo regalos.

Al final había dos fotos tomadas sucesivamente. La primera era de Tristan en el invernadero, examinando una de sus orquídeas con expresión de preocupación. En la siguiente miraba a la cámara y en su cara empezaba a aparecer una sonrisa; la mirada rebosaba cariño por la fotógrafa.

Jecca cerró suavemente el álbum y lo sujetó contra su pecho. ¡Con razón la señora Wingate adoraba a Tristan! Tener un persona que te mire de esa manera... Bien, una mirada así podía derretir a una mujer.

Se quedó allí sentada durante un rato, sujetando el álbum de fotos contra ella, contemplando las orquídeas de Tristan. Pese a ser un hombre al que jamás había visto a la luz del día, sin duda se estaba enterando de muchas cosas acerca de él.

En ese instante se le antojó imposible pensar en otra cosa que no fuera que quizás él estuviera en la casa de al lado. Todo lo que tenía que hacer era recorrer el sendero que atravesaba el bosque y... ¿Y qué? ¿Comer juntos? ¿Pasar por la embarazosa etapa de hablar sobre dónde habían ido al colegio? ¿De si tenían hermanos? ¿De si trabajaban?

No, prefería encontrarse en la oscuridad e intercambiar secretos íntimos, como aquel sobre la mujer casada de la que Tris estuvo a punto de enamorarse.

Por otro lado, también se habían hecho mutuamente partícipes de toda la información normal y mundana que la gente suele intercambiar cuando se conoce.

Con una sonrisa pensó que solo faltaba la información visual.

Seguía sujetando el álbum contra el pecho, pero se obligó a dejarlo. ¡Ya era hora de ir a trabajar!

Apiló los seis álbumes sobre la mesa de café del salón y subió a coger sus pinturas. Una vez más había perdido la primera luz de la mañana para fotografiar las orquídeas, aunque quizá pudiera pillar la del crepúsculo.

Cuando llegó a lo alto de la escalera oyó el familiar zumbido procedente

de la habitación de Lucy, aunque ese día se le antojó más fuerte. Cuando vio que tenía la puerta abierta no pudo reprimir el impulso de mirar dentro.

Lo que vio la intrigó. Rodeando tres de las paredes había unas vitrinas bajas con diversos tipos diferentes de máquinas de coser encima. En el medio había una enorme vitrina de la altura de una encimera, con estantes y cajones en la parte inferior. En la cuarta pared se abría un profundo armario empotrado, y en su interior vio unos rollos de telas, lisas y estampadas, ordenadas por colores. Un grupo iba del blanco al rosa, otro del rojo al naranja, y un tercero del morado a los azules. Los marrones daban paso al negro y a los blancos estampados.

—¡Aaaaaaah! —exclamó, sintiéndose arrastrada hasta la cueva de los colores.

—Ya me imaginé que te gustaría —dijo Lucy—. Por favor, entra y mira lo que quieras.

—No quiero molestarla.

—No lo haces. Espero que no te importe si sigo trabajando. Intento terminar unos encargos para la tienda.

Jecca fue hasta el armario y pasó las manos por los rollos de tela. La mayoría eran de algodón, del que se utiliza para confeccionar las colchas. Pero también había blancos, crudos y pasteles de las telas más suaves que jamás hubiera tocado. Miró a Lucy con aire interrogativo.

—Batista suiza —dijo Lucy—. Livie solo utiliza las telas más delicadas. La guarnición y el entredós están en esos cajones de ahí abajo.

Jecca abrió uno y dentro encontró unos cartones de lo que parecían los ribetes más llenos de orificios que hubiera visto en su vida. Parecía una diminuta escalera bordeada en ambos lados por una simple tela. Miró a Lucy.

La mujer sostuvo en el aire un vestido de bebé. El motivo escalado había sido cosido cerca de la basta, y Lucy había enhebrado los agujeros con una estrecha cinta rosa pálido.

—Es muy bonito —dijo Jecca, pero su interés seguía puesto en los rollos de telas de colores—. ¿Qué es lo que hace con todo esto?

—No mucho —dijo la mujer. Estaba recortando lo que parecía ser un corpiño minúsculo—. Cuando llegué aquí quise hacer un edredón, así que me compré una máquina, y me volví loca comprando rollos de tela. Pero entonces

empecé a colaborar con la tienda de Livie y... —se encogió de hombros.

—¿Así que no vino aquí para trabajar con la señora Wingate?

—Oh, no —dijo Lucy, pero sin dar más información.

—¿No la conocía antes de venir a Edilean?

—No —respondió la mujer, y su voz dejó traslucir cautela.

Jecca sabía cuándo desistir, y decidió cambiar de tema.

—No estoy segura de quién es un hombre que aparece en el álbum de fotos. Está mucho con Tristan cuando este era niño, pero luego parece desaparecer sin más.

Lucy echó un vistazo hacia la puerta y bajó la voz.

—No lo sé. Es extraño que repararas en él. Yo también lo hice y le pregunté a Livie. Me dijo que solo era el jardinero, pero me lo dijo con una expresión rara.

Parecía que Lucy estaba bastante dispuesta a hablar de la señora Wingate, aunque en lo tocante a sí misma ponía punto en boca.

—¿Y qué le pasó? Al jardinero, me refiero.

—No lo sé —dijo Lucy—. Se lo pregunté a Livie, y dejó de hablar. La verdad es que pareció ponerse muy triste. ¿Te importaría pasarme ese...?

Jecca sabía que quería el alfiletero, así que se lo acercó.

—He oído algunas cosas sobre el señor Wingate.

—Yo también —reconoció Lucy—. No porque Livie me haya hablado de él alguna vez, aunque Armstrong, que es el ultramarinos del pueblo, es un semillero de cotilleos. Era un anciano bastante envarado y bastante mayor que Livie. Siempre tenía muy presente lo que él denominaba su «estatus social» y exigía que su joven esposa estuviera a la altura de las circunstancias.

—Nada de baile de barra, ¿eh?

Lucy sonrió.

—Se le deben de estar removiendo los huesos en la tumba. ¡Dios mío! — Cuando alargó la mano por la encimera para coger su cortador giratorio, Jecca lo cogió.

—¿Le gustaría que le cortara eso?

—¿Sabes hacerlo?

—¿Bromea? Pertenezco a una dinastía de ferreteros. No se ha fabricado una herramienta que no sepa utilizar.

—¡Qué maravilla! Si cortas esos, colocaré el fruncidor.

—¿Y eso qué es? —preguntó Jecca.

Lucy levantó un objeto metálico de aspecto intrincado del tamaño de una pastilla de jabón.

—Esto frunce la tela.

—Esto tengo que verlo —dijo Jecca, y Lucy hizo una demostración. Cuando Jecca estaba en el instituto y se hacía su propia ropa, para hacer los frunces primero había tenido que marcarlos, luego sujetarlos con alfileres, doblarlos unos sobre otros, planchar, hilvanar y finalmente coser. El pequeño accesorio de la máquina hizo todo eso tan deprisa como Lucy pasaba la tela por él—. ¡Es magia!

Jecca se volvió para echar un vistazo a todas las máquinas de la habitación.

—Bueno, ¿qué hacen realmente todas estas cosas? —preguntó.

Cuando Lucy hubo terminado su demostración con la remalladora Baby Lock Evolution, un artefacto que no solo hacía una costura sino que también la ribeteaba, ya era hora de comer. Bajaron a la cocina, se hicieron unos bocadillos y se los subieron para examinar la máquina Sashiko.

Jecca comió mientras escuchaba la historia del bordado y acolchado japonés —del cual tomaba prestado el nombre la máquina—, y vio que esta tenía solo una bobina y carecía de enhebrado superior. Eso significaba que dejaba un espacio vacío entre las puntadas que confería a la costura la apariencia de haber sido hecha a mano.

—En mi mundo «a mano» es una locución de cinco letras —dijo Lucy, y Jecca se echó a reír.

Pegada a la pared más alejada había una enorme máquina encima de una vitrina. Era una bordadora, y Lucy se pasó casi una hora enseñando a Jecca el software donde podía escoger cualquier foto, dibujo o pintura y reproducirlo en él y colores de hilo que le apeteciera.

—Asombroso —dijo Jecca mientras pensaba en las posibilidades que ofrecía la máquina. Había estudiado artes con fibras en la facultad, pero no había pasado de aprender los rudimentos con un telar de cuatro aparejos. Como ocurría en la mayoría de las escuelas de Bellas Artes, se consideraba que un alumno debía empezar por lo más elemental.

Jecca dijo:

—Si el profesor de artes con fibras quisiera utilizar una máquina de coser esta sería de pedal. No le gustaba nada que fuera eléctrico.

—Y esto nos lleva a Henry —dijo Lucy, dando la sensación de que estuviera hablando de un amante.

Se dirigió a la vitrina del centro, hasta una enorme máquina de coser con una pantalla de ordenador incorporada en el brazo. Era una Bernina 830. Lucy le acarició la parte superior.

—Cuando compré a este muchacho, me dio tantos problemas que lo llamé Henry. Solo un hombre puede causar tantos sufrimientos a una mujer.

Jecca soltó una carcajada.

—Pero parece que hayan llegado a un acuerdo.

—El primer año fue difícil. Hasta ocho veces tuve que acarrear de vuelta a la tienda sus veintiséis kilos. Estaba convencida de que estaba estropeada. Y no tiene más problema que la precisión. Si se la enhebra correctamente, tiene la medida adecuada, la aguja correcta y la tensión por arriba y por abajo es la apropiada, Henry puede obrar milagros. ¿Quieres ver mis pies?

Jecca no supo a qué se refería hasta que la mujer abrió un cajón para enseñarle sus cuarenta y dos diferentes pies prensatelas para la máquina de coser.

—¿Y qué demonios hacen? —preguntó Jecca.

—Bien —empezó a decir Lucy, mientras sacaba un rollo de muselina y cortaba como medio metro de tela—, este es un prensatela para hilvanar, y además de hacer aquello para lo que fue diseñado, también realiza un diminuto festón. —Hizo una demostración. Mientras Jecca observaba atónita la hilera festoneada, Lucy dijo—: Y estos son para alforzar...

—¿Alforzar?

Mientras Lucy le mostraba el uso de una aguja doble e insertaba una hebra de algodón perlado en la cresta formada por las agujas, una alarma empezó a sonar.

—Hora del ejercicio —informó Lucy.

—¿Ya son las tres?

—Así es —corroboró Lucy, que echó una anhelante mirada a las telas amontonadas en su gran mesa de cortar. Por pasar la tarde con Jecca, se había

retrasado aún más en su trabajo.

—Si la gimnasia de hoy no me mata, luego la ayudaré —se ofreció Jecca.

—¿De verdad lo haría? —preguntó la mujer—. La ayuda me encantaría, pero la compañía sería aún mejor recibida. Una persona no puede ver todas las películas.

«Ya le vale a la tímida y solitaria Lucy», pensó Jecca.

—Deje que me cambie de ropa y...

—¡Oh, no! —dijo Lucy—. Abajo tenemos ropa para esta sesión.

—¿Se refiere a...?

—Tenemos trajes para la danza del vientre, con velos y montones de monedas de oro incluidas.

Espera a que se lo cuente todo esta noche a Tris, pensó Jecca, y bajó la escalera detrás de Lucy.

Capítulo 8

JECCA ya estaba fuera esperando a Tristan en cuanto la luz se desvaneció. Era la última noche de oscuridad completa, y temió que fuera a ser el último encuentro realmente secreto que tuvieran.

Tenía miedo de caminar demasiado deprisa, no fuera a chocarse con el pesado mobiliario del jardín. En vez de pasar el día con Lucy, quizá debería haber ido a la casa de muñecas, a fin de poder encontrarla más tarde en la oscuridad. Podría haber esperado allí a Tristan.

Oyó un ruido a su izquierda.

—¿Tristan? —susurró, pero no hubo respuesta. Pero entonces sintió que Tristan le ponía la mano en la suya, se la agarraba y tiraba de ella, y Jecca le siguió.

No la condujo por el bosque hacia la casa de muñecas. Quiso preguntarle adónde la llevaba, pero era mayor su deseo de que la sorprendiera.

Cuando dio un traspie, Tris se paró, le levantó la mano para llevársela a los labios y le besó los dedos uno a uno.

—No queda mucho ya —le dijo en un susurro, y caminaron un poco más.

Cuando se detuvieron, Tris la atrajo hacia él, de manera que la espalda de Jecca quedara contra su pecho; ella sentía el brazo del cabestrillo en su espalda.

—Dime qué ves —le susurró Tristan—, pero no utilices los ojos.

Era difícil pensar mientras la estaba tocando, aunque cerró los ojos, aguzó el oído y «sintió».

—Mis otros sentidos —susurró Jecca.

—Muy bien. —Tris le acarició la mejilla con la suya—. ¿Qué oyes?

—Tu respiración, incluso tu corazón.

—Me gusta. ¿Pero qué oyes aparte de mí?

—Ranas —dijo— y agua. Un agua tranquila. No algo pequeño. Un lago o un estanque grande. —Volvió la cabeza hacia él.

—Muy bien. —La besó en la mejilla. No fue solo un besito; notó enteramente la blandura de sus labios. Cuando acercó la boca a la suya, él se apartó.

—¿Los besos son mi recompensa?

Él le acarició el cuello con los morros como respuesta.

—Me das un aprobado alto. ¿Qué es lo que sigue?

—El olfato.

Jecca aspiró lentamente.

—Otra vez tú. Limpieza. Te acabas de duchar y afeitarse. Nada de colonia. —Apoyó la cabeza contra él, con los ojos cerrados—. Conozco tu aliento. Dulce y fresco. Podría encontrarte en medio de una muchedumbre por tu olor y tu aliento.

Tris le puso la cara en el cuello.

—¿Qué me dices de lo que te rodea?

Jecca tuvo que mover la cabeza para sentir el aire nocturno.

—El aire huele todavía a lluvia... —Aspiró—. A Rosas. Están cerca. Y hay... ¿Eso es jazmín?

—Muy bien —dijo él, y la besó a dos centímetros de la boca. Dejó que sus labios se demoraran allí, como desafiándola a que se volviera hacia ellos. Pero Jecca permaneció donde estaba y no se giró hacia él. Si Tris podía resistir, ella también.

—Tacto —susurró Tris.

—¡A ti! —dijo ella—. Noto tu fuerza y calidez en mi espalda, y el bulto duro de tu brazo herido.

Tris se volvió, y Jecca notó que se quitaba el cabestrillo por la cabeza. La rodeó con el brazo, poniéndole la escayola por delante y pegando todo el cuerpo contra ella.

—Te siento —susurró ella—. Tu ropa, tu cuerpo contra el mío. La fuerza de tus brazos me hace sentir segura, protegida. Aunque no vea nada... siento

confianza. Sí. Me siento segura, por estar con alguien en quien confío.

Tomó aire.

—El aire es fresco aunque cálido al mismo tiempo, como si estuviera totalmente mezclado pero quedaran hebras sueltas. Desde el agua sopla una brisa. Me siento bien aquí, en este lugar, contigo.

Cerró los ojos, dejando que la sujetara, disfrutando de la sensación. Repasó mentalmente las fotos de esa mañana, en las que había visto a aquel hombre crecer desde un niño, que apenas arrancaba a andar, hasta un hombre alto y erguido, en un médico. Un montaje de imágenes y colores, de las escenas y sonidos que producían, retozó en su cabeza.

—El gusto —dijo él en un susurro, y la hizo darse la vuelta entre sus brazos para darse el primer beso.

Los labios se encontraron a la perfección. Sin la distracción de la vista, Jecca pudo entregarse al tacto de los labios de Tristan, a la calidez de su piel. Abrió la boca bajo la suya, invitándole a que le metiera la lengua. Le notó contener la respiración cuando ella se volvió del todo entre sus brazos y sus senos le tocaron el pecho. Levantó las manos hasta la nuca de Tris y le hundió los dedos en el pelo.

Él la abrazó con fuerza.

—Jecca —dijo en voz baja.

Jecca jadeó, sintiendo el corazón de Tris latiéndole con fuerza contra el pecho.

—Champán —le dijo él contra la boca.

—¿Qué?

Tristan se separó aunque mantuvo la cara pegada a la suya.

—Tengo champán, cerezas y queso.

Jecca se resistía a rendirse a la sensualidad de Tris. Era demasiado pronto para eso.

—¿De verdad? —preguntó, todavía con las manos en sus hombros—. Eso es fantástico, porque estoy hambrienta. Lucy yo hemos estado trabajando juntas y me olvidé de comer.

Tris le cogió la mano, la guio unos cuantos pasos y entonces la hizo volverse hacia lo que Jecca no dudó era el agua.

—Estoy segura de que este lugar es precioso a la luz del día.

—Lo es —dijo él—. Llevo dando de comer a los patos de aquí desde que era niño.

—Te vi. —Tris estaba a su derecha, y Jecca le oyó mover unas cosas, pero entonces se detuvo.

—¿Cuándo?

—Cuando tenías dos y dieciséis años, y cuando terminaste la facultad.

—Ah —dijo él, y Jecca le oyó reírse—. Así que estuviste viendo los álbumes. A la señorita Livie le encanta hacer fotos.

—Ceo que lo que le encanta eres tú —le corrigió.

—Te puedo asegurar que es recíproco. —Ella le oyó sentarse; él levantó la mano, le cogió la suya y tiró de ella—. El problema con una cena campestre en la oscuridad —dijo Tris— es que no puedes ver dónde te sientas. Aquí hay un gran macetero de piedra en el que apoyarse, pero me temo que tendremos que compartirlo.

—Qué mal que solo haya uno —se quejó Jecca, mientras se sentaba encima de la tela que Tris había extendido sobre el suelo.

—Si quieres apoyar la espalda en algún sitio, tienes que acercarte a mí.

Jecca se movió hacia él pero sin llegar a tocarle.

—¿Qué tal así?

—Fatal para tu espalda. Como médico, no te lo puedo recomendar.

Jecca se desplazó hasta que sus cuerpos estuvieron juntos y sus brazos se tocaban.

—¿Mejor?

Tris alargó el brazo derecho, la rodeó y la atrajo hacia él hasta que la espalda de Jecca quedó apoyada contra su pecho.

—Ahora sí es el respaldo adecuado.

Jecca se rio.

—Pero ¿cómo vamos a comer? Solo tienes un brazo y me estás rodeando con él.

—Ese es un dilema, ¿verdad? —Le puso la mano en un lado de la cara y la besó en la sien, y luego en la mejilla—. Ah, Psique, eres el alimento de los dioses.

Ella empezó a darse la vuelta entre sus brazos, pero golpeó con la pierna un recipiente, que cayó sobre otra cosa. Se incorporó de golpe tratando de

agarrar lo que fuera que hubiera golpeado, y al hacerlo se apartó de él.

—Boicoteado por un bote de encurtidos —dijo Tris, soltando un gran suspiro.

—Pobrecito. —Jecca estaba sonriendo—. ¡Aliméntame, Seymour!

Tris pilló la alusión cinematográfica.

—Así que ahora soy una planta que se come a la gente. —Se enderezó, y ella oyó el inconfundible sonido que hace una botella al ser sacada del hielo.

—Así que has preparado un festín, ¿eh?

—Un poco de esto y un poco de aquello. Puesto que no me dejarás llevarte a cenar, tendrá que servir esto.

—Una cena campestre en la oscuridad con champán. Me gusta mucho más esto que un restaurante.

—Kim dijo que sería así.

—¿Cuándo hablaste con ella?

—La invité a desayunar esta mañana.

Jecca le oyó trastear con la botella de champán; sería difícil abrirla con una sola mano. Alargó la mano para quitársela, pero Tris la apartó.

—Deja que te ayude —dijo ella, pero él puso la botella fuera de su alcance.

No fue hasta el tercer movimiento cuando Jecca se dio cuenta de que él lo estaba haciendo así para que ella le tocara más. Así que se inclinó hacia delante, le pasó las manos por el pecho y puso la cara muy cerca de la suya... y entonces le arrancó la botella.

—Eso ha sido juego sucio —protestó él.

—Estoy sedienta. —Jecca retorció el alambre del tapón, y este saltó. Tristan le puso dos copas de flauta en la mano, y Jecca consiguió llenarlas sin derramar demasiado.

Tris le recorrió todo el brazo con la mano antes de llegar a la copa.

—¿Por qué brindamos?

—Por los besos en la oscuridad —propuso Jecca.

—Perfecto.

Después del primer sorbo, ella dijo:

—¿Dónde está la comida?

—Tenía pensado darte de comer. —Se inclinó hacia ella.

Pero Jecca le puso la mano en el pecho y le apartó.

—Eres prácticamente un inválido, así que me parece que debería ser yo la que te alimente. Aunque puede que no quieras que te dé de comer.

—Ahora que lo dices, llevo todo el día con dolores, así que podría soportar que otro hiciera el trabajo. La comida está a tu izquierda. ¡Huy! Me equivoqué. Eso es mi pierna. La comida debe de estar a tu derecha. A menos que prefirieses...

Sonriendo, Jecca encontró los recipientes y empezó a quitarle las tapas.

—¿Qué delicias gastronómicas nos has preparado?

—Pollo y ensalada, queso y cerezas. Y siento debilidad por los encurtidos.

—Todo me parece maravilloso. —Jecca empezó a palpar a su alrededor en busca de lo que Tris había esparcido por allí hasta que encontró los platos y los cubiertos—. ¿Y de qué estuvisteis hablando tú y Kim?

—De ti. Me dijo que me mantuviera apartado de ti, que perteneces a su hermano.

Jecca dejó de servir el plato.

—¿Le hablaste de nosotros?

—¿No te importa que vaya diciéndole a la gente que eres propiedad de su hermano? ¿Lo único que te preocupa es que la gente no sepa nada de lo nuestro?

Jecca no fue capaz de discernir si hablaba en serio o en broma.

—Sé que Kim siempre ha querido que saliera con su hermano, pero además tenía la impresión de que tú y yo debíamos mantener un secreto.

—No entiendo por qué deberíamos hacerlo —replicó él—. ¿Tú sí? ¿Es que tienes un marido o un prometido en alguna parte?

Jecca consiguió untar queso en una galleta salada, y alargó la mano para encontrar la cara de Tris.

Él le besó el pulgar, y ella le metió el queso y la galleta en la boca.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás preguntando si hay algo entre Reede y yo?

—Porque es eso lo que estoy haciendo —dijo él, masticando—. Kim parece pensar que sois pareja.

Jecca untó más queso, encontró la mano de Tris y le ocupó la mano con la tostada.

—¿Te contó la historia de Punta Florida?

—Con todo lujo de detalles. Hizo que pareciera una gran historia de amor.

—No exactamente. Fue más bien la historia de un joven deprimido y una chica asombrada por la belleza de su desnudez.

Tris se abstuvo de comentar el resumen.

—¿Qué le dijiste a Kim para obligarla a decirte que te mantuvieras alejado de mí? —Jecca le pasó un plato y él se lo puso sobre sus piernas extendidas.

—¿Me creerías si te dijera que lo supuso?

—Claro que sí. No te preocupes por eso. Solo quiere lo mejor para mí.

—¿Y yo no?

—Kim sabe que no voy a vivir aquí, que voy a regresar a Nueva York. Puesto que tu vida está aquí, se preocupa por mí... y también por ti.

—Sé que te vas a marchar —dijo Tris—. Pero me niego a pensar en ello. Creo en lo de disfrutar el momento.

—Yo también —admitió ella, sonriendo—. Quiero preguntarte algo.

—Lo que quieras.

—¿Quién es el hombre misterioso en la vida de Kim?

—No sé a qué te refieres.

—Sophie y yo solíamos hablar de él. Kim siempre estaba buscando a un hombre en internet. Estaba apuntada a varios de esos sitios de búsquedas de personas, de esos en los que pagas treinta y cinco dólares para averiguar la dirección de alguien. Nunca he sabido si llegó a encontrarle.

—No sé nada de eso.

—Pensé que quizá fuera algún chico del instituto que se moviera mucho.

—Yo no lo sabría. Cuando Kim tenía esa edad, ya me había ido a la facultad. Podría preguntarle...

—¡No! —soltó Jecca.

—No quieres que Kim sepa que estás fisgando, ¿eh?

—Exacto —admitió, y permanecieron en silencio durante un rato.

—Quiero saber qué has hecho hoy —dijo él.

—Tu día parece más interesante. ¿Qué más le contaste a Kim sobre nosotros?

—No le conté nada. Tiene un sexto sentido cuando se trata de ti.

—¿Estás evitando decirme que hiciste hoy? ¿Es que hay algún secreto?
Tristan soltó una carcajada.

—¡Me pillaste! Si eres tan intuitiva cuando no puedes ver mis gestos, ¿cómo eres a la luz del día?

—Sigues eludiendo la respuesta.

—¡De acuerdo! —Tris seguía riéndose—. Mi hermana me llamó, y me tengo que ir en avión a Miami por la mañana.

—Ah —dijo Jecca, sin poder creerse lo chafada que la dejó la noticia. Ya no habría más reuniones nocturnas.

—Van a darle el alta en el hospital a su marido, Jake, y voy a ayudarles a volver a Edilean.

—¿Y cómo les vas a ayudar a trasladarse, si solo tienes un brazo?

—En realidad, lo que mi hermana quiere es que cuide de mi sobrina, Nell. Soy el canguro oficial. Mi madre irá en coche desde Sarasota, así que ella y Addy se encargarán de todo. Yo solo le echaré un vistazo a Jake para comprobar que a los médicos no se les haya pasado nada por alto, y luego nos dirán a Nell y a mí que nos entretengamos con nuestras cosas.

—Lo cual he oído que te encanta —dijo Jecca.

—Sí, claro. Nell está abierta a cualquier aventura. Le van a encantar tus pinturas.

—¿Le hablaste de mí? —preguntó Jecca.

—Todavía no, pero lo haré.

Ella sonrió.

—¿Y qué pasa con tus padres y tu hermana?

Tris se tomó su tiempo para contestar.

—Cuando se lo cuente a ellos, el asunto se pondrá serio. Empezarán queriendo saber cosas de tus padres, de tu trabajo, de tus planes para el futuro... querrán saberlo todo.

—¿Siempre quieren saber eso de todas las mujeres que hay en tu vida?

—De las que les hablo, sí —reconoció él—. ¿No te gustaría venirte conmigo y con Nell a pasar una semana o así por ahí, verdad?

Lo primero que se le ocurrió a Jecca es que tenía que trabajar y no salir corriendo con aquel hombre al que había conocido hacía solo unos días. Y además estaba su sobrina, a la que no conocía; serían unas extrañas la una para

la otra. Pero no consiguió decir nada de eso.

—¿Adónde y cuándo?

La sonrisa de Tristan fue tan amplia que Jecca hasta la sintió en la oscuridad.

—Nell quiere ir a visitar a Roan a su cabaña. Es un primo nuestro y...

—¡Qué sorpresa!

—No te rías de Edilean. —Jecca supo que estaba bromeando—. Roan es el último de los McTern, que es la primera familia que se estableció en Edilean, allá por los años 1760.

—¿Y qué hace en esa cabaña?

—Come ardillas y zarigüeyas. Lo normal, vaya. —Como Jecca no dijo nada, Tris se echó a reír—. Roan vive en California y es profesor de filosofía en Berkeley.

—¡Cielos! Un intelectual.

—Algo así. No pensarías eso si le conocieras. Sea como fuere, el caso es que tiene una cabaña en la reserva y va allí siempre que puede. Se ha tomado una año sabático para escribir algo, así que está allí solo.

—¿Y qué está escribiendo? ¿Sobre filosofía de qué?

—En realidad, está escribiendo una novela de misterio.

—¿En serio?

—Sí. Está harto de dar clases, y quiere hacer otra cosa. ¿Nos acompañarás? Roan tiene dos habitaciones. Tú y Nell podéis ocupar una, y entre todos nos repartiremos las faenas culinarias. ¿Te gusta el pescado?

—Me gustaría pintar flores silvestres.

—Es una buena idea —dijo él—. La campaña publicitaria de Kim podría inspirarse igual en las margaritas que en las miltonias. —Se calló para masticar—. Pero te tengo que pedir un favor.

—¿Cuál?

—Sé que si Nell ve tus pinturas, querrá intentarlo ella. ¿Podrías proporcionarme una lista del material que necesitará, para que lo compre mientras estoy en Miami?

—¿Y eso es un favor? ¿Hacer una lista?

—Sí —dijo él—. ¿Hay algún problema?

Jecca se alegró de que no pudiera verle la cara; sabía que debía de estar

mirándole con adoración: la experiencia le había demostrado que cuando un hombre pedía un «favor» no lo hacía para poder ayudar a una sobrinita.

—Ninguno —respondió ella—. Me encargaré de Nell. Al ritmo de trabajo que llevo, puede que acabe dando clases en una escuela elemental.

Tristan no tuvo claro si debía responder a aquello; temía desvelar lo que Kim le había contado sobre que su amiga no vendía lo que pintaba.

—Tengo un par de edificios en el centro, y Roan es propietario de media docena.

—Me alegro por vosotros. —A Jecca le desconcertó su comentario.

—Solo pensaba que a Edilean podría venirle bien un lugar donde la gente pudiera estudiar arte.

—Mmmm. Es una idea —dijo Jecca—. Podría enseñar a los adultos a pintar a sus perros. O quizá debería enseñar a los niños a hacer cerámica. O...

—Entiendo —dijo Tris, echándose a reír—. Pero es que eres todo un desafío para un hombre.

—¿Y eso?

—Para hacer que te quedes tengo que encontrarte una nueva profesión.

Entonces le tocó a ella echarse a reír.

—No creo que eso vaya a suceder de ninguna manera. ¿Con qué frecuencia vas a Nueva York?

—Unas tres veces al año.

Jecca sabía que era absurdo que sintiera que iba a echar de menos a aquel hombre al que nunca había visto, pero lo sintió. Cuando Tris empezó a mover cosas alrededor, supo lo que estaba haciendo: haciéndole sitio para que pudiera apoyarse en él. Esperó, bebiendo el champán a sorbos, hasta que notó que Tris estiraba el brazo.

No titubeó cuando se dio la vuelta y retrocedió entre sus piernas estiradas para apoyarle la espalda en el pecho. Cuando tris levantó el brazo lesionado y se lo deslizó por el cuerpo, fue una sensación familiar para Jecca. Se acurrucó contra él, y durante un rato permanecieron allí sentados en silencio, escuchando el agua y los sonidos de la noche.

—Te voy a echar de menos —le dijo él en voz baja, con la boca muy cerca de su oreja—. ¿Te importa si te llamo mientras estoy fuera?

—Me encantaría que lo hicieras. Así te contaré todo sobre la tortura diaria

aeróbica a la que me someten mis dos damas.

—¿Habéis hecho la danza del vientre esta tarde?

—Ay, sí. A Lucy se le da bastante bien, aunque la señora Wingate y yo jamás pasaremos de ser unas aficionadas.

—Creo que deberías dejarme que hiciera de juez —dijo Tristan—. En mi condición de médico, podría observar y...

—Ni lo sueñes.

Él se rio entre dientes.

—¿Estás deseando ver de nuevo a Reede?

—No puedo pensar en otra cosa. —Al no decir nada Tristan, volvió la cara hacia la suya—. Sé que es imposible, pero pareces celoso.

—Mi chica fantasea sobre.. ¿cómo la llamaste?... «la hermosa desnudez» de otro hombre ¿y se supone que ni siquiera he de ponerme un poco celoso?

—¿Y cuándo me he convertido yo en «tu chica»?

—Hoy, cuando me pasé el día pensando en ti.

—Eso es porque ahora no tienes trabajo. Si no estuvieras incapacitado y tuvieras en qué ocupar tu tiempo, ni me dedicarías un pensamiento. Sería la chica con la que te tropezaste y eso sería todo. Dudo mucho que hubiera habido una segunda y una tercera noche juntos.

—Creo que eso no es cierto —replicó Tristan—. Te olvidas de la foto que tengo de ti. Llevo deseando estar contigo desde que Kim le contó a todo el pueblo que ibas a venir. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto has pintado hoy? ¿O hiciste fotos? ¡Eh! Acabo de caer en la cuenta de que a lo mejor te gustarían las orquídeas salvajes que tengo en casa.

—¿Orquídeas salvajes?

—Las que provienen de la naturaleza, no los híbridos que tengo en casa de la señorita Livie. Tengo licencia de importador, y cuando estuve en Sudamérica compré algunas y las traje conmigo. Han prosperado bien, aunque no fue fácil. Creo que extrañan la libertad y aquellas lluvias tropicales. A las orquídeas no les gusta demasiado que las mimen.

—En Sudamérica —repitió Jecca—. ¿Fuiste como médico? —Estaba jugueteando con la mano del brazo lesionado de Tris, palpándole los dedos, midiéndoselos, comprobando lo cuidadas que tenía las uñas. Tenía unas manos fuertes, como si hiciera algún deporte que exigiera unas manos así.

—Sí —respondió él en voz baja, con la cara muy cerca de la suya—. Procuero ir a algún lugar del mundo al menos una vez al año. Hago lo que puedo por ayudar.

A Jecca le gustó que fuera a lugares a salvar vidas. Incluso le gustó que no alardeara de sus buenas obras.

—¿Te has encontrado alguna vez con Reede en tus viajes?

—Hemos trabajado juntos media docena de veces más o menos. Bueno, él es un verdadero héroe. ¿Te han contado alguna vez que descendió sobre el océano colgado de un cable para salvar a un niño?

—Kim me lo ha contado por lo menos cuatro veces. Enmarcó la fotografía que sacó aquel periodista ese día. ¿Dónde estabas tú cuando ocurrió eso?

—Por allí.

Algo en el tono de su voz le dijo que había estado con Reede.

—¿En el helicóptero o en la orilla?

—En el helicóptero.

—¿Te asomaste fuera del helicóptero, suspendido en el vacío, para cogerle el niño a Reede?

—Más o menos —admitió él—, pero Reede bajó por el cable.

—¿Cómo decidisteis quién bajaría?

—Piedra, papel, tijera —dijo Tristan—. Perdí yo.

Ella le apretó más la mano y sonrió en la oscuridad. Le gustaban los héroes que mantenían sus actos en secreto.

—Sigues sin contarme lo que hiciste hoy —insistió él.

—Y tú también.

Tristan se rio entre dientes.

—No hice gran cosa. Estuve paseando por el pueblo. Le llevé la comida a mi padre, pero estaba demasiado ocupado para comer, así que me marché y volví a casa. Traté de cambiar algunas macetas, pero no se me da bien hacerlo con un brazo.

—Si no estuviera en casa de la señora Wingate, ahora estarías visitándolas a ella y Lucy, ¿verdad? —preguntó Jecca en voz baja.

—Es muy probable. —La besó en el cuello, acariciándole la cálida piel con los labios.

—Cuando regreses... —Jecca no era capaz de pensar teniendo él su boca

en el cuello.

—¿Sí?

Jecca tomó aire.

—Cuando regreses de Miami creo que deberíamos ser más normales.

—¿Normales? —Tris se apartó—. ¿Te refieres que podré presentarte como mi novia a los demás?

—¿No crees que deberíamos esperar hasta que nos veamos mutuamente, antes de adquirir un compromiso tan serio como el de novios?

Tristan le subió la mano por el hombro, le enredó sus largos dedos en el pelo, y le volvió la cara hacia él. La besó lenta y suavemente.

Jecca sintió que su cuerpo cedía ante el de Tris. El aire frío de la noche, el sonido del agua y la calidez de Tristan, lo dulce que sabía, todo hizo que quisiera darse la vuelta completamente hacia él. Deseó que se quitaran mutuamente la ropa, descubrieran totalmente sus cuerpos y hicieran el amor sobre la manta.

—Jecca —le susurró contra los labios.

—Tengo que irme —dijo ella, y se apartó de él.

Él respondió con un gemido.

Jecca se movió para no seguir tocándole. Necesitaba pensar en cosas más corrientes y calmarse.

—Estarás de vuelta el domingo.

Tris tardó un rato en contestar.

—Sí. Al día siguiente de la fiesta.

—¿Fiesta? Ah, te refieres a la de Reede. Casi me había olvidado.

Tris le cogió la mano.

—Jecca, no tengo ningún derecho sobre ti. Si tú y Reede queréis empezar a salir, no me interpondré en vuestro camino.

Jecca sabía que su declaración era muy políticamente correcta y que era lo que debía decir, aunque en parte deseó que hubiera declarado que mataría a un dragón por ella... que en el caso concreto que les ocupaba era otro hombre.

Sacudió la cabeza para aclararse las ideas. No había dragones y no había nada sólido entre ella y aquel hombre.

—Es muy amable por tu parte —dijo—, mientras se levantaba—. Creo que debería volver ya. Si Lucy ve que he desaparecido, se inquietará.

—¿Lucy? —preguntó Tris, levantándose—. ¿No la señorita Livie?

—Ella se muestra... —Jecca titubeó. Después de todo, él era amigo de la mujer.

—¿Distante? ¿Como si una parte de ella viviera en otro mundo?

—Exacto. —Cuando Tris le cogió la mano, sonrió.

Tris la besó en la palma, y empezó a guiarle por el bosque.

—La señorita Livie no ha tenido una vida fácil, y no habla mucho de sí misma a los demás.

—Salvo a ti.

—Ella y yo hemos pasado mucho tiempo juntos. Pero tú y Lucy habéis hecho buenas migas, ¿no?

—Es una mujer interesante —respondió, y durante el resto del camino le habló de las horas que había pasado con Lucy y sus máquinas de coser—. Ver lo que podía hacer me hizo desear haber estudiado más sobre el arte de las fibras.

—Aún no es demasiado tarde.

Y cuando lo dijo, aumentó la presión ligeramente sobre su mano, y Jecca supo lo que le estaba pasando por la cabeza.

—Tal vez debiera volver a la facultad y aprender cómo hacer unos edredones fabulosamente artísticos en casa.

—A mí me parece bien —dijo él, sujetándole la mano con fuerza.

—Buen intento —dijo ella—, pero no, gracias.

Jecca se dio cuenta por la hierba que pisaba que estaban cerca de la casa de la señora Wingate. Sabía que era tarde y que tenía que entrar, aunque no deseaba dejar a Tris. Su intuición le decía que esa sería su última noche secreta juntos. Al día siguiente, él tomaría un avión y estaría fuera varios días. Cuando regresara, sabía que se verían y que se convertirían en una «pareja» como todas las demás, salvo por que ella se marcharía al final del verano.

Dejó de caminar y se volvió hacia él.

—Te deseo que tengas un buen viaje y...

Se interrumpió porque Tristan la atrajo hacia él y dejó caer la boca sobre la suya con toda la pasión que ella estaba sintiendo. Sus lenguas se tocaron, y Jecca inclinó la cabeza como si tratara de acercarse más y más a él.

Deseó hundirse dentro de él, abandonarse al momento. No quería dejar a

ese hombre y aquella noche jamás. El aire, los sonidos, los olores y estar tan cerca de aquel hombre, sintiendo su fuerza, su calidez, todo se unió para hacerla desear que aquello no acabara nunca.

—¿Cuál es tu número de móvil? —preguntó Tris, mordisqueándole la oreja.

—¿Qué? —Jecca no entendió lo que decía. Todo su cuerpo parecía una masa de deseo.

Tris apartó la cabeza.

—Que cuál es tu número de móvil, por si te puedo llamar.

Jecca no pudo evitar soltar una carcajada.

—Aquí me tienes, pensando que este es el momento más romántico de mi vida, y las dulces palabras que me susurras son: «¿Cuál es tu número de móvil?»

Tris la atrajo de nuevo hacia él.

—¿Quieres dulces palabras? —Le puso los labios en la oreja—. Jecca, nunca he deseado a una mujer tanto como a ti. Me gusta todo lo tuyo, desde el tacto de tu cuerpo contra el mío hasta el olor de tu pelo. Pero lo que más me gusta eres «tú». Disfruto de tu humor, de la tranquilidad de hablar contigo, de tu espíritu aventurero. Me gusta lo amable que eres con las dos mujeres, y la facilidad con que dices que ayudarás a mi sobrina. Incluso me gusta que mi prima Kim se convierta en guerrera cuando cree que podrían hacerte daño. Engendrar una amistad así dice mucho en tu favor.

La besó en el cuello.

—Jecca —susurró—. No quiero asustarte, pero creo que estoy...

Ella se apresuró a besarle.

—No lo digas.

—De acuerdo —respondió Tris—. No lo complicaré, y tú puedes seguir creyendo que no soy más que un tío de pueblo que está embelesado con una chica de la gran ciudad.

Cuando se apartó, le soltó la mano.

Jecca le gritó su número de teléfono. Cuando empezó a repetirlo, él le dijo que lo recordaría siempre. Ella regresó riendo a la casa.

Capítulo 9

JECCA subió de puntillas la escalera para ir a su dormitorio. La puerta de Lucy estaba cerrada y no se oía ningún ruido en la casa. Confió en que las dos mujeres no hubieran reparado en que una vez más había vuelto a estar fuera hasta tarde.

Cualquier duda que hubiera tenido se esfumó cuando vio algo apoyado en su almohada. Era el libro de instrucciones del software de bordado de Lucy. Se duchó rápidamente, se puso la camiseta con la que le gustaba dormir y se acurrucó en la cama.

Después de la romántica velada que acababa de pasar con Tristan, lo último que deseaba era leer el manual de un software. Se puso las manos detrás de la cabeza, miró al techo y empezó a revivir cada segundo. La voz de Tris, su cuerpo, sus labios besándole la nuca.

Cuando su móvil zumbó, pegó un brinco. Lo avanzado de la hora le hizo pensar que la llamada era de su casa y que alguien había tenido un accidente. La identificación de llamada le mostró un número desconocido con un código de zona local. Respondió con indecisión.

—No estás dormida, ¿verdad? —preguntó una voz que se le había hecho familiar.

Sonrió.

—Empezaba. ¿Y tú?

—Estoy tan despierto que tanto me daría irme ahora al aeropuerto.

Ella conocía esa sensación. La suavidad de las sábanas en sus piernas le hizo desear que él estuviera allí.

Tristan bajó la voz.

—Bueno, ¿y qué llevas puesto?

—Lo normal. Seda negra.

Tristan gimió.

—Llevo una de las viejas camisetas de fútbol de mi hermano.

—¿Corta?

—Para mi hermano no, pero tengo las piernas algo más largas que las tuyas, así que me queda muy corta.

—¿Intentas liquidarme? —Tris no dijo nada durante un rato—. ¡Ahora jamás me dormiré! Pero, dejando eso a un lado, te llamaba por un motivo.

—¿Cuál? —Jecca estaba sonriendo de oreja a oreja. Era agradable ser deseada por ese hombre.

—Quiero pedirte que me hagas otro favor.

—¿Más listas?

—No. ¿Te importaría echarle un vistazo a mi casa mientras estoy fuera?

—Claro que no —respondió—. Me encantaría. —Mientras Tris le contaba dónde tenía escondida una llave, pensó en lo mucho que le gustaba la idea de ver el interior de su casa. Y le encantó la idea de ver la casa de muñecas en la que habían pasado juntos una de sus noches sin luna.

—¡Oye! ¿Verdad que te gustaría ayudarnos a Nell y a mí a escoger los colores para pintar la casa de muñecas?

—Me puedo resistir a lo que sea excepto a los colores. ¿Alguna preferencia?

—Ninguna.

—¿Y Nell no tendrá alguna, ya que es su casa de muñecas?

—Buena idea —dijo él—. Le hablaré de ti, y las dos podéis hablarlo mañana.

—¿Quieres que hable con ella?

—Por supuesto. ¿Por qué no?

A Jecca no se le ocurrió un motivo para no hablar con Nell, aunque ya se estaba preguntando cómo iba a hablar con una niña a la que no había visto nunca.

—Bueno, de verdad, ¿qué es lo que llevas puesto? —preguntó él.

—Una bata de cirujano.

—Me encantan esas cosas. No tienen espalda.

Ella se rio.

—Eres terrible, ¿lo sabes?

—A veces. Mejor échate a dormir. Mi avión sale muy temprano. ¿Me extrañarás?

—Sí —respondió ella—. Te extrañaré.

—¿Te puedo traer algo de Miami?

—¿Qué tal uno de esos tíos cachas de playa?

—¿Y qué tal si te compro un nuevo bikini y posas para mí?

—Es posible. ¿Puedo nadar en tu piscina?

—Puedes nadar en mi bañera. Conmigo.

Jecca soltó una carcajada.

—Buenas noches, Cupido.

—Buenas noches, Psique.

Jecca apagó el móvil con una sonrisa y se acurrucó bajo la colcha. Sí, iba a extrañarle.

A la mañana siguiente se despertó temprano sintiéndose pletórica de energía. Lo atribuyó a que por fin iba a conseguir trabajar en sus acuarelas, aunque lo que tenía en la cabeza era ver la casa de Tristan y la casa de muñecas.

No queriendo que la señora Wingate y Lucy sospecharan, mantuvo la calma durante el desayuno. Hizo huevos revueltos con pimientos verdes, mientras Lucy preparaba unas salchichas. La señora Wingate hizo las tostadas y puso la mesa.

Jecca no quiso que se notara que tenía prisa, aunque la comida pareció prolongarse indefinidamente. Cuando salió por la puerta, con su equipo portátil bajo el brazo, prácticamente echó a correr por el sendero que conducía a la casa de Tristan.

No fue difícil encontrar la casa de muñecas. El camino que llevaba hasta allí había sido trillado por generaciones de Aldredge, y Jecca lo recorrió a toda velocidad.

La primera visión que tuvo de la casa de muñecas le produjo una mezcla de placer y terror. El placer se debió al hermoso diseño del edificio. Era como una casa victoriana en miniatura, con columnas labradas en el diminuto

porche y un reborde en bajorrelieve que rodeaba el empinado tejado. La casita provenía inequívocamente de otra época.

El terror se lo produjo el hecho de ser la hija de Joe Layton. De niña, acompañaba a su padre a los solares en construcción para entregar cargamentos de madera y herramientas. Había seguido a su padre, las manos llenas de lápices y un viejo conejito de juguete, y escuchado a los hombres examinar los defectos de un edificio. Cuando cumplió los nueve, podía mirar una casa y decir las reparaciones que eran necesarias.

En ese momento vio que la preciosa casita de muñecas necesitaba ser restaurada urgentemente. Un canalón estaba suelto, las tejas rajadas, las ventanas necesitaban ser selladas, los goznes de las puertas estaban a punto de salirse. Y a menos que estuviera equivocada había un par de sitios donde los hongos habían podrido la madera.

Además del trabajo que había que hacer, la pintura estaba agrietada y levantada; en algunos sitios la madera carecía por completo de ella.

—Esto no está bien —se dijo, mientras giraba el pomo de la puerta delantera y se agachaba para entrar.

Se alegró al comprobar que el interior estaba en mucho mejor estado que el exterior, aunque aun así necesitaba alguna reparación. Tiempo atrás, las paredes interiores habían estado pintadas de un precioso color crema. Pero ahora mostraban las marcas del uso de años. Había unos pocos muebles tamaño infantil, todos caseros, cubiertos por unas fundas gastadas y desvaídas que alguien sin experiencia había cosido a máquina.

—Lucy lo haría mejor —dijo.

Durante un momento permaneció dentro, mirando el lugar y recordando cómo la había guiado Tristan en la oscuridad.

Cuando echó un vistazo alrededor vio un par de lámparas. Se volvió y vio un interruptor junto a la puerta, y se echó a reír. Si hubiera querido, Tris podría haber iluminado el lugar para su encuentro.

Se alegró de que no lo hubiera hecho.

A la derecha había una puerta. Se agachó de nuevo antes de entrar en un pequeño cuarto que contenía una cama infantil empotrada en un resalte de la pared. Era como un gran mirador, y estaba cubierta con una colcha deshilachada por los años de uso y los lavados.

Durante un momento solo pudo pensar en las horas que había pasado acurrucada con Tristan en aquella cama. ¡Qué dulce recuerdo!

Regresó fuera y rodeó la casa de muñecas; realmente necesitaba algunas reparaciones antes de poder pintarse. Incluso entonces, habría que quitar capas viejas, raspar y lijar antes de poder aplicar la pintura nueva.

Abrió el maletín del material, sacó la cámara y empezó a hacer fotos. Hizo algunas tomas generales de la construcción, pero también muchos primeros planos de los lugares que necesitaban ser reparados.

—A papá le daría un ataque —dijo en voz alta. Para su padre, aquel sería un edificio histórico, y le parecería que dejarlo pudrir de aquella manera era una injusticia. Jecca se lo imaginó diciendo que el propietario debería ser encarcelado. ¡Su padre se tomaba muy a pecho la conservación de lo histórico!

Dejó la cámara y sacó el cuaderno de dibujo. Tenía que hacer algunos dibujos del edificio desde diferentes ángulos para poder probar diversas variaciones de color. Cuando conociera a Nell, pensaba mostrarle varias posibilidades para pintar la casita. Se imaginó utilizando colores propios del bosque, verdes y marrones rojizos. O podría utilizar colores de la tierra, ocres claros y cremas. También podrían funcionar los colores primarios infantiles.

Tardó un par de horas en hacer los bocetos. Eran sencillos, aunque mostraban la casa desde distintos ángulos. Tendría que fotocopiar los dibujos para luego poder colorearlos de diferentes maneras. Lucy tenía una fotocopidora en su apartamento, aunque para utilizarla tendría que revelar lo que estaba haciendo.

Echó un vistazo a la izquierda y pensó en lo cerca que estaba la casa de Tristan. Fascinada por la casa de muñecas, casi se había olvidado de su promesa de cuidar la casa. Encontró la llave de la que Tris le había hablado en la preciosa rinconera del salón de la casa de muñecas.

Recogió sus cosas y echó a andar por el sendero que había recorrido solo de noche. Había algunas ramas caídas, y las apartó. Tris le había dicho que con el brazo escayolado no podía mantener limpia la zona.

Cuando llegó a la casa, se detuvo para contemplarla. A su izquierda había un lago verdaderamente maravilloso; el agua era de un verde azulado oscuro, muy tranquila, y en su superficie nadaban los patos.

Avanzó un par de pasos y vio que un poco más adelante había una pequeña isla no lejos de la orilla, comunicada con esta por uno de aquellos puentes arqueados que se curvaba hacia arriba y se reflejaba en el agua que pasaba por debajo.

La artista que llevaba dentro se quedó tan paralizada por la belleza de lo que contemplaba, que durante un momento fue incapaz de moverse. Si viviera allí, haría construir un pequeño pabellón en la isla, un lugar al que pudiera ir a pintar o simplemente a estar tranquila. Lo vio todo en su imaginación.

Tardó un rato en poder apartar la mirada, y entonces vio las dos grandes columnas de piedra donde ella y Tristan habían cenado. Al contrario de lo que él le había dicho, había dos, lo que significaba que no habría sido necesario que Jecca se apoyara en él. Pero se alegró de haberlo hecho.

No pudo abstenerse de la costumbre de mirar la casa con ojo de constructor. Había algunos sitios hundidos, pero todo lo que podía ver estaba en mucho mejor estado que la casa de muñecas.

Si no hubiera visto tantas casa antiguas en su vida habría tenido problemas para encontrar la puerta. La parte delantera, que daba al lago, tenía unos grandes espacios acristalados, y ninguno de ellos se abría desde fuera.

La casa tenía forma de L, y en el recodo de la L estaba la puerta. Utilizó la llave para abrirla, y entró en un vestíbulo. Puesto que todo estaba completamente cerrado, el vestíbulo estaba a oscuras, y encendió las luces... lo que no fue de gran ayuda. Parecía haber pasado algún tiempo desde la última modernización de la instalación eléctrica.

Delante de ella había una escalera, y a la izquierda una puerta. La abrió para dejar a la vista un pequeña sala de reconocimiento médico amueblada en la década de 1950 con un mobiliario esmaltado en blanco. Había un par de viejos librillos de cerillas metidos bajo la pata de una de las altas vitrinas.

Cerró la puerta sacudiendo la cabeza y atravesó el salón. Los espacios destinados a la cocina, el comedor y la sala de estar formaban entre todos una habitación larga, y todos andaban necesitados de ser transportados al siglo veintiuno.

Se dirigió a uno de los extremos de la habitación y pensó que si aquella fuera su casa —que por supuesto jamás lo sería— lo único que no tocaría sería la chimenea. A un lado había una pequeña placa de madera en la que

había sido tallado un retrato de Tristan. O de un antepasado, pensó, puesto que la talla parecía bastante antigua. Dedicó varios minutos a admirar el talento de quien fuera que la hubiera esculpido.

Al otro lado del vestíbulo se abría otra habitación, una especie de cuarto familiar. También estaba necesitado de una actualización, porque lo único nuevo era el enorme televisor.

Subió la escalera y se asomó a dos dormitorios que parecían haber sido decorados muchos años atrás y permanecido así desde entonces. Una de las colchas estaba medio desvaída; parecía como si el sol llevara cayendo de la misma manera sobre la colcha desde hacía mucho tiempo.

Recorrió un corto pasillo y abrió una puerta que daba a lo que sin duda era el dormitorio de Tristan.

Como el resto de la casa, la habitación daba la impresión de no haber sido renovada durante una o dos generaciones. Pero aun así, había algo en ella que indicaba que era una estancia querida.

Frente a ella había una cama de matrimonio con una colcha lisa de color marrón. A la izquierda se abría un armario empotrado, y a la derecha las grandes puertas de cristal que daban al balcón. Giró la falleba y salió. La vista a través del lago cautivaba los sentidos. Podía verlo todo, incluida la isla y el precioso puentecito. El lago tenía forma de lágrima, y el extremo más estrecho daba paso a lo que parecía un arroyo. Le entraron unas ganas tremendas de recorrer el lago y seguir la corriente de agua hasta donde llevara.

Volvió a mirar la habitación. Estaba muy limpia y ordenada, y se preguntó si era el natural de Tris o si la habría ordenado por ella.

Había una pequeña estantería abarrotada de libros de Medicina, y sobre la mesilla de noche se acumulaban varias revistas científicas.

—¿Ningún *Playboy*? —dijo en voz alta, sonriendo.

Se sentó en el borde de la cama y sintió un irresistible impulso de tumbarse. Extendió los brazos, cerró los ojos y se preguntó cómo sería estar allí con Tristan. Podrían sentarse fuera, en el balcón, y comer cruasanes y frambuesas; podrían hacer el amor sobre aquella gran cama y dejarse caer sobre el suelo alfombrado.

Allí tumbada, mientras su mente creativa elucubraba sobre todo lo que podrían hacer, se fijó en una pequeña mancha del techo. ¿Era una grieta? Tal

vez fuera consecuencia de una gotera del tejado. ¿Cuándo habrían renovado el tejado por última vez?

Cuanto más lo pensaba, más ganas le entraban de saber la causa de la mancha. Se puso de pie encima de la cama pero no pudo tocarla. Fueron necesarias varias acrobacias, pero cuando volvió a ponerse de pie encima de las almohadas apiladas, colocó un pie sobre el cabezal y alargó la mano todo lo que pudo, consiguió tocar apenas la mancha con las yemas de los dedos. No era una mancha, sino un diminuto trozo de papel que, al tocarlo, cayó revoloteando sobre la cama.

La cabeza de Jecca se llenó de las diferentes posibilidades de que un trozo de papel hubiera acabado pegado en el techo. La más pujante era que Tris hubiera follado con alguien y... ¿Y qué?, se preguntó. ¿Que el papel saliera volando?

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas y cogió el trozo de papel. Lo escrito estaba en una letra tan pequeña, que apenas lo podía leer.

J, te extraño. T

No pudo reprimir la sonrisa. Era vergonzoso que él hubiera sabido que iba a fisgonear por toda la casa, incluido su dormitorio, aunque al mismo tiempo la hizo reír. Se metió el papel dentro del sujetador y decidió echar un vistazo al interior del armario empotrado.

Tristan tenía un vestuario más bien escaso, aunque todo de buena calidad. Parecía tener solo un traje bueno... y un esmoquin. Eso la impresionó. Si alguna vez llegaba a tener su propia exposición individual en Nueva York, tal vez Tristan pudiera ponerse el esmoquin.

Pero entonces se recordó que eso sería en un futuro más bien lejano, y que para entonces Tris probablemente estuviera casado con alguna chica de su pueblo y tuviera un par de hijos.

La idea le hizo arrugar el entrecejo.

Miró por el cuarto hasta que encontró unas tarjetas, de las que rompió una en seis pedazos. En cada uno escribió un texto a modo de coplilla, nada importante, solo para arrancarle una sonrisa a Tris.

T y J sentados en un árbol...

T♥J♥T

Cuando los seis trozos tuvieron algo escrito, los introdujo en los bolsillos del vaquero limpio y planchado de Tris. Reservó el de los corazones para meterlo en el bolsillo del esmoquin.

Bajó sonriendo en busca de las orquídeas de Tris; no las había visto en su primera ronda.

Había un anticuado invernadero en el exterior del salón. Aunque el de la casa de la señora Wingate era precioso, también era una estancia muy ordenada, pensada para ser disfrutada, con unos sillones preciosos para poder sentarse rodeado por las hermosas plantas de Tris.

Pero el invernadero de su casa era más natural, y parecía como si las orquídeas hubieran sido sacadas directamente de la jungla. Algunas de las flores tenían unos tallos largos que iban disminuyendo de tamaño desde la base, y otras parecían más insectos que plantas. Y los colores variaban desde el blanco immaculado a unos púrpuras que casi resultaban repulsivos.

Mientras daba una vuelta, tratando de mirarlas todas, pensó que casi se podían oír los tambores de la jungla. Y sus dedos le hormigueaban por la impaciencia de ponerse a reproducir aquellos colores en sus pinturas. Tris había estado en lo cierto al decirle que encontraría lo que necesitaba para los anuncios de Kim entre las orquídeas de su casa. ¿Cómo las había llamado? Orquídeas salvajes; nada de híbridos, sino sacadas directamente de la selva.

A la hora de comer, se le habían ocurrido tantas cosas que hacer que no sabía por dónde empezar. Pero encabezando la lista estaba llamar a Kim. Ya era hora de que le hablara de Tristan.

—¡Jecca! —exclamó su amiga en cuanto descolgó—. Te iba a llamar en este preciso instante. Tengo que ir a Tejas. Por favor, pregúntame por qué.

—Picaré. ¿Por qué?

—Neiman Marcus quiere hablar conmigo de la posibilidad de exhibir algunas de mis joyas en sus tiendas.

—¡Eso es fantástico! —dijo Jecca—. Me dejas impresionada, de verdad. ¿Cuándo te vas?

—En cuanto consiga un vuelo. La reunión es mañana por la tarde. Me va a acompañar mi secretaria, y ahora nos vamos a hacer el equipaje.

—¡Entonces, vete!

—Sí, pero... —Kim titubeó—. Sé que soy la que te trajo al campo, pero

ahora me preocupa que estés allí con dos viejas por toda compañía. Nadie te ha visto en el pueblo, así que te debes de estar volviendo loca de aburrimiento. ¿O es que no paras de trabajar?

—No me aburro lo más mínimo —le aseguró—. Kim, cuando vuelvas, tenemos que hablar.

—¿De Tristan?

Jecca contuvo la respiración; a veces su amiga casi parecía una vidente.

—Sí, de Tris.

Kim se tomó su tiempo antes de responder.

—Jecca, no quiero veros desgraciados a ninguno de los dos. Os quiero a ambos, pero tengo que prevenirte acerca de él.

A Jecca se le erizaron los pelos de la nuca.

—¿Prevenirme?

—Sí. Tristan es la persona más agradable del mundo. Su verdadero yo es ese trato maravilloso que tiene con los pacientes.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Lo malo es que es tan dulce con la gente, en especial con las mujeres guapas, que estas tienden a pensar que está enamorado de ellas.

Jecca había tenido justo la sensación que Kim le estaba describiendo.

—Pero no lo está, ¿verdad?

—No —dijo Kim—. Supongo que podría estarlo, pero no estoy segura de que se haya acercado siquiera.

Jecca pensó en lo que Tris le había contado sobre la mujer casada de la que casi se había enamorado. ¿Era ella el premio de consolación? Como no podría tenerla, ¿había escogido a la siguiente chica que apareció en el pueblo? Trató de quitarse semejante idea de la cabeza.

—Kim —dijo—, Tris sabe que me iré cuando termine el verano. Solo somos... amigos. —No añadió que eran unos «amigos que se besaban».

—De acuerdo —dijo Kim—. Sé que eres lo bastante inteligente para hacer lo correcto, pero Tristan es muy seductor.

Jecca vaciló.

—Supongo que lo que estás diciendo significa que siempre invita a la gente a acompañarle a él y a su sobrina a la cabaña de Rowan.

—¿Rowan? —preguntó Kim—. ¿Te refieres a nuestro primo Roan?

—Eso. Así se llama.

—¿Vas a ir con Nell?

—Sí. Kim, me estás poniendo nerviosa. ¿Hay algo malo en esa invitación? ¿Debería rechazarla?

—No —dijo Kim—. Solo que jamás había oído que Tristan hubiera dejado que ninguna mujer se acercara a su preciosa sobrina. Siempre mantiene a sus ligues al margen de su familia.

—Eso es porque su familia... —Jecca no terminó la frase—. ¿Qué crees, que es bueno o es malo que vaya? —Valoraba en mucho la opinión de su amiga.

—No lo sé —reconoció Kim—. Tris ha sido otro desde que se rompió el brazo. A veces pienso que cambió cuando Gemma llegó al pueblo.

—¿Gemma?

—Vino a Edilean a hacer cierta investigación, y acabó casándose con Colin Frazier, aunque pasaba mucho tiempo con Tris. El pobre Colin estaba tan celoso que todos en el pueblo creyeron que él y Tris acabarían pegándose... lo que no habría sido una buena cosa, puesto que Colin pesa unos cuarenta y cinco kilos más que Tris.

Jecca tuvo miedo de decir algo por temor a traicionar lo que Tris le había contado confidencialmente. Oyó que alguien llamaba a Kim a gritos.

—Tengo que irme o perderé el avión. Jecca, decidas lo que decidas, te apoyo. Lo sabes, ¿verdad?

—Siempre —respondió—. Y también sé que hemos compartido demasiadas cosas como para no dar nuestra opinión.

—No te habrás dejado engatusar por la buena presencia de Tristan, ¿verdad? —preguntó su amiga.

Jecca no pudo evitar la risotada que se le escapó.

—Nunca le he visto. Le he besado y hemos hecho tantas manitas que podría dibujar las tuyas, pero jamás le he visto la cara.

—Esa es una revelación tan seductora que me siento tentada de quedarme solo para escuchar la historia. —De nuevo alguien gritó su nombre—. ¡Puñetas! Mi secretaria y mi ayudante me van a atar y llevarme a rastras. Te llamaré esta noche y me lo cuentas todo.

—No —replicó Jecca—. Esta historia hay que contarla en persona. Te

veré en la fiesta de Reede, ¿no?

—Pues claro. Ojalá... —Bajó la voz—. Ahora sí que se están enfadando. Te llamaré en cuanto regrese. Adiós.

Jecca se despidió y colgó. Después de la llamada pasó algún tiempo pensando en lo que Kim le había contado de Tristan. No había dicho nada malo; en realidad, todo lo contrario. Parecía que Tristan era un tío realmente agradable. Y lo único que pasaba es que nadie conocía sus verdaderos sentimientos.

Se recordó que entre ellos no había un sentimiento profundo. Solo iban a pasárselo bien, y eso era todo.

Sacó sus dibujos de la casa de muñecas y estuvo pensando en dónde debería hacerlos fotocopiar. Pedirle a Lucy que le dejara utilizar su fotocopidora era lo más fácil. Podría mentir y decir que había visto la casa de muñecas en el bosque y que la había intrigado, pero nunca se le había dado bien mentir.

Era un fastidio tener que conducir hasta donde fuera para encontrar una fotocopidora, pero era lo que iba a tener que hacer. Ya estaba a punto de salir de su dormitorio cuando sonó el móvil. Era Tristan.

Se sentó para atender la llamada.

—He visto tu casa —dijo, a modo de saludo.

—¿Te gustó?

Decidió decir la verdad.

—Es el sueño de cualquier contratista.

Tris se echó a reír.

—¿Por qué crees que mis padres me la vendieron y se mudaron a una casa en la playa en Florida? Mi madre era de la opinión que el lugar debía ser derribado.

—Solo el interior —dijo Jecca—. El exterior y ese lago... es el mismo paraíso.

—Eso me parece a mí —dijo Tris—. ¿Qué color de bikini quieres? Hoy he visto algunos preciosos.

—¿Encima o fuera de las chicas?

—Siempre los miro en los cuerpos de las chicas —respondió él con solemnidad.

Jecca soltó una carcajada.

—Me refería fuera de las chicas pero en una percha en la tienda.

—¿A eso te referías? —respondió él, provocador—. Debí de entender mal. ¿No verías la casa de muñecas por casualidad?

Jecca soltó un sonido de lamento.

—Si mi padre estuviera aquí, te denunciaría a alguna asociación de casas históricas.

—Sí, sé que está mal. Llevo tiempo con la intención de hacerla arreglar, pero he estado ocupado.

—¿Salvando vidas?

—Me gusta pensar que sí —dijo él—. Nell quiere hablar contigo.

—Cuando vuelvas, hablaré...

—No. Ahora. Está aquí, y me está mirando igual que su madre. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —aceptó Jecca, aunque no tenía ni idea de qué decirle a una niña de ocho años. ¿Debía hablar de caramelos? ¿Poner voz de niña?

—¿Has visto mi casa de muñecas? —preguntó sin ambages la voz infantil de Nell. No parecía nada inmadura.

—Sí, la vi —dijo Jecca—. Es muy bonita.

—Necesita un carpintero.

—¡Eso es justo lo que pensé!

—Le dije al tío Tris que un día se me va a caer el techo encima.

—¿Y qué te dijo?

—Que se ocupará de eso cuando tenga tiempo, pero nunca lo tiene.

—Hay que hacerlo ya —convino Jecca—. Tienes razón en que el sitio no es seguro. ¿Quién me puede ayudar a encontrar un buen contratista?

—Le preguntaré a mamá.

—Buena idea. Ella puede... —Jecca oyó caer el teléfono; según parecía, Nell no estaba dispuesta a perder el tiempo e iba a ir a preguntar en el acto. Jecca sonrió; siempre le habían gustado las personas que tomaban decisiones rápidas y actuaban en consecuencia de manera inmediata. Oyó que recogían el teléfono.

—Nell dice que vas a supervisar la rehabilitación de la casa de muñecas —dijo la voz de una mujer adulta.

—¿Eres la hermana de Tristan?

—Perdona —dijo la mujer—. Sí, soy Addy. Es tal el desorden que hay aquí que he olvidado mis modales.

—Lo entiendo —la tranquilizó Jecca.

—Respecto de la casa de muñecas...

—Ah —dijo Jecca—. La estuve viendo, y está en bastante mal estado.

—Muy malo. Llevo muchísimo tiempo dándole la lata a Tris para que la haga arreglar, pero siempre está demasiado ocupado.

—Supongo que sí. Como médico del pueblo...

—Esa es la eterna excusa de los Aldredge. Se ha utilizado durante generaciones. ¿Te gustaría el trabajo? —preguntó Addy—. No me refiero a que tengas que hacer el trabajo de verdad, pero Tris dice que sabes mucho sobre construcción y diseño, así que quizá podrías supervisar todo.

A Jecca le complació que Tristan hubiera contado a su familia tantas cosas buenas de ella, pero no estaba segura sobre lo de actuar como contratista.

—¿Te gustaría o no? —preguntó Addy antes de que pudiera responder. Parecía como si quisiera librarse urgentemente del teléfono.

—Supongo que podría —contestó Jecca—, pero necesito un buen albañil. Puedo supervisar las cosas, aunque tengo que...

—Le diré a Bill Welsch que te llame. Su abuelo construyó la casa de muñecas allá en la década de 1920, así que te echará una mano. Y otra cosa.

—¿Sí?

—No te conozco de nada, pero, por favor, no dejes que Tristan y mi hija te convenzan para añadir un establo para un poni.

—¿Y qué hay de las gallinas? —preguntó Jecca, queriendo hacer un chiste. Como Addy guardó silencio, pensó que a lo mejor la había ofendido—. No era mi intención...

—Tú, Nell y Tristan os lo pasaréis bien juntos —dijo Addy—. Perdona por las prisas, pero tengo aquí a los de las mudanzas y tengo que asegurarme de que solo embalen lo que tienen que embalar.

—Por supuesto —dijo Jecca—. Supongo que te conoceré cuando regreséis.

—Puedes estar segura de eso —dijo Addy, y se fue.

Fue la voz de Tris la que surgió en la línea a continuación.

—¿Te ha asustado mi hermana? —preguntó.

—Un poco —reconoció sinceramente Jecca.

—No hagas caso. En persona aún es más dura de lo que parece.

Jecca soltó una carcajada.

—¿Así que tú y Nell planeáis utilizarme para conseguir un poni?

—En realidad, no. Nell es partidaria de empezar pidiendo lo máximo a su madre, y luego ir bajando hasta conseguir lo que realmente quiere.

—Parece una actitud inteligente. ¿Y qué es lo que quiere realmente Nell?

—Arreglar la casa de muñecas.

—¿Y por qué no has contratado a alguien para que lo hiciera?

Tristan soltó un gemido.

—¡No, tú también no! Me siento traicionado. Ay, no. Addy me está llamando, así que habla con Nell.

Se oyeron ruidos al pasar de mano en mano el teléfono, y luego la voz infantil de Nell dijo:

—Pascua.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jecca.

—El tío Tris me dijo que me preguntaría de qué colores quiero que se pinte la casa de muñecas, y la quiero igual que los huevos de Pascua en una cesta.

Jecca repasó mentalmente los colores mientras hablaba.

—Azules, melocotones, rosas claros, amarillos, adornos de marrón dorado como el de la paja de la cesta. Y verde claro para la hierba. Tendremos que añadir un poco de canela para los ojos de esos pequeños pájaros de malvavisco amarillos. ¿Te parece bien?

Nell contuvo la respiración.

—Perfecto.

—Colorearé un par de dibujos y te los enseñaré cuando regreses. Podemos examinarlos, y decidir cuál te parece mejor. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Nell con una voz que apenas fue poco más que un susurro.

—Y otra cosa, Nell. Esto es solo una opinión, pero creo que deberíamos hacer el interior al mismo tiempo, para que todo combine. Lucy puede ayudarnos a hacer las cortinas y las fundas de los muebles, y haremos un

edredón para la cama. ¿Qué te parece?

—Es... es... ¡Me encanta! —exclamó la niña, y entonces se oyó el ruido del teléfono al dejarlo caer.

—¿Hola? —llamó Jecca.

—Soy yo —respondió Tris—. ¿Qué le has hecho a Nell? —Jecca le repitió lo que había dicho, y Tris se echó a reír—. Nell acaba de ver el paraíso terrenal. No estoy seguro de dónde le viene el rasgo, pero tiene un temperamento artístico. Addy es muy práctica, y a Jake prácticamente solo le gustan los coches.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Jecca.

—¿Yo? Me inclino por las cosas que están heridas.

—¿Y dónde me deja eso a mí? —preguntó ella, con voz provocadora.

—Si soy Cupido, eso significa que eres tú la que me ha herido —dijo él, haciéndola reír—. Tengo que irme. Addy quiere que saque a Nell de casa porque está hablando a gritos como una locomotora sobre... ¿Es una máquina de coser como la de la señorita Lucy lo que le está pidiendo a su madre? ¿Y para qué necesita ella una máquina de coser? Jecca, ¿qué has hecho?

—Ese es un secreto entre Nell y yo.

—¿Ah, sí? Me gustaría saber más, pero Addy me está haciendo señas con los brazos.

—Parece que fueras tú el que le tuviera miedo a tu hermana.

—Ello lo intenta, pero cuando la miro ve a un niño con un pañal empapado y las narices llenas de mocos. ¿Te puedo llamar mañana?

—Sí, claro —dijo Jecca—. Y puede que tenga que hablar con Nell de los colores.

—He abierto las compuertas, ¿eh?

—Creo que sí. Nell y yo vamos a pintar el pueblo... o una parte de él, en cualquier caso. Y otra cosa, Tristan.

—Aquí estoy —contestó él, en un tono insinuante y seductor.

—No te lles hoy a Nell y le compres una máquina de coser. Espera hasta que haya hablado con Lucy.

Tristan hizo un ruido que era mitad carcajada, mitad gemido de dolor.

—¿Estás averiguando demasiadas cosas sobre mí! ¿Es que ya ha desaparecido el misterio?

—Llevas «misterio» escrito en la cara. Me parece. Tal vez. Adiós, Cupido.

—Adiós, Psique —respondió él, con una carcajada.

Capítulo 10

CUANDO colgó después de hablar con Tristan estaba tan impaciente por empezar a seleccionar los colores para la casa de muñecas que no quiso perder tiempo yendo en coche a ningún sitio. Llamó a la puerta de Lucy y le preguntó si podía utilizar su fotocopidora.

—Por supuesto —dijo Lucy, sin apenas levantar la vista de lo que estaba cosiendo.

Jecca se dirigió a la gran máquina y marcó que quería diez copias del primer dibujo. Mientras esperaba, sus ojos se vieron arrastrados hacia lo que había bautizado como la «cueva de los colores» de Lucy; el gran armario empotrado, lleno de cientos de metros de tela plegados en ordenados cuadrados, la invitaba seductoramente a entrar.

—¿Puedo?

—Por supuesto. Si estás pensando en empezar a hacer colchas, sé donde puedes conseguir tela. Barata.

Sabía que Lucy estaba de broma, pero comprársela a ella era una buena idea. Pasó la mano por las telas, pensando en los colores de Pascua, imaginando qué colores lisos y estampados irían con los que había pensando para el exterior.

—¿Te puedo ayudar a encontrar algo? —preguntó la mujer. Había abandonado la máquina para acercarse a Jecca.

—¿Sabe cómo revestir cosas?

—¿Te refieres con martillo y tachuelas?

—No —le dijo—. Fundas.

—Probablemente necesitaría un patrón, pero creo que puedo hacerlo.

—¡Fantástico! —exclamó Jecca cuando recogió las copias, y empezó a dirigirse a la puerta.

—¿Te veo a las tres? —le gritó Lucy cuando se marchaba.

—Venga a recogerme —respondió Jecca, dirigiéndose a su habitación a toda prisa.

—Hoy vamos a hacer...

—No me lo diga, o saldré corriendo del espanto —le gritó Jecca por encima del hombro, mientras se dirigía a la mesa de dibujo que había instalado. Utilizó unos puntos adhesivos para sujetar la primera fotocopia sobre el tablero y empezó a colorearlo.

Cuando Lucy llamó a su puerta, le pareció increíble que fuera la hora de ir a gimnasia. Se cambió de ropa a toda prisa y salió corriendo detrás de Lucy. La señora Wingate ya estaba esperando abajo. Una hora más tarde, estaban sudorosas de bailar la samba, o al menos Lucy y Jecca transpiraban copiosamente; la frente de la señora Wingate tenía un ligero brillo, pero eso era todo.

Subieron a la cocina para poner a calentar el agua para el té. En los pocos días que Jecca llevaba allí, las tres mujeres habían establecido una rutina. Jecca sacaba los bocadillos mientras Lucy cortaba la fruta, y la señora Wingate procedía a realizar un elaborado ritual para hacer el té. En pocos minutos, la bandeja estaba cargada y Jecca la transportaba al invernadero, seguidas por las dos mujeres.

Jecca se estaba devanando la sesera sobre lo que quería hacer con la casa de muñecas. ¿Y si utilizaba un azul oscuro para las tejas? ¿Podría introducir ese color con las columnas rosas del porche? ¿O debía utilizar tejas de cedro de color natural? ¿Serían demasiado oscuras para los colores de Pascua que quería Nell?

—Jecca, querida —dijo la señora Wingate, trayéndola de vuelta al presente—, ¿cuándo nos vas a contar lo tuyo y lo de Tristan?

Jecca estuvo a punto de atragantarse con el té.

—Yo, esto...

—Si se supone que tiene que ser un secreto, nos ocuparemos de nuestros asuntos —dijo Lucy, lanzando una mirada de reproche a la señora Wingate.

—En otras circunstancias, estaría de acuerdo, pero llevaba años sin ver a Tristan tan contento —aseveró la señora Wingate sin apartar la mirada de Jecca.

—¿Les ha hablado él de nosotros?

—No —reconoció la señora Wingate—. Pero como es natural, he hablado con él y con Nell por teléfono. Y con Addy.

—Y Tristan ha dejado de visitarnos —continuó Lucy—, y tú has estado fuera todas las noches hasta tarde. No fue un misterio muy difícil de resolver.

Jecca no encontró ningún motivo para seguir guardando el secreto.

—Se tropezó conmigo. La noche que llegué, antes de conocerlas a ustedes, me quedé dormida en la tumbona, y Tristan chocó con ella y aterrizó encima de mí.

—¡Por Dios! —dijo Lucy.

—No ocurrió nada —las tranquilizó—. Se portó como un perfecto caballero, pero fue una circunstancia llamativa.

—Qué mala suerte —murmuró Lucy—. Con lo bonito que habría sido un arrebató de pasión a la luz de la luna.

—Esa noche no había luna —terció la señora Wingate, que miraba a Jecca tratando de saber—. ¿Te parece guapo Tristan?

Jecca trató de controlarlo, pero supo que se había puesto roja.

—No le he visto. Vi sus fotos, pero nada más.

Ni Lucy ni la señora Wingate dijeron esta boca es mía. Se limitaron a retrepase en los sillones, con las tazas del té en la mano, mirando a Jecca con una expresión que decía que «tenía» que contarles la historia.

Al cabo de veinte minutos, la comida había desaparecido de los platos y Jecca les había contado todo. O al menos, la mayor parte. Se ahorró las partes de los besos.

—¡Qué interesante! —dijo la señora Wingate.

—¡Qué romántico! —añadió Lucy.

—Así que ahora Addy me ha pedido que supervise la rehabilitación de la casa de muñecas. Me dijo que me va a ayudar un hombre. No recuerdo su nombre, pero su abuelo fue quien construyó la casa de muñecas.

—Bill Welsch —dijo la señora Wingate, que pareció quedarse pálida. Hasta dio la impresión de que podía perder el conocimiento.

—¿He dicho algo que no debía? —preguntó Jecca.

—No, claro que no —dijo la señora Wingate cuando se levantó. Las manos le temblaban cuando empezó a recoger la mesa.

Jecca miró a Lucy inquisitivamente, pero la mujer se limitó a encoger los hombros. Tampoco tenía la menor idea de lo que estaba pasando.

Cuando Lucy y Jecca llegaron a la cocina, la señora Wingate parecía haberse recobrado lo suficiente para animarla a que aceptara la reparación de la casa de muñecas.

—Tristan lleva tiempo queriendo que se haga, pero no ha tenido tiempo. —Consultó su reloj—. Y hablando de tiempo, tengo que regresar a la tienda para sustituir a mi ayudante. —Se dirigió a la puerta a toda prisa.

Jecca miró a Lucy.

—¿Han sido imaginaciones mías o se ha...?

—¿Alterado al mencionar a ese hombre?

Las dos mujeres intercambiaron miradas.

—Le preguntaré a Tristan —dijo Jecca—, y luego se lo contaré.

—Vale —dijo Lucy—. Y yo te diré lo que averigüe.

Subieron la escalera y volvieron al trabajo.

A la hora de la cena, Jecca había terminado cuatro posibles proyectos para pintar la casa de muñecas, y tenía tres más en la cabeza. Lucy dijo que prepararía la cena, así que Jecca volvió a su mesa de dibujo. Pero entonces recordó que no había hablado con su padre desde hacía días, así que le llamó. Además, era la persona a la que más deseaba contarle que le habían encargado la restauración de un edificio.

En cuanto oyó la voz de su padre, supo que el hombre estaba de capa caída, y conocía la causa: la Guerra de Sheila.

—Me está volviendo loco —se quejó Joe Layton—. Quiere empezar a vender cortinas. ¡En mi tienda! Tiene una tía que las hace en el sótano de su casa, y saben donde encargar más de esas cosas.

Lo dijo de una manera que pareció que Sheila quisiera vender drogas al lado de los destornilladores. A decir verdad, Jecca pensó que diversificar las existencias parecía una gran idea, pero no estaba por la labor de decírselo así a su padre; este solo prestaría oídos a nuevas ideas cuando se relajara y estuviera de buen humor, lo cual no era en ese momento. Sheila era una

persona «combativa»; si alguien decía algo que no le gustaba, le plantaba cara. Jecca la había visto tenérselas tiesas con hombres que la doblaban en tamaño sin ningún temor. Le gustaba ese rasgo de su cuñada, salvo cuando el hombre era su padre.

—Bueno, quizá... —empezó a decir Jecca con prudencia.

—Te lo juro por Dios, si dices que debería vender cortinas en mi ferretería colgaré el número de tu móvil en la página web de tu instituto. Y empezarás a recibir llamadas de aquel tal Lawrence, ese muchacho que te seguía por todas partes.

—Papá, puedes llegar a ser realmente cruel —le replicó, aunque le alegró que su padre estuviera olvidando su enfado—. ¿Quieres oír lo que he estado haciendo?

—Por supuesto. Lo que sea, con tal de olvidarme de la mujer de tu hermano. Si no fuera la madre de mis nietos, le diría a Joey que se deshiciera de ella.

—No serviría de nada. Joey está loco por ella.

—Tal vez tengas razón. Bueno, cuéntame cuántos cuadros has hecho. ¿Terminaste los anuncios para Kim?

—La verdad —empezó Jecca—, es que todavía no he pintado ninguno.

—¿Por qué no? ¿Has decidido convertirte en una de esas crías que no terminan los proyectos?

—Papa, no soy una cría y en este momento estoy pensando qué hacer. Tengo muchas alternativas. ¿Vas a dejar de sacar a pasear tu cabreo con Sheila y escucharme o no?

—De acuerdo, lo dejaré. ¿Qué es lo que vas a hacer?

Jecca hizo una pausa para darle suspense, y luego empezó a hablar lentamente.

—Me han encargado la rehabilitación de una casa de muñecas construida en la década de 1920. —Como había esperado, su padre se quedó sin habla durante un instante.

—¿De verdad?

—Sí —le aseguró, y entonces le contó lo del pequeño edificio, que estaba al lado de la casa de la señora Wingate y que el propietario le había pedido que supervisara el proyecto, en especial la parte de la pintura.

—¿Y cuánto te pagarán?

—¡Nada! ¿Es que no sabes pensar más que en el dinero? Lo voy a hacer por amistad.

—Creía que tu única amiga en ese pueblucho era Kim. ¿Es suya la casa de muñecas?

—No, es de un familiar.

—Bueno, pues cóbrale a ella. No regales tu talento.

—A él. El dueño de la casa de muñecas es un hombre.

—Ah —soltó Joe—. Bueno, ahora estamos llegando al fondo del asunto. Así que es él. ¿Y tiene hijos?

Jecca echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un momento. No sabía cómo lo había hecho, pero una vez más su padre había averiguado lo que ella no quería que supiera.

—Papá... —dijo, y sacudió la cabeza.

—¿Qué? ¿Es que un padre no puede preguntar? ¿Quién es ese hombre? ¿Está casado y con hijos y te pide que andes por ahí en pantaloncito corto por el bosque y le pintes su casa de muñecas? A mí me huele mal.

De nuevo su padre la estaba obligando a defenderse de sus actos.

—Es el médico del pueblo, tiene treinta y cuatro años, jamás se ha casado y la niña es su sobrina. ¿Ya estás contento?

—Mejor así —dijo Joe—. Bueno, ¿y en qué está pensando ese al encargarle un trabajo así a una chica?

—¡Porque estoy cualificada! —respondió, exasperada—. Por eso. Papá, me estás poniendo de los nervios.

—Solo cuido de ti, nada más. Rechazas un trabajo remunerado para Kim por trabajar gratis en la casa de muñecas de un sujeto, así que me preocupo, eso es todo.

Jecca sacudió la cabeza en silencio. Era mejor cambiar de tema.

—¿Quieres que te hable de mis compañeras de piso? Me están enseñando a bailar en la barra.

—¿Qué? ¿Saben que estás trabajando para un tipo que jamás se ha casado?

Jecca levantó la mano. ¿Cómo conseguía hacer su padre que el no haberse casado nunca pareciera algo malo?

—Papá, te lo juro por Dios...

—Vale, vale, entonces cuéntame cómo vas a empezar una nueva carrera como bailarina de *striptease* para los hombres que tienen casas de muñecas.

Le costó un rato despegar a su padre del teléfono, y le prometió enviarle fotos y fotocopias de sus bocetos.

—Haz que Sheila te enseñe a recuperar un correo electrónico.

—Sé todo lo necesario sobre correos electrónicos —dijo el hombre—. Supongo que esa casa de muñecas significa que no volverás pronto.

—No durante algún tiempo, pero una cosa.

—¿Sí?

—Yo también te quiero —dijo ella, sonriendo.

—Sí, ya —respondió su padre, enfurruñado, y colgó.

Cuando cortó la comunicación, Jecca arrugó el entrecejo. La verdad es que su padre parecía deprimido. Oyó que Lucy la llamaba desde abajo, y se fue a cenar.

Capítulo 11

DURANTE los días siguientes Jecca no paró de trabajar. Quería tener una presentación adecuada del trabajo para cuando Tris y Nell regresaran el sábado.

Se pasó horas en la casa de muñecas, dibujándola minuciosamente y tratando de imaginar el aspecto que tendría con los diferentes colores. Jamás había hecho una decoración de interiores. Los dos pisos en los que había vivido en Nueva York habían sido poco más que unos lugares a los que iba a dormir. Entre el trabajo de camarera y los intentos por vender su trabajo, y más tarde el trabajo en la galería, jamás había dispuesto del tiempo —ni del dinero— para pensar en su propio piso.

Pintó uno de los dibujos de la casa con los colores de Pascua, y logró conferirle tal autenticidad que pensó que de un momento a otro iban a empezar a saltar conejos por las ventanas. Pero luego también experimentó con otros colores, tomando como modelos las «damas pintadas», las casas victorianas de San Francisco.

Cuando tuvo seis diseños con los que se sintió satisfecha, se los enseñó a Lucy.

La mujer se tomó su tiempo para examinarlos, y se detuvo en la casa de Pascua.

—Vi un lino de Beatrix Potter que sería perfecto para las cortinas de esta.

—¿De qué color?

—Azul muy claro sobre blanco nieve.

Jecca sonrió al oír la respuesta. La precisión en describir los colores

revelaba el temperamento artístico de la mujer.

—Eso significaría que tendríamos que tener unas fundas azules con un ribete en amarillo.

—Y un ribete azul oscuro en las cortinas. ¿De qué color tendrían que ser las paredes?

Las dos mujeres se miraron y dijeron al unísono:

—Amarillas.

Lucy sonrió y dijo:

—Ve a quitarte la pintura de la cara. Tenemos que ir de compras.

—Pero ¿qué pasa con su costura? —preguntó Jecca—. ¿No tiene encargos pendientes?

—A montones. ¿Qué tal si esta noche te enseño a utilizar la fruncidora? Y me puedes hacer unos veinte metros de cortes al bias para el ribete francés.

—Me parece fantástico —dijo Jecca, mientras salía corriendo hacia su cuarto de baño.

Después de que Lucy llamara a la señora Wingate para decirle que no asistirían a la gimnasia de las tres, fueron a Telas Hancock, en Williamsburg. Los conocimientos que Lucy tenía de costura eran tremendos, y todo lo que Jecca pudiera imaginar, ella sabía cómo hacerlo.

Hablaron sin parar mientras examinaban cintas y adornos, muestras y botones, hilos y material. Consiguieron muestras de varias telas. Jecca se echó a reír por la afectación de la mujer al hablar de las máquinas.

—Está Bernina y está Baby Lock, y se acabó —dijo Lucy—. No hay nada que esas dos empresas no hagan, y lo hacen mejor que nadie.

Jecca la seguía a todas partes, sonriendo.

Después de salir de la tienda de telas, se permitieron un té vespertino en el Williamsburg Inn. Mientras estaban sentadas en el precioso restaurante, contemplando el maravilloso campo de golf, Lucy consiguió que Jecca le hablara de su vida. Cuando le dijo que su madre había muerto siendo ella niña, Lucy alargó la mano por la mesa y le cogió la suya.

—Yo y mi padre nos quedamos solos.

—Y tu hermano —añadió Lucy.

Jecca le dedicó una media sonrisa mientras se comía un diminuto pastel con tres capas de chocolate.

—Supongo. Pero Joey siempre ha sido autosuficiente. Es más como una sombra de papá que él mismo. Y ahora que Sheila está en medio, todo ha cambiado.

—¿Sheila es la novia de tu padre?

—Peor aún. Es la esposa de Joey. —Hizo un gesto con la mano—. Todo esto es un aburrimiento, nada más que los problemas familiares normales. Nada diferente y sin duda nada interesante.

—Jecca, me paso todo el día sentada delante de mis máquinas con la televisión por única compañía. Me interesa hasta la vida amorosa de un caracol.

Jecca se echó a reír.

—De acuerdo —empezó—. Digo que Sheila es combativa porque...

—No ve la hora de decirle a los demás que solo su opinión es la correcta y lo único que importa.

—¡Pero si la conoces! —bromeó Jecca.

—A alguien parecido. Bueno, ¿y qué es lo que ha hecho?

—Quiere que mi padre deje el negocio familiar —dijo Jecca—. Quiere que Joey deje de ser la sombra y se convierta en el jefe.

Jecca siguió hablando, contando con pelos y señales todo lo que había cambiado en la familia desde que Sheila había pasado a formar parte de ella. A veces Lucy hacía algún comentario, pero la mayor parte del tiempo hizo aquello que tanto se ignora en la sociedad moderna: escuchó. Y no lo hizo solo por educación, sino que prestó toda su atención a Jecca. Escuchaba con la cabeza y con el corazón.

—Tu pobre padre —dijo Lucy—. Debe de parecerle que su hijo y su nuera lo quieren ver muerto.

A Jecca se le cortó la respiración, porque la mujer había expresado en palabras lo que llevaba tiempo sintiendo y no había querido decir en voz alta.

—Creo que tiene razón. —Bajó la voz—. No creo que Sheila le odie, pero si papá se muriese mañana, creo que ella sentiría que sus vidas podrían progresar.

Una vez más Lucy le puso la mano encima de la suya.

—No seas tan dura con ella. Es una madre que cuida de sus hijos y les está labrando un futuro. Cuando tengas tus propios hijos, lo entenderás. Harás

cualquier cosa por ellos.

—¿Igual que Tristan por su sobrina?

—Es aún más fuerte que eso —dijo la mujer—. ¿Te gustaría pasear un rato por el Williamsburg colonial?

—Por supuesto.

Siguieron hablando mientras caminaban. Pero de nuevo fue Jecca la que habló y Lucy la que escuchó. Jecca intentó en varias ocasiones que Lucy le contara algo acerca de ella, pero no lo hizo; la mujer ni siquiera dijo si estaba casada, lo había estado o si tenía hijos. Nada de nada.

En otras circunstancias, a Jecca le habría molestado, incluso enfurecido, que alguien fuera tan reservado, pero Lucy tenía la habilidad de hacer que pareciese una simple cuestión de humildad.

Mientras paseaban por la calle del Duque de Gloucester, por el caserío del siglo dieciocho perfectamente restaurado, Jecca le habló de Tristan... y le hizo algunas preguntas sobre él.

—Ya hace cuatro años que le conozco —dijo Lucy—, y nunca he conocido a un hombre que se preocupe más por la gente. A la mitad de sus pacientes no les cobra. ¿Y sabes lo que hace los fines de semana?

—¿Qué?

—Visitas domiciliarias. Esa es la razón de que su casa ande necesitada de una mano de pintura y la casa de muñecas esté en un estado tan espantoso. A Livie y a mí nos preocupa que alguna noche, cuando vuelva a casa en coche, se duerma al volante. Cuando supimos que se había roto el brazo casi nos alegramos. Al menos, el pobre muchacho descansará un poco.

—¿Es por eso que su padre no le deja ver a ningún paciente?

—Oh, sí. Livie fue a ver al doctor Aldredge y le contó que su hijo estaba agotado. Entre los pacientes y las chicas que querían que las sacaran para «pasarlo bien» —esto último lo dijo con una mueca de desprecio—, Tristan estaba a punto del colapso.

—A lo mejor Reede se queda aquí y echa una mano.

—No he conocido nunca a ese joven —dijo Lucy—, pero por lo que sé lo único que el joven Reede quiere es salir en las noticias.

Jecca le echó una mirada que le dejó ver que consideraba muy injusto lo que acababa de decir.

—Tienes razón —admitió la mujer—. Pero es que he llegado a querer a Tristan como si fuera mi propio hijo. ¿Qué otro joven se pasaría una noche viendo películas con dos señoras solitarias?

—¿Está de broma? Está deseando pasarse por la casa y sumarse al baile de la barra.

Lucy abrió los ojos de par en par.

—No le contarías eso, ¿verdad?

—Con todo lujo de detalles —admitió Jecca, y las dos se echaron a reír.

Salieron del barrio colonial de Williamsburg para ir a un restaurante chino donde compraron comida para llevar a casa y compartirla con la señora Wingate.

En el trayecto de vuelta, Jecca le preguntó por lo que había averiguado de Bill Welsch.

—Nada —dijo Lucy—, pero Livie debe de conocerle desde hace mucho para reaccionar como lo hizo.

—Estoy de acuerdo. Todavía no me ha llamado por lo de la casa de muñecas, aunque es posible que Addy se olvidara de llamarle. Estoy deseando conocerle.

—Yo también —dijo Lucy.

Esa noche, durante la cena, Lucy le pidió a Jecca que enseñara a la señora Wingate los dibujos que había hecho, y desplegaron las muestras de tela obtenidas en Hancock.

—A Nell le gustarán estas —declaró la señor Wingate, escogiendo las que podrían ser descritas como de «colores de Pascua». Parecía conocer bien a la niña.

Jecca y Lucy se pisaron mutuamente la palabra mientras le contaban a la señora Wingate la petición de Nell.

—Siempre he pensando que la casa de muñecas debería estar colocada en un jardín que hechizara a los niños —dijo la señora Wingate—. Debería haber farolillos chinos, pensamientos con caras divertidas y calabazas creciendo sobre una valla.

Jecca empujó una de las fotocopias y un bolígrafo hacia ella.

—Muéstreme a qué se refiere.

La señora Wingate demostró tener talento para el diseño de jardines

cuando dibujó un terreno para los vegetales, un sendero bordeado de flores y una pequeña valla delante.

—Hay un gran roble cerca, y a menudo le decía a Bill que habría que colgar un columpio allí —explicó la señora Wingate—. A Addy le habría encantado.

Jecca y Lucy se miraron con las cejas arqueadas; parecía que su suposición de que entre la señora Wingate y Bill Welsch había habido algo era cierta.

Aquella noche, cuando Tristan llamó —como hacía todas las noches—, Jecca le preguntó por Bill y la señora Wingate.

—Bill era el jardinero —dijo Tris—, pero no sé más. Yo solo tenía cuatro años cuando él se marchó de Edilean. Si has mirado los álbumes de la señorita Livie, le habrás visto.

—Lo sé. Es el hombre de la carretilla —dijo Jecca.

—Eres una chica lista, ¿eh?

—No demasiado, porque no pensé en el paisajismo de la casa de muñecas. Si ese tal Bill Welsch era el jardinero, también puede hacer eso, ¿no te parece?

—Probablemente. No le conozco bien. No volvió a casa hasta el último verano. Fue entonces cuando mamá me dijo que le llamara para arreglar la casa de muñecas, pero nunca me decidí a hacerlo. Bueno, ¿estás deseando que llegue la fiesta?

Jecca estuvo a punto de decir: «¿Qué fiesta?», pero se contuvo.

—Muchísimo. Es una pena que no estés aquí para ver lo que me voy a poner. —La verdad era que ni siquiera había pensado en la fiesta, y mucho menos en lo que se iba a poner. Y era al día siguiente.

—¿Te vas a poner guapa para Reede?

Ella no pudo evitar sonreír al detectar en su voz lo que parecían celos.

—Pues claro —mintió—. Si estuvieras aquí, podrías ponerte tu esmoquin. ¿Sabes bailar?

—Mejor que Reede —dijo él de una manera que la hizo reír.

Tris parecía querer cambiar de tema.

—¿Qué dijo tu padre por haber dejado que la casa de muñecas acabara siendo una ruina? ¿Está dispuesto a atarme a cuatro caballos y descuartizarme?

—¡Ay, no! —dijo Jecca—. Me olvidé de enviarle las fotos.

—Probablemente estuviste muy ocupada pensando en Reede.

En esta ocasión, cuando Jecca se echó a reír, él se le unió.

—Hoy hablé con Roan —dijo Tris.

—¿Tiene que trepar a un árbol para tener cobertura en el móvil?

—Lo más seguro es que fuera al puesto del guardabosques. Vaya si tenía ganas de hablar. No creo que esté hecho para la vida solitaria de un escritor.

—No puede estar yéndole peor que a mí como artista. Mañana regresa Kim, y voy a tener que decirle que ni siquiera he hecho una pintura para su publicidad.

—¿Puedes colgar alguna joya en el exterior de la chimenea de la casa de muñecas?

—No tiene chimenea.

—Supongo que tendré que hacer que Bill añada una.

—¿Además de un establo para un poni? —preguntó Jecca, y se echaron a reír al mismo tiempo.

Ella se acordó de su brazo y de lo que Lucy le había dicho sobre las horas que trabajaba Tristan.

—Se está haciendo tarde y creo que deberías acostarte.

—¿Tienes idea de lo que he esperado a oírte decir eso?

—¿Desde que te conocí hace una semana?

—Cada minuto desde que te conocí —dijo Tris.

Se quedaron en silencio, los dos ardiendo en deseos de verse de nuevo.

—El domingo —dijo Jecca al cabo.

—Estoy contando los minutos —dijo él—. Buenas noches, Psique.

—Buenas noches, Cupido —respondió Jecca, y colgaron.

Jecca envió inmediatamente un correo electrónico a su padre con las fotos que había sacado de la casa de muñecas, y escribió lo que esperaba fuera una carta entretenida sobre lo que estaba haciendo. La observación de Lucy acerca de que Sheila quería quitar de en medio a su suegro para dejar sitio a sus hijos, la estaba obsesionando.

Escribió un poquito sobre Lucy. «Hace que me acuerde de las cosas que me has contado de mamá —escribió—. Es una mujer discreta y cariñosa. ¡Tendrías que oírla hablar de lo que cose! Cose tan deprisa los acolchados al

borde, que apenas puedo ver lo que está haciendo. ¡Y le sale perfecto! Te encantaría su destreza.»

Envió el correo y se preparó para acostarse. El sentimiento de culpa la devoraba. Allí estaba ella, en Edilean, disfrutando de sus vacaciones de verano, mientras su padre tenía que lidiar con una mujer que deseaba que abandonara este mundo.

Se quedó dormida antes de que se le ocurriera una solución.

Capítulo 12

—NO pareces contenta —le dijo Lucy en el desayuno el sábado por la mañana.

—He hecho una verdadera tontería —dijo Jecca, que pasó a relatar a las dos mujeres su comentario a Tristan de que iba a ponerse algo especial para la fiesta de Reede.

—¿Es que quieres impresionar a Reede? —preguntó la señora Wingate, poniendo ceño.

—La verdad es que no. Es solo que no quiero que Tristan piense que soy una mentirosa. Y... y sería agradable que la gente le dijera que estaba guapa en la fiesta.

El ceño de la señora Wingate se trocó en sonrisa; era evidente que ella estaba en el Equipo de Tristan.

—¿Qué te gustaría ponerte?

—No lo sé —dijo Jecca, y sonrió de oreja a oreja—. Mi preferencia sería algo que hubiera llevado Audrey Hepburn. —Lo estaba diciendo de broma, pero las mujeres no se rieron.

—Aquel vestido blanco sin tirantes con el estampado en negro —dijo Lucy con voz soñadora.

—*Sabrina* —dijo Jecca—. Pensaba en algo más tipo *Desayuno con diamantes*. Sin las gafas de sol y el sombrero, claro.

La señora Wingate se levantó.

—Quizá tenga la solución —dijo, mientras abría un cajón y sacaba una llave de una pequeña caja metálica—. Si me seguís.

Las condujo a través de la casa hasta la parte posterior y utilizó la llave para abrir una puerta que Jecca no había visto y que daba paso a un cuarto a oscuras lleno de juguetes viejos, una pila de cortinas, unas cuantos sillones raídos y montones de cajas.

—Bueno, ya conocéis mi vida secreta como urraca —dijo la señora Wingate—. Si sois capaces de caminar sobre estas... —Empujó algunas cajas para apartarlas. Al fondo, contra la pared, había un gran armario ropero. La señora Wingate abrió la puerta para mostrar que estaba lleno hasta los topes de ropa de mujer.

Jecca se quedó momentáneamente desconcertada; entonces la señora Wingate levantó una persiana y un rayo de luz dejó a la vista lo que a todas luces era seda.

—¡Ahhhhhhh! —exclamó Jecca, alargando las manos. Miró a la señora Wingate, que con un gesto de la cabeza le dio permiso para sacar los vestidos.

Los vestidos, trajes y un par de vestidos de baile llevaban unas etiquetas que dejaron a Jecca sin respiración: Chanel, Balenciaga, Vionnet.

—¿De dónde ha salido todo esto?

—Mi difunto marido insistía en que vistiera bien —dijo la mujer en un tono que no invitaba a las preguntas—. Aquí está. —Sacó un vestido de tubo de seda negra—. No es exactamente como el de la señorita Hepburn, pero...

—Se acerca bastante —dijo Jecca, sujetando la prenda delante de su cuerpo. No estaba segura, pero parecía quedarle perfecto—. ¿Puedo...?

—Pruébatelo, por favor —dijo la señora Wingate.

—Sí, pruébatelo —repitió Lucy.

Jecca se quitó los vaqueros y la camiseta desenfadadamente y se quedó en ropa interior. Lucy la ayudó a meterse el vestido por la cabeza y le subió la cremallera de la espalda.

La anfitriona abrió más la puerta del armario para dejar a la vista un espejo de cuerpo entero.

El vestido le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida, y el tacto de la seda contra la piel le pareció una sensación maravillosa. Nunca se había puesto nada parecido. No eran simplemente un par de trozos de seda cosidos; no, el vestido estaba «construido». Una obra de ingeniería equiparable a la de un coche caro. Notaba las ballenas del corpiño, la rigidez del bocacé en la

cintura. El vestido la obligaba a mantenerse erguida, le levantaba ligeramente el pecho, le metía la cintura y le aplanaba las caderas y los muslos. Ya de por sí, tenía una figura esbelta, pero el vestido le acentuaba la esbeltez y convertía su cuerpo en algo digno de la portada de una revista.

—No podría llevarlo —dijo—. Es demasiado valioso. Es demasiado... demasiado hermoso.

—¡Tonterías! —replicó la señora Wingate—. Lleva tantos años en este viejo armario que es un milagro que las polillas no se lo hayan comido. Tienes que llevarlo a la fiesta de Reede. Y cuando Tristan se entere de lo que se ha perdido... bueno, quizás entonces eso le haga quedarse en casa.

Jecca pasó las manos por el vestido. No quería quitárselo jamás.

—Claro que tendremos que hacer algo con tu pelo —añadió la señora Wingate.

—Y tienes que llevar medias —terció Lucy—. Este vestido no admite unas piernas desnudas.

—Pero no pantis —apostilló Jecca—. Esas cosas dejaron de estar de moda con las botas yeyés.

—Por supuesto, nada de medias completas —aseveró la señora Wingate—. Es una idea espantosa. Llevarás un ligero con medias de seda hasta medio muslo.

Lucy y Jecca la estaban mirando boquiabiertas.

—¡No os quedéis ahí paradas! —soltó la señora Wingate—. Tenemos trabajo que hacer. Lucy, mira en esa caja, creo que encontrarás unos zapatos adecuados al vestido.

Lucy parpadeó un par de veces y obedeció.

Jecca salió de la casa sintiéndose de fábula. La señora Wingate y Lucy se habían pasado horas con ella. Le habían rizado el pelo con un rizador, y la señora Wingate la había maquillado con mano experta. En cuanto estuvo lista —«nuestra obra maestra», había dicho Lucy—, le habían prodigado todo tipo de alabanzas. Se sentía como una estudiante de instituto acudiendo a su primer baile de fin de curso. Les dio las gracias, las abrazó, las besó en las mejillas.

—Jamás tuve madre —había dicho—, pero ustedes dos...

—Anda, vete —había dicho la señora Wingate—. Ya has hecho llorar a Lucy, y yo seré la siguiente.

Se marchó con una sonrisa en la boca. Pero en cuanto llegó a la casa de los padres de Kim, su euforia se desvaneció y quiso marcharse. Le pareció que iba demasiado arreglada y se sintió como un pulpo en un ascensor. La gente le sonrió pero, vestidos todos con vaqueros y camisas, no hicieron ningún ademán de presentarse. Ojalá Tristan hubiera vuelto de Miami; habría sido agradable tener un acompañante, alguien que la presentara a los demás.

Ya estaba a medio camino de la puerta para marcharse, cuando Kim la alcanzó.

—¡Estás fabulosa! —le dijo su amiga, agarrándola con firmeza del brazo—. Lo siento, no te vi entrar y no pude llamarte, pero es que mamá me ha inundado de trabajo.

—¿Qué tal te fue en Tejas?

—Mamá me ha amenazado si hablo de negocios esta noche —respondió su amiga, aunque luego susurró—: ¡Fantástico! Creo que firmaré un contrato. — Su voz volvió a la normalidad—. Quiero que veas a Reede. Ha preguntado por ti.

—Kim, yo... —Le pareció sencillamente justo hablarle de nuevo de su relación con Tristan, de lo mucho que habían hablado por teléfono, incluso de sus coqueteos, pero Kim no la escuchaba. La hizo abrirse paso a empujones entre la multitud de tres personas que rodeaban a su hermano.

Jecca sintió que se estaba poniendo nerviosa. A los diecinueve años se había colado de tal manera por Reede que había pensado que aquel era el Verdadero Amor. A lo largo de los años, a menudo había convertido a Reede en su «fantasía». Cuando rompió con su último novio se había tirado horas hablando con Kim por teléfono, que la había tranquilizado contándole el último viaje de su hermano a alguna jungla para salvar personas.

En ese momento no estaba muy segura de cuáles serían sus sentimientos cuando le volviera a ver. ¿Su historia con Reede eclipsaría los últimos días pasados con Tristan?

—¡Perdonad! —dijo Kim a voz en grito por la que debía de ser octava vez. Prácticamente apartó a codazos a una preciosa chica que se mantenía en sus trece, plantada a poco más de medio metro justo delante de Reede. Cuando la joven dio muestras de estar dispuesta a luchar antes que apartarse, Kim dijo:

—¡Soy su hermana!

Kim ocupó su sitio y tiró de Jecca hasta colocarla a su lado.

—Aquí la tienes —dijo, mientras empujaba a Jecca hacia delante.

—¡Caramba! —exclamó Reede, mirando a Jecca de arriba abajo—. Te has hecho mayor.

Jecca se percató de que Reede parecía mayor para su edad, pero su piel bronceada por el sol le sentaba bien. Sus ojos tenían la expresión de alguien que había visto cosas por el mundo adelante que nadie debería haber visto. Se le pasó por la cabeza que si no hubiera conocido a Tristan desde su llegada, probablemente habría hecho un verdadero esfuerzo por llegar a conocer mejor a Reede.

—Y tú llevas ropa —le retrucó ella.

—A veces. —Parecía no poder apartar los ojos de ella. La señora Wingate le había prestado unas perlas, unas de verdad, y la joya realzaba las líneas clásicas del vestido—. ¿Te has vestido así por mí?

El nerviosismo que se había apoderado de ella se esfumó. Aunque Reede era un hombre muy atractivo, aquel antiguo deseo sexual que otrora había sentido por él ya no estaba allí. Cuando, estando en Nueva York, se había planteado volver a verle, había dado por sentado que sería como reavivar un amor perdido hacía mucho tiempo. Había esperado que los años desaparecieran como si no existieran. Pero lo cierto era que Reede era un extraño. Y lo que era aún más importante, aquella sensación de hormigueo que solía tener siempre que él andaba cerca había desaparecido.

Mientras se contemplaban mutuamente, el padre de Reede se abrió paso a empujones entre la gente.

—Reede —dijo—. Hay alguien que quiere conocerte. —Vio adónde estaban mirando los ojos de su hijo y se volvió—. ¡Madre mía, Jecca, estás bellísima! Es tan agradable ver a una mujer vestida con algo que no sean unos vaqueros azules. Te devolveré a Reede inmediatamente. Te lo prometo.

Kim pareció esperar que Jecca se quedara allí y esperase a que Reede regresara, pero no quería hacer eso. Había averiguado lo que quería saber: jamás habría nada serio entre ella y Reede.

Así que cuando la señora Aldredge reclamó la ayuda de Kim, Jecca se alegró. Había una persona que tenía mucho interés en ver a la mujer de la que

Tristan, según propia confesión, casi se había enamorado. Desde que se lo contara, Jecca había estado preguntándose qué había querido decir. ¿Se había enamorado de ella, pero cuando la mujer escogió a otro hombre él se había obligado a desenamorarse? ¿O había sido cosa de ella? ¿Había habido alguna situación desagradable en la que él le propusiera matrimonio y ella lo rechazara?

Por encima de todo, Jecca quería saber qué clase de mujer había estado a punto de atrapar el corazón de Tristan.

Kim estaba ocupada ayudando a su madre a sacar la comida, pero Jecca le pidió que le señalara a una mujer que se llamaba Gemma.

—Allí —dijo Kim—. ¿Ves a aquel tiarrón? Ese es Colin Frazier, nuestro jefe de policía, y Gemma es su esposa. No suele alejarse demasiado de él. ¿Por qué lo quieres saber?

Jecca se salvó de tener que contestar gracias a alguien que preguntó por la ubicación del agua mineral. Se escabulló para unirse al grupo que rodeaba al hombretón. Se paró enfrente de él e intentó no llamar demasiado la atención mientras lo miraba fijamente. Era un hombre muy grande, alto, corpulento y muy musculoso. Aunque sin duda guapo, eso era menos importante que su tamaño.

Cuando el hombre vio que le estaba mirando, le hizo un gesto con la cabeza por encima de su cerveza, y dio la sensación de estar a punto de presentarse. Jecca estaba a punto de alejarse cuando vio a la mujer que estaba al lado del jefe de policía. Era guapa, aunque nada del otro mundo, sin duda no el tipo de cara que despertara los celos de nadie. Aunque estaba embarazada, se dio cuenta de que la mujer hacía ejercicio; el vestido sin mangas que llevaba dejaba a la vista unos brazos bonitos y musculados.

Como si Gemma supiera que estaba siendo observada, se dio la vuelta y miró a Jecca. Sus ojos rebosaban sagacidad, como si estuviera interesada en todo lo relacionado con Jecca, desde quién era a de dónde había sacado su vestido.

Jecca hubiera deseado que la mujer le desagradara y haber podido preguntarse qué era lo que Tristan había visto en ella. Por el contrario, sintió el impulso de llevársela a un rincón tranquilo y hablarle de los dibujos que había realizado para la casa de muñecas. No pudo evitar pensar que podían

ser amigas.

Gemma pareció pensar lo mismo, ya que dio un paso hacia ella. Pero Jecca se alejó; tuvo miedo de que si se conocían, la atosigara a preguntas sobre Tristan.

Se volvió a meter rápidamente entre la multitud y echó a andar hacia la puerta del fondo. Ya había visto lo que quería ver, así que no había motivo para quedarse. Pero cuando casi había llegado a la puerta, la muchedumbre se separó lo suficiente para que viera a una niña pequeña, de unos ocho años, sentada en un gran sillón. Era una niña extraordinariamente hermosa, de aspecto realmente angelical, y que sostenía un oso de peluche bajo el brazo. Iba vestida con un vestido sin mangas a rayas verdes y amarillas y una chaqueta verde, un conjunto que era casi tan de adulto como el que llevaba puesto Jecca. Y tenía unas pestañas que parecían plumas. Jecca supo sin ningún género de dudas que aquella era Nell, la niña con la que había hablado varias veces por teléfono. Y si Nell estaba allí, eso significaba que Tristan también.

De pronto empezó a oír silencio. Era una idea extraña, aunque era la única manera de describirlo. Nell estaba mirando hacia la puerta delantera, lejos de donde estaba Jecca, y a las personas que se habían parado allí, hablando, y que estaban mirando algo... o a alguien.

Por una especie de corazonada supo que se trataba de Tristan. Parecía que había regresado un día antes y que había ido allí por ella. Ya no iba a estar más tiempo en una habitación llena de extraños. El cosquilleo que una vez había sentido por Reede la invadió de nuevo. Desde su regreso a Edilean, Tristan se había apoderado de todos sus pensamientos, y sus vidas habían acabado entrelazándose.

Conteniendo la respiración, con el corazón latiéndole en la garganta, permaneció donde estaba, en el otro extremo de la larga habitación, y esperó.

La gente dejó de hablar, y extendiéndose, el silencio se fue acercando a ella. Las mujeres de la cocina salieron para ver la causa de la calma creciente.

Jecca vio la parte superior de la cabeza de Tristan al otro lado del grupo, así que supo cuándo se detuvo. Estaba justo enfrente de ella, pero un montón de personas le dificultaban la visión. Entonces se dio cuenta de que él estaba esperando a que se apartaran. El grupo de personas empezó a hacerse a un

lado lentamente. Entonces, los más próximos a Jecca retrocedieron hacia los laterales de la habitación. Solo Nell permaneció donde estaba, en el gran sillón. La niña se volvió para mirar a Jecca y sonrió, y luego se volvió para mirar también a su tío.

Cuando la última persona se hubo apartado, Jecca vio por fin a Tristan. Si no le conociera como persona, estuvo segura de que se habría quedado pasmada por la arrolladora belleza de Tris. Llevaba puesto su esmoquin, ya sin el brazo en cabestrillo, más apuesto que ningún otro hombre que ella hubiera visto jamás. Ya fuera en pantalla o en foto, ya en persona, Jecca no había visto en su vida a nadie con mejor aspecto. El pelo moreno, los ojos azules, los hombros anchos... todo era perfecto.

Pero en realidad, lo que Jecca estaba viendo era algo más que su belleza física: veía al hombre que llevaba dentro. Sus encuentros en las noches sin luna, las caricias que se habían prodigado, sus risas... todo acudió a su memoria. La implicación de ambos en la vida del otro estaba entre ellos. La sobrina, el padre, los primos, los amigos de Tristan, todo estaba allí.

El doctor Tristan Aldredge era en efecto un envase precioso, pero lo que para ella tenía más importancia era el hombre que era. Admiraba al hombre que se asomaba al vacío en un helicóptero para agarrar a un niño que colgaba de una cuerda. Había llegado a valorar al hombre que dedicaba su tiempo a ayudar a la gente necesitada, que amaba a su familia y veía películas en compañía de dos solitarias damas.

Y el hecho de que hubiera regresado una día antes también la alegraba enormemente. Que hubiera aparecido vestido de esmoquin en aquella reunión informal era casi una proclamación de que él y Jecca eran pareja. No más sigilo; no más encuentros solitarios en la oscuridad.

No pudo evitar pensar que dada la similitud de sus indumentarias, Tristan estaba declarando ante todos que él y Jecca iban juntos. Sabía que era una emoción primitiva, pero pasar de sentirse una extraña a encajar en el grupo era algo vivificante.

La habitación llena de gente permaneció en silencio mientras Tristan avanzaba hacia Jecca. Cuando llegó hasta ella no dijo ni una palabra, solo extendió la mano, y ella la cogió. ¡Qué cosa más natural pareció!

Alguien puso música, un vals lento, y Tristan la atrajo entre sus brazos.

Puesto que había estado acurrucada con él en una noche lluviosa, y que habían estado sentados junto a un lago bajo un cielo estrellado, Jecca supo que encajaría en él a la perfección, sin esfuerzo, con fluidez. Cuando Tris empezó a bailar lentamente, lo acompañó.

Era todo como un sueño. Sus brazos rodeándola, los movimientos fluidos de Tris, sus ojos que no se apartaban de los suyos... todo parecía algo inventado por ella. Lo siguió sin dificultad, moviéndose por la parte del suelo despejada hacia la música. Las personas que los rodeaban se convirtieron en una mancha borrosa. Jecca solo veía a Tristan, solo oía la música, solo sentía su cuerpo.

Bailaron como si llevaran haciéndolo toda la vida. Quizá se debiera a la confianza que había llegado a depositar en él, pero el caso es que se relajó por completo y dejó que la llevara. Cuando Tris se apartaba, aunque sujetándole todavía la mano, sabía que tenía que girar y volver de nuevo a él. Era como si sus mentes, además de sus cuerpos, trabajaran juntas.

En un momento dado Tristan extendió los brazos y Jecca se apoyó en él. Él retrocedió, sujetándola todavía, y Jecca se dejó caer hacia atrás, confiando en que la sujetaría por la cintura. Ella percibió vagamente el grito ahogado de los circundantes; debía de haber parecido que se iba a caer, aunque sabía que Tristan la agarraría.

Cuando la música se acercaba al final, la atrajo hacia él, pegando su pecho al de ella y le puso un brazo en la espalda.

Durante un momento se sostuvieron la mirada. La intensidad del azul oscuro de los ojos de Tris, aquella mirada que era un lago insondable de deseo, hizo que Jecca sintiera que su cuerpo prendía en llamas.

Tris le lanzó una leve sonrisa de complicidad, y ella le correspondió. Lo que estaban sintiendo era mutuo.

Cogiéndola de la mano, hizo que se le alejara girando, y luego la atrajo de nuevo hacia él. Y cuando Jecca volvió a estar entre sus brazos, Tris la hizo inclinarse hacia atrás hasta casi hacerla tocar el suelo con el pelo.

Acto seguido la música cesó, y Tris la levantó hasta dejarla de pie a su lado, sujetándola firmemente por la cintura.

A Jecca le iba el corazón a mil, en parte a causa del baile, pero sobre todo por el deseo que había percibido en Tris. Ningún hombre la había mirado de

aquella manera, como si fuera lo que más deseara en el mundo, lo que necesitaba, lo que solo ella podía entregarle.

No se atrevió a mirar a Tris porque tuvo miedo de que le diera por arrancarle la ropa allí mismo.

Mientras permanecían uno al lado del otro, los que les rodeaban no se movieron durante un momento. Les estaban mirando fijamente, como si no se creyeran lo que acababan de ver.

Al cabo, en la habitación se elevó un suspiro colectivo de voces femeninas.

—¿Por qué no bailas así conmigo? —le preguntó una mujer a su marido, rompiendo el silencio. Los demás empezaron a reírse y a hablar, apiñándose todos en torno a Tristan y Jecca. Habrían acabado por separarles de no ser por que Tris, en absoluto dispuesto a consentirlo, la mantuvo firmemente sujeta por la cintura.

Reede se abrió paso entre el grupo.

—Me has robado el protagonismo —le dijo a Tris—. Y a mi chica.

Tris acercó aun más a Jecca.

—Nunca has tenido la menor oportunidad.

Reede miró a Jecca.

—Dile que eso no es así. Lo nuestro se remonta a hace mucho. Con nuestra historia...

Se interrumpió porque Nell se había interpuesto entre él y Tristan.

—¿Y tú quién eres? —preguntó la niña.

Reede le sonrió cariñosamente.

—No me recuerdas, pero soy otro de tus primos. —Alargó la mano como si tuviera intención de revolverle el pelo a Nell.

Pero Nell Sandlin no era de la clase de niña que consintiera que un extraño le revolviera el pelo. Lanzó a Reede una mirada muy madura que le conminó a retroceder, tras lo cual se volvió y metió la mano en la de Jecca.

Jecca aferró la mano de la niña, con el brazo de Tristan rodeándola firmemente por la cintura, y los tres miraron a las personas que les rodeaban. Cuando empezaron las preguntas, fue un bombardeo: que dónde se habían conocido; que hacía cuánto; que si iban realmente en serio.

Tris le dio un tirón a Jecca que pareció decir: «Larguémonos.» A su vez,

ella le apretó la mano a Nell, y al cabo de un segundo los tres se estaban abriendo paso a través del gentío en dirección a la puerta principal. Fueron varios los que trataron de detenerlos, pero el trío no se soltó en ningún momento.

En cuanto estuvieron fuera, Tris dijo:

—¡Al coche! —Se soltaron y echaron a correr.

Puesto que Jecca no sabía dónde había aparcado, siguió a Nell y Tris lo mejor que pudo.

—¡Eh! Que llevo tacones —gritó, cuando la adelantaron.

Tris regresó corriendo, le cogió la mano y siguieron corriendo. Nell estaba ya en el BMW de Tris y mantenía abierta la puerta del copiloto. Tris ayudó a Jecca a entrar, y la niña cerró la puerta, hecho lo cual subió a la parte de atrás para sentarse entre una colección de peluches y algunas muñecas verdaderamente bonitas.

Cuando Tristan se metió en el asiento del conductor, Jecca volvió la mirada a Nell y se sonrieron abiertamente. ¡Habían logrado escapar! Tris, tan gallardo con aquel esmoquin, arrancó el motor.

Jecca casi tuvo miedo de mirarle por temor a arrojarse encima de él. Era como si su cuerpo estuviera vibrando, como si el aire no le pasara de la garganta. Si Nell no hubiera estado allí, seguro que habría arrastrado a Tris al asiento trasero.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó él, y a Jecca le maravilló el tono tranquilo de su voz.

—Quiero ir al bar de Al a tomar batidos —declaró Nell.

Tris miró a Jecca, y a ella no le cupo duda de lo que él estaba sintiendo. Su mirada mostraba bien a las claras la incandescente pasión que corría por su cuerpo. Sabía que se acercaba la hora de estar juntos, pero por el momento... bueno, por el momento aquello eran los preliminares.

Con una sonrisa de complicidad dirigida a Jecca, Tris echó un vistazo a Nell, y dijo:

—¿Y qué os parece un restaurante de los años cincuenta? Las hamburguesas están cubiertas de cebolla grasienta y los encurtidos son picantes.

—Me parece que no vamos vestidos adecuadamente para la ocasión —

objetó Jecca, mirando su vestido de alta costura, el esmoquin de Tris y el precioso vestido sin mangas de Nell. Seguía sonriendo, recordando el baile, pensando en lo que se avecinaba.

—Entonces que sea Al. —Tris puso la mano en el cambio de marchas, pero la volvió a levantar—. Nell, cierra los ojos.

—¡Ah, puf! ¡Nada de besos!

—Sí, besos sí —dijo su tío, mirando a Jecca.

A esta no le iba a resultar fácil refrenar el deseo que la dominaba, pero tenía tantísimas ganas de besarle. Se inclinó hacia él y sus labios encontraron fácilmente los de Tris. Sería un beso de pura felicidad, de alegría por estar juntos y poder verse al fin uno al otro, por haberle dicho al mundo que eran pareja. Pero lo que era más importante: sería un beso que contenía la promesa de lo que estaba por llegar.

Pero pese a sus buenas intenciones, el beso cobró intensidad. Se aferró a la nuca de Tristan, y los brazos de él empezaron a hacerse más envolventes. Fue Tris quien tuvo la presencia de ánimo necesaria para separarse.

—Sí —dijo él, volviendo a poner la mano en el cambio de marchas—. Más tarde.

—¿Puedo abrir ya los ojos? —preguntó su sobrina.

—Como si no hubieras estado atisbando —dijo Tris, y Nell soltó una risilla nerviosa.

A Jecca le costó un rato recuperar la normalidad cardíaca.

—¿Y tu brazo? —preguntó cuando Tris arrancó.

—Hice que me quitaran la escayola mientras estaba en Miami. Quería rodearte con los dos brazos.

—Sigo aquí, eh —soltó Nell.

—Y a ti también —dijo Tris.

—Pero si se te ha curado el brazo, ya no necesitarás que Reede se encargue de tu consulta, ¿no? Podrás volver al trabajo inmediatamente.

Tristan le dedicó una media sonrisa.

—Sigue débil, y creo que necesito algún tiempo para hacer rehabilitación. ¿A ti qué te parece?

—No me cabe la menor duda —refrendó Jecca—. Mucho tiempo. —Hubiera querido añadir: «Quizá todo el verano», pero se abstuvo. Se volvió

para mirar a Nell—. ¿Cómo se encuentra tu padre?

—Le duele, pero está bien.

Jecca miró a Tris en busca de confirmación, y él asintió con la cabeza.

—¿Has pintado mi casa de muñecas? —preguntó Nell.

—Sobre el papel. Dibujé diferentes alternativas de color, y Lucy y yo conseguimos unas muestras de tela.

—¿Telas? —preguntó Tris—. ¿Para qué las necesitáis? ¿Se puede saber qué no me han contado, señoras mías?

Nell volvió a soltar la risilla.

—Tenemos nuestros secretos —respondió Jecca—. Aunque te puedo garantizar que vamos a compensar el tiempo perdido en la rehabilitación de la casa de muñecas. Por cierto, no he sabido nada de Bill Welsh.

—Addy le llamó, y sí que quiere trabajar en la casa, pero primero tiene que terminar una gran obra. Pasarán semanas antes de que pueda ponerse a ello.

—Mamá dijo que el hombre quería ver a la señorita Livie —terció Nell.

—Qué interesante. —Jecca miró a Tristan, pero él se encogió de hombros. Seguía sin saber nada.

Aparcaron en el aparcamiento del restaurante de Al.

El Gran Al, que tenía tanta grasa como sus hamburguesas y una barriga verdaderamente notable, ni siquiera pestañeó cuando tres personas vestidas de etiqueta entraron en su local. Pegó un grito desde detrás del medio mostrador que daba a la cocina.

—¡Doc! ¿Lo de siempre?

—Por supuesto —respondió Tris.

—¿Y usted, princesa? —le preguntó a Nell—. ¿Bocadillo de queso caliente y batido de chocolate?

—Y... —empezó a decir Tris.

—Ya, ya, encurtidos para los dos. —El hombre miró a Jecca—. ¿Y usted, señora urbanícola?

—¿Urbanícola? —repitió Jecca con un exagerado acento rural—. Me crie en Nueva Jersey. Dame lo que tengas y rapidito.

El hombre soltó un resoplido, un sonido que solo en un alarde de imaginación podría tomarse por una risotada.

—Vale, Jersey Lil. —Y Al desapareció en la cocina.

—Al te ha puesto un apodo —dijo Tris—, así que oficialmente ya eres miembro de la sociedad de Edilean. —Le hizo un gesto a Jecca para que se sentara a su lado, pero ella no se fiaba ni un pelo de lo que podría hacer estando tan cerca de él. Se sentó junto a Nell, que ya estaba hojeando la lista de éxitos.

—Cobarde —le dijo Tristan entre dientes.

Jecca fingió no haberle oído.

—¿Qué es lo que pasa con los encurtidos? —preguntó.

—Que les gusta a todos los tristanes —dijo Nell sin levantar la vista.

—¿Los tristanes? —preguntó Jecca, mirándole a través de la mesa. Nunca un hombre había estado tan guapo con un esmoquin. Bien se podría decir que la prenda había sido creada específicamente para él. Parecía sentirse a sus anchas con él puesto, y lo llevaba con la misma desenvoltura que unos vaqueros y una camiseta.

Tuvo que concentrarse para recordar dónde estaban y qué era lo que estaba diciendo.

—¿Es que sois más de uno?

—El nombre se remonta a algunas generaciones —le explicó él, mientras alargaba la mano y le cogía la suya—. Hemos sido varios seguidos.

—Y a todos les gustan los encurtidos. —Nell extendió la mano para que su tío le diera dinero para la gramola. Tris soltó a regañadientes la mano de Jecca para palparse los bolsillos del pantalón. Como estaban vacíos, miró en su chaqueta. Dio con algunas monedas, pero también sacó la nota de Jecca con los corazones dibujados.

Le dio el dinero a Nell y entonces miró a Jecca con fuego en los ojos.

Ella tuvo que apartar la mirada cuando la temperatura de su piel empezó a aumentar.

—La señorita Livie llamó al tío Tris a Miami y le contó lo que te ibas a poner —le explicó Nell—. Así que condujo a toda velocidad hasta el aeropuerto. Volvimos a casa sin ningún equipaje.

Jecca miró a Tris, preguntándole con la mirada.

—No podía ser que fueras a ver a Reede llevando uno de los vestidos de la señorita Livie, ¿verdad que no?

No pudo evitar sentirse halagada. Se los imaginó a los dos corriendo como locos por el gran aeropuerto de Miami, sin equipaje y subiéndose al primer avión en el que encontrarán dos asientos vacíos. Nunca había tenido a un hombre que hiciera semejante esfuerzo por estar a su lado.

Elvis apareció en la gramola cantando *Hound Dog*, y Nell corrió hacia Jecca. La niña quería salir del reservado.

Jecca se levantó para dejarla salir, pensando que iba a los servicios. Tris se recostó de nuevo contra la pared y le hizo un gesto a Jecca para que se le uniera en aquel lado del reservado. Esta no podría resistirse una segunda vez. Y se dijo que había tenido tiempo de sobra para tranquilizarse desde el baile, así que quizá podría sentarse a su lado.

Pero Tris extendió el brazo y se dio la vuelta en el asiento. A Jecca no le costó adoptar la familiar postura de acurrucarse junto a él, y le besó a hurtadillas en el dorso de la mano.

Tris tuvo tiempo de plantarle un beso en el cuello antes de que Jecca pudiera levantar la vista.

Nell se había parado delante de la vieja gramola, y Al, precedido por su enorme barriga y el delantal salpicado de grasa, salió de la cocina. Él y Nell empezaron a bailar un excelente rock-and-roll al ritmo de la canción de Elvis. Al sujetaba la mano de la niña mientras ambos daban vueltas, y entonces el hombre levantaba a Nell por encima de su cabeza, siempre cuidando de que su grasa no tocara a la niña.

—¡Qué bien bailan! —dijo Jecca.

—No mejor que nosotros —dijo él en voz baja con los labios en su oreja—. Otras mujeres se asustan cuando intento inclinarlas boca abajo. Pero tú no. Eres la mejor con la que he bailado nunca.

—¿En serio?

—Completamente. Estoy empezando a pensar que eres la mejor en todo.

Ella no pudo reprimir una sonrisa al oír sus palabras.

—Yo...

—Ya sé —dijo él—. Te vas a marchar. —Le mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Mi querida sobrina va a pasar la noche en casa de mis padres. ¿Quieres quedarte a dormir conmigo?

Jecca tomó aire antes de responder.

—Sí —dijo al fin, y las expectativas le provocaron un estremecimiento.

Cuando acabó la canción, Al y Nell se hicieron mutuamente una reverencia, y la niña regresó al reservado. Jecca salió de los brazos de Tristan pero permaneció a su lado. Les sirvieron la comida, y la conversación se centró en la casa de muñecas.

Jecca respondió a las preguntas de Nell, aunque no fue fácil, porque las manos de Tris estaban en su espalda y por dos veces le pasó los dedos por el brazo desnudo. Cuando hubieron terminado, Jecca ya estaba a punto de arrojarle por encima de la tabla de la mesa, pero Nell insistió en que tenía que tomar postre. Le dijo a Al que querían tres raciones de tarta de cereza.

Mientras esperaban, Tristan le puso la mano en la rodilla por debajo de la mesa y la empezó a subir. Cuando palpó las medias, que dejaban una extensión del muslo de Jecca sin cubrir, se atragantó con su bebida.

—Bebes demasiado deprisa —le dijo su sobrina cuando Al les estaba sirviendo los platos de tarta.

Tris miró a Jecca.

—Me encanta el vestido de la señorita Livie.

—A mí también —dijo ella, sonriendo—. Y así es como lo llevaba ella.

—La barra de baile y ahora esto. Basta que creas que conoces a alguien para que te enteres de algo nuevo —dijo él—. Nell, ¿crees que podrías comer la tarta más deprisa?

—No —dijo la niña—. ¿Cuándo nos vamos a la cabaña del tío Roan?

—Nos espera mañana. ¿Te parece bien, Jecca?

—Fantástico —respondió, aunque tenía dificultades para concentrarse. La mano de Tris estaba ascendiendo lentamente por su pierna.

—¿Llevarás las pinturas de la casa de muñecas? —preguntó Nell.

—Esto... sí —dijo Jecca.

—El tío Tris me compró todos los lápices de colores, pinturas y papel que le dijiste.

—Bien —dijo Jecca—. Podremos... —Y se apartó de Tris antes de que su mano la volviera loca.

—¿Más tarta? —preguntó Jecca—. ¿O preferirías otro postre?

—Seguro que el abuelo sigue en la fiesta —dijo Nell, mientras le daba la vuelta a un par de cerezas por cuarta vez—. Tal vez debería quedarme contigo

esta noche.

—Esta noche, no —dijo Tristan—. Tengo otro compromiso. Nell, si te terminas la tarta en cuatro segundos, te compraré... —Se interrumpió.

—¿Me comprarás qué? —preguntó Nell.

—No se me ocurre nada que no te haya comprado ya —dijo, haciendo reír a Jecca.

—Muy bien —dijo Tris—, salgamos de aquí.

—¿Puedo...? —empezó a preguntar Nell.

—No —le interrumpió su tío.

—Pero tal vez...

—Rotundamente, no —dijo Tris—. Esta noche te quedarás con el abuelo, y mañana por la mañana te recogeré en casa de la señorita Livie, y entonces nos iremos a la cabaña de Roan.

—¿Cuándo? —preguntó Nell.

—Cuando me levante de la cama —dijo Tris, mientras la apuraba hacia la puerta.

—Pero a ti te encanta quedarte en la cama —dijo Nell con desaprobación, y miró a Jecca—. A veces los domingos, cuando mamá y yo volvemos de la iglesia, todavía está en la cama.

—Parece un hombre muy perezoso —dijo Jecca.

—Lo es. —Era evidente que Nell no quería que su tío la enviara fuera a pasar la noche.

Jecca no pudo evitar sentirse un poquito nerviosa cuando Tris llevó a Nell a la casa alquilada que estaba utilizando su padre. «¡Ya está!», pensó. Mientras Tris llevaba a Nell hasta la puerta, Jecca envió un mensaje de texto a Lucy diciendo que no pasaría la noche en casa.

«NOS SENTIRÍAMOS DECEPCIONADAS SI LA PASARAS», le contestó Lucy.

Cuando Tris volvió al coche, estaba tan nerviosa como una estudiante de instituto en su primera cita de verdad.

Pero no tenía que haberse preocupado, porque Tris la tranquilizó inmediatamente. Mientras conducía de vuelta a casa, la hizo hablar sobre sus ejercicios vespertinos, y cuando llegaron a la puerta de la casa, las risotadas compartidas la habían relajado.

En cuanto entraron, Tris se volvió hacia ella.

—Deseaba tener champán helado y pétalos de rosas para nuestra primera vez —dijo—. Pero cuando supe lo tuyo y lo del vestido y la fiesta... —Se encogió de hombros.

—Corriste a coger un avión.

—Sí —dijo—. No quería cargar con Nell, pero es una persona de lo más convincente... —Se interrumpió cuando Jecca se le acercó un paso.

Él le tendió los brazos, Jecca se acercó y la boca de Tris le apresó la suya con un beso profundo. En todos los demás besos que habían compartido, ella se había contenido; o hacía muy poco que se habían conocido o no había sido el momento adecuado; siempre había parecido existir un obstáculo. Pero en ese momento estaban solos y tenían toda la noche para estar juntos.

Le lengua de Tris encontró la suya; mientras, poniéndole la mano en la nuca, la inclinó para acceder mejor a sus labios. Le recorrió el cuerpo con las manos bajando por la seda del vestido.

—Te he deseado desde la primera vez que te vi —le susurró al oído. Le mordisqueó el lóbulo con los labios.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó Jecca con la cabeza hacia atrás, mientras la boca de Tris reivindicaba su cuello.

—Hace años, pero esta vez, cuando llegaste. Te vi salir del coche y estabas tan hermosa como te recordaba. —Le besó la piel justo debajo de la oreja—. Me gustó tu manera de estirarte. —La besó en la base del cuello—. Me gustó que cerraras los ojos y aspirases el aire. —Le inclinó la cabeza contra sus hombros y la besó en la nuca. Tenía la mano en la cremallera de su vestido y, mientras la bajaba, sus labios la siguieron en su descenso, centímetro a centímetro.

Cuando llegó al final, el vestido cayó, dejándola allí de pie con su ropa interior negra de encaje y unos tacones muy altos.

—Preciosa —dijo Tris mientras le daba la vuelta, acariciándola con las manos y los ojos.

La rodeaba con el brazo cuando subieron la escalera. La lámpara de su dormitorio tenía un regulador de intensidad para que la luz fuera suave y cálida.

La condujo hasta la cama, retrocedió y la recorrió con la mirada.

Ella se alegró de haberse puesto las medias, y se alegró por todo el encaje y toda la seda.

Tristan retrocedió, y sin apartar la mirada de ella ni un instante, empezó a desnudarse. Primero la pajarita, luego la chaqueta. Cuando llegó a la camisa, Jecca se incorporó y le hizo un gesto para que se acercara. Le temblaban los dedos cuando le desabrochó los botones de la camisa.

Una parte de ella deseó saltar encima de él, dejar salir toda la pasión que sentía, pero la parte más grande deseaba que su primera vez fuera lenta y lánguida. Pero, sobre todo, quería verle, llenarse los sentidos con la visión de Tris. Conocía sus ruidos, la dulce fragancia de su aliento y la sensación de su cuerpo pegado al suyo. La parte que faltaba era mirarle, embeberse del color de sus ojos, su pelo y su piel, ver cómo le crecía la barba en la mandíbula, cómo se le ondulaba el pelo sobre el cuello.

Le besó en el pecho mientras le desabotonaba la camisa y le quitaba los pantalones. Tris empezó a inclinarse para besarla, pero ella le puso la mano en el pecho y lo mantuvo a distancia; quería ver sus músculos moverse bajo la piel. Le recorrió el pecho con las manos, se las ahuecó sobre los prominentes pectorales, le tocó las prominencias del estómago.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Jecca pensó que estaba de broma, pero cuando volvió a mirarle a la cara se dio cuenta de que estaba verdaderamente preocupado por que le encontrara agradable. Tenía que saber que era hermoso, pero al mismo tiempo parecía que lo único que le importaba es que lo encontrara atractivo. No el mundo en general, sino ella, Jecca Layton.

Jecca le sonrió.

—Más que bien —dijo, y él le devolvió la sonrisa.

—Jecca —dijo, cuando la rodeó con el brazo y la levantó hacia él. La besó con ahínco largo rato, y cuando se apartó, era tal la pasión que ardía en sus ojos, tal el fuego azul que desprendían, como si el océano estuviera en llamas, que Jecca casi retrocedió. Casi.

—¡Oh, sí! —murmuró, cuando él empezó a quitarle ropa.

Tris se sentó a su lado y se atravesó la pierna de Jecca en el regazo. Seguía con los pantalones puestos, y ella sintió la lana en la parte sin cubrir del muslo. Tris le desenganchó la media y se la bajó enrollándola; sus labios

siguieron el camino de sus manos.

Primero una media de seda, luego la otra, hasta que las piernas de Jecca quedaron al descubierto. Se las recorrió desde el pie hasta el muslo con la mano, moviendo el pulgar por debajo de las bragas.

Jecca echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se entregó a sus caricias.

Tris la volvió a tumbar de espaldas en la cama, y cuando se estiró a su lado estaba desnudo. Jecca sintió el suave algodón de la sábana, la seda de su propia ropa interior y la deliciosa calidez de la piel de Tris.

La estaba besando por el cuerpo, en el estómago, y luego subió de nuevo al cuello.

Jecca, hundiendo las manos en el abundante pelo de Tris, le atrajo la boca hasta la suya.

Sin saber cómo, el sujetador se le cayó. Sus sentidos estaban tan embebidos con las caricias de Tris, que Jecca ya no era consciente de lo que estaba sucediendo. Él la envolvió en sus brazos, inundándola; era como si no pudiera sentir, oír, oler y saborear nada que no fuera él. Fuera de aquel hombre lo demás no importaba.

La boca de Tris en sus pechos la hizo arquear la espalda, y, al hacerlo, le bajó las bragas por las piernas, acariciándola con las manos a medida que lo hacía.

Cuando la penetró, Jecca soltó un grito ahogado, y él le cubrió la boca con la suya.

El vaivén de sus movimientos fue lento y prolongado, y Jecca se sintió inundada de dulzura. Tenía las manos en la espalda de Tris, y notaba la actividad de sus músculos bajo la piel, sus movimientos a medida que él profundizaba rítmicamente en su penetración.

Tris pasó una pierna por encima de las suyas, se dio la vuelta para ponerse boca arriba y arrastró a Jecca con él.

Sentada a horcajadas sobre las caderas de Tris, le miró su hermosa cara, la ancha extensión del pecho de piel dorada que se estiraba sobre los esbeltos músculos, y Jecca supo que jamás había sentido un deseo así.

Empezó a moverse encima de él, arriba y abajo, cada vez con más intensidad. Tris la sujetaba por las caderas, ayudándole con los brazos. Jecca se inclinó hacia delante, apoyó las manos en el cabezal y aceleró el ritmo.

Entonces Tristan la arrojó sobre la cama boca arriba y se impulsó dentro de ella, arrancándole gritos de placer.

Se corrieron juntos entre fuegos de artificio, abrazados el uno al otro, zarandeados los cuerpos por una oleada tras otra de pasión.

Tristan se dio la vuelta de costado para quitarse de encima, la piel brillándole por el sudor.

—Ha sido... —Parecía no saber qué decir.

Jecca se puso de costado para mirarle y le puso la mano en el pecho.

—Ha sido el principio —dijo.

Tris le sonrió.

—Tendrás que concederme un minuto antes de empezar de nuevo.

—No te apures —le tranquilizó—. Soy artista. La creación es mi religión. Cuando haya acabado contigo, estarás más que preparado para continuar.

—Si eso es un desafío, lo acepto —dijo él—. De mil amores.

Jecca quería acariciarle, deslizar su piel contra la suya, sentir moverse las curvas de su cuerpo contra los planos de Tris. Se tumbó encima de él de espaldas, y le encantó tocarle solo a él, sin sábanas ni ropa de por medio, solo carne sobre carne. Movié los pies sobre él, le recorrió los antebrazos con las manos, sintiendo el pelo que los cubría. Cuando movió el trasero sobre el centro de Tris, le arrancó un gemido.

Jecca se dio la vuelta para colocarse frente a él, y le puso la cara en el cuello, aspirando su familiar olor. Tris le acarició la espalda, bajando las manos por sus hombros y los brazos hasta llegar a la cintura, y allí las ahuecó sobre las nalgas.

Dándose la vuelta de costado para quitarse de encima, Jecca le empujó para que se pusiera boca abajo, y reinició la exploración de su delicioso cuerpo. De nuevo, solo le estaba tocando a él, la piel desnuda contra la piel desnuda.

Sensuales al principio, sus movimientos se aceleraron cuando empezó a sentir la premura del deseo, la necesidad de sentirle dentro de su cuerpo.

Tristan se quitó de debajo, y en esta ocasión la hizo suya con una pasión incandescente.

Como Jecca imaginara la primera vez que vio la cama de Tristan, rodaron fuera de ella. Él fue el primero en golpear el suelo, sujetándola contra su

cuerpo y sin interrumpir el contacto ni una vez, con ella encima. Los largos dedos de Tris la agarraron de las caderas cuando cayó sobre él con un golpe sordo muy gratificante.

Unos minutos más tarde, la llevó hasta un gran sillón y le levantó los tobillos hasta ponérselos en el cuello. Transcurrido un buen rato, dejaron el sillón y Jecca sintió en las rodillas la quemadura de la alfombra.

Cuando por fin alcanzaron el clímax juntos, empezaban a asomar los primeros rayos de sol.

Tristan la levantó del suelo poniéndole el brazo en la cintura, la dejó sobre la cama y se dejó caer a su lado. Se quedaron dormidos de inmediato.

Capítulo 13

JECCA se despertó y se deleitó con la visión de Tristan, ya duchado y afeitado, vestido solo con unos Levi's, con el torso desnudo y los pies descalzos.

Tris le sonrió.

—No quería despertarte.

Ella se estiró de una manera deliciosa, el pecho apenas cubierto por la sábana.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¡Estás de broma! ¿Me he pasado la mañana durmiendo?

Él se sentó en el borde de la cama a su lado y le retiró un mechón de pelo hasta dejárselo detrás de la oreja.

—Me lo pasé muy bien anoche.

—Yo también. —Jecca le besó en la palma de la mano. Todavía no se había acostumbrado a verle. Su voz le era familiar, y habría conocido sus manos en cualquier parte, pero su cara seguía siendo un misterio para ella—. Chanel.

—¿El perfume? Se me ha terminado.

—¿Sabes cuando entras en unos grandes almacenes y te encuentras con todos esos mostradores de cosméticos diferentes?

—No por experiencia personal, aunque los he visto.

Ella le puso la mano en el pecho desnudo.

—Cada marca tiene su propia imagen, y tú te pareces a los tíos de los

carteles de los mostradores de Chanel.

Tristan tardó un instante en pillar lo que quería decir.

—¿Me estás diciendo que parezco un modelo?

—Bueno... —dijo ella—. Mayorcito, pero sí.

—¿Así que ahora soy un modelo mayorcito? —Se estaba inclinando hacia ella.

—Muy mayorcito.

Tris le puso la cara en el cuello.

—Te informaré de que soy médico, no modelo, y ahora mismo me parece que tienes que pasar una revisión.

La respuesta de Jecca fue una risilla tonta mientras se deslizaba hacia abajo en la cama.

Cuando terminaron de hacer el amor de nuevo, se metieron en la ducha — donde aprovecharon para hacerlo otra vez—, y se volvieron a duchar, era la una.

—Necesito comer —dijo Jecca, secándose—. Y necesito algo que ponerme aparte de la seda.

—A mí me parece que le irías muy bien al mostrador de Chanel —dijo él, apartándose de ella.

—Ni lo pienses siquiera —respondió Jecca—. Habría dicho que Nell estaría ya por aquí.

—Y ha estado, pero la envié de vuelta con la señorita Livie.

—Por favor, dime que no van a estar allí todas ahora, esperando a que me haya levantado —dijo Jecca.

—Lo siento, pero lo están.

—Y voy a aparecer llevando el vestido que me puse anoche. —Soltó un gemido—. Qué vergüenza tan grande.

—La señorita Livie jamás permitiría que eso ocurriera. —Salió de la habitación durante un momento, al cabo del cual regresó con una bolsa de supermercado de papel y se la entregó.

Dentro había unos vaqueros, unas sandalias, una camisa de lino rosa y ropa interior, todo de Jecca.

—Nell lo trajo a eso de las nueve de la mañana y le di el vestido de la señorita Livie. Estamos invitados a comer.

Jecca se vistió en cuestión de minutos. Hasta había una bolsa de cosméticos en el fondo, y los amables cuidados de las dos mujeres le arrancaron una sonrisa. Se preguntó si tener una madre sería algo así.

Tristan pareció saber lo que estaba pensando.

—Son unas buenas mujeres.

—Muy buenas.

Cuando echaron a andar hacia la puerta, él la cogió del brazo.

—Jecca, sobre lo de ir a la cabaña de Roan... No tenemos que ir si no quieres.

Ella se volvió y le sonrió.

—Me muero de ganas de ir.

—¿Estás segura? Es una casa tosca, y además, tanto Nell como Roan estarán allí. Tal vez preferirías ir a otro sitio.

—¿A un sitio más lujoso? ¿Donde pueda pasarme la mañana en un spa?

—Sí —dijo él con cara seria—. Dado que vives en Nueva York y todo eso, estoy seguro de que tus gustos son más sofisticados que los nuestros. Puede que prefirieses algo más refinado.

—Estás olvidando donde crecí. Si Roan tiene una motosierra, os enseñaré la manera adecuada de utilizarla.

Tristan se rio y la besó.

—Te estoy imaginando con el vestido de la señorita Livie y una motosierra. —Suspiró—. Debemos irnos. Nell dijo que la señorita Livie y Lucy se habían pasado toda la mañana cocinando. Voy a llevarle a Roan toda la comida que quepa en mi viejo coche.

—¿Así que conocen a Roan?

—¿Estás de broma? Coquetea con ellas hasta que me hace sonrojar. Dice que ligar le mantiene unido a sus raíces sureñas, puesto que apenas se le permite mirar a sus alumnas de California.

—Me alegra oír eso —dijo Jecca. Iban caminando por el sendero que conducía a la casa de la señora Wingate cogidos del brazo. A su izquierda salía el camino a la casa de muñecas. Durante la cena, Jecca había puesto al corriente a Tris y a Nell de las ideas de la señora Wingate sobre el jardín.

—¿Crees que allí hay sol suficiente para que crezcan las plantas?

—Hay un olmo moribundo que se ha de talar —dijo Tris—. En cuanto

desaparezca, habrá luz de sobra. Quizá puedas utilizar una motosierra con el árbol.

—¿Yo? —preguntó, aparentemente horrorizada, apartándose de él—. ¡Pero sí soy una chica!

—¿Ah, sí? —preguntó él en voz baja—. Eso es algo en lo que no había reparado. Mejor me dejas comprobarlo para asegurarme.

Cuando alargó la mano para tocarla, Jecca retrocedió, pero entonces, dándose cuenta de que se estaba metiendo en el camino que llevaba a la casa de muñecas, se paró.

—Buena idea —dijo él—. Creo que tenemos que echarle un vistazo a ese lugar juntos. Te enseñaré cómo se puede cerrar la puerta con llave.

—¡Ahí estáis! —dijo una voz inconfundible. Era Nell, que estaba en el comienzo de la vereda, todavía en la propiedad Wingate. Los taladró con la mirada—. Llevamos esperando una eternidad —dijo—. Estamos todas hambrientas, y el tío Roan no sabe dónde estamos. —Parecía una madre echándole un sofión a sus hijos, y Jecca se sintió culpable por dormir tanto.

Pero Tris se limitó a soltar una carcajada mientras echaba a correr hacia su sobrina, la levantaba en brazos y seguía adelante.

Mientras Jecca se apresuraba a seguirlos, trató de pensar en alguna excusa —en una mentira, vamos— para explicar por qué llegaba tan tarde. Pero cuando entró en la casa supo que no tenía motivo para preocuparse. Las mujeres estaban demasiado ocupadas como para hacer preguntas.

La cocina era un alegre caos donde todas las superficies estaban cubiertas de utensilios o comida preparada. Parecía como si Lucy y la señora Wingate hubieran estado horas vigilando las cacerolas humeantes; o mejor dicho, que lo hubiera estado Lucy. El pelo le caía en unos ralos rizos sobre la cara, y tenía el delantal cubierto de manchas de fruta.

Jecca pensó que tenía un aspecto fantástico y no pudo evitar utilizar su móvil para hacerle una foto. Mientras le daban a probar a Tris todo lo que habían hecho, Jecca envió la foto de Lucy a su padre. doMINGO EN LA CASA wiNGATE, escribió. Pensó en enviar también una foto de Tristan, pero al final decidió que no; eso haría que su padre se entregara a uno de sus interrogatorios sobre las intenciones del hombre.

Retrocedió y observó a Tristan con las dos mujeres, y se percató de la

familiaridad que había entre ellos y lo mucho que las mujeres lo adoraban. Un príncipe de la realeza jamás habría sido tratado tan bien. Las mujeres sostenían cucharas y tenedores llenos de comida para que él los probase, pedazos de pan con mantequilla, lonchas de queso. Lucy cogió un plato y empezó a llenarlo para Tris.

—Es el juguete favorito de las dos —apuntó Nell, haciéndola reír—. ¿Podría ver tus dibujos de la casa de muñecas? Siempre que estés preparada —añadió. Parecía que le habían dicho que fuera educada.

—Pues claro —dijo Jecca, aunque miró con deseo la comida que había por doquier. La mayoría había sido metida en envases y ya tenían las tapas cerradas. Nadie había mencionado cuándo iban a sentarse a comer.

Empezó a dirigirse hacia la puerta, pero Tris le cogió el brazo.

—¿No quieres tu plato? —Tris le tendió la comida que Jecca había pensado iba destinada a él.

—¿Por qué no te la llevas arriba? —sugirió Lucy—. La pobre Nell lleva horas esperando. Se muere por ver los dibujos que hiciste. No te olvides de llevarla a mi cuarto de costura y hablarle de las cortinas.

—Y de las fundas —dijo Jecca, cogiendo el plato y sonriendo porque no se hubieran olvidado de ella.

La señora Wingate entregó a Nell dos vasos de té helado.

—Avísanos cuando hayas hecho el equipaje para que llenemos la nevera.

Sonriendo, Jecca se despidió de Tristan con la mano —estaba de pie junto a la cocina, comiendo—, y subió a toda prisa las escaleras con Nell pisándole los talones.

En cuanto Jecca salió de la cocina, las dos mujeres se volvieron para mirar a Tristan, pero él no dejó de comer.

—¿Y bien? —preguntó la señora Wingate.

—Está bueno —respondió él—. No tan picante como la tanda del año pasado, pero bueno. Tal vez deberías añadir algo más de pimienta en grano.

—No te está preguntando por los malditos encurtidos —le aclaró Lucy—, ¡y lo sabes! ¡Queremos saber cosas de Jecca!

—Caray —dijo Tristan mientras utilizaba las pinzas de cocina para sacar otro trozo de pollo de la sartén—. Sin duda esta mañana estáis las dos muy guerreras. Bien, veamos, tres veces, sí, Jecca y yo...

—¡Tristan! —le amonestó la señora Wingate en el tono de voz que un adulto utiliza con un niño.

Con una sonrisa en la boca, Tris se sentó a la mesa de la cocina con su plato.

—Me gusta —dijo. Como las mujeres siguieron mirándole fijamente, añadió—: Me gusta mucho. Es fácil estar con ella. Encaja allá donde vayamos. Al la llamó Jersey Lil.

La señora Wingate asintió con la cabeza mientras se sentaba enfrente de él.

—Por Lillie Langtry —dijo—. A Albert siempre le gustó la televisión pública, y está en lo cierto. La belleza y sofisticación de Jecca encubren su pasado proletario. Igual que la señorita Langtry.

Lucy y Tristan la estaban mirando de hito en hito boquiabiertos.

—No sabía que conocieras a Al —dijo Tris—. Él...

—Livie conoce a todo el mundo —intervino Lucy con displicencia mientras se sentaba—. Queremos saber cosas sobre ti y Jecca.

—Jecca va a regresar a Nueva York al final del verano —dijo Tris—. Me dice eso cada diez minutos.

Lucy suspiró.

—Nunca me han gustado ninguna de las jóvenes con las que has salido, pero Jecca sí que me gusta. ¿Te imaginas a aquella... cómo se llamaba? ¿Melody?

—Monica —la corrigió Tris.

—Sí, eso es. Monica. ¿Te imaginas a Monica ayudándome a cortar tiras al bies para los ribetes? Jecca lo hizo. Y utilizó el pequeño accesorio de ribetear para forrar seis sisas. Te aseguro que tiene un talento natural para la tela. Y para las máquinas. Hasta Henry se porta bien con ella.

—A mí lo que me gusta de Jecca —intervino la señora Wingate, mirando a Tristan— es que te valora a ti, y no solo tu aspecto. Aunque, por otro lado, te recuerdo expresando el deseo de encontrar a una mujer que te quisiera a ti y no a tu cara. Y a este respecto, «deseo» es la palabra clave.

Estaba haciendo referencia a la Piedra de los Deseos del Corazón de su primo Frazier. Se decía que la tal piedra tenía el don de conceder los deseos, siempre que salieran del corazón de una persona. Tristan hizo una mueca de burla.

—Eso es ridículo. Si fuera verdad, significaría que romperme el brazo...

—Llevó a que tuvieras unas vacaciones... —le interrumpió la señora Wingate.

—Lo que provocó que estuviera en casa cuando Jecca llegó aquí...

—Y te cayeras encima de ella en la tumbona. Y que la conocieras en la oscuridad, donde no podía verte la cara. Por último, todo eso condujo a que se te concediera lo que deseabas. Lo que deseabas de todo corazón, podría añadir —dijo la señora Wingate.

Tristan la miró en silencio durante un instante.

—No me lo creo.

—Piensa lo que quieras —dijo la señora Wingate—. Lo cierto es que las cosas encajan bastante bien, ¿no te parece?

—Una alineación cósmica.

La señora Wingate le miró.

—La primera vez que vi a Jecca después de que pasara la noche contigo estaba totalmente embelesada. Entonces no le di ninguna importancia, porque las chicas tontas suelen reaccionar así ante tu yo externo. Pero después, cuando siguió repitiendo que no te había visto jamás, até cabos. Es una chica muy sensata, y Lucy y yo le hemos cogido bastante cariño.

—Yo también —dijo Tris.

—¿Más que a la mujer de Colin Frazier? —preguntó la señorita Wingate.

Tristan sonrió por la manera de expresarlo la mujer. No le sorprendía lo más mínimo que se hubiera percatado de sus sentimientos hacia Gemma, y ahora le estaba pasando por las narices que Gemma se había casado con otro hombre.

—Sí, lo cual me alegra, puesto que parece que Jecca también me tiene bastante cariño.

—Entonces has de conseguir que Jecca se quede en Edilean —terció Lucy. Ella lo sabía todo sobre la Piedra de los Deseos del Corazón, y creía en ella a pies juntillas.

—Cada vez que le hablo de que se quede, Jecca... —Tristan levantó la mano—. Bueno, digamos que esa chica tiene una lengua afilada...

—¿Qué le dijiste para provocarla? —preguntó Lucy, y por su tono demostraba que estaba de parte de Jecca.

Tristan repasó las sugerencias hechas a Jecca de que encontrara algún trabajo en el pueblo y las respuestas de esta.

—Comprendo sus razones —dijo Lucy—. Un trabajo es algo muy importante para una mujer.

—Me preguntó si a Jecca le gustaría ser interiorista —dijo la señora Wingate—. Parece tener talento para eso.

—Solo quiere pintar acuarelas y venderlas —apostilló Tris.

Lucy suspiró.

—Que no se vendan supone un gran problema para ella.

—¿Te ha hablado de eso? —preguntó Tristan, sin salir de su asombro—. A mí me lo contó Kim, no Jecca.

—Hablamos mucho por las noches, cuando cosemos —dijo la señora Wingate—. Es una gran compañía. Trata de aparentar que no le importa que sus pinturas no se vendan, pero sí que le importa. ¿Y a ti por qué no te ha hablado de ese problema de su vida?

—No lo sé —dijo Tris—. Quizá porque no la siento en un sofá y la frío a preguntas. Y hablando de revelar secretos: ¿qué le habéis contado vosotras dos de vuestros secretos? —Miró a la señora Wingate—. He sabido que casi pierdes el conocimiento ante la mención del nombre de Bill Welsch. ¿De qué iba todo eso?

—Yo... esto... —La señora Wingate se levantó y se acercó a la cocina.

Tris miró a Lucy.

—Bueno, ¿y tú dónde te criaste? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Lucy fue a situarse al lado de la señora Wingate.

Tristan le dio un buen trago a su té, y se levantó. Las dos mujeres le estaban dando la espalda. Con una sonrisa, se colocó entre las dos y las rodeó con un brazo a cada una.

—Haré todo lo que pueda, ¿de acuerdo? Jecca me gusta más de lo que nunca me ha gustado una mujer, y voy a hacer todo lo que esté en mis manos para conseguir que se quede. Pero eso requiere tiempo.

Ambas mujeres asintieron con la cabeza, pero no le miraron.

Besó a cada una en la mejilla, y se apartó. Las mujeres seguían sin parecer contentas.

—Si eso os hace sentir mejor, esta mañana, mientras Jecca estaba

dormida, me pasé una hora mirando la página de Kim en internet. ¿Qué creéis que sería mejor para un anillo, dos quilates y medio o tres?

—Tres —dijeron las mujeres al alimón, y se volvieron hacia él con una sonrisa.

—Tened un poco de fe en mí, ¿de acuerdo? —dijo, mientras sacaba una gran pepinillo del cuenco que había en la mesa. Salió de la cocina masticándolo.

La bravuconería de Tris le acompañó hasta el invernadero. Necesitaba estar rodeado de su plantas; le tranquilizaban.

Vio que algunas hojas tenían cochinillas, así que sacó alcohol y unas torundas y empezó a librarse de ellas. Era una labor a la que estaba acostumbrado y su naturaleza rutinaria le permitía tiempo para pensar.

Lo cierto era que sabía que se estaba enamorando de Jecca. También sabía que se había sentido así casi desde la primera vez que la había visto en esa ocasión. Era bastante posible que todo hubiera empezado muchos años atrás.

Ella no era como las demás mujeres con las que había salido; Jecca no daba la impresión de esperar que le dieran las cosas. Quería ser la compañera de un hombre, su igual. No parecía suponer que, puesto que él era médico, tuvieran que vivir en una mansión y... Y convertirse en un estereotipo.

No, no era como las demás. Era diferente, pensó, y eso le gustaba muchísimo.

Estaba contento de que Jecca hubiera encajado en su familia. Cuando estaba en Miami, Jecca y Nell se habían pasado un montón de tiempo hablando por teléfono. Al principio, se había sentido culpable por haber descuidado tanto la casa de muñecas, por no haberse percatado del mal estado en que se encontraba.

Pero cuando había visto a Nell acurrucada en un sillón, con el móvil de él en la oreja, hablando reservadamente con Jecca, se alegró de haber descuidado la casa de muñecas. Cuando Nell empezó a comentar las cosas que Jecca le había dicho, lamentó no haber dejado que el techo se hundiera. O haberle pasado con un camión por encima. Cuanto más trabajo necesitara la casa, más tiempo se quedaría Jecca.

A Addy también le había gustado Jecca.

—Es tan soñadora como vosotros dos —había dicho aquella noche,

después de hablar con Jecca por teléfono.

—¿Demasiado soñadora para confiarle la rehabilitación? —había preguntado Tris. Había sentido curiosidad por lo que pensaba su hermana.

—A ese respecto no tengo ni idea. Por eso llamé a Bill Welsch; él no necesita que nadie le supervise. Me refería a que por lo que sé, creo que a tu Jecca probablemente le guste estar contigo y con Nell. Me parece que se lo pasará bien en la cabaña de Roan. A ninguna de las otras chicas con las que has salido le habría gustado subir allí. ¿Sabes una cosa, Tristan? —había dicho—, que esta vez me parece que puede que hayas encontrado a una mujer de verdad.

Él sabía que viniendo de su hermana aquel era un gran elogio, y había sido Addy la que le había hecho salir corriendo hacia el aeropuerto.

La señorita Livie había llamado a Tris el sábado a primera hora, y le había hablado de un antiguo vestido que le iba a dejar a Jecca para que fuera esa noche a la fiesta de Reede.

—Le sienta mejor que lo que nunca me sentó a mí —había dicho la señorita Livie—. Y jamás he visto a una jovencita más hermosa de lo que lo está con él. Y aún lo estará más después de que Lucy y yo hayamos acabado con el pelo y las uñas.

Tristan había sonreído.

—Jecca es muy guapa, estoy de acuerdo.

—Y tu primo Reede es un joven muy guapo.

—¿Es que crees que me va a abandonar por Reede? —Lo había dicho en un tono jocoso. Él y Jecca estaban más allá de eso.

—Una cara bonita siempre resulta muy atractiva para una joven.

—Creo que puedo defenderme —había replicado él sin perder la sonrisa.

—Si tan solo la hubieras visto —había dicho la señora Wingate categóricamente. Como Tristan se callara, dijo que tenía que irse, y había colgado.

Tristan había ido a la cocina, donde Addy estaba sacando los cereales para desayunar.

—¿Qué ha pasado? —le había preguntado al ver su expresión—. Por favor, no me digas que ha muerto alguien de Edilean.

—No —había respondido, sentándose—. Era la señorita Livie, que me ha

estado hablando de un vestido suyo que Jecca va a llevar a la fiesta de Reede.

—¿Una de aquellas celestiales creaciones que guarda en el viejo armario del cuarto trasero?

—Esa es la segunda habitación de la que no sé nada —había respondido Tris, asombrado.

—¿La primera es el gimnasio de la señorita Livie en el sótano?

—¿Por qué conoces su existencia y yo no?

—¡Porque eres tío! —había dicho Addy. Puso las manos en la isla y se inclinó hacia él—. Tristán, si dejas que esa mujer que te gusta tanto y a quien Nell adora vaya sola (y llevando uno de los vestidos de alta costura de la señorita Livie) a una fiesta en honor de un cachas guapísimo como Reede, ¿es que te mereces perderla!

Tristan se quedó inmóvil con la caja de cereales sujeta en el aire, mientras las imágenes le pasaban por la cabeza: Reede colgado de un cable, descendiendo hacia el mar para rescatar a un niño asustado; Reede desnudo y paseándose delante de Jecca en la Punta de Florida; Jecca vestida con un vestido ceñido.

—¿Por qué no me dijiste eso ayer, cuando todavía tenía tiempo para volver en coche a Edilean?

—Lo último que sé es que se han inventado los aviones. De hecho, salen de Miami con bastante frecuencia.

Tris había tomado la decisión al instante.

—Dejaré el coche en el aeropuerto y...

—Yo voy contigo —había dicho Nell detrás de ellos. Estaba sosteniendo en el aire su pasaporte, la documentación que necesitaba para subir al avión.

Tris había mirado a Addy.

—¡Adelante! ¡Id los dos! Nosotros llegaremos mañana. Si no pierdes tiempo en hacer las maletas tendrás que comprarle algo de ropa a Nell y... — Se había interrumpido porque la puerta se había cerrado y tía y sobrina habían desaparecido.

Si Nell no hubiera ido con él en el coche habría conducido mucho más deprisa. De cualquier modo, superó todos los límites de velocidad que encontró hasta el aeropuerto de Miami, aunque solo ligeramente. Le dejó las llaves al aparcacoches, cogió a Nell de la mano y echó a correr. Se dirigió a

la empleada menos atractiva que encontró, la sonrió melifluamente y le pidió que les consiguiera dos asientos en cualquier avión con destino a Richmond. Había uno que estaba embarcando y despegaba en veinte minutos.

Tris había besado la mano de la joven en agradecimiento, y él y Nell habían echado a correr. Llegaron al avión cuando estaban a punto de cerrar las puertas. Al llegar a Richmond, alquiló un coche y emprendió el camino de regreso a casa. Y no fue hasta que estuvieron en la autopista cuando se dio cuenta de que no habían comido.

—Me he olvidado de darte de comer —había dicho, aterrorizado.

—No pasa nada —había respondido su sobrina—. Esto es lo más emocionante que he hecho en toda mi vida.

—¿Ah, sí? —había preguntado mientras tomaba una salida de la autopista. Se dirigieron a una ventanilla de autoservicio y pidieron hamburguesas y cocacolas—. Si te pregunta tu madre...

—Ya sé —dijo Nell—. Me diste de comer tres clases de verduras de hoja verde.

—Exacto.

—¿Cómo es que Jecca no te ha visto nunca?

Tris había estado a punto de atragantarse.

—Tienes que dejar de escuchar las conversaciones ajenas.

La niña no había contestado; solo siguió mirándole.

Tris cedió a la presión.

—Conocí a Jecca por pura casualidad, y estaba oscuro como boca de lobo —había empezado. En general la historia era lo bastante inocente para poder contársela a una niña; lo único que él y Jecca habían hecho fue hablar. Le contó las noches que habían estado juntos, incluida la cena campestre junto al lago.

Nell introdujo la pajita en su bebida mientras reflexionaba sobre lo que él había dicho.

—¿Os habéis besado alguna vez?

—Eso, jovencita, no es asunto tuyo.

Nell esperó en silencio.

—Un poquito —admitió él—. No demasiado.

—¿Así que ella jamás ha visto tu cara?

—No, no la ha visto —había reconocido Tris—. Pero voy a aparecer en la fiesta de Reede y entonces me verá.

—Espero que le guste tu cara. Porque si no es así, jamás conseguiré que pinte la casa de muñecas.

Tristan se había echado a reír.

—Nell, la verdad es que sabes cómo ponerme en mi sitio. No había pensado que ella pudiera no encontrarme... atractivo. A tu madre le parece que Reede es muy guapo. ¿Crees que podría dejarme por él? —Lo había dicho de broma.

Pero Nell no sonrió.

—A todas las niñas del colegio les gusta Scotty porque resulta agradable de mirar, pero es malo.

Tris había borrado la sonrisa de su cara. Parecía que su sobrina tenía algo serio que decirle.

—Pero a ti no te gusta, ¿verdad?

—No. A mí me gusta Davey, que es muy agradable, aunque más feo que Picio.

—Entiendo. Bueno, ¿y todo eso qué significa?

—Que creo que es mejor que el exterior y el interior coincidan. Ojalá Davey se pareciera a Scotty.

Tris había tratado de entender qué intentaba decirle su sobrina, y entonces se le hizo la luz.

—Piensas que debería ir a la fiesta con vaqueros y una camisa vieja, como suelo hacer cuando voy a una barbacoa, ¿es eso?

—No.

—Puesto que Jecca lleva un vestido precioso, ¿qué tal si vamos a casa y me pongo el esmoquin?

—¿Y qué me pongo yo? —preguntó ella.

Tris había sacado el móvil del bolsillo y se lo había pasado a su sobrina.

—Llama a la señorita Lucy. Nos quedan un par de horas antes de la fiesta. Tal vez pueda hacerte un vestido de baile en ese tiempo.

Poco después, él y Nell llegaron a la fiesta en honor de Reede, y Tris llevaba un esmoquin. Se lo había pasado en grande bailando con Jecca, pero algo más importante había sucedido. Cuando ella le había visto por primera

vez, fue como si hubiera mirado más allá de lo que la señorita Livie llamaba su «yo exterior». Durante un momento, solo durante un instante, había sido como si Jecca le hubiera estado mirando el alma. Tris se había plantado allí y esperado, mientras Jecca parecía estar decidiendo algo... y durante ese fugaz instante Tristan jamás se había sentido tan desnudo.

A lo largo de su vida las mujeres se habían acercado a él sin ningún recato. Como mucho, todo lo que había tenido que hacer era mirar a una mujer con los ojos entornados, y ella aparecía a su lado. Esa... habilidad le había causado problemas en la consulta, y había tenido que hablar con su padre del asunto.

—¡Profesional! —le había dicho su padre—. Tienes que ser un profesional tanto dentro como fuera de la consulta. Mantente alejado de tus pacientes. Encuentra una chica a la que nunca le hayas puesto el estetoscopio encima.

Tris había seguido el consejo, aunque en ocasiones le había resultado difícil ceñirse a él. Tuvo una paciente, una joven divorciada con una hija de tres años, que casi había conseguido que fuera un mal chico. Cuando la mujer se había ido de Edilean, no había sabido si alegrarse o sentirse abatido. Si ella le hubiera dejado una dirección, es muy posible que la hubiera seguido.

Pero ahora que había conocido a Jecca se alegraba de no haberlo hecho. Ni aquella ni ninguna otra mujer le había mirado como lo había hecho Jecca la víspera. Por primera vez en su vida, había sentido que su aspecto no tenía ninguna importancia. Pensó que a Jecca le habría traído sin cuidado que hubiera aparecido cubierto de cicatrices de quemaduras. Ella le estaba mirando su yo interior, no el exterior.

Que hubiera superado el examen de Jecca —obtenido su aprobación— era lo más gratificante que le había sucedido en la vida. Había sacado la carrera de Medicina por lo que había aprendido. Pero el examen de Jecca lo había aprobado por quien era.

Cuando la había visto por primera vez a través del gentío, Jecca estaba a medio camino de la puerta. Parecía como si las personas de Edilean —en su mayor parte parientes de Tris— la hubieran estado ignorando, y estuviera a punto de marcharse. Tal circunstancia debería haberle enfurecido, pero, por el contrario, el hecho le había hecho sentir con más fuerza que ella le pertenecía.

De dejarse llevar por sus impulsos, le habría hecho el amor allí y

entonces. La sonrisa que Jecca le dedicó, que le confirmó que había aprobado el examen, le hizo sentir como un cavernícola. Y había querido decir: «Eres mía», y echársela encima del hombro y largarse con ella. No deseaba que ningún otro hombre la mirase con aquel vestido que realzaba todas y cada una de sus curvas. No le había resultado fácil mantenerse apartado de ella.

Lo mejor que había podido hacer en una sociedad moderna era bailar con ella. Le había encandilado tenerla entre sus brazos, y la facilidad con que ella le había seguido por el suelo.

Cuando la gente se agolpó en torno a ellos después del baile, no le costó mucho conducir a Jecca y a Nell fuera de allí. Si su sobrina no hubiera estado con ellos, habría llevado a Jecca directamente a su casa. Pero no había querido atosigarla con las prisas. Quería asegurarse de que lo que ocurriera entre ellos fuera lo que ella quería que sucediera.

En el restaurante de Al, Tris sabía que se había comportado como un mozalbete de bachillerato. ¡No había podido mantener las manos quietas! Jamás había sentido un deseo semejante. No pudo pensar en otra cosa que no fuera tocarla o sentirla pegada a él.

Habían pasado juntos la mejor noche de sexo de toda su vida. Se había despertado una vez para que ella se acurrucara contra él, y había sentido tal ternura por Jecca que deseó que nunca se marchara.

Y ahí estaba el problema. Que no podía hacer nada para impedir que Jecca se marchara al cabo de unos meses. Él estaba atado a Edilean con la misma firmeza que el gran roble del centro del pueblo; sus raíces eran tan profundas como las del árbol. Ni siquiera el último huracán había conseguido mover el árbol, y nada iba a conseguir tampoco que Tristan abandonara su pueblo natal.

Examinó más plantas en busca de cochinillas y arañas rojas y se aseguró de que el atomizador estuviera funcionando. Todo estaba en orden, y salió del invernadero. Sabía que quizá debía ayudar a las mujeres a cargar el Rover, pero en vez de eso se fue a buscar a Jecca y Nell.

Llevaba sin subir desde que Jecca se mudara allí. Su puerta estaba abierta, y Tris miró dentro, pero no estaban allí. Como Jecca había hecho con su casa, quiso ver cómo vivía; quería saber más cosas acerca de ella.

Primero entró en el dormitorio. Encima de la cama había una maleta de lona verde, de las que se abrían por la parte superior, tipo maletín de médico.

Estaba a medio llenar con ropa de Jecca. Vio vaqueros, camisetas y un jersey en un lado. Todo estaba limpio y ordenado. Conocía bien la habitación, porque era la que había ocupado siendo niño cuando sus padres se iban de viaje. Sabía qué cuadros se habían cambiado. Jecca debía de haberse dado una vuelta por la casa y escogido los que más le gustaban, volviendo a colgarlos en sus aposentos. A Tris siempre le había gustado más la escena del río de Escocia que el retrato del viejo Wingate que colgaba encima de la cama.

Se dirigió al salón sonriendo. Lo que más llamó su atención fue la zona artística que Jecca había instalado junto a los grandes ventanales. Había una mesa de dibujo hecha de encargo, preciosa, y encima estaba el gran cuaderno de dibujo. Cuando Tris lo abrió no pudo evitar mirar por encima del hombro, no fuera a ser que lo pillaran. Nadie tenía que decirle que mirar el cuaderno de dibujo de un artista era una violación de la intimidad tan grande como leer el diario de alguien.

Pero no lo pudo resistir. Las primeras hojas estaban ocupadas por dibujos de las flores del jardín de la señorita Livie. Había coloreado algunas a lápiz; otras eran simples bocetos. Vio la rapidez con que las había dibujado, aunque había conseguido captar las formas de las flores.

Había varias hojas del cuaderno dedicadas a sus orquídeas, y eso le hizo sonreír. Parecía como si las que más le hubieran gustado fueran las *paphiopedilum*; a él también. Sus formas exóticas, a la vez seductoras y amenazantes, siempre le habían fascinado.

Jecca había experimentado en ellas con los colores. Había algunos dibujos casi realistas, pero un par tenían unos colores tan imaginativos como una película en 3-D.

La siguiente hoja contenía dibujos de las flores tanto del jardín como del invernadero de las orquídeas, salpicadas de algunas joyas. Anillos, collares y pulseras se entrelazaban con los tallos o se asomaban detrás de los pétalos.

Estaba seguro de que Kim quedaría satisfecha con las ideas de Jecca.

Pasó a la hoja siguiente y contuvo la respiración, porque había un dibujo de él... en el que aparecía alado.

Se dio cuenta que lo que Jecca había dibujado estaba destinado a Kim, aunque aun así tardó un instante en recuperarse de la impresión. Entendió lo que había hecho: había realizado una composición a partir de las fotos de los

álbumes de la señorita Livie y añadido luego las alas nervadas y transparentes de una libélula. Le había retratado como Cupido.

Pasó a la siguiente hoja con una sonrisa, y de nuevo se quedó estupefacto. Había un retrato de él sosteniendo en brazos a Nell.

Le había dibujado de cintura para arriba, y Nell, con unos dos años, estaba en sus brazos, encogida, con la cabeza en el hombro de Tristan, y estaba dormida. Él la miraba, y todo el amor que sentía por la niña estaba en sus ojos y en la manera en que la sujetaba.

Nunca se había hecho semejante foto. Tris no tenía ninguna duda de que miraba a Nell exactamente así, pero nadie lo había captado en película. Pero a medida que analizaba el dibujo, se fue dando cuenta de dónde había sacado Jecca las partes que había utilizado. Tris había visto los álbumes de la señorita Livie muchas veces y conocía bien las fotos.

Había una de Nell durmiendo en brazos de Addy y tenía el mismo aire angelical que en la foto de Jecca. Solo que en la foto había media docena de parientes al fondo levantando latas de cerveza. Y Addy había estado hablando, y no mirando con idolatría a su hija.

La fuente para la expresión de Tris era más difícil de descubrir. Pero entonces se acordó de una foto que le habían hecho cuando tenía nueve años, en la que sostenía un conejito en el regazo. Lo había estado mirando amorosamente. Jecca había utilizado aquella vieja foto y la de Nell dormida en brazos de su madre para crear algo completamente nuevo.

Tristan jamás había tenido la menor aptitud artística, y le maravillaba la gente que la tenía, aunque aquellos dibujos eran mejor que cualquier cosa que hubiera visto nunca. Que pudiera tomar la cara de un niño de nueve años, envejecerlo hasta convertirlo en un adulto de treinta y cuatro, y luego añadirle una niña de otra foto era, a su modo de ver, magia.

Lo primero que se le ocurrió fue que quería pedirle a Jecca que le dejara llevar a enmarcar los dos últimos dibujos. Aunque, por supuesto, no podía dejar al descubierto su indiscreción.

Pasó la hoja a regañadientes, y empezaron los dibujos de la casa de muñecas. Jecca había tomado notas sobre todas las variaciones de color. Le gustó su letra; estaba entre la caligrafía de libro de ejercicios escolar y la caligrafía artística.

Oyó un ruido en el pasillo y cerró el cuaderno de dibujo con aire culpable. Casi esperó encontrarse a Jecca parada detrás de él, pero la habitación seguía vacía.

—No sé dónde pueden estar mis chicas —dijo en voz alta, y sonrió al oírse la expresión «mis chicas».

Encontró a Jecca y a Nell sentadas en el suelo del armario del cuarto de coser de Lucy. Había media docena de fotocopias de los dibujos de la casa de muñecas esparcidos por allí, cada una pintada con colores diferentes, y varios rollos de telas junto a cada dibujo.

—Me gusta el verde —estaba diciendo Jecca—. ¿Y a ti?

Nell no titubeó.

—Este verde, ese no.

—Por supuesto. No puedes poner un verde caqui con un amarillo brillante. Al menos, no aquí. ¿Y qué te parecen los rosas?

—Esos dos.

—¡Excelente! —exclamó Jecca—. Creo que deberíamos escoger algo más oscuro para el ribete. Lucy acaba de comprar una pequeña máquina que corta la tela al bies para no tener que utilizar los cortadores giratorios. Y...

—Detesto interrumpiros, pero hemos de ponernos en marcha —dijo Tris desde la entrada.

Nell se levantó del suelo de un salto para echarle los brazos alrededor de la cintura.

—Gracias, gracias, gracias. Mi casa de muñecas va a ser fantástica.

Tris estaba mirando a Jecca, que le sonreía.

—Lo siento, pero nos hemos enrollado con los colorees y las telas —dijo ella.

—Eso es fácil en vosotras dos.

Jecca se levantó y empezó a retirar las telas.

—Te haremos sitio para que puedas llevar lo que quieras —dijo Tris.

—Con mi maletín de pintura es suficiente —dijo ella—. Y algo de ropa. ¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos?

—Hasta que se acabe la comida o nos aburramos. —Levantó a Nell en brazos—. Me parece que has engordado. Tendré que llevarte a caminar cuando estemos en la cabaña del tío Roan. ¿Y qué vamos a hacer con tu ropa? La

dejamos toda en Miami.

—La señorita Livie me llevó de compras esta mañana, y Lucy me ha hecho tres camisetas sin mangas.

—¿Conque de compras, eh? ¿Significa eso que voy a tener que enganchar un remolque al Rover?

—¡Sí! —dijo la niña con entusiasmo—. Y tú puedes ir allí atrás mientras Jecca conduce, para que podamos hablar de la casa de muñecas todo el rato.

Tris la bajó al suelo con una carcajada.

—Para eso puedes utilizar tus dos pies. ¿Por qué no bajas y te aseguras de que la señorita Livie meta esas galletas que vi antes?

—Tú lo que quieres es quedarte a solas con Jecca, ¿no es eso?

—Soy un adulto y no tengo por qué contestar a eso. ¡Largo!

Nell bajó corriendo las escaleras, riéndose.

Tris entró en el armario empotrado donde Jecca estaba recogiendo las telas.

—Es agradable estar aquí dentro —dijo él.

—Me gusta.

Se miraron. Estaban solos por primera vez desde que se fueron de casa de Tris, después de haber pasado la noche haciendo el amor. Empezaron a besarse en el acto, toqueteándose uno al otro por todo el cuerpo.

Tris se detuvo junto a su oreja.

—¿Estás segura de que no quieres que nos vayamos los dos solos?

—De segura, nada —respondió ella, respirando con dificultad.

Ya estaban a punto de empezar a quitarse la ropa mutuamente, cuando la voz de Nell llegó desde la puerta de la habitación.

—¡Tío Tris! —gritó la niña—. ¡Estamos listos para irnos! Casi es de noche.

—Nunca necesito un despertador —le murmuró él en la boca.

Jecca se apartó, sonriendo.

—Ven a ayudarme a terminar de hacer el equipaje.

—Yo... esto... creo que me quedaré aquí un ratito más.

Jecca miró hacia abajo.

—Entiendo, pero, por favor, no te olvides de ese pensamiento.

—Cuando estoy contigo, es en lo único que puedo pensar.

Cuando Jecca iba a contestar, oyó que Nell entraba en la habitación y echó a correr hacia ella.

—Tengo que llamar a Kim para despedirme, ¿y te importaría ayudarme a recoger mi material de pintura?

—¡Oh, sí! —exclamó Nell mientras salían del cuarto de costura de Lucy.

Treinta minutos más tarde, Jecca y Nell estaban paradas con Tris en la parte trasera de su viejo Land Rover, donde él estaba intentando meter a la fuerza todo lo que llevaban.

—¿Cuántas cosas compraste esta mañana? —preguntó a Nell.

Jecca se adelantó.

—No creo que una mujer deba responder a eso. Es algo muy personal, la verdad.

—Creo que estoy de más en este viaje —dijo Tris, mientras conseguía cerrar por fin la puerta.

—Tu primo Roan equilibrará la situación.

—A no ser que esté en plan profesoral, entonces querrá discutir —dijo Tris.

—¡A mí no me metáis en eso! —dijo Jecca, mientras le tendía la mano.

—¿Qué quieres?

—Las llaves del coche. Conduzco yo.

—El sitio al que vamos es muy empinado y...

—Venga ya —insistió ella, todavía con la mano extendida—. He corrido en rallies con mi hermano. —Como Tris titubeaba, añadió—: Te duele el brazo y no me digas que no. Has estado tratando de aparentar que está bien, pero hasta yo sé que los músculos se debilitan cuando están dentro de una escayola.

Tris no sonrió.

—¿Estás diciendo que estoy débil y...?

—Dale las llaves —terció Nell.

Paseó la mirada de una a otra, que estaban muy serias.

—Parece que he vuelto a ser derrotado —dijo, mientras entregaba las llaves del coche a Jecca, aunque parecía complacido. Ayudó a Nell a pasar por encima de los objetos hasta el asiento trasero y consiguió colocarla entre los peluches y las muñecas, y luego se metió en el asiento del copiloto. Jecca

ya estaba detrás del volante.

—¿Tengo que preguntarte si sabes llevar un coche con cambio manual?

Jecca se limitó a mirarle.

—Perdón por hablar.

Se habían despedido de Lucy y la señora Wingate dentro y habían recibido toda clase de explícitas instrucciones sobre la comida.

—¿Cómo está Kim? —preguntó Tris.

—Guay. Está saturada de trabajo, y me deseó lo mejor. —Jecca echó un vistazo al coche—. Bueno, supongo que estamos listos —dijo, pero entonces su móvil emitió un zumbido.

—Es mejor que atiendas la llamada ahora —dijo Tris—. En la cabaña no hay cobertura.

Jecca sacó el móvil del bolso.

—Es un correo electrónico de papá. —Rozó la pantalla, soltó un gruñido y volvió la foto para enseñársela a Tristan.

Era de una mujer joven muy enfadada, y, por la foto, estaba a escasos centímetros de la cara del fotógrafo. La mujer era la viva representación de la «expresión de ira».

Jecca arrancó el coche y dio la vuelta en el camino. El Land Rover no tenía dirección asistida; era viejo; era pesado. Se sintió como en casa.

—Deduzco que esta es tu cuñada, ¿no? La que quería adueñarse de la tienda de tu padre. —Tris fingía no estar observando cómo conducía ni examinando todos sus movimientos. Pero ella se sentía a gusto con el viejo cochazo. Así que sonrió y se retrepó despreocupadamente en el asiento.

—Esa es Sheila. —Jecca estaba saliendo a la carretera.

—Parece que se estuviera peleando con tu padre. Él ha escrito: DOMINGO EN CASA DE LOS LAYTON.

—Mi padre nunca pierde su sentido del humor. —Le contó que le había sacado una foto a Lucy y la había enviado esa mañana y lo que había escrito—. Parece que las cosas están empeorando entre ellos.

—¿Quieres parar y llamar?

—Solo me diría que todo va bien.

—¿Y qué dice tu hermano acerca de esto?

—Joey es duro donde los haya, pero no tomará partido por su mujer ni por

su padre —le explicó Jecca—. Cuando papá y Sheila se enzarzan, Joey sale corriendo.

—¿Y cómo te las apañas en una discusión?

—¿Tratando de averiguar qué haría si tú y yo nos peleáramos?

—Quiero saber todo lo que pueda averiguar de ti.

Jecca echó un vistazo por el retrovisor hacia Nell.

—Está dormida. Es poner en movimiento el coche y se queda frita. Gira a la izquierda en el próximo cruce. Bueno, ¿cómo te comportas en las discusiones?

—Limpiamente —respondió—. Mi padre decía que a él no le importaba una disputa siempre que fuera justa. No cree en los golpes bajos, ni físicos ni verbales.

—¿Así que si discrepamos, no sacarás a colación algo que haya dicho tres años antes? —Tris había pretendido que fuera una broma, pero no tuvo ningún éxito. Al cabo de tres años Jecca estaría viviendo en otro estado. Trató de reponerse—. ¿Crees que el problema de tu padre tiene solución?

—Ninguna que se me ocurra. Es muy tozudo, y Sheila tiene una ambición desenfadada.

—Está luchando por el futuro de sus hijos.

—Eso es lo que dijo Lucy.

Tris alargó la mano hacia atrás para cubrir a su sobrina con una colcha y Jecca no pudo evitar observarlo. Sería un padre magnífico.

Tris se retrepó en el asiento, y empezó a masajearse el brazo izquierdo con la otra mano. Los músculos se le habían debilitado. Sonrió a Jecca, que estaba mirando al frente, complacido por que se hubiera dado cuenta.

—¿Cómo te llevas con tu cuñado? —preguntó ella.

—Perfectamente. Se ríe de mí porque no sé dónde está el pistón de una transmisión, y yo me vengo salvándole la vida de vez en cuando.

—Parece un buen equilibrio. ¿Y te da las gracias?

—Me cambia el aceite gratis, y me deja que me quede con Nell durante semanas seguidas. —Bajó la voz—. Esta semana andan detrás de hacer un bebé.

—¿Te pusiste en plan médico y le dijiste cómo hacerlo?

Tris soltó una carcajada tan sonora que echó un vistazo hacia atrás para

ver si Nell se había despertado.

—Eso es justo lo que hice. ¿Cómo lo has adivinado?

—Crecí entre hombres, así que sé algo sobre la rivalidad masculina.

Tris alargó la mano por encima del cambio de marchas, y le dio un apretón en la mano.

—Háblame de tu formación artística —dijo—. ¿Y qué hay de tu jefa? Kim me dijo que no es buena.

—Andrea es rica, malcriada, egoísta, vanidosa y exasperante.

—Vaya, que no es tu mejor amiga, ¿eh? —Procuró disimular su sonrisa. Le gustaba oír que la vida de Jecca en Nueva York no era perfecta. Se puso cómodo en el asiento y escuchó mientras Jecca le hablaba de sí misma y él le hacía un montón de preguntas.

Le alegró oír que tenía muchos conocidos en Nueva York aunque ningún amigo de verdad. Jecca se guardaba sus confidencias e incluso sus lamentos para sus frecuentes llamadas con Kim.

Cuando llegaron a la cabaña de Roan, Tris sonreía; parecía que lo único que se interponía para que Jecca viviera en otra parte era su trabajo. Eso y la proximidad con su padre. Y todas aquellas tiendas que tanto les gustaba a las mujeres.

Cuando Jecca detuvo el coche delante de la cabaña, Tris pensó que aquello no era gran cosa. Solo unos obstáculos insuperables, nada más.

Capítulo 14

LA cabaña era tal cual la había imaginado, y Jecca se habría llevado un chasco de no haber sido así. Era bastante ancha, con un profundo porche que ocupaba toda la parte delantera, donde además de unas sillas y unos troncos apilados había un vieja bañera colgada de la pared. En el centro del empinado techo se elevaba una chimenea, de la que salía lentamente un zarcillo de humo gris.

—Es perfecta —dijo, mirando por el parabrisas.

Atrás, Nell se despertó, vio dónde estaban, y se abalanzó gateando entre los asientos delanteros y por encima de su tío para salir. Cuando le pisó el estómago, Tris soltó un gemido de dolor.

—Supongo que se alegra de estar aquí —dijo Jecca, observando a Nell cuando la niña salió corriendo hacia los escalones del porche.

Tris estiró la mano por delante de ella para dar un rápido bocinazo.

—¿Está dentro viendo sus culebrones? —preguntó Jecca.

—Sería divertido. Está tratando de escribir su novela.

La puerta delantera se abrió de golpe y salió un hombre grande y fornido vestido con un mono raído y una camisa de franela azul encima de una camiseta verde oscura. Sus pesadas botas resonaron sobre el suelo.

—Desde luego, da el tipo —comentó Jecca. Cuando el hombre llegó al suelo, ella le vio la cara. Era un hombre guapo, con barba de tres días, y su abundante pelambarrera tenía un inconfundible tono rojizo—. ¿Le pusieron su nombre por el pelo?1

—Cuando era niño lo tenía como el fuego —dijo Tris, abriendo la puerta

del coche.

—E imagino que se lo recordabais a menudo.

—Sí, claro —admitió Tris, riéndose mientras salía—. Le llamábamos el Niño Encendido.

—¿Y él que te llamaba?

—Roan es realmente desagradable. Me llamaba Ken —dijo, cuando cerró la puerta.

Jecca tardó un instante en comprender la razón de que eso fuera tan malo, pero entonces se dio cuenta de que hacía referencia a Ken, el novio de la muñeca Barbie.

Riéndose por lo bajinis, vio a Roan coger en brazos a Nell, a la que hizo girar en el aire mientras la niña aullaba de placer.

Salió del mamotreto de coche, pero se mantuvo a distancia, observando. Quería darles tiempo para que se saludaran; además, por lo que sabía, Roan no sabía que iba ella.

Los tres hablaban pisándose la palabra unos a otros. Tris y Roan habían intercambiado grandes abrazos y en ese momento estaban simulando un combate de boxeo.

Ambos eran más o menos de la misma altura, pero ahí se acababa el parecido entre ellos. Roan era más musculoso. Los dos eran atractivos, aunque los rasgos de Tristan eran refinados, incluso elegantes, mientras que Roan parecía sacado de una vieja foto titulada *Cazadores de Búfalos*.

En conjunto, Jecca se quedaba con Tristan de largo.

Mientras observaba, pensó en cómo se encontraba en ese momento con Tristan, pues aquella etapa de una nueva relación siempre era interesante, cuando empiezas a conocerte mutuamente, cuando descubres los vicios y virtudes de la otra persona. Le gustaba enterarse de los gustos gastronómicos y literarios de la otra persona, conocer su forma de reaccionar ante diferentes situaciones.

Más tarde, cuando empezara a ver las cosas que no le gustaban de la persona se daría cuenta de que todo había estado allí en aquellos primeros días. Como aquella vez en que un novio se había dirigido de forma poco considerada a una camarera, y luego le había dicho que lo sentía, pero que no había dormido bien y que eso le ponía de mal humor, algo que le juró no era su

natural. En su momento ella no le había dado importancia, aunque más tarde se percató de que él «siempre» trataba con desprecio a los dependientes, camareros, mecánicos, etcétera. Entonces se dio cuenta de que siempre había sido un grosero, pero que ella no había querido ver la verdad.

Quizá se estuviera engañando, pero hasta el momento no había visto nada en Tristan que le desagradara. Aunque por otro lado, ¿no era de eso sobre lo que Kim le había advertido? Que Tris hacía que una mujer se sintiera como una princesa, y que luego él... ¿Qué? ¿La dejaba tirada? Tal vez ella fuera su ligue favorito porque sabía que no podía haber nada permanente entre ellos.

Cuando terminara el verano, ¿le daría un beso en la frente y le diría que se lo había pasado muy bien?

Se recordó que era ella la que se iba a marchar, no él. Recuperó su cazadora —uno de los desechos de su jefa— del asiento trasero, rodeó la parte delantera del coche, y espero a que alguno de los tres reparase en ella.

—Jecca va a pintar flores —estaba diciendo Nell.

—Y tu casa de muñecas —añadió Tris.

—Y me va a enseñar a pintar —continuó Nell.

—Tu nueva amiga parece muy amable —dijo Roan—. ¿Y qué es? ¿La niñera?

—Es la novia del tío Tris —dijo Nell.

—¿Ah, sí? —preguntó Roan.

Jecca pensó que el primo tenía una voz que podría llegar fácilmente hasta el fondo de un auditorio. Pese a que no se compadecía con la idea que alguien pudiera tener de un profesor universitario, sí que tenía de este la voz y la actitud. La manera de pararse, con los hombros hacia atrás, su manera de sonreírle a Nell, le indicó a Jecca que era un hombre que estaba acostumbrado a que le escucharan.

—Sí —dijo Tris, y su voz dejó traslucir un ligero dejo de desafío, como si retara a su primo a decir algo despectivo.

A Jecca le pasó por la cabeza que si no intervenía, allí podía estallar una pelea de patio de colegio a la vieja usanza.

—Hola —dijo en voz alta—. Soy Jecca Layton. —Se adelantó con la mano extendida.

Roan se volvió hacia ella, sonriendo, pero la sonrisa se esfumó de su cara

en cuanto la vio. La miró de pies a cabeza, como si tasara algún objeto que estuviera viendo en una subasta. Entonces, de ella pasó a mirar a Tristan, y de nuevo a mirarla a ella, y su atractivo rostro adquirió una expresión huraña.

—¡Roan! —dijo Tris con aspereza, mirando a su primo con el ceño puesto.

—Perdona —se disculpó Roan—. Es que no me esperaba semejante belleza. —Cogió la mano de Jecca entre las suyas—. Tristan no suele traer gente con él. Confío en que encuentres adecuado nuestro humilde alojamiento.

Jecca sacó la mano de entre sus manazas.

—No es mi intención imponer nada, sino... —No sabía muy bien qué decir. No le gustaba cómo la estaba mirando el hombre. No era que la estuviera mirando con lujuria, sino que Jecca tuvo la impresión de que, bueno, de que ella no le gustaba ni un pelo. Lo primero que pensó fue que el profesor no la consideraba lo bastante buena para Tristan—. Esto, yo... —empezó a decir

—Estoy hambrienta —gritó Nell.

Jecca se volvió y miró a Tris, que a su vez se quedó mirando a Roan de hito en hito cuando este rodeó la cabaña; parecía dispuesto a batirse en duelo por el honor de Jecca.

—¿Me ayudas a sacar la comida del coche? —le preguntó ella. Como no respondiera, Jecca le cogió del brazo y tiró de él.

Tris se dirigió a la parte trasera del coche con el entrecejo arrugado y abrió la portezuela.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jecca en voz baja—. Mira, esta es su casa, así que si no quiere que me quede, me iré.

—¡No! —dijo Tris—. Lo arreglaré, no te preocupes. Tú y Nell instalaros y yo me ocuparé del Niño Encendido.

Nell se acercó a la parte trasera del coche, y Tris le puso en los brazos una caja ligera.

—¿Por qué no llevas a Jecca adentro y le enseñas dónde está todo? —le dijo a su sobrina.

—¿Estás furioso con el tío Roan?

—¡Sí! —dijo Tris, inclinándose hacia sus sobrina—. Y le voy a dar una paliza. ¿Te parece bien?

Nell no sonrió.

—¿Trajiste las vendas?

—¿Para él o para mí?

—Para ti. Es más grande que tú —dijo, riéndose a carcajadas mientras echaba a correr.

—Tris —empezó a decir Jecca, pero él le metió en las manos una gran caja, y luego la besó por encima de ella.

—Averiguaré qué problema tiene. No te vas a ir a casa. ¡Y ahora, largo!

Mientras Jecca seguía a Nell al interior de la cabaña con los brazos cargados, no pudo evitar pensar en lo que acababa de aprender de Tristan: la había defendido. Cuando salía con su penúltimo novio, la hermana de este había dicho algunas cosas muy desagradables acerca de su trabajo y de que vivía en un mundo de arte y artistas que era «demasiado bueno para el resto de nosotros». Se había enfadado por lo que había dicho la mujer, pero se había enfurecido porque su novio no había dicho nada para defenderla; y Jecca se lo hizo ver. La excusa que le había puesto fue que se trataba de su hermana, y que por consiguiente no podía decir nada. Rompió con él dos días más tarde.

Roan no había hecho ni dicho nada ni de lejos tan malo como lo que dijera la hermana. En realidad solo había sido un gesto, un ademán, pero incluso aquella nadería había hecho que Tris saliera en su defensa.

Entró en la cabaña sonriendo.

—¿A qué puñetas venía todo eso? —Tris exigió una explicación a su primo en cuanto se quedaron solos. Roan estaban cortando leña, balanceando el hacha con tanta fuerza que parecía estar desquitándose con la madera.

—No sabía que ibas a traer un ligue —dijo Roan con frialdad.

—Si tuvieras un teléfono aquí te habría llamado. —Tris siguió esperando a recibir una explicación.

Su primo le miró a los ojos durante un instante. Habían sido críos al mismo tiempo, trepado a los mismos árboles; en quinto grado se habían enamorado de la misma chica. Se conocían bien.

—Crees que estás enamorado de ella, ¿no es eso?

—¡Baja la voz! Te va a oír.

Roan hizo lo que le decía.

—Esa chica viene de la ciudad. Destila ciudad por los cuatro costados. Esa cazadora que lleva cuesta miles de dólares. No se va a quedar en el pequeño y remoto Edilean. Tristan, esa mujer te va a romper el corazón.

—Jecca no es lo que estás pensando —dijo Tris, y desistió de su actitud hostil. No podía enfadarse con Roan por que le cuidara. Por otro lado, su primo pensaba que puesto que vivía en la gran y páfida California, sabía más de la vida que Tris, que seguía viviendo en Edilean—. Y sí, va a regresar a la ciudad, y sí, voy a acabar destrozado.

—¿Y por qué te haces esto? —preguntó Roan—. Hazme caso, haz caso de mi experiencia, y no estires el cuello cuando sabes que te lo van a cercenar.

—Soy más partidario de la filosofía de que es mejor haber amado y perder que no haber amado jamás.

—Lo dice por un hombre al que jamás le han arrancado y pisoteado el corazón —replicó Roan.

Tristan empezó a recoger la leña.

—¿No crees que va siendo hora de que superes lo de tu ex esposa y su joven novio?

—Un hombre jamás se sobrepone a algo así. Espera a que te ocurra a ti.

—No me va a ocurrir tal cosa. Ella ha sido sincera conmigo desde el primer día. Roan, te juro por Dios que si haces algo que la haga sentir incómoda haré que lo lamente.

—Pues luego no me vengas lloriqueando —dijo Roan mientras le quitaba la leña de las manos y echaba a caminar hacia la cabaña.

—Puedes estar seguro de que no lo haré —le gritó mientras se alejaba. Tris sabía que estaba furioso porque Roan había dicho lo que él estaba pensando. Sabía que a cada día que pasaba con Jecca, la partida sería más dolorosa. Si tuviera un ápice de sentido común, dejaría a Nell con Roan, llevaría a Jecca de vuelta a Edilean y regresaría allí a pasar una semana... ¿A qué? ¿A pescar? Sabía que jamás podría quedarse en la cabaña si Jecca estaba en Edilean. Fuera cual fuese el tiempo del que dispusieran, quería que lo pasaran juntos.

Levantó una pesada nevera e hizo una mueca por el dolor que sintió en el brazo izquierdo, aunque sonrió; Jecca había reparado en lo que él creía haber ocultado a la perfección. No, no iba ser «sensato» y no iba a pasar alejado de ella ni siquiera un minuto que no tuviera que pasar. Esa noche, teniendo que compartir dormitorio con Roan, mientras Jecca estaba en la habitación contigua, ya iba a ser bastante difícil.

Dentro de la cabaña, Jecca dejó la caja en la encimera de la cocina y miró por todas partes. Era todo una gran habitación, con tres puertas al fondo que daban a los dos dormitorios y al baño, situado en medio.

Los muebles parecían todos desechos de casas diferentes. Nada iba a juego y todo era viejo y estaba destartado. Dos sofás y dos gigantescos sillones miraban hacia la enorme chimenea de piedra, en cuyo fondo se acumulaba una montaña de cenizas de treinta centímetros de alto.

Lo que más le interesó de la estancia fue que la mesa de comedor estaba cubierta por una gruesa capa de periódicos, sobre los que reposaban las piezas desmontadas de una motosierra. No pudo reprimir una sonrisa, porque las máquinas desmontadas era algo que había visto durante toda su infancia. Una de las maneras con que la Ferretería Layton se había mantenido en el negocio cuando tuvo que competir con las grandes tiendas especializadas, fue la reparación de maquinaria.

Jecca se había pasado casi todos los sábados de su infancia en la tienda con su padre y su hermano. Era entonces cuando las mujeres y los manitas acudían con una herramienta eléctrica barata que habían comprado de rebajas, la dejaban caer en el mostrador y decían: «Ha dejado de funcionar.»

Joey siempre había sido un mago de las reparaciones. Durante años le había irritado que su hermano fuera mejor que ella. Puesto que lo de las reparaciones no iba con su natural, se había esforzado en aprender. Cuando terminaba los deberes del colegio, se leía los manuales de los aparatos.

—No te empeñes —le decía Joey—. A las chicas no se les dan bien las máquinas eléctricas.

—Lo único que quiero es ser lo bastante buena para superarte —le retrucaba ella entonces—. Y eso no debería ser demasiado difícil.

A veces su padre tenía que mediar para zanjar la pelea subsiguiente.

Jecca nunca consiguió ser tan buena como Joey, así que le dejaba las cosas complicadas. Aun así, sabía lo suficiente para que su padre soliera dejarla a cargo del mostrador de mantenimiento. Cuando un contratista llevaba una máquina defectuosa, rellenaba el resguardo y les dejaba la reparación a su padre o a Joey. Pero cuando los particulares acudían con sus herramientas rotas, a veces las arreglaba ella misma. Luego, por las noches, entretenía a su padre y a Joey con lo que ellos llamaban «Historias del tonto».

—¿Así que ha intentando taladrar una pieza de acero de más de medio centímetro de grosor? —había aprendido a decir Jecca con cara de palo. Entonces cogía el taladro eléctrico por el que la persona había pagado veinte dólares y le explicaba amablemente que la herramienta estaba pensada para taladrar madera, no acero. En muchas ocasiones, los clientes se iban con una buena máquina comprada en Layton.

En una ocasión, una mujer había llevado un taladro de buena calidad que había dejado de funcionar.

—No entiendo qué es lo que le ha pasado —había dicho—. Estaba colgando cuadros con él hace dos días, y hoy aparece así. —El aparato apenas podía girar. Jecca no se pudo resistir a echar un vistazo al interior. En cuanto lo abrió, salió un líquido pegajoso: la hija de dos años de la mujer había vertido jarabe de arce dentro del taladro.

Jecca había desmontado fresadoras, lijadoras y sierras de mano eléctricas. Le habían entregado motocultores que la gente había hecho pasar sobre terrenos pedregosos o montones de alambre de espino. De hecho, casi siempre tenía un arado cincel en el mostrador de reparaciones. Entre cliente y cliente, aprovechaba para desenredar las hojas de los arados con un cuchillo de hoja curva y unos cortaalambres.

Y además estaban las motosierras. A la gente le encantaba cortar troncos, aunque rara vez se molestaban en comprobar si había clavos en la madera. Llegó a adquirir una gran destreza en volver a colocar las cadenas sueltas, y luego explicaba a los clientes cómo utilizar adecuadamente el artefacto.

Lo que acentuaba el espíritu competitivo en ella y Joey era que alguien dejara caer sobre el mostrador una herramienta metida en una bolsa de papel en cuyo interior repiquetearan las piezas. Algún vecino había decidido que podía arreglar la herramienta, la había desmontado entera y luego había sido incapaz de volver a montarla de nuevo. A los catorce años, había terminado por dejar que Joey arreglara las máquinas, aunque lo desafiaba a ver lo rápido que podía hacerlo. Así que le entregaba la bolsa de las piezas a su hermano, y entonces miraba el reloj para ver cuánto tardaba en volver a montarlo todo.

A los clientes habituales les gustaba observar a su hermano, así que Jecca empezó a convertirlo en un espectáculo. Cuando un bricolajero aparecía con una herramienta eléctrica metida en una bolsa, Jecca hacía sonar un silbato. Su

hermano dejaba entonces lo que estuviera haciendo y se dirigía a la mesa de reparaciones. Jecca levantaba un cronómetro, y los clientes empezaban a animar a gritos. En tales ocasiones Joey era como un soldado que reensamblara su fusil. Cuando acababa, levantaba las manos, Jecca hacía sonar el silbato, proclamaba el tiempo empleado y todos aplaudían.

La última vez que estuvo en casa había intentado que su hermano volviera a la actuación, pero Sheila había declarado «indigno» el espectáculo, así que Joey ya no lo volvió a hacer.

Ver ahora las piezas de la sierra mecánica que cubrían la mesa del comedor la hizo sonreír; la visión le había traído buenos recuerdos, e hizo que extrañara a su padre y a Joey. Si estuvieran allí, habrían vuelto a poner todas las piezas en su sitio en unos nueve minutos y medio.

—Ten cuidado —dijo Roan cuando entró llevando una carga de leña—. Te harás daño.

Jecca tardó un momento en darse la vuelta. Durante su infancia había oído ese tono al menos una vez por semana, un tono que decía: «Eres una chica. Es imposible que sepas algo de herramientas.» A lo largo de los años había borrado muchas de aquellas sonrisillas petulantes de las caras de los hombres.

Cuando se volvió para mirar a Roan, lo hizo con una sonrisa.

Tris estaba detrás de su primo.

—El padre de Jecca... —empezó a decir, pero se interrumpió al ver la expresión de Jecca.

—¿La has desmontado tú? —preguntó ella con cara de asombro, aparentando inocencia. Era el tono y la expresión que había utilizado con cualquier hombre que hubiera dado por supuesto que no tenía ni idea de cómo utilizar una herramienta eléctrica. A sus clientes habituales, en especial los contratistas, les encantaba oír aquel tono; sabían lo que se avecinaba: Jecca se disponía a demostrarle a algún cerdo machista exactamente lo que sabía de herramientas.

Algunos contratistas utilizaban a Jecca para poner a prueba a los nuevos empleados; querían ver cuál era su reacción al ser derrotado por una chica. Cuando les daba su lección, algunos se enfadaban —Joey había tenido que propinarle un gancho de izquierda en la barriga a uno—, aunque la mayoría acababan riéndose de sí mismos.

—Sí —respondió Roan con aspereza—, pero está cascada. Necesito una nueva.

Jecca conocía aquella marca y modelo en concreto de motosierra, y tenía menos de un año de antigüedad. Supuso que Roan —como profesor universitario que era— no sabía utilizarla. Habría intentado serrar el poste de una valla pero sin desmontar esta primero. Su fuera así, era afortunado de seguir teniendo todos sus miembros.

Roan se volvió hacia Tris.

—Tendré que ir en coche al pueblo mañana y agenciarme una nueva. Tengo que cortar la leña para el invierno. Aquí arriba hará frío.

Tris estaba mirando a Jecca, que estaba detrás de Roan. Tuvo la impresión de que ella estaba tramando algo, aunque no supo qué. Le lanzó una sonrisa para que supiera que hiciera lo que hiciese contaba con todas sus bendiciones.

Capítulo 15

JECCA no podía dormir. Quizá se debiera al hecho de que esa mañana había dormido hasta las once, o tal vez a que Tris estuviera tan cerca pero tan lejos al mismo tiempo. No era posible, pero después de pasar solo una noche juntos, lo echaba a faltar a su lado.

Aunque, por otro lado, su insomnio podría habérselo provocado Roan, el primo de Tris. El hombre no había abierto la boca durante toda la cena, y no era necesario que a Jecca le dijeran que el silencio no era un estado habitual en aquel hombre. ¿A qué profesor universitario no le encantaba hablar?

Echó un vistazo a la cama del otro lado, en la que Nell dormía apaciblemente. La luz de la luna se colaba a través de la ventana y alumbraba la preciosa cara de la niña. A pesar de la siesta que se había echado en el coche, estaba tan cansada que a punto había estado de dormirse en la mesa.

Tris la había llevado a la cama, Jecca le puso el pijama, y ambos le habían deseado buenas noches con un beso. Cuando Jecca volvió a entrar en el salón, Roan había recogido los platos y los había metido en el viejo y desvencijado lavavajillas.

Debería haber sido la ocasión para que los mayores se sentaran en torno al fuego y se conocieran mutuamente, pero no ocurrió tal cosa. El silencio de Roan hizo que Jecca se sintiera incómoda y que lamentara haber ido. Al fin y al cabo, aquella era la casa de Roan, y tenía derecho a escoger sus vistas. Tal vez Jecca regresara al día siguiente a casa de la señora Wingate y se pusiera a trabajar en los anuncios de Kim.

Al poco rato de que Roan se excusara y se fuera a la cama, Jecca hizo lo

propio. Le dio un rápido beso a Tris y se metió en el dormitorio con Nell. Se desnudó deprisa, se puso un pijama de franela y se tumbó allí, con la vista fija en el techo.

A medianoche renunció a intentar dormir. Aquella motosierra del comedor la obsesionaba. Se puso la bata y las zapatillas y salió de puntillas al salón.

No quiso encender una luz alta por miedo a despertar a alguien, aunque consiguió acercar una vieja lámpara de suelo —un ejemplar de más o menos 1952— a la mesa.

Por un vez se alegró de que un bricolajero hubiera tratado de arreglar la herramienta, porque Roan había dejado su caja de herramientas en el extremo de la mesa. Al abrirla, vio que las herramientas que contenían eran básicas, todas compradas en juegos, así que la mayoría eran inútiles. Pero lo que había era suficiente para que pudiera hacer el trabajo.

Si algo había aprendido por experiencia, era que cuando hacía su trabajo artístico no podía tener malos pensamientos. Lo había aprendido de forma dolorosa. Años atrás, al día siguiente de una de las peores batallas de la Guerra de Sheila, Jecca había hecho sus deberes de clase, consistentes en seis acuarelas.

El lunes, después de que su profesor de dibujo hubiera criticado sus pinturas, había alucinado al comprobar que había dejado traslucir toda la ira en su trabajo. Si hubieran sido buenas, habría dicho que ver a su padre batiéndose en duelo con su nuera había valido la pena. Pero las pinturas eran realmente malas, lo peor que hubiera hecho nunca.

Cuando empezó a reensamblar la motosierra, trató de pensar en alguna idea para la campaña publicitaria de Kim. Su familiaridad con las arandelas y los destornilladores, e incluso con el motor, la relajó, y no tardó en empezar a trabajar mecánicamente.

—Yo utilizo mis orquídeas —oyó Jecca, que no se sorprendió al ver a Tristan parado en el extremo de la mesa. No llevaba más que unos pantalones de chándal que le colgaban muy, pero que muy abajo, de sus caderas.

—¿Utilizas tus orquídeas para qué? —logró articular Jecca.

—Cuando me quiero tranquilizar, acudo a ellas. —Se sentó al otro lado de la mesa donde estaba ella.

—¿Por qué no le gusto a tu primo?

—Cree que me vas a romper el corazón.

—¿Le dijiste que me voy a marchar?

—No —dijo Tris—. Se dio cuenta de que eras una chica de ciudad, y las chicas de ciudad no se quedan en Edilean.

Jecca levantó una llave inglesa de media luna y un perno.

—¿Qué parte de mí parece de ciudad?

—Quizá fuera tu cazadora.

Jecca le contó sonriendo que Andrea le había dejado caer encima un rizador del pelo y había chamuscado la piel. Por supuesto, su jefa no podía volver a ponérsela de nuevo, así que se la había arrojado a Jecca.

—Me estaba diciendo que era demasiado buena para llevar ropa estropeada, pero que yo no. ¿Y ese es todo el problema de Roan?

—Sí. —Tris le pasó un destornillador pequeño cuando Jecca hizo ademán de ir a cogerlo—. Sabe que no habría subido a ninguna chica aquí a menos que fuera en serio con ella, así que está preocupado.

—Sabes muy bien que no puedo...

—No lo digas —dijo Tris—. Lo he oído demasiadas veces. ¿Te gustaría ir a pescar mañana? Y con eso me refiero a que mientras yo pesco, tú y Nell os dedicáis al arte.

Jecca tenía la cadena en las manos cuando le miró.

—No es mala idea. Los cebos podrían ser zafiros amarillos.

—¿Piensan que cogerán más peces?

—Más clientes —dijo Jecca.

—¿Hay alguna posibilidad de que montes esa cosa antes del amanecer? —preguntó él en voz baja mientras se levantaba. Parecía imposible, pero los pantalones de chándal se le habían bajado aún más en las caderas.

Jecca sabía a qué se refería con su pregunta, y sus ojos se clavaron en el torso desnudo de Tris.

—¿Recuerdas la primera noche, cuando me palpaste la cara? —preguntó él en voz baja.

—Sí.

—Fue tan agradable, que había pensado que podríamos salir a la luz de la luna y quizás entonces pudiera, bueno, palparte todo el cuerpo.

Levantó la mirada hacia él. A la luz de la solitaria lámpara de suelo, los

ojos de Tris parecían desprender un fuego azul.

—¡Sostén eso! —dijo ella, entregándole uno de los extremos de la pesada cadena—. Voy a mejorar el tiempo de Joey.

—No sé qué significa eso, pero me gusta el tono en que lo has dicho.

Acabó de montar la motosierra en poco menos de cuatro minutos. Quizás algún día se jactaría ante su hermano de que al fin había superado su tiempo. Salvo que no podría contarle las circunstancias que habían provocado su rapidez.

Tristan rodeó la mesa y en un abrir y cerrar de ojos la tenía entre sus brazos.

—Salgamos —masculló. Dentro había demasiada gente, y no querían que nadie les molestara.

Jecca ya le estaba besando los hombros y el pecho desnudo.

Tris la cogió de la mano y la condujo hasta la puerta y luego al exterior.

—Vamos —dijo en un susurro—. Sé de un sitio donde la luz de la luna baila con las flores.

Una vez más, Jecca le estaba siguiendo en la oscuridad, y su confianza en él era plena. Prestó atención a los sonidos de la noche que les rodeaban, y le resultaron, ay, tan familiares. Los sonidos, los olores, el aire frío, la oscuridad que los envolvía, la mano de Tris cogiéndole la suya, todo eso había hecho que se enamorase de él.

Al pensarlo, supo que debía corregirse, pero estar con Tris en la oscuridad era demasiado agradable para querer pensar en otra cosa que no fuera el amor.

Olió las flores antes de verlas. Mientras que la zona que había visto en torno a la cabaña estaba cubierta de maleza en su mayor parte, lo que allí había era un exquisito jardín. Y, en efecto, la luz de la luna bailoteaba sobre tres pequeños macizos de flores blancas que rodeaban una pequeña parcela de hierba blanda.

—Acompáñame —dijo Tris, sujetándole ambas manos y haciéndola entrar al pequeño lugar encantado. Una vez dentro, la besó en la cara y el cuello, le deslizó la bata por los hombros sin esfuerzo, y le desabotonó con destreza la parte superior del pijama. La tela suave cayó. Cuando la piel desnuda de Jecca tocó la suya, ella jadeó.

—Qué suave eres —murmuró Tris—. Eres suave, hueles bien, sabes

mejor.

Hundió la cara en su pelo y aspiró profundamente, con la mano en el pecho de Jecca.

Ella echó la cabeza hacia atrás, entregando el cuello a sus labios. Tris descendió, poniéndole la boca en los pechos, luego en el estómago. Sus manos le siguieron, de manera que los holgados pantalones del pijama se deslizaron lentamente hacia abajo.

La atrajo cuidadosamente hasta el suelo, y cuando se estiró a su lado, sus besos se hicieron más apremiantes, exigiendo más de ella.

Jecca se volvió hacia él. Sentía lo mucho que él la deseaba, y le puso la pierna sobre la cadera desnuda. Tris tenía la piel caliente y suave, y le deseó desesperadamente.

Cuando la penetró, Jecca soltó un largo suspiro de placer y le rodeó con los muslos, acercándose cada vez más.

Pese al escaso tiempo transcurrido desde que habían hecho el amor, a ella se le antojaron años. Tris parecía sentir la misma perentoriedad, la misma necesidad de estar muy cerca de ella.

Cuando alcanzaron el clímax, Jecca le puso la boca en los hombros para evitar gritar.

Permanecieron allí tumbados juntos un buen rato, la piel ligeramente húmeda, simplemente abrazados el uno al otro.

—Jecca —susurró él, acariciándole la oreja con su aliento—. Estoy encantado de que estés aquí conmigo ahora.

La luz de la luna, el dulce aroma de las flores, la suavidad de la hierba contra la espalda, el aire frío de la noche y, por encima de todo, la piel de Tristan contra la suya, hicieron que Jecca deseara no abandonar jamás aquel lugar y aquel momento.

—Así es como más me gustas —dijo ella.

—¿Desnudo? —preguntó Tris, que se quitó de encima de ella y la atrajo a su lado para que le apoyara la cabeza en el hombro—. ¿Piel contra piel?

—No. Me refería en la oscuridad, donde puedo ver a tu yo real, al hombre que hay dentro de ti. No a Cupido ni a Ken, ni siquiera al médico, sino a ti. A la persona que veo con los demás sentidos que no son la vista.

—¿Como me viste en casa de Kim?

—Sí —dijo ella, sonriendo—. Estabas tan arrebatadoramente atractivo con aquel esmoquin que tuve que esforzarme para ver al hombre que había debajo, para ver al hombre que conocía.

—¿Y te gustó? —Tris lo dijo en un tono de indiferencia, aunque estaba conteniendo la respiración.

—Sí —dijo ella, volviendo la cara hacia la de él—. El que más me gusta es el hombre que hay dentro. —Guardó silencio un momento—. Pero debo decir que estoy encantada con que el interior y el exterior vayan a juego.

Tris no pudo evitar soltar una carcajada.

—Eso es justo lo que dijo Nell —y le contó lo de los dos niños de su colegio.

—Me alegra que sea capaz de darse cuenta de eso. Es... —¿Había sido aquello una gota de lluvia?

La lluvia empezó a caer enseguida, y tuvieron que ponerse la ropa frenéticamente y echar a correr a toda prisa hacia la cabaña. Tris subió de un salto al lateral del porche por debajo del barandal, y luego alzó a Jecca tras él.

—Esto va a hacer que mañana te duela el brazo —dijo ella.

—Habrá merecido la pena —respondió Tris cuando la besó, y abrió la puerta.

En el exterior de los dormitorios siguieron más besos antes de despedirse para ir a sus camas separadas. Jecca estaba bostezando cuando cerró la puerta, y le alegró que su bata hubiera mantenido seco el pijama, porque no le habría dado tiempo a cambiárselo. Mientras se metía bajo la colcha, se preguntó si el pantalón de chándal de Tris se habría mojado. Si fuera así, ¿se lo quitaría y dormiría desnudo? Era un pensamiento delicioso. Se puso de lado y se quedó dormida con una sonrisa en la boca.

Cuando se despertó apenas había amanecido, y lo primero que se le ocurrió fue preguntarse cómo una niña pequeña podía hacer semejante ruido. Se volvió parpadeando y vio a Nell apartando una vieja cuna de hierro de la pared. Las patas del mueble rozaban sobre el suelo y los muelles crujían.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jecca.

—Ha desaparecido una Riley —respondió la niña.

Jecca bostezó.

—¿Qué quiere decir eso?

—Una de mis muñecas Riley no está aquí. Alice ha desaparecido.

Jecca se incorporó sobre un brazo. Había tantos peluches y muñecas en la cama de Nell, que casi no le quedaba sitio para acostarse. Pero Jecca se acordó de la importancia de los juguetes cuando era niña.

—¿Estás segura de haber sacado a Riley del coche?

—Es Alice, aunque sea una muñeca Riley —le corrigió Nell.

—Entiendo. —Jecca volvió a bostezar—. Estoy segura de que todavía está en el coche. Las llaves están... —Nell ya estaba saliendo por la puerta.

Jecca vio luces encendidas en el salón, así que le pareció que los demás ya estaban levantados. Considerando lo que Roan opinaba de ella, pensó que era mejor no quedarse tumbada en la cama... como haría una chica de ciudad.

Se vistió de prisa, hizo una visita al baño y se dirigió a la cocina. Un minuto después, Roan salía de su habitación.

—¡Ah, estás aquí! —bramó con su voz profesoral—. Te he estado esperando.

Jecca no sabía si eso era bueno o malo.

—¿Hiciste tú eso? —Roan señaló la motosierra, ya montada.

—Sí —admitió ella cautelosamente.

Roan cruzó a grandes zancadas la estancia y la levantó en vilo con un gran abrazo.

—Y yo pensando que eras una de esas tiquismiquis amigas de Tris.

Ella le empujó los hombros, y Roan la soltó.

—¿Y en qué consiste eso de ser una tiquismiquis?

—Ya sabes —dijo él—, esas que gañen por todo. Por cebar un anzuelo, por hacer senderismo, por freír pescado, todo es motivo de queja.

Jecca se echó a reír.

—Me crie con mi padre y un hermano al que llamo Bulldog. Si hubiera gañado siquiera una vez, todavía se estarían riendo de mí.

—Entonces ¿solo «pareces» una chica de ciudad?

—Solo os parezco de ciudad a vosotros. Los neoyorquinos creen que acabo de llegar de la era.

Roan volvió a soltar una carcajada.

—¿Qué quieres para desayunar? Tenemos...

—¡La encontré! —gritó Nell, entrando como una exhalación por la puerta de la calle. Sostenía una muñeca muy bonita vestida como Alicia en el país de las maravillas—. Tengo que acostarla —añadió, dirigiéndose a la habitación, donde se encerró.

Jecca miró a Roan.

—¿Por qué no hago yo el desayuno? —Echó un vistazo hacia la puerta cerrada del dormitorio—. ¿Está dormido Tris?

—Sí. Duerme como un tronco. Cuando éramos niños, Colin y yo solíamos arrojarle un balde de agua encima para despertarle. ¿Cómo es que no sabes eso de él?

—Porque cuando está conmigo no duerme.

Roan sacudió la cabeza al tiempo que soltaba una risotada.

—Ahora empiezo a comprender.

La cocina era larga y estrecha, y Roan se colocó entre las dos encimeras.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Quedarte en ese lado —le soltó Jecca. Tenerlo allí sería como tener en medio a un oso—. ¿Por qué no te sientas junto a la encimera y me hablas de tu libro? —Había estado en lo cierto al suponer que le encantaba hablar, porque a los pocos segundos le estaba contando con todo lujo de detalles la novela que intentaba escribir. Pese a su aspecto de armario ropero, cuando empezó a hablar, Jecca supo que era profesor y que estaba acostumbrado a que se le escuchara en religioso silencio.

Jecca le escuchó mientras hurgaba en el frigorífico buscando la masa para filloas que Lucy y la señora Wingate les habían enviado. Roan decía que quería escribir una serie de novelas de misterio sobre un profesor de filosofía que era capaz de desentrañar la mentalidad de cualquier criminal.

Jecca sacó la pequeña sartén antiadherente enviada por las mujeres —«Roan solo tiene de hierro colado», habían dicho—, y la puso al fuego. Al principio, el libro de Roan parecía interesante.

Cuando Jecca empezó a verter la masa y a hacer filloas, Roan profundizó en el argumento de la novela. Su héroe razonaría con los delincuentes, y esa sería la manera de derrotarles.

—Y, por supuesto, incurriría en la falacia de la *ignoratio elenchus*. — Como profesor que era, explicó que esto consistía en utilizar un argumento

irrelevante para el asunto en cuestión—. Pero yo... quiero decir, mi protagonista... le señalaría el error. Como decía santo Tomás de Aquino... —Y entonces pasó a soltarle un sermón sobre filósofos.

Así que Jecca perdió tanto interés en lo que él estaba diciendo, que su mente empezó a divagar. Empezó por planear lo que esperaba pintar ese día. Cuando regresara a Edilean quería tener algunas ideas claras sobre lo que quería hacer para la publicidad de Kim.

La voz de Roan siguió y siguió zumbando monótonamente. A cada frase parecía dejar caer un nombre: Heidegger, John Locke, Nietzsche, Schopenhauer. Jecca había oído hablar de algunos, pero la mayor parte de las personas que nombró Roan le eran desconocidos.

Cuando Nell abrió la puerta del dormitorio y arrastró por el suelo una pesada caja de cartón, Jecca vio el cielo abierto.

—Estoy lista para salir —dijo Nell.

Jecca colocó la última filloa en el montón, apagó el fuego y se dirigió hacia ella. A sus espaldas, Roan terminó por fin su monólogo.

—¿Qué es esto? —preguntó Jecca, mirando la caja.

—Mi nuevo material de arte.

Jecca se inclinó y miró el interior de la caja. Le había enviado a Tris un mensaje de texto con una breve lista de materiales para que le comprara a Nell, un juego de acuarelas de ocho colores, tres pinceles, un cuaderno de papel y algunos lápices de colores. Lo que había dentro de la enorme caja eran cuatro de aquellos grandes y caros equipos encerrados en unas preciosas cajas de madera, la clase de cosas que se regalaban en navidades y que rara vez se utilizaban. La mitad de las cosas que contenían eran innecesarias.

—Eso no es lo que le dije que te comprara —dijo con frustración, mientras abría los juegos de pinturas y miraba el interior—. Han debido de costar una fortuna.

Nell metió la mano en un lateral de la caja y sacó el recibo de la compra, que ascendía a más de cuatrocientos dólares.

—¡Caray! —exclamó Jecca, que empezó a sacar los equipos de pintura y a ponerlos en la mesa de comer—. ¿Por qué compró estos?

—Me parecieron que eran bonitos —dijo Nell.

Jecca sabía que estaba enfadada con Tris, no con la niña.

—Y bonitos son. —Sonrió a Nell—. Pero si vamos a hacer una caminata, no podemos llevarlos, ¿no te parece? Seguro que el tío Roan tiene algún plato que podamos utilizar. A poder ser blanco.

Roan estaba sentado junto a la encimera, observándolas.

—En el armario de abajo —dijo.

Nell sacó un plato blanco viejo de una alta pila y se lo dio a Jecca. Esta había sacado unos cuantos tubos de los colores necesarios de los equipos de pintura, algunos lápices, el cuaderno de espiral y dos pinceles.

—Ea —dijo—. Esto es todo lo que necesitamos para hacer unas obras maestras. ¿No habías traído una mochila contigo? Meteremos dentro estas cosas.

Nell entró corriendo en el dormitorio en el instante en que la puerta de Tris se abría.

—No encuentro mi equipo de pesca —gritó desde el interior de la habitación.

—Mira debajo de la cama —respondió Jecca con un grito.

—Gracias.

Jecca regresó a la cocina para sacar la fruta y las magdalenas del frigorífico y empezó a ponerlo todo en la mesa del comedor.

Roan seguía sentado a la encimera y observó a Jecca mientras esta quitaba la motosierra de encima de la mesa y la dejaba en un rincón, quitándola de en medio. En unos minutos la mesa estaba puesta.

—El desayuno está listo —anunció, y Nell salió de la habitación y se sentó. El siguiente fue Tris, sin peinar y con la ropa vieja y raída que siempre se ponía en la cabaña, con la camisa sin abrochar.

Jecca se acercó a él, le dio los buenos días con un beso y dijo:

—Gastaste demasiado dinero en el material de pintura. Te envié una lista. ¿Por qué no compraste sin más lo que te dije? —Le estaba abotonando la camisa.

—Te pones tan guapa cuando te quejas —le dijo, besándola de nuevo, y luego miró por encima de su cabeza—. ¿Eso son filloas? ¡Me encantan esas cosas!

—La señora Wingate dijo que te encantaban, y preparó la masa.

—Fantástico. Le pone Grand Marnier. —Le echó el brazo por los hombros

y se dirigieron a la mesa. Tris le sacó la silla para que se sentara.

—Vamos, Roan —dijo Jecca—. Desayuna algo.

Roan se levantó del taburete y se quedó de pie un momento mirando a los tres. Eran la imagen perfecta de la domesticidad... y le pareció que allí sobraba.

—Creo que... que yo... Hasta luego, chicos —dijo cuando salió por la puerta.

Le vieron subir a su destartalada camioneta y alejarse.

—Es por mí, ¿verdad? —dijo Jecca—. Sé que no le gusto y...

—¿Estás de broma? —preguntó Tris—. Se despertó cuando entré anoche y vio que habías montado la motosierra. Me tuvo despierto una hora y media hablándome de lo fantástica que eras.

—¿De verdad? —dijo Jecca—. ¿Una hora y media? ¿Hablando de mí?

—Bueno, quizá me contara que estaba teniendo algún problemilla con el libro y quisiera hablar de ello.

Jecca bajó la vista hacia el plato.

Nell miró uno a uno a los dos adultos silenciosos.

—El tío Tris dice que el libro del tío Roan es lo más aburrido que ha oído en su vida, pero que no tengo que decírselo.

Jecca no quería que Nell supiera que opinaba lo mismo, pero entonces Tris dijo:

—¿Cuál era esa cita de Heidegger que era tan profunda que el psicópata acababa por entregarse?

Aquello quebró la cautela de Jecca, que soltó una carcajada.

—Tu pobre primo. No es de extrañar que se bloquee. ¿Es que no sabe que el público que compra libros no está interesado en un tipo que habla más que los malos? La gente lo que quiere ¡es acción!

—Ninguno hemos tenido el valor de decírselo —dijo Tris—. Bueno, ¿quién está preparada para hacer una excursión? —Miró a su sobrina—. ¿Qué tal si llevamos a Jecca hasta el arroyo del Águila?

—Ay, sí —dijo Nell, cuando se levantaron de la mesa y empezaron a recogerla—. Pero tendrás que llevarme a caballito la última mitad del camino.

—En ese caso, solo una.

—Seis —replicó la niña.

—Entonces harás todo el camino a pie.

—Vale, cuatro —dijo Nell con resignación.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Jecca, pero entonces cayó en la cuenta. Estaban negociando cuántos animales y muñecas podría llevar Nell con ella —. Yo llevaré a un par de Riley —dijo, y Nell le dedicó una sonrisa de oreja a oreja—. Pero tu tío tiene que llevar todas y cada una de esas cajas de pinturas que te compró.

Tris dejó de sonreír.

—Esas cosas pesan más que Nell.

Jecca se encogió de hombros.

—Eso es lo que te pasa por tener una tarjeta de crédito más grande que los músculos de tu espalda.

Nell miró a su tío, preparada para la siguiente descarga.

Tris sacudió la cabeza.

—¡Vuelvo a estar en inferioridad numérica! —Se acercó a Jecca, se inclinó para ponerle el hombro en el estómago, y la levantó. Le empezó a dar vueltas por el aire mientras ella se reía a carcajadas—. ¿Quién tiene unos músculos poderosos en la espalda? —preguntó Tris.

—¡Tú, tú! —dijo Jecca, riéndose—. Pero hay que restringirte el presupuesto.

Tris la bajó poco a poco por delante de él.

—Estoy de acuerdo —dijo él en voz baja—. Creo que deberías quedarte y restringirme el presupuesto.

—¡Otra vez no! —exclamó Nell—. Se acabaron los besos. ¡Vámonos!

—Cinco —dijo Tris, con la cara a pocos centímetros de la de Jecca—, pero solo si desapareces durante diez minutos enteros.

Nell se metió corriendo en el dormitorio y cerró la puerta ruidosamente.

La boca de Tris apareció en el acto sobre la de Jecca, y ella estaba tan ávida de él como él de ella.

—Quisiera pasar contigo toda la noche —dijo Tris, besándole el cuello.

—Y yo querría estar contigo.

—Quédate conmigo —dijo él—. Mientras estés aquí, vive conmigo.

—Lucy y...

—Entonces me mudaré yo contigo —la interrumpió, con los labios en su

cuello—. Quiero llegar a casa para encontrarte. Quiero...

—Se acabó el tiempo —dijo Nell.

Jecca se apartó de Tris, que le dio la espalda a su sobrina para que no viera el problema físico que le aquejaba en ese momento.

—¿Cómo consiguen las parejas tener intimidad alguna vez para hacer un segundo hijo? —preguntó Jecca en un murmullo.

—Se escabullen —dijo Tris—. En una ocasión, a una mujer tuve que extraerle la punta de una percha de la cadera. Se habían... —Se interrumpió porque Nell tenía la oreja puesta—. ¿Quién está preparada para ir a pintar?

Había poco más de tres kilómetros hasta donde Tris y Nell querían ir, y Jecca disfrutó cada segundo de la excursión. Se tomaron su tiempo. Jecca enseñó a Nell a utilizar su pequeña cámara para hacer fotos de primeros planos, y la niña se paró a menudo a hacerle fotos a todo lo que le interesaba.

Jecca era consciente de que si ella y Tris hubieran estado solos se habrían dado el gusto de enfangarse en algo meramente físico, pero con Nell allí tuvieron que comportarse.

—¿A qué facultad de Medicina fuiste? —le preguntó Jecca.

—Ajá —dijo él—. Llegó el momento de la primera cita.

—Un poco tarde para eso —respondió Jecca—. A estas alturas debería estar preguntándote por tus antiguas novias.

Tris soltó un gemido.

—Prefiero cualquier cosa antes que eso, así que sea la facultad.

Mientras Nell se paraba a hacer fotos, Tris y Jecca siguieron con su conversación del coche, y se hicieron más preguntas sobre sus infancias, viajes, amigos y, por último, hasta por sus novias y novias anteriores.

Tris insistió en que había sido virgen hasta conocerla.

Ella le miró.

—Aquello que hiciste en el sillón la primera noche... Me hizo parecer un novato en el arte de...

Jecca le cortó, lanzando una mirada hacia Nell.

Él se rio por lo bajinis.

—¿Y qué pasa con tus parientes? Primos, tías, tíos...

—Nada de nada —respondió Jecca, y le contó que su madre había sido hija única, y que el hermano mayor de su padre había muerto en Vietnam.

—¿Y tus cuatro abuelos han muerto? —le preguntó él.

—Sí. Creo que en parte esa es la razón de que la Guerra de Sheila le haga tanto daño a mi padre. Solo me tiene a Joey y a mí.

—Y a sus nietos.

Jecca suspiró.

—Sheila no le deja verlos muy a menudo. Ella quiere que los niños sean... —Le miró de reojo—. Quiere que sean médicos o abogados, no alguien que trabaje en una ferretería.

Se sentaron en una gran roca al lado del camino y vieron a Nell corriendo por el campo mientras trataba de conseguir que una mariposa se quedara quieta el tiempo suficiente para fotografiarla.

—Pobre padre tuyo —se condolió Tris—. Todo lo que le rodea le ha abandonado. Padres, hermanos, y ahora parece incluso que ha perdido a su hija.

Jecca tuvo que apartar la mirada un momento.

—Yo soy lo único que le queda —dijo ella—. Llevo fatal que esté atrapado en una disputa familiar, así que hago todo lo que puedo para cuidarle. Le llamo y le envío correos electrónicos, salvo que odia los ordenadores. Le di un teléfono que recibe correos electrónicos, y le visito siempre que puedo, aunque no es suficiente. Nada es suficiente.

Tris se levantó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Me parece que haces más que la mayoría de los hijos adultos. ¿Por qué no le convences para que venga a visitarnos?

—¿Mi padre tomarse unas vacaciones? —dijo Jecca—. Jamás se las ha tomado; ni jamás se las tomará. Es un hombre que no soporta la inactividad. Los domingos, cuando está cerrada la tienda, se pone de los nervios. En una ocasión Joey obstruyó la broca de un taladro porque papá estaba tan aburrido que le estaba volviendo loco. Así que mi padre le echó un rapapolvo y se puso a arreglar el taladro. Al final, Joey me dijo que le debía veinte dólares por hacer de canguro de papá.

Tris se echó a reír.

—Parece un poco difícil tu padre.

—No te haces idea.

Nell regresó junto a ellos, recogieron sus bultos y reanudaron la marcha.

Por fin, después de doblar una curva, llegaron a un lugar realmente precioso donde corría un profundo riachuelo al pie de lo que casi era una montaña. Unos pinos altos crecían en una orilla, la otra era un campo de flores silvestres.

—Hemos llegado —dijo Nell, que echó a correr.

—¿Te gusta? —preguntó Tris.

—Muchísimo.

—Nell y yo solemos instalar un campamento diurno allí, junto a aquellos peñascos. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. ¿Por qué no te vas a pescar y dejas que las chicas montemos el campamento?

—Puedo ayudar —dijo él, pero Jecca sabía que estaba que se moría de ganas por llegar al agua.

—No harías más que estorbar.

Tris le dio las gracias con un beso y se alejó a toda prisa.

Jecca disfrutó de lo lindo vaciando las bolsas, extendiendo la manta y sacando la comida. Los útiles de pintura estaban al fondo.

—¿Qué hacemos primero: comer o arte? —le preguntó Jecca a Nell.

—¡Arte! —contestó la niña.

—Somos almas gemelas. —Miró alrededor, encontró una parcela donde crecían las flores silvestres y le hizo un gesto a Nell para que la siguiera.

Al igual que casi todos los niños, Nell no necesitaba ni deseaba ninguna orientación. Dejó que Jecca lo preparara todo —lo que solo consistió en poner una pequeña gota de cada una de las acuarelas formando un círculo en el plato blanco de Roan y llenar un pequeño cubo de playa de plástico de agua— y a continuación se pusieron a trabajar.

Nell aprendió observando lo que Jecca hacía. Cuando esta hizo un rápido boceto a lápiz del paisaje, y luego lo coloreó, Nell hizo lo mismo; cuando Jecca se tumbó boca abajo para ver mejor una florecilla, Nell se espatarró a poca distancia de ella. Jecca utilizó lápices de colores y acuarelas en un mismo dibujo, y Nell hizo lo propio.

—¡Eh! —dijo Tris en voz baja detrás de ellas. La imagen de las dos le hizo sonreír, ya que estaban estiradas sobre la hierba como ninfas del bosque. Rodeándolas había una docena de hojas, todas con algún motivo

exquisitamente coloreado, secándose al sol.

—No quisiera interrumpiros, pero estoy hambriento. —Levantó una ristra de cuatro peces planos—. El cazador ha llegado a casa.

Jecca se dio la vuelta sobre la espalda y levantó la vista para mirarle. El sol estaba detrás de la cabeza de Tris, que estaba tan tentador que pensó que «él» era lo único que deseaba comer.

Tris dejó caer el pescado al suelo y se tumbó entre las dos. Extendió los brazos, y las dos chicas le pusieron las cabezas en los hombros.

—Soy un hombre feliz.

El instante era perfecto... hasta que las tripas de Tris gruñeron ruidosamente.

—La hora —dijo Nell.

—Como si fuera una alarma. Buena manera de saberlo —dijo Jecca, mientras ponía la mano en el estómago de Tris.

—¿Qué tal si limpio el pescado mientras vosotras encendéis un fuego? —dijo Tris, mirando a Jecca.

—Sé hacerlo —dijo Jecca.

—Me parece —terció Nell con solemnidad— que Jecca puede hacer cualquier cosa.

Tris se rio.

—No sabes cuánta razón tienes. —Sus tripas volvieron a sonar—. ¡Arriba! El cazador está hambriento.

—Vamos, Nell. Encendamos el fuego para nuestro cavernícola.

Jecca no tardó mucho en apilar unas cuantas ramitas secas, y como habían llevado con ellos combustible para barbacoas, el fuego no tardó en estar listo. En pocos minutos dos peces crepitaban en una sartén, y la manta estaba cubierta por los envases que habían llevado.

—Se ríe mucho cuando estás con él —le dijo Nell a Jecca cuando Tris fue a recoger más leña.

—¿Ah, sí?

—Mamá dice que el tío Tris se preocupa demasiado por el trabajo. El abuelo ni siquiera le deja que vea los expedientes de la consulta. Dice que en Edilean hay demasiado trabajo para un solo médico, y que el tío Tris necesita un compañero.

Jecca empezó a decir que quizá Tris debería trabajar en otra parte, como en Nueva York, pero se contuvo. No tenía más que echarle un vistazo a Nell para darse cuenta de que era imposible que se marchara de Edilean.

—¿A qué viene esa cara mustia? —preguntó Tris a Jecca mientras apilaba la madera para el fuego.

—Pensaba, nada más —respondió—. Ese pescado parece que está hecho.

—Así es.

Nell no paró de hablar por los codos durante toda la comida.

—Tenemos que ayudar al tío Roan —dijo—. No es feliz.

—No podemos escribir el libro por él —dijo Tris.

—Yo creo —empezó Nell, metiéndose un trozo de pescado en la boca— que no es un escritor muy bueno.

Tanto Jecca como Tris se esforzaron en ocultar sus carcajadas, pero no tuvieron mucho éxito.

—Nell —dijo Tris—, solo tú podrías salir viva diciéndole eso.

—No creo que lo haga —dijo la niña con seriedad—. Podría hacerle llorar.

Tris y Jecca se miraron, sonriendo por la sensatez y el buen corazón de la niña. A nadie le gustaba que le dijeran que carecía del talento necesario para lograr su sueño.

Después de comer, Tris se despidió con un beso de sus «chicas» y se alejó veinte metros para pescar algo más. A Jecca se le antojó maravillosa la visión de Tris embutido en sus botas altas de agua, con el sol arrancando destellos al sedal.

Nell estaba impaciente por volver a la pintura.

—¿Y qué tal unas mariposas?

—Buena idea —dijo Jecca—. ¿Y qué tal si dibujas mariposas y yo te dibujo a ti? A lo mejor eso podría ayudar a Kim a vender sus joyas.

—Me gusta la idea.

No se alejaron más de Tris. Nell trató de pintar una pequeña mariposa azul, y Jecca se afanó en captar el movimiento de sus pestañas —«como plumas», en palabras de Tris— sobre la curva de su mejilla.

Llevaban trabajando una hora cuando Nell dijo:

—Dentro de dos semanas voy a una fiesta de cumpleaños.

—Qué guay —dijo Jecca.

—Pero no quiero ir.

—¿Por qué no?

—Es en casa de mi prima Rebecca. Tiene los mismos años que yo, y dura dos días. Todos los años solo invita a seis niñas a pasar la noche, y yo siempre soy una de ellas.

—¿Es que no te gusta Rebecca?

—Ni fu ni fa. No es muy lista, pero no tiene necesidad de serlo, porque es una McDowell.

—¿Y eso qué quiere decir?

Nell echó un vistazo por los árboles en dirección al arroyo y bajó la voz.

—El tío Tris dice que eso no tiene ninguna importancia, pero ella es rica.

Jecca no pudo evitar arrugar el entrecejo.

—Nell, no es mi intención ser una aguafiestas, pero tú no provienes precisamente de una familia pobre. Tu tío te compra todo lo que quieres.

—Ya lo sé —admitió la niña en voz baja; entonces se quedó en silencio, dando la impresión de no tener intención de decir una palabra más.

Jecca supo que había infringido una norma fundamental a la hora de tratar con los niños: escucha y no critiques.

—De acuerdo —dijo—. Dejaré de comportarme como un adulto odioso. Cuéntame cuál es el problema.

Nell tardó un rato en hablar.

—Rebecca me tiene lástima.

—¡Recórcholis! —exclamó Jecca—. Eso es terrible. ¿Y por qué narices siente lástima de ti?

—Porque mi padre arregla coches, y el suyo es abogado. Nosotros vivimos en una casa pequeña, y ella en una mansión. Y su madre «la obliga» a invitarme.

Jecca tuvo que esforzarse para no soltar lo que realmente opinaba de la pequeña clasista. Se le ocurrió que la extrema belleza, inteligencia y simpatía en general de Nell algo tendría que ver con todo aquello. Había muchas probabilidades de que Rebecca McDowell estuviera celosa de Nell.

Pero sabía que sería inútil decirlo y que eso haría que Nell se sintiera peor.

—¿Y no hay ninguna manera de evitar ir?

—Rebecca se lo diría a su madre, y entonces toda la iglesia oiría hablar de ello.

—Y tú quedarías de mala —concluyó Jecca—. Muy bien, si la cosa es obligatoria, entonces tenemos que buscar la manera de aliviarla. —Pensó durante un instante—. ¿Y si apareces con un regalo fabuloso que sea mejor que los de todas las demás? ¿Algo exclusivo?

—El año pasado su padre le regaló un poni.

—Estaba pensando en que quizá podría pasarme y hacerles un retrato a todas las niñas.

—Se reirían de mí —dijo Nell—. Dirían que tendría miedo de estar a solas con ella.

Jecca pensó que aquellas niñas eran la personificación de la mezquindad, pero no dijo nada.

—¿Qué sabe Tris de todo esto?

Nell pareció alarmarse.

—¡Nada! Si le dices algo, él... él...

—Vale, vale. Aparecería allí pegando tiros con sus pistolas, y tú tendrías treinta y seis años y todavía no habrías superado la vergüenza. Qué lástima que no les diera un ataque al corazón a todas y apareciera Tris y las salvara.

Nell soltó una risilla tonta.

—O que el padre de Rebecca se pusiera enfermo.

—Aún mejor —dijo Jecca—. Que Tris le salvara, y que luego, camino del hospital, la ambulancia se averiara, tu padre la arreglara, y le salvara la vida por segunda vez.

Nell se levantó con el entusiasmo reflejado en el rostro.

—Y luego la madre de Rebecca estaría tan agradecida, que llevaría a mi madre a Nueva York a comprar en Dorfy.

—¿Dorfy?

—Ahí es donde su madre lleva a Rebecca dos veces al año. Y a la tienda de bolsos.

Jecca dejó de sonreír mientras intentaba traducir lo que Nell estaba diciendo. Entonces cayó en la cuenta.

—¿Lo que estás diciendo es que la madre de Rebecca le compra ropa en

Nueva York en Bergdorf's and Saks?

—Eso es —dijo Nell, riéndose—. En Dorfy and Bags.2

—¡Eh! —gritó Tris—. ¿Es que estáis celebrando una fiesta? ¿Sin mí?

—¡Sí! —le gritó Nell—. Un fiesta maravillosa.

Jecca se los quedó mirando mientras Tris y Nell echaban a correr el uno hacia el otro. Quienquiera que los viera pensaría que llevaban un año sin verse. Tris balanceó a su sobrina por el aire y las risas de la niña resonaron por el bosque. Luego, Nell se acurrucó contra él, la cabeza apoyada en el hombro de tu tío, y los dos regresaron junto a Jecca.

En cuanto Tris vio la expresión en la cara de Jecca levantó las cejas para preguntarle qué pasaba. «Más tarde», le dijo ella moviendo los labios, y él asintió con la cabeza.

Mientras Jecca observaba a Tristan contemplando lo que habían pintado, pensó que tenía que haber alguna manera de resolver el problema de Nell con la temida fiesta de cumpleaños. Era posible que la situación la irritara tanto porque le resultaba familiar. Cuando tenía ocho años, había aparecido en una fiesta de cumpleaños llevando un vestido que le había escogido su padre: por debajo de las rodillas, lleno de volantes fruncidos y con una banda rematada en un lazo en la espalda. Jecca sabía que se iría a la tumba oyendo las carcajadas de las otras chicas.

Por supuesto que Nell no iría vestida como la tráfuga de una secta religiosa, aunque tendría que competir con Dorfy y Bags. Desde el punto de vista femenino, no había ninguna diferencia.

—¿Qué aspecto te gustaría tener? —preguntó Jecca.

Tris preguntó:

—¿De qué estás hablando? —pero Nell lo entendió en el acto.

—De francesa.

—Entiendo —dijo Jecca con una sonrisa—. Una estudiante francesa de intercambio que visita Estados Unidos para estudiar a los paletos norteamericanos.

—¡Ah, sí! —dijo Nell, que respiró aliviada.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Tris.

—¡Secretos! —dijo Jecca—. Secretos de chicas. ¿Alguien tiene hambre?

—Yo —dijo Tristan, y Jecca y Nell se echaron a reír al alimón.

Capítulo 16

ROAN regresó aquella noche con el coche lleno de provisiones —la mayoría innecesarias—, y pareció que el mal humor por fin le había abandonado. Hizo salir a Jecca de la cocina y empezó a recubrir la pesca de Tris con una gruesa capa de sal.

—Es un buen cocinero cuando quiere —dijo Tris.

Tuvieron una cena agradable, en la que Roan les hizo reír con las cosas que había visto aquel día en Edilean.

Después de esa noche, se sometieron a una rutina amistosa. Jecca y Nell tenían encomendado el desayuno, mientras que Tris se encargaba de la comida.

—Si a sacar las cosas del frigorífico lo llamas preparar la comida... —le decía Roan.

La cena era cosa de Roan, y aprovechaba la ocasión para demostrar sus habilidades culinarias. En la parte trasera había un viejo congelador horizontal lleno de carne y verduras.

—Equivocaste tu vocación —le dijo Jecca mientras se comía un muslo de pollo marinado con una salsa secreta—. Deberías haber sido cocinero.

—¿Y estar enjaulado en la cocina toda la noche? —le dijo Tris—. No conoces bien a mi primo. Le gusta estar en medio del fregado, entreteniendo a la gente con su verborrea.

Jecca miró a Roan, no sabiendo muy bien cómo se iba a tomar aquel comentario, pero el hombre se echó a reír.

—¿Y por qué habría de perder la oportunidad de compartir mi grandiosa sensatez? El mundo me necesita.

La carcajada fue generalizada.

Durante el día, Tris, Jecca y Nell salían de excursión. Tris y Nell se conocían todos los senderos de los alrededores de la cabaña, y querían enseñárselos a Jecca. Tris pescaba a veces, pero algunos días se estiraba sobre una manta y dormitaba.

Jecca pintaba todo lo que veía, incluidos Nell y Tristan. Su bloc de dibujos estaba lleno a rebosar, y entre sus fotos y las que hacía Nell, llenó un disco digital entero.

Por la noche, Jecca y Tris hacían el amor. Se escabullían fuera de la cabaña a la luz de la luna y juntos daban rienda suelta a todo el deseo contenido durante el día. Había una primera explosión, rápida e impetuosa, espoleada por el mutuo deseo de tenerse. Luego, seguían más lentamente, tomándose su tiempo en tocarse y acariciarse.

Al terminar, se tumbaban abrazados y hablaban del día.

—¿Crees que a Roan le importa que le estemos haciendo perder el tiempo para escribir? —preguntaba Jecca.

—¿De qué os andabais riendo como tontas tú y Nell esta tarde? —preguntaba él.

Al cuarto día, empezó a llover con fuerza y se quedaron en la cabaña, a consecuencia de lo cual los cuatro se instalaron en una vida doméstica y tranquila. Tris se había llevado algunas revistas médicas, así que se sentó en un extremo del sofá a leer. Jecca ocupó el otro extremo, entrelazó los pies con los de él y dibujó. Nell se construyó un nido en uno de los grandes sofás. Colocó sus muchos animales y muñecas formando un semicírculo, se metió dentro de espaldas, se hizo un ovillo y se puso a leer un libro de aventuras de ciencia-ficción. Roan se sentó en el sillón situado enfrente de ella y leyó una novela de ciencia ficción.

Jecca no pudo reprimir sonreír ante lo apacible de la escena; era como si estuviera con su padre y su hermano cuando era pequeña. Si su padre estaba ocupado, eran una familia muy tranquila. Pero después de que Sheila entrara en sus vidas, la paz se había esfumado.

Después de comer, la lluvia arreció. Nell se fue al dormitorio para, según dijo, darles un descanso a sus muñecas. Jecca fue más tarde a ver cómo le iba, y la encontró dormida. Regresó al sofá.

—¿Qué estás dibujando? —le preguntó Tris—. ¿Algo para Kim?

Jecca le miró y sonrió; conocía esa mirada de Tris. Si Roan no hubiera estado sentado allí, a esas alturas ninguno de los dos tendría algo de ropa encima.

—En realidad —respondió—, estoy diseñando un conjunto para que Nell lo lleve a la fiesta de cumpleaños de su prima.

—Eso está bien —dijo él—, porque este año es un pase de modelos.

Jecca bajó el bloc de dibujo y le miró fijamente.

—¿Un pase de modelos? ¿De qué estás hablando?

Tris bajó su revista médica y se estiró.

—Se refiere —dijo Roan cuando se levantó para atizar el fuego— a que esas fiestas que Savannah organiza para su hija son unos espectáculos dignos de Versalles.

—No están tan mal —dijo Tris—. Aunque sí que son espectaculares. — Jecca estaba esperando una explicación—. Todos los años, por el cumpleaños de Becca, Tyler, su padre, costea la fiesta que se le haya ocurrido a su esposa. Dura dos días, y asisten montones de niños y adultos. Savannah la organiza y...

—Y Tyler las paga —añadió Roan. No parecía tan fascinado con las fiestas como Tris.

—Eso es problema suyo —dijo Tris—. Mira, a mí me alegra que siempre inviten a Nell a quedarse a dormir, aunque me parece que ella y Rebecca no son amigas en el colegio. Pero Becca es una buena chica.

Jecca se abstuvo de comentar esta última afirmación.

—¿Y qué es lo que se pone Rebecca? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondió Tris, y Roan se encogió de hombros.

—¿Y es posible que su madre la lleve a Nueva York dos veces al año para comprarle ropa?

Tris esbozó una sonrisa.

—Si me dijeras que Savannah se va a París a encargarle la ropa a Becca, no me sorprendería. Tyler no para de quejarse de lo mucho que gasta.

—Si el dinero no le viniera de familia, a esas alturas estaría en la quiebra —apostilló Roan.

—¿Y qué clase de fiestas ha dado? —preguntó Jecca mientras volvía a su dibujo.

—El año pasado contrató a una gente de circo —dijo Tris—. Instalaron un trapecio, y las niñas hicieron piruetas sobre una cama elástica.

—¿Y qué tal se lo pasó Nell?

—De fábula —le aseguró Tris. Su manera de sonreír delataba que tenía un secreto.

—De fábula no se compadece con lo que yo oí.

—Bueno —dijo Tris, y en su voz había un dejo de orgullo—. Rebecca se golpeó con el borde la cama elástica. De no haber sido por la rapidez mental de Nell, es más que probable que se hubiera caído por el lateral. Probablemente la salvara de romperse uno o dos huesos. Gracias a Nell, Becca salió del trance solo con unos cuantos cardenales.

—¿Y qué hicieron las demás niñas cuando ocurrió eso? —preguntó Jecca.

—Se quedaron paralizadas de terror; es lo que me contaron —terció Roan. Tris asintió con la cabeza.

—Las niñas se quedaron de una pieza, pero es que todo ocurrió muy deprisa. Nell solo... —Su voz se fue apagando, aunque el orgullo que sentía por su sobrina quedó patente.

Jecca pensó que no era extraño que Rebecca odiara a Nell. Nell era más guapa e inteligente, y reaccionaba con rapidez ante una emergencia. A Jecca le habría encantado contarle a los dos hombres la verdad sobre la pequeña Rebecca, pero no podía traicionar la confianza de Nell. Miró a Tris.

—¿Te avisaron por el accidente?

—Sí —dijo él—. ¿Por qué?

—No recordarás por casualidad lo que Nell llevaba puesto cuando llegaste allí, ¿verdad?

Tris se quedó en blanco, pero entonces se le iluminó el rostro.

—En realidad, sí. Llevaba un maillot con Mickey Mouse en la parte delantera. Me acuerdo porque me reí de que fuera dos tallas menor que la suya. Cuando llegamos a casa, hizo que me conectara a internet y le pidiera uno nuevo. ¡Sin ningún dibujo animado estampado!

Jecca tuvo que morderse la lengua para evitar decir algo. Estaba dispuesta a asegurar que Rebecca se «olvidó» de decirle a su prima que tenía que ir a la fiesta con un maillot, y que a Nell le dieron alguno viejo. Menuda humillación debió haber sido tener que ponerse un conjunto de Mickey Mouse que además

era demasiado pequeño para ella.

—Y este año hay un pase de modelos, ¿no? —preguntó Jecca.

—Sí —dijo Tris—, y me olvidé de comentárselo a Nell. Pero no tenemos que preocuparnos de nada. Savannah me dijo que ellas van a proporcionar la ropa. Son de las tiendas locales, y han invitado a muchas niñas a participar en el pase. Estará allí prácticamente todo el pueblo. Savannah me preguntó si me importaría ser el maestro de ceremonias.

—¿Y te pondrías el esmoquin? —preguntó Jecca, esforzándose al máximo en poner cara de póquer.

Pero no consiguió engañarle.

—Jecca, ¿qué sucede?

—Nada que nosotras, las mujeres, no podamos manejar.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Jecca llevó a Nell al dormitorio que compartían y le contó que ese año la fiesta de cumpleaños de Rebecca iba a consistir en un pase de modelos. La preciosa cara de Nell se descompuso en el acto; parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Crees que Rebecca te dará algún disfraz de Shrek para que te lo pongas? —Trataba de hacerla sonreír, pero no dio resultado.

—Sí —dijo Nell—. Me dará la ropa más fea que encuentre.

—Se me ocurre una idea —dijo Jecca—. ¿Y si apareces con tu propia ropa? Y no me refiero solo a ropa hecha a medida para ti, sino con tu propia línea de ropa.

La niña la miró como si se hubiera vuelto loca.

Jecca se sentó a su lado en la cama y abrió el cuaderno de dibujo.

—Son solo unos bocetos aproximados, pero cogí tu idea de ser una estudiante francesa de intercambio y la desarrollé. Se me ocurrieron algunas posibilidades. —Fue pasando las hojas para enseñarle lo que tenía en mente. Había una americana con unos botones negros enormes. Estaba fruncida por delante y lisa por detrás. Jecca la había dibujado sobre una falda negra lisa, con medias y zapatos negros. Llevaba una boina negra. El siguiente era un sencillo vestido azul marino con el corpiño y las mangas ribeteadas en negro. También había un vestido de noche color melocotón con el cuello cuadrado y la cintura alta.

Toda la ropa era sencilla y muy elegante. No se parecía en nada a lo que

solían llevar las niñas, una capa de ropa encima de otra que aparentemente no pegaban ni con cola.

—¿Qué te parecen? —le preguntó Jecca.

—Me encantan. ¿Pero...? —No parecía saber qué preguntar—. ¿Cómo...?

—Lucy —le dijo Jecca—. Le diré a Lucy que te los haga. Y yo la ayudaré a cortarlos, y a lo mejor Tris puede... —Agitó la mano—. Puede darnos apoyo moral. Y... redoble de tambores, por favor... —Pasó la hoja para enseñarle un rectángulo donde, escrito con una peculiar letra cursiva, aparecía escrito: *El ropero de Nell*.

—¿Y eso qué es?

—Tu etiqueta. Puedes ponerle el nombre que quieras, pero vi un sitio en internet que nos harán las etiquetas y nos las enviarán. Las coseremos en el dorso de la ropa. Serán exclusivamente tuyas. Nadie más en todo el planeta tendrá algo parecido.

Nell agarró el cuaderno de dibujo un momento mirándolo de hito en hito, a todas luces sin entender de qué estaba hablando Jecca, pero aun así contagiada de su entusiasmo.

—¿Te gustaría que los revisáramos de nuevo? —preguntó Jecca.

—Ay, sí —dijo Nell, que cogió un puñado de muñecas y osos en los brazos y se puso cómoda para escuchar.

Capítulo 17

AL cabo de una hora Jecca volvió al salón, donde Tris estaba preparando una mochila para hacer una excursión y Roan marinaba una carne de ternera con limón y especias.

—Tengo que volver a casa —dijo Jecca.

La reacción de Tris no se hizo esperar.

—Pero si el verano no ha terminado. Todavía te quedan semanas. Meses. Reede quiere que regrese para trabajar, pero lo demoraré. Iré a Nueva York contigo y... —Se interrumpió porque Jecca le estaba mirando fijamente.

—Me refiero a Edilean —masculló.

Roan se estaba riendo por lo bajinis.

—Ahora que el amigo Ken, aquí presente, ha colgado su corazón para que todo el mundo lo vea, ¿puedo preguntar qué pasa?

—Tengo que conseguir que Lucy empiece a hacer un vestuario completo para que Nell lo lleve al pase de modelos.

Tris trataba de superar su bochorno.

—Pero Savannah dijo que ella se iba a encargar de toda la ropa.

—Y si la conozco bien —metió cuchara Roan—, será lo mejor que el estado pueda ofrecer. Probablemente su hija lleve algo con diamantes en la falda.

—Esa es la cuestión —observó Jecca.

Los dos hombres la miraron con idéntica expresión de no entender de qué estaba hablando.

—Tristán —dijo ella lentamente—, el año pasado, cuando fuiste a ver las

heridas de Rebecca, pensaste que era muy divertido que Nell llevara puesta un maillot de Mickey Mouse dos tallas más pequeña que la suya. ¿Cómo crees que se sentía ella con aquel atuendo? ¿Y por qué piensas que la «buena» de Rebecca no le dijo a su preciosa, despierta e inteligente prima que tenía que llevar un maillot para la fiesta circense?

—Ay —dijo Tris—, supongo que no caí en la cuenta. ¿Así que planeas...?

—No confío en que Rebecca y su madre le vayan a dar a Nell unos vestidos preciosos para que los luzca en el pase de modelos. Me rondan por la cabeza algunas espantosas visiones de monos y botas de caucho. Creo que lo más conveniente para Nell sería que llegara con sus propios vestidos, diseñados exclusivamente para ella. En realidad, he estado preparando una línea completa de ropa llamada El ropero de Nell.

Tristan parpadeó varias veces antes de comprender. No quería decir lo que pensaba de Savannah McDowell y su hija, pero estaba en su mirada.

—¿Cuánto tardarás en estar lista para salir?

—Tengo que hacer el equipaje y...

—¿Por qué no os vais vosotros ahora y yo os bajo la ropa esta tarde? —sugirió Roan—. Y creo que deberíais...

Los dos le miraron.

—No sé mucho de niñas pequeñas, pero podría estar bien que Jecca hiciera alguna prenda para que las demás niñas las llevaran en el pase. Y eso podría hacer que Nell se sintiera menos marginada.

—Es una idea genial —admitió Jecca—. Parece que sabes mucho de niñas mezquinas.

—He conocido a algunas. Anda, idos. Llevará una hora meter todas las muñecas Kirby de Nell en el coche.

—Riley —le corrigió Jecca, dirigiéndose al dormitorio.

Veinte minutos más tarde ya estaban listos para partir. Jecca había metido a la remanguillé en una bolsa todos sus objetos de aseo, y hecho lo propio con los de Tris y Nell. Roan estaba transportando el lote entero de animales y muñecas de Nell al coche, y Jecca no pudo resistirse a la tentación de hacerle una foto.

—Te la enviaré a Berkeley para que la utilices como reclamo para que se inscriban alumnos —dijo cuando entró en el coche—. En el pie se leerá: TAL

VEZ PAREZCA DURO, PERO EN REALIDAD ES UN GIGANTE TIERNO.

—Como diría Nietzsche... —empezó a decir Roan, pero Tris arrancó el motor y ahogó su voz. Roan cogió la indirecta—. Decidle a las chicas que les devolveré sus ollas esta tarde —gritó, por encima del ruido.

Cuando Tris dejó atrás la cabaña, Jecca le miró.

—Deduzco que «las chicas» son la señora Wingate y Lucy.

—Sí, así es —dijo él, echando un vistazo al retrovisor. Nell, acurrucada con sus muñecos, ya estaba dormida—. Quiero que me cuentes todos tus planes —dijo.

—Preferiría que me hablaras de ti y de Reede. ¿Cuándo hablasteis?

—Yo y mi boca. Después de que Reede me viera bailar contigo sugirió que me ocupara de mi consulta para que pudiera regresar a donde quiera que haya estado trabajando últimamente.

—Y en vez de eso, nos trajiste a Nell y a mí a la cabaña.

—Eso hice —dijo Tris—. Además, Reede tiene que hacer frente a sus problemas?

—¿Y que son...? —preguntó ella.

—Laura Chawnley.

—¿Estás de broma? —dijo Jecca—. ¿Después de todos estos años sigue enganchado a ella? ¿Aunque esté casada con el predicador baptista y tenga hijos ya?

—En efecto —dijo Tris—. Lo que pasa es que no la ha vuelto a ver desde el día que ella le dijo que no se iban a casar, y él es un miedica.

—Algo que seguramente le has dicho.

—Y disfruté mucho haciéndolo —dijo Tris con una sonrisa de oreja a oreja.

Jecca iba a seguir con sus preguntas, pero entonces su móvil empezó a zumbar.

—Parece que volvemos a tener cobertura. —Sacó el móvil del bolso—. Y tengo veintiún correos electrónicos. —Empezó a repasarlo—. ¡Oh, Dios mío! Una mujer de Nigeria ha decidido entregarme la fortuna de su difunto marido de dieciocho millones de dólares. Y todo porque se ha enterado de que soy una persona muy buena.

—Se lo dije yo —dijo Tris con aire solemne.

—Entonces debería darle tu dirección de correo electrónico.

—No merezco tanta generosidad —dijo él, y se echaron a reír.

Jecca pulsó sobre el número de Lucy, que respondió enseguida. Tardó solo un par de minutos en explicar lo que necesitaban.

—Disponemos solo de una semana. ¿Crees que podemos hacer algo en ese tiempo?

—Me parece que podemos montar un espectáculo que hará que Savannah McDowell se desmaye de envidia. Y a propósito, todo esto es cosa suya, no de su hija.

—Entiendo —dijo Jecca, mirando a Tristan de reojo.

—Me reuniré contigo en Telas Hancock de Williamsburg —dijo Lucy—. Sé modificar patrones, pero no soy diseñadora. Además, tendremos que comprar tela. ¿Cuántos vestidos has diseñado?

—Seis —dijo Jecca—, pero Roan cree que deberíamos hacer algunos más para las otras niñas.

—Me gusta la idea. Pero no podremos mantenerlo en secreto. Tendremos que decírselo a Savannah... y a Rebecca. No será fácil.

—Tienes razón, por supuesto —reconoció Jecca, pensando—. Tris es el maestro de ceremonias, así que él puede...

—Engatusar a Savannah con lo que sea. Logrará que acepte todo lo que él le proponga. ¡Ah, sí!, me encanta esto. ¿Cuánto tardarás en llegar a la tienda?

—Tris está con nosotros, así que tendremos que dejarle primero, y luego...

—Iré con vosotras —dijo él.

—¿Estás seguro? —preguntó Jecca—. Mira que una tienda de telas no es exactamente un lugar para hombres.

—Creo que podré ir y seguir conservando mi masculinidad.

Jecca se lo dijo a Lucy, y colgaron.

Durante un momento viajaron en silencio.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó ella.

—Duele, pero mejor. Jecca, acerca de lo que dijiste antes...

—¿Cuando creíste que volvía a Nueva York?

—Sí. Te dije que ya era mayorcito y que podría soportar el dolor, pero ahora me parece que quizá no sea tan adulto como pensaba.

Jecca miró por la ventanilla. En ese momento no fue capaz de imaginarse

no estar con él. En tan poco tiempo habían llegado a involucrarse completamente uno en la vida del otro. Pero se tuvo que recordar que en ese momento aquella no era su verdadera vida. Su familia estaba en otra parte, y era imposible que pudiera ser fiel a su carácter, a lo que realmente era ella, en aquel pequeño pueblo. No podría vivir sin hacer algo creativo en su vida.

—De acuerdo —dijo Tris, rompiendo el silencio—. Se acabó la seriedad. Cuéntame tus planes para Nell.

Jecca agradeció la tregua; no quería pensar en cosas tristes.

—¿Hasta qué punto conoces a esa mujer, Savannah? —empezó.

Cuando llegaron a la tienda de telas, Nell estaba despierta y haciendo preguntas. Jecca le contó la idea de Lucy de organizar un pase dentro del pase.

—Para los Davie del colegio —dijo Nell, y Tris soltó una carcajada.

Jecca los miró con expresión perdida.

—¿Te acuerdas de las personas cuyos interiores y exteriores no corren parejos? —preguntó Tris, y Nell empezó a explicárselo.

Jecca recogió su cuaderno de dibujo del suelo del coche.

—¿Crees que Davie podría pasar una camisa y unos pantalones cortos que son perfectos para una tarde de playa?

—¡Sí! —exclamó Nell.

Necesitaron varias horas para conseguir todo lo que necesitaban en la tienda de telas. Lucy y Jecca se echaron sobre los libros de muestras para encontrar las que mejor encajaran con lo que Jecca tenía en mente, mientras Tris se llevó a Nell a la charcutería y a la librería cercanas.

Jecca envió un mensaje de texto a Tris cuando estuvieron listas para escoger las telas, así que él y Nell regresaron a la tienda. A partir de ahí todo fueron discusiones entre las tres mujeres mientras diseñaban una prenda tras otra, ora un vestido, ora una blusa, ora un pantalón.

—Y los sombreros —dijo Nell—. Los sombreros van con todo.

—Creo que esta niña va a ser diseñadora de modas —le dijo Jecca a Tris.

—No —respondió él, inclinándose sobre el carrito que ya habían llenado de telas, accesorios y patrones—. Nell va a ser médico.

Jecca le miró con cara de pocos amigos.

—¿No te parece que debería ser ella quien eligiera su profesión?

Tris se encogió de hombros.

—A veces es ella la que nos escoge. En nuestra familia, la Medicina es la que elige. Yo lo entendí; mi hermana, no; Nell, sí.

Jecca solo pudo mirarle con perplejidad. No había visto ni el menor indicio de que Nell estuviera interesada en la Medicina. A la niña parecía gustarle el arte por encima de todo lo demás.

Tris la estaba observando y sonrió.

—Nell, ¿esto qué es? —Entonces se puso un dedo en la base del cuello por la parte de atrás.

—El bulbo raquídeo —respondió la niña sin apenas levantar la vista del rollo de tela que Lucy estaba sujetando.

—Yo no se lo he enseñado —explicó Tris—, pero ahora te das cuenta de por qué mi hermana deja que pasemos tanto tiempo juntos.

—Sí, sois almas gemelas —dijo Jecca, consciente de que recientemente había dicho eso mismo de ella y Nell.

—Sí, aunque quiero que en su vida tenga algo más que la Medicina. No quiero que haga lo que yo, que eche los dientes mordisqueando un estetoscopio y leyendo textos médicos, en lugar de libros infantiles. Quiero...

Jecca le puso la mano en la suya y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Lo entiendo —susurró.

—¡Nada de besos! —dijo Nell, haciéndoles reír.

Jecca volvió a centrarse en las telas, combinando un ribete verde con otros rosa y blanco.

Tris, aburrido con la tarea de agarrarse a los carritos, utilizó su móvil para hacerles una foto a las tres mujeres inclinadas sobre un montón de retales.

—Se la voy a enviar a la abuela —le dijo a Nell—. ¿Te parece que se va a creer que estoy en una tienda de telas?

—Dile que estás practicando tus suturas —dijo Lucy.

Sonriendo, Tris le escribió un mensaje de texto a su madre.

—Envíale una copia de esa foto a mi padre —dijo Jecca, y le dio la dirección de correo electrónico.

Tris escribió un breve mensaje genérico al padre de Jecca, pero luego lo borró. ¿Cómo era aquel refrán acerca de que el que quiere peces ha de mojarse el culo? Respiró hondo para infundirse valor, y empezó a escribir:

«Apreciado señor Layton, me llamo Tristan Aldredge. Soy el único médico de este pequeño pueblo y estoy enamorado de su hija, con quien me quiero casar. Pero ella dice que va a volver a Nueva York. ¿Cómo podría convencerla para que se quedara?»

Antes de que perdiera los nervios, envió el mensaje.

—¿Se lo has enviado? —preguntó Jecca.

—Por supuesto —respondió—. Se lo envié. Tal vez haya enviado el mensaje de mi vida. De toda mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. ¿Tengo que pagar esto?

—Por supuesto —dijo Jecca, y entonces Lucy le pidió que echara un vistazo a un algodón azul.

Cuando Tris llegó al coche con las bolsas de las compras, su móvil zumbó. Era un correo de Joe Layton, y Tris dudó: o el hombre le habría puesto a caldo o... En realidad, a Tris no se le ocurrió ninguna otra alternativa. Pulsó la tecla y leyó: «Mi Jec necesita a su familia y sus pinturas. Yo estoy harto de estar aquí. ¿Su insignificante pueblucho no necesitará una ferretería? Envíeme más fotos de Lucy.»

Tris leyó el mensaje tres veces antes de asimilarlo, y entonces apoyó la espalda en el coche y se echó a reír. Si Joe Layton quería fotos de Lucy, le enviaría todas las que pudiera, incluidas las radiografías de pecho de la mujer.

Volvió a entrar en la tienda.

—¿Llevas tu cámara encima? —preguntó a Jecca—. ¿Y el cable ese para conectarlo al móvil?

—Sí —Ella le miró con frialdad mientras sacaba la cámara del bolso—. ¿Sucede algo? Pareces extremadamente complacido contigo mismo.

—Es porque Nell se lo va a pasar muy bien. Me sabe mal no haberme dado cuenta nunca de lo terribles que han debido de ser esas fiestas para ella. Súmale mi irresponsabilidad con la casa de muñecas, y verás que tengo mucho que expiar. —Lo que estaba diciendo era bastante triste, y sin embargo mostraba una sonrisa esplendorosa. De hecho, ni los ganadores de la lotería sonreían tan abiertamente.

—¿Por qué hablas tan deprisa? Y no sientes ninguna culpa por la casa de muñecas. Lo que quieres es que me tire aquí un año trabajando en ella. ¿Qué

está pasando? —preguntó Jecca.

—Pues, esto... tengo... tengo que llamar a Roan. —Se alejó para que Jecca no pudiera ver la sonrisa que no podía borrar de su rostro. Salió de la tienda, y Roan contestó al primer tono.

—¿Ya me echas de menos? —preguntó Roan.

—¿Sabes ese lugar de tu propiedad en McTern Road?

—¿Cuál?

—El que era una fábrica de ladrillos.

—Sí, hace cien años.

—¿Está en buen estado? —preguntó Tris.

—¡Carajo, no! Se está cayendo a cachos. Si lo quieres comprar, te lo dejaré barato.

—Haz que Rams redacte los documentos —dijo Tris.

—¡Caray! ¿Y para qué quieres ese viejo lugar?

—El padre de Jecca piensa abrir una ferretería en Edilean.

—¿Desde cuándo? —preguntó Roan.

—Desde que le envié un correo electrónico hace diez minutos.

—¿Se va a quedar Jecca en el pueblo a arreglar motosierras?

—No lo sé —dijo—. Solo intento ponerle las cosas fáciles para que se quede. Deja la ropa en mi casa, ve luego a ver a Rams y haz que redacte los documentos. Mejor aún, ve primero a ver a Rams. ¿Entendido?

—A la orden, señor —dijo Roan—. Y claro que me gusta hacer de alcahuete, no te preocupes.

—Te da un respiro de tanto escribir, así que ¿de qué te quejas?

—Buena observación —dijo Roan, y colgó.

Tris volvió a entrar en la tienda e hizo doce fotos, todas con Lucy en el centro. Quiso sacar más, pero las mujeres le hicieron parar.

—Esta noche —le dijo Jecca en un susurro—, cuando estemos en la cama, me vas a contar qué estás tramando.

Tristan se limitó a sonreírle, e hizo una foto de Lucy, que estaba levantando una tela rosa transparente que tenía adheridas unas pequeñas piedras de *strass*. Salió de la tienda para enviar a Joe Layton las seis mejores fotos.

«Soy dueño de una vieja fábrica de ladrillos —escribió, falseando un poco la verdad—. Necesita arreglos. Con plazas de aparcamiento. Al borde

de la carretera de Williamsburg. Costearé la remodelación.»

No habían pasado ni diez minutos cuando llegó la contestación. «Envíe datos personales de Lucy y más fotos. Y también una del edificio. ¿Es usted unos de esos horribles novios de Jec?»

Entró de nuevo en la tienda y le pidió a Jecca que le hiciera una foto con Nell.

—¡Tristan! —dijo ella—. No sé qué te traes entre manos, pero ahora no tengo tiempo para esto. Tenemos...

La besó en cuello de aquella manera que sabía que a ella le gustaba tanto.

—Por favor —le susurró.

Jecca suspiró.

—Yo os haré una a los tres —dijo Lucy—. Poneos ahí.

Tris cogió en brazos a su sobrina y se inclinó hacia Jecca, con Nell entre los dos. Ni Jecca ni Nell estaban sonriendo; querían volver a las telas.

—Pensad en las caras de las chicas McDowell cuando Nell camine por la pasarela —dijo, y ambas sonrieron sinceramente.

Tris le quitó la cámara a Lucy y salió corriendo de la tienda. Era una buena foto. Pero, por segunda vez en su vida, le preocupó su cara. ¿Sería lo bastante guapo para complacer a Joe Layton? ¿O demasiado guapo? Un tipo que regentaba una ferretería podría pensar que era demasiado «bonito».

—No puedo evitar tener la cara que tengo —dijo en voz alta, y empezó a escribir: «Con mi sobrina. La familia que espero tener.»

Y envió la foto.

Esa vez la respuesta del señor Layton tardó unos veinte minutos, y Tris estaba seguro de haber estado conteniendo la respiración todo el rato. «Jec parece feliz. No le diga nada. Estaré ahí después de aclarar este extremo. Haré la remodelación. Envíe más de Lucy.»

Tris apoyó la espalda en el coche y dejó salir el aire. «Quizá —pensó—, solo quizá...»

—¡Tristan! —Le gritó Jecca desde la puerta de la tienda—. Necesitamos tu ayuda.

Cuando llegó junto a ella, Jecca le dijo:

—Esta noche me vas a contar qué es lo que pasa contigo.

—Salvo que sea capaz de distraerte —dijo Tris de manera que pudiera

óirle.

Capítulo 18

DURANTE la semana siguiente trabajaron sin descanso en la ropa para el pase de modelos, y todos los que estaban al tanto del proyecto ultrasecreto colaboraron. Kim quiso ayudar, pero tenía un nuevo encargo para hacer un collar de aniversario, y no pudo. Tristan dijo que lo había aclarado todo con Savannah y que había hecho creer a Rebecca que iba a ser la mejor fiesta de cumpleaños de su vida.

—Y lo será —dijo Jecca. Con independencia de lo que hubiera hecho en el pasado, no estaba en su ánimo estropear la fiesta de ninguna niña.

La señora Wingate puso a cargo de su tienda a la joven que llevaba muriéndose de ganas de tener la oportunidad de regentarla. Roan dijo que renunciaría a escribir durante una semana —y Tris se limitó a tres únicos comentarios sobre el «sacrificio»—, y Nell vivía metida en un maillot mientras se probaba trocientas partes de vestidos, desde mangas a cuellos, pasando por sombreros.

Lucy y Jecca daban órdenes a todos los que andaban por allí, y la pregunta preferida no tardó en ser: «¿Qué queréis que haga ahora?»

Roan y Tris bajaron una mesa del ático y la colocaron en el pasillo para que la utilizaran de superficie de corte.

—Qué lástima que mi padre no esté aquí —se lamentó Jecca.

Tris estuvo a punto de atragantarse con su café.

—¿Por qué?

—Esa mesa es demasiado baja para cortar. Te deja la espalda hecha polvo. Si papá estuviera aquí, haría un cajón de contrachapado y la elevaría a

la altura del mostrador.

—Estoy seguro de que le echas muchísimo de menos —dijo Tris, mientras ponía unas guías telefónicas viejas debajo de las patas de la mesa.

Jecca le lanzó una mirada penetrante. Sabía que Tris estaba haciendo algo en secreto, pero por más que lo intentaba no conseguía sacarle de qué se trataba. Por la noche, cuando se metían juntos en la cama —la mitad de las veces en la de ella, la otra mitad en la de él— intentaba que respondiera a sus preguntas. Pero entonces empezaba a besarla, a tocarla por todo el cuerpo, y Jecca se olvidaba de lo que estaba diciendo.

Lo único que sabía con certeza era que Tris se había convertido de pronto en un fotógrafo insaciable —mayormente de Lucy—, y que su teléfono no paraba de zumbar. A menudo se excusaba para atender alguna llamada de su primo Rams. Jecca le había preguntado por él, pero lo único que conseguía sacarle era: «Es el diminutivo de Ramsey», y entonces Tris se ocupaba en alguna tarea.

Por dos veces, un joven le llevó a Tris unos documentos para que los firmara, y al preguntarle Jecca por ellos, se mostró esquivo: «Ya te lo diré más tarde», le dijo en ambas ocasiones, antes de alejarse a toda prisa.

Si no hubiera estado tan abrumada de trabajo, le habría perseguido, pero no podía. Todos tenían preguntas que hacerle, desde qué botones utilizar, hasta la altura del dobladillo o el color del ala del sombrero.

A Tris y a Roan se les daba fantásticamente bien recortar los patrones, mientras que la señora Wingate se encargaba de toda la pasamanería. Lucy hacía la mayor parte del cosido con sus maravillosas máquinas, pero al cuarto día, después de varios días de acostarse tarde y levantarse temprano, la mujer estaba agotada. Retiró la silla de delante de la remalladora.

—Tristan —dijo seriamente—, si no dejas de hacerme fotos durante unos minutos, te voy a enseñar cómo se hace un sobrehilado de cuatro hilos.

Tris titubeó durante un instante, y todos le miraron.

—Finge que es una rotura de la válvula aórtica —dijo Nell.

—Justo lo que iba a decir —comentó Jecca, y todos se echaron a reír. No pudo evitar preguntarse si Nell llevaba haciendo comentarios médicos desde el principio y ella no había reparado en ellos.

El trabajo por el que Nell suspiraba era el de cambiar el color de los hilos

de los bordados acabados en la gran Bernina 830. Lucy le enseñó a sujetar el hilo en su sitio con la mano derecha y simultáneamente a introducirlo por los canales con la izquierda. A Nell le encantaba pulsar el botón blanco de la enhebradora automática de agujas, y emitía un pequeño sonido de triunfo cuando todo estaba listo y podía apretar el botón verde que ponía en marcha la máquina.

Roan solía escaparse a la cocina, y todos paraban para comer lo que fuera que les hubiera cocinado. No parecía tener la menor prisa en regresar a la soledad de su cabaña.

Pero con independencia de lo ocupados que estuvieran, a las tres en punto, ni un minuto más, las mujeres dejaban de trabajar.

El primer día, Tris les enjaretó un discurso muy bonito sobre las razones por las que consideraba que tanto a él como a Roan se les debería permitir participar, pero las mujeres se limitaron a reírse de él. Las tres bajaban apresuradamente al sótano, y Nell con ellas, y una hora después volvían a estar arriba, el sudor brillando ligeramente en sus frentes, listas para tomar el té vespertino que Roan había preparado.

—Bueno, ¿y hoy qué hicisteis? —preguntó Tris mientras se comía un bocadillo de cangrejo preparado por Roan.

—Lo de siempre —dijo Lucy.

—Nada que no hayamos hecho antes —añadió la señora Wingate.

—Hmmm —corroboró Jecca, con la boca llena.

—¡Danza Cubana! —soltó Nell.

—¿Salsa? —preguntó Tris.

—¿Estáis bailando salsa? —preguntó Roan—. ¿Y no necesitáis pareja para eso? Yo podría enseñaros un par de movimientos que...

—No —le cortó Jecca con firmeza—. No se permiten hombres.

Los dos hombres suspiraron.

El viernes por la mañana la madre de Nell, Addy, entró en el estudio de Lucy.

—¡Tristan! —gritó desde la entrada, con algo más que un ligero tono de enfado en la voz—. ¿En algún momento has pensado que me gustaría ver a mi hija de vez en cuando?

Impertérrito ante el reproche, Tris ni siquiera levantó la vista de la

remalladora Baby Lock.

—Me alegra que estés aquí. Roan necesita que le ayuden a cortar. Va a ser una noche larga.

—¡Mamá! —gritó Nell, librándose de Lucy, que le estaba sujetando una manga en el hombro con alfileres, y echó a correr hacia su madre—. Ven a ver lo que hemos hecho.

Addy miró por encima de la cabeza de su hija hacia el ajetreo de la habitación. Eso fue un instante antes de que reparara en dos niñas pequeñas en la pared del fondo. La bonita joven que supuso era Jecca Layton estaba sentada en el suelo, subiéndole con alfileres la basta del vestido a una de las niñas. Addy reconoció a las dos niñas como amigas de Nell. Eran unas criaturas inteligentes, de las de sobresaliente, aunque no lo bastante guapas ni populares para formar parte del círculo de Savannah McDowell. Ese año habían sido incluidas para participar en el pase de modelos, pero eso iba a ser un tormento para las pobres niñas.

—Sí —dijo Addy—. Me gustaría verlo todo.

Treinta minutos más tarde, había asumido el trabajo de Tris en la remalladora, y él había vuelto al corte. Por la tarde, apareció el padre de Nell, Jake. A Jecca le gustó de inmediato; de su persona emanaban una tranquilidad y una seriedad que le recordaron a su padre y su hermano.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a Jecca. Llevaba un bastón, y ella se dio cuenta que incluso estar de pie le resultaba un problema.

—¿Has cosido alguna vez a mano? —le preguntó Jecca.

—Soy un soldado. ¿Quién crees que arregla los desgarrones?

Jecca sacó a una de las niñas del único sillón tapizado —en ese momento había cuatro niñas nuevas, además de Nell—, y enseñó rápidamente a Jake cómo enrollar las tiras de seda que Lucy había juntado para convertirlas en rosas.

El hombre la miró con incredulidad un instante; sus ojos parecían decir: «¿Un hombre que acaba de regresar de la guerra haciendo rosas de seda?» Pero no dijo nada.

—Si no sabes hacerlo, dímelo —dijo Jecca.

—Creo que puedo conseguirlo —respondió él.

Cuando Jecca se apartó de Jake, Tris la miró divertido, y Addy con

curiosidad.

—Es un hecho científico —dijo Lucy— que la seda hace cicatrizar las heridas. —Y todos estallaron en carcajadas.

Luego, Tris le hizo fotos a Jake, el bastón apoyado en un costado, el regazo del hombre un mar lleno de rosas de seda de alegres colores. La atractiva cara de Jake mostraba una expresión de intensa concentración, mientras cosía a mano los bordes de una rosa de seda *charmeuse* de color fucsia.

—Nunca superaré esta vergüenza —mascullaba el hombre, aunque estaba sonriendo.

Los padres aparecieron uno a uno a recoger a sus hijas, y ninguna de las madres escatimó las muestras de agradecimiento.

—A Lisa la invitan a los sitios, pero nunca encaja —dijo una, con lágrimas en los ojos—. Que os estéis esforzando de esta manera por ella... —La mujer no pudo seguir, y Jecca le echó el brazo por los hombros.

—Asegúrate que Lisa esté allí mañana a las diez, y la peluquera...

—Lo sé —dijo la mujer—. Ya me ha llamado. —La mujer cogió la mano de Jecca entre las suyas—. Nunca os podré agradecer esto lo suficiente.

Cuando se hubo marchado, Jecca subió las escaleras corriendo. Tenían todavía seis conjuntos más que terminar. Con más niñas, a dos vestidos por cabeza, el trabajo se les había multiplicado considerablemente. La señora Wingate se había encargado de arreglar que la peluquera local y su hermana estuvieran en su peluquería a las seis de la mañana del sábado. Jecca había dibujado cómo quería que se peinara a las niñas y, en dos de los casos, se les cortara el pelo.

Todo lo cual fue hecho con el mayor secretismo posible.

—Edilean tiene mucha experiencia en guardar secretos —dijo Tris, aunque no dio más detalles.

A medianoche hizo que Lucy y Jecca apagaran las luces, y condujo a esta por el pasillo hasta su habitación. Cuando empezó a desnudarla, ella dijo:

—Estoy demasiado cansada para...

La forma en que Tris la miró la hizo callar; allí no había sexo, sino ternura y comprensión. Jecca se entregó a él.

Tris la condujo hasta el baño para que se diera una ducha caliente y la desnudó; mientras lo hizo, no dejó de hablarle con una voz suave y

acariciadora. Elogió la buena labor que había hecho durante toda la semana, su habilidad para dirigir el trabajo y a las personas.

Jecca se metió en la ducha, y las palabras de Tris, junto con el agua caliente, empezaron a reanimarla, así que alargó los brazos hacia él.

Pero Tris retrocedió. Cogió el frasco del champú, y aunque estaba fuera de la ducha y completamente vestido, le enjabonó el pelo. El vigoroso masaje que le dio en el cuero cabelludo hizo que Jecca se diera cuenta de lo verdaderamente cansada que estaba.

Tris le aclaró el pelo, cerró el agua y la envolvió en una gruesa toalla. Cuando llegaron al dormitorio, ella estaba bostezando. La vistió, no con una de aquellas cosas llenas de encaje que solía ponerse cuando estaba con él, sino con la vieja camiseta a la que era tan aficionada.

Tris retiró la colcha, e igual que ella le había visto hacer con Nell, la tapó con ternura y le dio un beso en la frente.

Creuyendo que su intención era marcharse, le cogió la mano.

—No te preocupes —le susurró él—, no te vas a deshacer de mí así como así. Deja que me duche y volveré para abrazarte durante toda la noche.

Se quedó dormida con una sonrisa en la boca, y cuando Tris se metió en la cama a su lado, vestido solo con el pantalón del pijama, se acurrucó contra él y le puso los labios en su cálida piel desnuda. No estuvo segura, pero creyó oírle decir: «Te quiero.» Aun estuvo menos segura cuando creyó oírse decir: «Lo sé.»

El viernes —la víspera del pase de modelos—, durante la comida, Roan dijo que tenía cierta experiencia en el mundo de la interpretación. Como nadie entendiera a qué venía aquello, no hubo comentarios. Que Roan, poseedor de un vozarrón y una personalidad impresionantes, hubiera sido actor alguna vez casi se daba por hecho.

—Muy bien —dijo—, dado que nadie parece capaz de coger mi indirecta, solo diré que lo voy a organizar todo.

—¿Te refieres al pase de modelos? ¿El de las niñas? —preguntó Jecca, que estaba cosiendo a mano las rosas hechas por Jake al cuello de un vestido.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo —confirmó Roan—. Tris, encárgate de recoger la mesa de la comida. Tengo que llamar a los padres de

las niñas.

Cuando Jecca empezó a preguntar, Roan le dijo que ella y Lucy tenían permiso para verlo y oírlo todo. Ambas iban a volver a la costura, aunque Addy le iba a ayudar a él.

—¿Y dejar de inclinarme sobre esa máquina? —masculló Addy—. ¿Qué tengo que hacer para conseguirlo?

Mientras que Lucy y Jecca regresaron al piso de arriba para ocuparse de los últimos arreglos de los vestidos de todas las niñas, los demás anduvieron entrando y saliendo de las habitaciones de abajo colaborando en el plan ultrasecreto de Roan.

Lucy se abstuvo de preguntar, aunque no así Jecca. En un par de ocasiones Tris estuvo a punto de ceder y contárselo todo, pero Nell lo mantuvo a raya.

—¡Lo vas a estropear todo! —advirtió a su tío—. Queremos que sea una sorpresa para Jecca. Así que Tris se negó a contar nada de lo que estaba haciendo Roan.

A lo largo de la tarde, las niñas que iban a participar en el desfile regresaron a casa de la señora Wingate con sus madres... y un padre divorciado.

Jecca oyó una música que le sonó como a una estampida, y en un par de ocasiones como si alguien prorrumpiera en vítores. Quiso saber qué estaba pasando, aunque tenía demasiado trabajo para tratar de averiguarlo.

El sábado amaneció un día soleado y resplandeciente, sin el menor rastro de nubes en el cielo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Tris cuando la atrajo entre sus brazos. Estaban en casa de él, acurrucados en la cama.

—Muy bien —dijo Jecca—. Es solo un desfile infantil en un pueblo, nada más. No hay motivo para ponerse nervioso. —Apartó la colcha, se levantó de la cama... y le fallaron las piernas.

Tris la agarró antes de que cayera al suelo.

Jecca se sentó en el borde la cama; sentado detrás de ella, Tris le pasó las largas piernas sobre las suyas y la hizo apoyarse de espaldas contra él.

—Todo irá bien —le dijo, y la besó en la mejilla—. Tendrás mucha ayuda, y todos saben lo que tienen que hacer.

—Ya lo sé —dijo ella—. Es solo que...

—¿Que qué?

—Espero que les gusten mis diseños. Si a los asistentes no les gusta, se reirán de las niñas, y han puesto tanto empeño y...

Tris siguió besándola con las manos en los brazos de Jecca.

—He visto toda la ropa, y las niñas tienen un aspecto fantástico. ¡Tendrías que haberlas visto con Roan! Son las bichos raros del colegio, y nunca han hecho nada parecido a esto. Jecca, cariño, no te haces idea de lo que esto está haciendo por ellas. ¡Y espera a ver lo que se le ha ocurrido a Roan!

—¿Es bueno?

—¡Fabuloso! Y ni se te ocurra tratar de sonsacarme el secreto.

Ella restregó las nalgas contra sus partes pudendas, que enseguida dieron muestras de responder al estímulo.

—¿Ni siquiera una pista?

—Jecca... —empezó a decir Tris—. Tenemos que vestirnos y... —Emitió un sonido gutural cuando ella se restregó un poco más—. Esas niñas poseen unos talentos ocultos, y Roan los ha descubierto. ¡Basta! Eso es todo lo que te voy a contar, y es más de lo que debería haber dicho. —Se levantó de la cama—. Vamos, deja que te prepare un buen desayuno. Vamos a necesitar que estés fuerte cuando Savannah descubra lo que has hecho para su desfile de modelos.

Jecca le siguió a la cocina. Llevaba puesta una de las camisetas de Tris y las bragas.

—Estás de broma, ¿verdad?

—En absoluto. ¿Crees que aguantarás hasta las once con tres huevos?

—¿Cuánta ginebra les vas a poner?

Tris se rio por lo bajinis.

—A los huevos solo les pongo ron, y exclusivamente cuando trato de derribar tu resistencia. Ve a vestirte o no conseguiré concentrarme.

Jecca respiró hondo, y Tris se dio cuenta de que estaba realmente nerviosa. Se alejó de la cocina para ponerle las manos en los hombros y le apoyó la frente en la suya.

—Jecca, escúchame. No tienes motivos para preocuparte. —Ambos sabían que ya se lo había dicho antes, pero a Jecca le parecían pocas todas las veces que pudiera decírselo—. Tus diseños son fantásticos. Y lo que es más importante, estás haciendo que unas niñas que se han pasado todas sus vidas

en un segundo plano, se vean a sí mismas con otros ojos. Tú...

—Y Nell. Esas niñas fueron idea suya, no mía. Se merece que se le reconozca.

—A ambas dos —dijo él, y fue tal el tono afectuoso de su voz que ella no pudo evitar sonreír—. Nell sabía quiénes eran, pero tú, tu sensibilidad artística y tu buen corazón las han arrastrado a lo que nadie creía que serían capaces de hacer.

—Eso espero.

—¡Muy bien! —dijo Tris—. Se acabaron las palabras de ánimo. Ahora ve a vestirme antes de que la visión de tus piernas desnudas me vuelvan loco y te posea aquí mismo, sobre el suelo de la cocina.

—Pues a lo mejor deberíamos...

—¡Aléjate de mí, seductora! —dijo, y la hizo darse la vuelta hacia el dormitorio.

Jecca abandonó a regañadientes la seguridad de sus brazos y fue a sacar su ropa del armario ropero de Tris. Daba igual la de veces que se recordara que aquello no era Nueva York; que no era una exposición de pinturas; que no iba a ser algo que los críticos iban a despedazar, y que no era algo que fuera a condicionar su vida para los restos... que ella seguía hecha un manojo de nervios. No quería decepcionar a las niñas.

¿Cómo iba a reaccionar la pequeña Kaylin cuando caminara por una pasarela delante de lo que según Tris serían al menos cien personas? La niña era tan tímida que apenas le había hablado. Entonces se imaginó a la pobre Kaylin paralizada al fondo de la pasarela, negándose a dar un solo paso.

En uno u otro sentido, todas las niñas salvo Nell eran unas inadaptadas, la clase de criaturas a las que todos avasallaban y que siempre eran excluidas de las actividades escolares cotidianas.

Mientras se vestía, volvió a sentirse intrigada por lo que Roan podría haber hecho con las niñas. Nell haría todo lo que se le pidiera, pero las demás...

Tardó un rato en tranquilizarse, y finalmente se puso el vestido negro que se había llevado de Nueva York. Iba vestida de negro de la cabeza a los pies, porque no quería llamar la atención. Ese día pertenecía por entero a las niñas. Irguió los hombros y entró en la cocina.

—¡Caray! —exclamó Tris—. Vestida así no va a haber quien mire la ropa de las niñas.

—La idea es pasar desapercibida.

—Imposible —dijo él, besándola, y le puso un plato con huevos y beicon delante.

—Piensas eso porque tú... —Se interrumpió. «Me quieres», era lo que había estado a punto de decir. No pudo terminar la frase, ni la terminaría.

—Sí, así es —dijo Tris en voz baja, y entonces le dijo que comiera mientras él se vestía.

Treinta minutos más tarde estaban en el coche de Tris, él con su esmoquin, Jecca con su vestido de tubo de seda negra y tacones. Había conseguido darle una aceptable ondulación a su pelo corto y moreno, y el maquillaje, aunque sutil, era perfecto.

Tris le cogió la mano, le besó el dorso y le preguntó si estaba preparada.

—Puede que sí —respondió, complacida por sentir cierta energía nerviosa corriendo por su cuerpo.

—Cuidado, Savannah McDowell, Jecca Layton va de camino —dijo Tris, arrancando el coche.

—¡Dabuten! —exclamó Jecca.

Cuando llegaron al lugar de la fiesta, Jecca se quedó impresionada por lo exagerado del escenario. Para empezar estaba la casa. Siguiendo el estilo impuesto por la cercana Williamsburg, la enorme mansión de ladrillo respondía a la idea que algún arquitecto había tenido de lo «colonial».

—¿Te gusta? —preguntó Tris cuando ella se echó hacia adelante para observar la mastodóntica construcción.

—¿Para qué? ¿Como facultad?

Tris no sonrió.

—Como hogar.

—Me crie en un ambiente demasiado proletario para eso —respondió—. Me gusta... —Se interrumpió por segunda vez. En su agitación nerviosa había estado a punto de decir algo de lo que más tarde se podría arrepentir. Había estado a punto de decir que le gustaban las casas viejas junto a un lago. La casa de Tristan. La vieja y agradable casa de Tris donde tres de las puertas del armario de la cocina no cerraban, a los muebles se les salía el relleno, la

pequeña consulta médica parecía sacada de un dibujo de Norman Rockwell y los suelos crujían. La casa de Tristan, donde se despertaba oyendo el canto de los pájaros; donde ella y Tris hacían el amor en la isla de su estanque; donde los patos ya sabían que ella les llevaba comida; donde la casa de muñecas esperaba a que ella la reviviera—. Me gustan los pisos de Nueva York —dijo, al fin. No le pasó desapercibido la expresión de contrariedad que cruzó por la hermosa cara de Tris, y supo que no había sido lo que él deseaba oír. Pero no podía decir la verdad... ni siquiera lo que sentía realmente.

Tris rodeó la parte posterior de la casa, y Jecca vio una zona acordonada para que la gente aparcara. Aunque llegaban con horas de adelanto, los chicos del instituto ya estaban allí, ataviados con unos brillantes chalecos amarillos, preparándose para ayudar a los coches a aparcar.

Lo que a Jecca le llamó la atención fue la enorme estructura levantada en medio de lo que sería una media hectárea de césped. Habían construido una plataforma en forma de T. Era una pasarela tan grande como cualquiera de las de Nueva York o París. Al fondo había una enorme tienda de lona a rayas azules y blancas, y a lo largo de los laterales se alineaban lo que parecían más de cien sillas de madera.

—La fiesta de cumpleaños que se come la tierra —dijo Jecca.

—Eso es exactamente lo que Tyler dice cada año. Solo que él lo dice referido a su cuenta bancaria, no a la tierra. —Aparcó el coche en una zona que había segregada de resto por unos gruesos cordones dorados.

—Pospuse los ensayos y le dije a Savannah que lo haría esta mañana, así que... —dijo Tris.

—Así que se va a lanzar en picado sobre ti y te va a secuestrar, ¿no?

—Más o menos. ¿Estarás bien?

Jecca echó un vistazo por los alrededores y vio la vieja y desvencijada camioneta de Roan unas plazas más allá.

—Lucy y yo nos sumergiremos en trajes y niñas. Eso debería tenernos ocupadas.

—Parece que me han visto —dijo Tris, cuando una mujer alta y ataviada con un caro vestido avanzó a grandes zancadas hacia ellos.

—Deduzco que esa es Savannah. Debería hacer una prueba para *Las reales amas de casa de Edilean*.

—Te desafío a que se lo digas —dijo Tris, saliendo del coche.

Savannah ignoró a Jecca como si no estuviera allí. Cogió del brazo a Tris y se lo llevó, como si le perteneciera.

Jecca se limitó a sacudir la cabeza y empezó a caminar hacia la tienda. Pero Lucy se reunió con ella antes de que entrara.

—Ni a ti ni a mí nos dejarán entrar.

—¿Quién no nos dejará? ¿Savannah? —preguntó Jecca—. ¡En serio! Esto es el colmo. Primero se lleva a Tris, y ahora...

—No, ella no. Livie, Addy y Roan. Dicen que disfrutemos del desfile y que les dejemos el resto a ellos.

—Pero son mis diseños.

—Y yo quien los hizo —añadió Lucy.

Se miraron en silencio un momento, y entonces Jecca dijo:

—Tranquila. Estoy tan nerviosa que sé que no haría más que liarlo todo. Bueno, ¿y qué hacemos para matar estas dos horas?

—Vayamos a explorar la monstruosa casa de Savannah y volvamos a diseñarla mentalmente —propuso Lucy.

—Tienes un lado deliciosamente perverso —dijo Jecca, y se alejaron juntas entre risas.

A las once, hora del comienzo del desfile, Jecca y Lucy estaban en sus asientos. Al principio habían ocupado unos en la última fila —después de todo, no era realmente su fiesta—, pero entonces un joven se acercó para decirles que el doctor Tris tenía unos asientos para ellas al final de la pasarela. Sonriendo, Lucy y Jecca se adelantaron.

Los primeros treinta minutos del desfile fueron como Jecca se los había imaginado. Unas niñas rebosantes de confianza en sí mismas —algunas casi tan guapas como Nell— se pavonearon por la pasarela convencidas de ser unas modelos.

El público expresó educadamente su interés y simpatía con todo tipo de sonidos guturales ante la visión de las niñas y sus vestidos y la sosegada y refinada música, pero no hubo nada que alguien fuera a recordar al día siguiente.

Tris, en su condición de maestro de ceremonias, leía las tarjetas sumisamente, informando de lo que le habían escrito para que dijera. A Jecca

le pareció tan atractivo como una estrella cinematográfica, aunque para su gusto parecía un poquitín apático.

Cada niña tenía tres vestidos para desfilan, y se produjeron algunas demoras, aunque todo discurrió sin incidente.

Cuando la última niña caminaba hacia el final, se produjo cierta conmoción, como si el público estuviera a punto de marcharse, pero entonces ocurrió algo extraño. Alguien hizo sonar la bocina de un coche. Y no fue un simple bocinazo, sino que se echó encima del claxon y lo mantuvo así. Siendo bastante lejano, el sonido no resultaba chirriante, aunque parecía que fuera una señal. Desde los altos árboles y los setos que rodeaban el jardín de varias hectáreas de Savannah un grupo de personas empezó a caminar hacia la pasarela.

Jecca reconoció entre ellas a algunas personas que había conocido en Edilean. Parecía como si la mitad de los habitantes del pequeño pueblo hubiera acudido a ver la segunda parte del desfile.

Los invitados de las sillas volvieron a sentarse cuando los habitantes de Edilean se amontonaron a su alrededor de cinco en cinco y de seis en seis. Jecca vio que Savannah echaba un vistazo desde detrás de las cortinas, y en su rostro había una sonrisa. Era evidente que había estado esperando la aparición de aquellas personas.

—Damas y caballeros —dijo Tris al micrófono con voz grave y sonora—, parece que el desfile acaba de empezar.

La música pasó de la insipidez a un rock descarnado, y allí que apareció Nell. Iba vestida con una chaqueta roja, falda negra, medias y zapatos, y en un lado de la cabeza lucía garbosamente una boina negra.

La voz de Tris sonó alta y clara, y el aburrimiento desapareció.

—Los vestidos del resto del desfile han sido diseñados por la señorita Jecca Layton, confeccionadas por la señora Lucy Cooper y este conjunto es presentado por la señorita Nellonia Aldredge Sandlin. —Leyó la ficha del diseño que le había escrito Jecca, y luego dijo de Nell que algún día sería la médico titular de Edilean. Jecca advirtió que nadie pareció sorprenderse del anuncio.

A continuación apareció la tímida Kaylin, salvo que la pequeña se mostró de todo menos tímida. Llevaba un top de seda rosa hecho a base de hileras de

volantes ligeros y un pantalón corto de color marrón y rosa. Su mochila y el sombrero con una gran ala eran también en rosa y marrón, con un ribete verde lima.

—Estas jovencitas son miembros del Club de las Triunfadoras —estaba diciendo Tris, que pasó a hablar de la pasión de Kaylin por la astronomía—. Su ambición es demostrar que el planeta Plutón sí que existe.

Las niñas salieron de una en una, y de todas Tris hizo cumplido elogio de sus logros. Tal vez aquellas niñas no fueran las más populares del colegio, puede que ni siquiera estuvieran «en la onda», pero ciertamente habían logrado muchas cosas en sus cortas vidas.

Al terminar la primera ronda, para sorpresa de Jecca y Lucy, salió Rebecca luciendo una de las creaciones de Jecca.

Jecca se quedó boquiabierta y miró a Lucy.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

Lucy se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Jecca miró a su izquierda y vio a Roan, que la miraba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Rebecca dice que el mayor logro en su vida hasta el momento —dijo Tris al micrófono— es haber convencido a sus padres para organizar este pase de modelos.

El comentario provocó las carcajadas y los aplausos de todos los presentes, y entonces Rebecca se puso de puntillas, levantó las manos sobre la cabeza y ejecutó una perfecta cabriola de bailarina. Sus años de ballet habían dado sin duda sus frutos.

El ritmo de la música aumentó y salió Davie, el amigo de Nell. Como la niña había dicho, no era un niño atractivo, pero por los aires que se dio por la pasarela, quedó patente que tenía muchísima personalidad. Se paró al final, y, una a una, las niñas volvieron a salir. Se acercaron todas a Davie, que, cogiéndolas por turno de la mano, las guio alrededor del final de la pasarela. Era la personificación de un caballero... hasta que se volvió de nuevo hacia el público y movió sus pobladas cejas. Todo el mundo estalló en carcajadas.

Al final, Rebecca volvió a salir, esta vez luciendo el último de los diseños de Jecca, y cuando pasó por el lado de Davie, este la besó furtivamente en la

mejilla y la siguió de nuevo hacia la cortina.

Jecca pensó que el desfile había tocado a su fin, pero entonces la música atacó un crescendo, Davie se dio la vuelta una vez más y echó a correr. Cuando había recorrido dos terceras partes del camino pegó un salto e hizo una perfecta voltereta hacia atrás. Aterrizó justo al final de la pasarela, echó una rodilla a tierra y tendió la mano en línea recta.

—Les presento —dijo Tristan a voz en cuello— a la señorita Jecca Layton, diseñadora de la preciosa ropa que acaban de ver.

Un adolescente colocó un par de escalones al final del escenario, y le tendió la mano a Jecca para ayudarla a subir los escalones.

Abochornada aunque contenta, Jecca miró a Tris, que le estaba sonriendo. Se volvió para mirar de nuevo a Lucy. La mujer también debía de subir al escenario, pero su silla estaba vacía; Lucy había huido de los focos.

El pequeño Davie se levantó y volvió a mirar hacia las cortinas. La música volvió a cambiar, y todas las niñas salieron una vez más, primero las que habían desfilado con la ropa de confección, y luego las amigas de Nell — las miembros del Club de las Triunfadoras—, todas ataviadas con las creaciones de Jecca.

Esta solo había visto todos los conjuntos en el taller de Lucy, y tuvo que admitir que puestos en las niñas tenían un aspecto estupendo.

Al lado de Jecca, Davie volvió a poner una rodilla en el suelo, y las niñas se fueron colocando en los bordes de la pasarela. Entonces las cortinas se abrieron, y seis musculosos y robustos adolescentes, vestidos con ropa de deporte, aparecieron llevando a Rebecca en una silla.

Nell, que estaba al lado de Jecca, la cogió de la mano. Entre la música, las risas y los aplausos de lo que debían de ser cuatrocientas personas, no se podían oír una a la otra.

—¿Esto es cosa tuya? —dijo Jecca, moviendo los labios sin emitir sonido. La forma en que la niña encogió los hombros le indicó que sí.

Apretó la mano de Nell y dejó que su mirada expresara lo orgullosa que se sentía de ella. Al final, a Nell se le había ocurrido un numerito de «roba planos» que convirtió a Rebecca en la estrella. Nell había estado por encima de pecados pretéritos.

Los chicos depositaron a Rebecca en el centro del escenario, y Savannah

apareció por el fondo transportando una tarta de cumpleaños de color rosa y morado con nueve velas. Rebecca las sopló de la forma más ostentosa jamás vista.

Entonces echó a nadar hasta el final de la pasarela con los brazos en alto y se paró delante de Davie. El resto de las niñas giraron en redondo en un movimiento bien ensayado y empezaron a desfilan hacia el fondo.

Jecca no tenía muy claro qué tenía que hacer, pero siguió a Nell hasta allí, donde se paró justo detrás de la cortina. Quería ver qué iba a suceder a continuación.

Davie cogió del brazo a Rebecca y la condujo de nuevo hacia la cortina, donde, arrancando un atronador aplauso de la audiencia, que ya estaba de pie, los dos niños hicieron una reverencia. Davie se escabulló detrás de la cortina, Rebecca hizo otra reverencia, y entonces también desapareció por el fondo.

Jecca se quedó junto a la cortina. Dentro reinaba el caos, con una docena de niñas que se reían como tontas y hablaban todas a la vez. Le alegró que ninguna pareciera tener prisa por quitarse la ropa que había diseñado.

—Esto es obra tuya —dijo Tris, echándole el brazo por el hombro y besándola en la sien.

—Yo no tuve nada que ver con el espectáculo. Solo hice unos cuantos dibujos. Todo el trabajo lo hicieron los demás.

—Es una manera de verlo —replicó él—. Pero tengo que darte las gracias por haber averiguado lo de Nell y arreglar el problema. Ay, no. Ahí viene Savannah. Tendrá una docena de cosas que hacer para mí.

Pero Savannah no le estaba mirando. Solo tenía ojos para Jecca, y estaba extendiendo los brazos hacia ella.

—Gracias —dijo Savannah cuando le apretó las manos a Jecca—. Tenía esperanza de que fuera un buen desfile, pero... —Agitó las manos—. Esto... Ni siquiera sé cómo describirlo. Despediré a ese hombrecillo al que contraté para planificar la fiesta. ¿Se te ocurrirá otro espectáculo para el año que viene? ¿Algo diferente?

—Yo no... —empezó a decir Jecca.

—Savannah —dijo Tris—. Jecca diseñó la ropa. Si quieres un organizador de fiestas, contrata a Roan. —Miró a Jecca—. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

Capítulo 19

CUANDO se despertó al lado de Tristan, pensó que era excelsamente feliz. Así era como se sentía... y eso la llenó de zozobra.

Como siempre, estaban enredados el uno con el otro, hasta el punto de que era difícil decir dónde empezaba una persona y terminaba la otra. Tenía el brazo de Tris bajo el cuello, y tras besarlo, se lo bajó un poco. Tristan respondió en sueños apretándole la pierna con la suya.

Habían pasado dos semanas desde el desfile de modas y por fin había tenido tiempo de terminar las pinturas para Kim. La noche anterior había cenado en casa de su amiga, y se las había entregado.

Las seis primeras acuarelas, las que iban con las joyas cuyas fotos le había enviado Kim, eran de las orquídeas salvajes de Tris. Había hecho una composición en la que las joyas se destacaban sobre los colores crema de las exóticas flores.

Con toda la sutileza de la que fue capaz, había dibujado a Tris o a Nell en el fondo de sus pinturas. Los mostraba más como sombras que como personas de carne y hueso, solo ligeramente insinuados a lo lejos.

Las segundas seis eran todo lo contrario. Tanto Tris como Nell estaban en primer plano, mientras que las joyas surgían, imprecisas, al fondo.

Jecca había estado observando atentamente la expresión de Kim mientras su amiga miraba la segunda tanda de pinturas. Eran las que tenían que inspirar a Kim para diseñar unas joyas a juego con ellas. ¿Pero qué podría hacer con un hombre o una niña? ¿Uno de aquellos horribles anillos rosáceos, como los de hombre, que a la mayoría de las mujeres no les gustaba lucir?

Kim se había cuidado de no dejar traslucir ninguna emoción mientras miraba los dibujos, y a Jecca se le cayó el alma a los pies.

Kim se había levantado de la mesa, y tras coger una carpeta de piel se la había entregado a Jecca.

—Anda —dijo—, mira dentro.

Jecca desató las cuerdas lentamente. Casi había tenido miedo de lo que iba a ver. ¿Se había cansado Kim de esperar a que terminara sus pinturas y había contratado a alguien más para que las hiciera? De ser así, Jecca lo habría entendido.

Sacó un dibujo. Kim jamás se había interesado en las clases de dos dimensiones a las que había tenido que asistir en la facultad para obtener los créditos requeridos. Al igual que Sophie, a Kim le interesaba el arte en tres dimensiones, concretamente la joyería. El dibujo era un boceto aproximado, aunque Jecca reconoció lo que representaba: una pulsera preciosa.

Lo que tenía de insólito era que los dijes estaban relacionados con la historia del siglo dieciocho de Edilean, e incluso con El ropero de Nell.

—¿Qué es...? —había preguntado Jecca, con los ojos como platos—. ¿Cómo...? —Empezó a revisar los demás dibujos. Había más dijes, que podían colocarse en collares, pulseras, ajorcas y pasadores de pelo.

—Tu pase de modelos me sirvió de inspiración —dijo Kim.

—Ni siquiera te he preguntado si lo habías visto —dijo Jecca—. Oh, Kim, soy tan mala...

—¡No lo digas! —le conminó su amiga—. Tu creatividad, tu entusiasmo, toda tú has encendido un fuego debajo de este pueblo.

—No me lo puedo creer —dijo Jecca—. Solo pretendía ayudar a Nell.

—Y paraste a una déspota.

—¿Te refieres a Savannah? —preguntó Jecca, sonriendo.

—Sí, claro. Sus fiestas exclusivas han provocado muchas lágrimas aquí. ¿Sabes qué está haciendo ahora?

—No me lo imagino.

—Está intentando que Rebecca sea admitida en el Club de las Triunfadoras.

Jecca abrió los ojos de par en par.

—Pero si eso se lo inventó Tristan. O Roan. No existía antes del desfile.

—Ya lo sé —dijo Kim—, pero nadie del pueblo se lo va a contar. De hecho, me he enterado de que la madre de la tímida Kaylin le dijo a Savannah que su hija hacía tres años que era miembro del club.

Jecca se echó a reír.

—¿Y qué es lo que está haciendo Savannah para conseguir que admitan a su hija en el club?

—Ha contratado a un orientador universitario.

—¡Pero si Rebecca tiene nueve años!

—Y no para de defenderse de su madre a cada paso.

Ambas se habían echado a reír. Kim les había servido más vino a la dos mientras Jecca miraba los demás dibujos. Kim no solo había adivinado con exactitud que sus pinturas no solo versarían sobre una niña, sino que también lo harían sobre Tristan. Sus últimos tres diseños eran de tres collares sencillos; lo que los hacía extraordinarios eran las piedras de colores de diferentes tamaños.

—¿Te parece que el rostro de Tristan puede vender estas? —preguntó Kim.

—A mí me lo vendería todo —confesó Jecca. Y como Kim guardara silencio, miró a su amiga—. De acuerdo —dijo—, suéltalo.

—No es asunto mío —replicó Kim—. Quiero a Tristan desde el día que nací. Son incontables las veces que me ha llevado a caballito. Le he cubierto de flores. A cualquier sitio del mundo que vaya, busco los encurtidos más raros para traérselos. Es un gran tipo lo miro como lo miro.

—Bueno, ¿y cuál es el problema?

—¿Qué vas a hacer ahora que has terminado estos dibujos?

Jecca sabía adónde quería ir a parar su amiga, pero no quería admitirlo.

—Voy a hacer lo que vine a hacer a este pueblo. Pintaré algo que espero exhibir y vender en Nueva York. Igual que tú vendes tus joyas.

—Vale —dijo Kim—, si quieres ignorar lo que está pasando entre tú y Tristan, tienes todo el derecho.

Pues claro que quería ignorarlo. No quería pensar en lo mucho que disfrutaba estando con él. El lunes siguiente al pase de modelos, Tris había vuelto al trabajo. Él y Reede habían confeccionado un horario por el cual Tris atendería las visitas de la mañana y Reede se ocuparía de las de la tarde. Pero

había sido un acuerdo difícil de alcanzar. Reede había señalado que no había ninguna verdadera razón para que su primo no se encargara de todo... aparte del hecho de querer estar con Jecca.

Cuando Tris había vuelto de ver a Reede el domingo por la noche, fue la primera vez que le había visto enfadado. Su habitual carácter desenfadado había desaparecido, dejando paso al malhumor. Había querido que hablara con ella, pero como había sospechado que haría, le dijo que todo iba bien y se negó a hablar del asunto.

Al principio Jecca no dijo nada, comportándose como si realmente a Tris no le pasara nada, pero su enfado no parecía más que aumentar. Jecca sabía que tenía que sacarlo todo fuera, pero no sabía cómo accionar la válvula de escape.

Después de hora y media de estar observando cómo se encerraba cada vez más en sí mismo, decidió correr el riesgo. Se puso de lado de Reede. Así que como quien no quiso la cosa, le dijo que Reede tenía razón, que Edilean no era asunto suyo y que Tristan le había apartado de las importantes tareas que le reclamaban por el mundo adelante para hacer recetas de somníferos.

Tristan la había mirado boquiabierto.

—Si es así como lo ves —había dicho.

—¿Y de qué otra manera se podría ver? —le había preguntado con toda la inocencia que fue capaz de fingir.

Él no había dicho nada; solo se levantó y se metió en el dormitorio.

Jecca había suspirado; su experimento parecía haber fracasado. ¿Y cómo iba a conseguir ahora que Tristan le hablara?

Un segundo más tarde, él había vuelto al salón, y su ceño había sido sustituido por una expresión de cólera en toda regla.

—¿Por qué son más importantes las enfermedades de la gente de otros países que el cáncer del marido de la señora Norton? Llevan casados sesenta años. ¿Cómo se las va a arreglar sin él? La señora Norton es tía abuela de Reede, y en 1953 se lanzó a un estanque helado para sacar al pequeño Arnold Aldredge de seis años (el padre de Reede) de debajo del hielo. Si no hubiera tenido el valor de hacer aquello, Reede no habría nacido. ¿Qué problema hay con que nuestro querido Reede se quede en Edilean durante el resto del verano para ayudar a las personas que le quieren? —Tristan la había mirado con

furia.

—Estoy de acuerdo —había respondido ella en voz baja.

—Pero si acabas de decir... —su voz se fue apagando. Cuando por fin se dio cuenta de lo que ella había pretendido, se sentó a su lado en el sofá y la atrajo para que le pusiera la cabeza en el hombro.

—Odio las peleas —dijo.

—Lo sé —dijo ella—. Me lo imaginé. Cuéntame qué pasó.

Tristan había tardado unos segundos antes de empezar a hablar sobre la discusión que había mantenido con Reede.

—La verdad es...

—Deja que adivine —dijo Jecca—. Laura Chawnley está en el origen de todo.

—Exacto. —Tristan suspiró—. Reede no admitirá su temor a verla de nuevo. Lo encubre todo con esa palabrería suya sobre salvar al mundo y con que le traje aquí con falsas excusas. Esgrime todo lo que se le ocurre para dejar de ayudar en la consulta. Quiere marcharse de Edilean lo antes posible, antes de que se tropiece accidentalmente con Laura en alguna calle.

Jecca había escuchado, y por la mañana llamó a Kim.

—Tenemos que arreglar lo de Reede —le dijo.

Kim había sabido inmediatamente a qué se refería.

—No podría estar más de acuerdo —había dicho, y entre las dos trazaron un plan.

Esa tarde Jecca y Kim invitaron a Reede a comer al pequeño bar donde Tris le había dejado un libro a hurtadillas a Jecca. Las dos jóvenes bromearon y se rieron con Reede, halagándole tanto que el hombre empezó a hablar largo y tendido sobre lo que había hecho en su vida y lo que quería hacer.

A la una y media, como hacía todos los martes, una mujer entró con sus tres niños pequeños. Era la primera vez que Jecca veía a la mujer que le había roto el corazón a Reede siete años antes. Laura era una mujer guapa, aunque no de las que uno miraría dos veces. En las últimas semanas, Jecca había empezado a pensar que probablemente Laura conocía a Reede mucho mejor de lo que se conocía él a sí mismo. Era muy posible que le hubiera hecho un favor a Reede. Por su paciencia a la hora de tratar a sus revoltosos hijos, parecía estar haciendo lo que deseaba hacer. ¿Se había dado cuenta que bajo

la apariencia de pueblerino de Reede anidaba una naturaleza inquieta? ¿Se había alejado de él antes de que la verdadera naturaleza de Reede aflorara y empezara a tratar de convencerla de que lo acompañara en su vida de trotamundos?

Cuando Laura vio a Reede, tenía un bebé en la cadera, otro agarrado a la pierna y un tercero que trataba de trepar a la ventana. La mujer se quedó paralizada, con la taza en la mano, y lo miró de hito en hito.

Reede, que estaba en pleno relato de una de sus aventuras en el Amazonas, levantó la vista hacia ella pero no dejó de hablar.

—Fue la cosa más asquerosa que he probado en mi vida —estaba diciendo—, pero si no la hubiera bebido habría ofendido al hombre, así que contuve la respiración y... —Entonces se interrumpió, levantó la vista hacia Laura y la reconoció.

Jecca y Kim observaron su cara para ver cómo reaccionaba. Extrañamente, parecía confuso.

—Reede —había dicho Laura—, ¿qué tal estás?

—Muy bien —respondió él—. ¿Y tú?

La mujer sonrió.

—Agotada, pero... feliz. Me enteré que estabas ayudando al doctor Tris en su consulta durante el verano.

Jecca y Kim contuvieron la respiración mientras esperaban la respuesta de Reede. Justo la noche anterior este le había dicho a Tristan que no se iba a quedar en el pueblo, que no iba a seguir ayudando en la consulta.

Reede se recostó en la silla, y dio la sensación de ser un hombre profundamente aliviado. Le dedicó una sonrisa a Laura que podría haber derretido a cualquier mujer.

—A tiempo parcial solo —dijo—. El amigo Tris me quitó a Jecca, aquí presente, y quiere estar con ella, así que me toca sustituirle. ¿Por qué no traes a tus hijos para que les haga un reconocimiento? Invita la casa. Por los viejos tiempos.

—Sí —dijo Laura—. Lo haré. ¿Te veré el domingo en la iglesia?

—En la tercera fila, como siempre.

Laura le sonrió de nuevo, llamó a su hijo, y se fueron todos del bar.

Reede mantuvo la mirada fija al frente mientras terminaba su café.

—¿Habéis conseguido lo que queríais, entrometidas? —les preguntó, sin mirar a ninguna de las dos.

—Creo que sí —dijo Kim alegremente—. ¿Y tú, Jecca?

—Justo lo que esperaba.

Ambas se sonrieron orgullosamente.

—Líbrame de las aldeas —masculló Reede mientras dejaba el dinero en la mesa—. ¿Hemos terminado aquí?

Jecca miró su reloj.

—Tris está esperando a que le sustituyas a la una y media. Vamos a ir los dos a la Punta. —Cuando Reede la miró con sarcasmo, enrojeció—. A pintar —añadió.

—Y voy yo y me lo creo.

Los tres se levantaron, y Reede les echó un brazo por el hombro a cada una.

—Os habéis inmiscuido en algo que no era asunto vuestro. —Guardó silencio—. Pero, gracias. —Les dio un beso en la mejilla y bajó los brazos—. Ahora, largaos y dejadme en paz. Se acabó el arreglar me la vida.

—Hasta la próxima vez que necesites un arreglo —dijo Kim, saliendo por la puerta a toda prisa detrás de Jecca.

Desde el pase de modelos, las dos habían pasado mucho tiempo en mutua compañía. Habían cenado juntas dos veces, y Jecca le había contado a su amiga toda la historia que se escondía tras el desfile, mientras que Kim le había hablado de las esperanzas que tenía depositadas en sus joyas. Y el buen recibimiento que Kim le había brindado a la pintura había estrechado aún más los lazos que las unían... aunque las preguntas de Kim sobre Tristan habían inquietado a Jecca.

En ese momento miró a Tristan.

—¿Qué hago? —dijo en voz alta, y Tristan, cuyo hermoso cuerpo rodeaba el suyo, se volvió de costado.

—¿Sobre qué? —preguntó él con la ronquera del sueño. La atrajo hacia él y le acarició el cuello con el morro.

—Anoche Kim me preguntó qué es lo que iba a hacer, ahora que el pase de modelos ha concluido y he terminado las pinturas para la publicidad.

—Podíamos ir a pasar unos días a la cabaña de Roan y...

—Tú tienes que trabajar.

Tris la estaba besando en el cuello, bajándole la mano por el cuerpo. Jecca sabía muy bien cuáles eran las intenciones de Tris.

—Hoy no tengo que trabajar —dijo él—. Reede se queda a cargo.

—¿Por qué?

—Porque tengo una sorpresa que darte, por eso.

La sorpresa la hizo recelar un poco. No habían hablado de su marcha ni de su trabajo de Nueva York desde el desfile de modelos.

—¿Qué clase de sorpresa?

Él le besó la nariz.

—Nada siniestro, te lo aseguro. —Tris vio que Jecca no estaba para juegos. Se dio la vuelta para tumbarse de espaldas—. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Lo perfecta que se ha vuelto mi vida. Y eso es algo que siempre me pone nerviosa. Un domingo por la tarde que estaba en casa me puse a pensar en lo perfecta que era mi vida, en el hecho de tener a papá y a mi hermano Bulldog, el que fuera a ir a estudiar Bellas Artes a la universidad y convertirme en una pintora famosa. No había la menor pega. Al viernes siguiente, Joey nos presentó a Sheila y nos dijo que le había pedido que se casara con él. Papá y yo no habíamos oído hablar de ella hasta ese momento.

Tristan la miró con incredulidad.

—¿Y la felicidad siempre te hace sentir así?

—Esta clase de felicidad es aterradora. —Le puso la mano en la cara—. Tú y yo tenemos que hablar seriamente sobre el futuro.

Tristan se levantó de la cama.

—Hoy no, y sin duda no esta mañana. Puede que después de que veas lo que tengo que enseñarte... —Tuvo un momento de vacilación—. Puede que después de hoy las cosas sean diferentes. —Se inclinó y le dio un beso rápido—. Voy a ducharme. Ponte unos vaqueros y un calzado resistente.

Ella lo vio meterse en el baño; sus palabras habían aliviado un poco su aprensión. Si la sorpresa de Tristan requería unas botas de senderismo, eso significaba que era algo relacionado con Edilean. Soltó el aire, y cayó en la cuenta de que le había inquietado un poco que le fuera a ofrecer un anillo.

Se preguntó cómo reaccionaría si Tris hiciera tal cosa. Nunca había

conocido a un hombre que le gustara más ni con quien fuera más fácil llevarse bien. Hasta había pasado lo que Sophie llamaba la «prueba del tedio». Su amiga decía que era fácil que los hombres resultaran agradables cuando todo era apasionante. Pero cuando no sucedía nada y estabais solo los dos... Esa era la verdadera prueba.

Sophie acostumbraba decir: «Cuando todo es ultra aburrido. No solo un momento de calma en medio del día, sino tanto aburrimento que deseas pegarte un tiro en el pie solo para animar las cosas.» Su sentido del humor tejana siempre las hacía reír, pero lo que decía tenía su lógica. Después de aquello, cada vez que se habían echado un nuevo ligue, las chicas procuraban establecer un día para poder realizar la «prueba del tedio».

Tristan las había aprobado todas. Si Jecca quería estar tranquila y pintar, Tris estaba feliz de que así fuera. A cambio, a ella le encantaba llevar un viejo sillón de mimbre al pequeño invernadero mientras Tris mataba el rato por allí.

—Ahora ves a mi verdadero yo —le decía mientras sostenía una de sus orquídeas moradas—. Nada de globos aerostáticos ni comidas de seis platos. Solo a mí y a un puñado de plantas que necesitan muchísimos cuidados.

—Te mereces un descanso por salvar vidas durante toda la semana.

—Mi trabajo no es ni con mucho tan dramático. Hoy tuve dos faringitis, un... y cito...: «un lunar de aspecto sospechoso», y dos astillas. Sin embargo, una estaba en una zona bastante delicada de un hombre recién casado. Les sugerí que o bien lijaba el banco de trabajo de su padre o de lo contrario que utilizaran la cama. Él y su flamante esposa no se pueden permitir tener una casa, así que siguen viviendo en la de los padres y tienen que hacerlo a salto de mata.

Jecca se había echado a reír. No había nada aburrido en Tristan Aldredge, nada que a ella no le gustara, excepto el pueblo donde vivía. Pero, en realidad, eso no era cierto. En un par de ocasiones, él le había dicho que «encajaba» en Edilean... y tenía que admitir que era verdad.

Desde el pase de modelos, Jecca se había convertido en parte del pequeño pueblo. En ese momento estaba considerada la defensora de las niñas que no eran animadoras, de las tímidas o de las inadaptadas por la razón que fuera. Apenas podía caminar por la calle sin que una madre la parara y le preguntara por el Club de las Triunfadoras.

Un día, mientras comían, Kim había empezado a reírse.

—¿A qué viene eso? —le había preguntado.

—¿Te has dado cuenta de que has dibujado tres conjuntos para niñas en el tiempo que llevamos sentadas aquí?

Jecca se había sorprendido. Las niñas la habían visto por la cristalera y habían entrado, y ella ya sabía lo que querían antes de que se lo pidieran. Había mirado a las niñas una a una, y sabido inmediatamente lo que debían llevar. También les aconsejó sobre el pelo.

—Dile a la peluquera que te lo oscurezca y te tiña las cejas y las pestañas —le había dicho a una niña de catorce años con el pelo rubio platino, casi blanco.

Al oír las palabras de Kim se dio cuenta de que se estaba dejando apoderar por las necesidades de Edilean, y puso cara de pocos amigos. Pensarlo hizo que se concentrara en las pinturas que tenía que hacer para Kim.

Ya las había terminado, y sabía que era el momento de hablar con Tristan de algunos asuntos muy serios. Lamentó que le hubiera salido con el cuento aquel de la sorpresa, pero ella no podía hacer nada para evitarlo; así que no tendría más remedio que esperar a después para hablar con él.

Tris salió de la ducha, y ella se duchó y se vistió. Después de un desayuno rápido, subieron al coche de Tris, que se dirigió a la carretera que llevaba a Williamsburg. Estacionó en un aparcamiento que estaba infestado de malas hierbas. Jecca miró por el parabrisas y contempló el viejo y enorme edificio de ladrillo que tenían delante sin tener ni idea de lo que estaba pasando.

—¿Qué te parece? —preguntó él con voz expectante.

Del edificio, que se extendía a lo largo del aparcamiento, quedaba poco más que el esqueleto.

—Techo, muros, cimientos —dijo Jecca—. Lo necesita todo. —Le estaba mirando con curiosidad. ¿Qué le pasaba por la cabeza y qué tenía que ver aquel lugar con ella?

Le vio salir del coche y rodearlo para abrirle la puerta.

—Le compré este lugar a Roan —dijo él.

—¿Vas a ampliar la consulta? ¿Piensas abrir una gran clínica?

—Nada de eso —respondió con una sonrisa, extendiendo la mano para ayudarla a salir—. Entra y échale un vistazo. Dime lo que hay que hacer para

dejarlo en condiciones de uso.

Jecca le siguió, aunque con cara de pocos amigos. Tenía el mal pálpito de que aquel edificio era importante, y de que iba a cambiar las cosas.

Lo siguió dentro cogida de su mano, pasando por encima de los escombros. Tris le explicó que hacía muchos años había sido una fábrica de ladrillos, pero que la familia McTern la había reducido de tamaño, y que los grandes fabricantes se habían apoderado del sector. Los pequeños negocios como Ladrillos McTern se habían quedado fuera.

—Así que el edificio ha permanecido vacío durante mucho tiempo —concluyó Tristan.

La estaba mirando como si le estuviera dando el mayor regalo imaginable, salvo que ella no tenía ni idea de en qué consistía.

Atravesaron una gran sala de techos altos, y cruzaron una puerta para ver tres pequeñas habitaciones contiguas.

—Pensé que estas podrían ser las oficinas —dijo Tris.

—Si pregunto «¿oficinas para qué?», ¿obtendré alguna respuesta?

Tristan se limitó a sonreír mientras le tiraba de la mano y la conducía de nuevo hacia la parte delantera. Había un pasillo con un par de viejas puertas que apenas se mantenían en sus goznes.

—Los baños —dijo él, y entonces aceleró el paso.

Atravesaron a toda prisa una habitación larga y estrecha que solo conservaba parte del techo. Los pájaros volaban en lo alto. Cruzaron una puerta abierta y salieron a una sala grande y espaciosa. Los viejos muros eran altos, y a lo largo de la pared del fondo había unas ventanas con los cristales rotos y se abría una puerta que daba al exterior. Apoyada en la pared más alejada había un gran trozo de lona que cubría algo.

Jecca se paró en medio de la sala y miró a Tristan.

—¿Qué te parece? —le volvió a preguntar, y sus hermosos ojos se animaron con lo que solo podría describirse como esperanza.

—¿El qué, Tristan? —preguntó ella sin disimular su exasperación.

—Para estudio de arte —respondió—. No sé mucho al respecto, pero esas ventanas dan al norte. Esa es la mejor luz para los artistas, ¿verdad?

—¿Compraste este edificio para que tuviera un lugar donde pintar? —preguntó ella en voz baja.

—Bueno —dijo—, en realidad, no.

Jecca respiró aliviada.

—Cuando le envié a tu padre el plano de la planta fue él quien sugirió que esta sala fuera para ti.

—¿A mi padre? —dijo Jecca, y entonces tuvo la sensación verdaderamente terrible de que quizá, solo quizás, estuviera empezando a comprender—. ¿Tú y mi padre habéis actuado conjuntamente? ¿Sin mi conocimiento?

—Jecca —dijo él—, estás haciendo que parezca que he conspirado con tu padre. Fue algo que sucedió sin más.

—¿Algo que sucedió y que me planificó el futuro? ¿En donde voy a pintar? —preguntó sin perder la calma.

—No —respondió él—. Al menos no fue así. ¿Te acuerdas cuando estábamos en Williamsburg comprando la tela para los vestidos de Nell?

Jecca no respondió; se limitó a pararse allí, mirándole.

—Me pediste que le enviara una foto a tu padre, y eso hice, y de paso me presenté. —Apartó la mirada. Pensó que sería mejor que no le revelara lo que le había escrito exactamente a Joe Layton, ni la respuesta de este. La volvió a mirar—. Jecca, cariño, es solo de esas cosas que pasan, nada más.

—¿Y qué es lo que pasó? —preguntó ella con los dientes apretados.

—El comprar el edificio y hacer planes con tu padre —respondió cuando se dirigió hacia la gran lona—. He esperado a que llegara esto antes de contártelo. Esta es la sorpresa. —Y con un gesto ostentoso, retiró la lona.

Apoyado en la pared había un gran cartel metálico pintado. Era verde oscuro, con las letras en amarillo, y era una nueva versión de uno que Jecca se había pasado viendo toda su vida. Rezaba así: FERRETERÍA LAYTON, escrito sin interrupción, en las mismas letras de imprenta que su bisabuelo había escogido en 1918.

Jecca no movió un músculo de la cara mientras miraba a Tristan.

—Tu padre va a traspasarle la tienda de Nueva Jersey a su hijo y abrir un local en Edilean. Sabe que no ganará el dinero que gana con la otra tienda, pero tiene mucho ahorrado. Tu padre es un buen administrador. Y además, lo único que quiere es estar cerca de ti. Te extraña mucho, Jec, y como bien dijiste, eres lo único que tiene. ¿Cómo es ese antiguo refrán? «Un hijo es un

hijo hasta que se casa, pero una hija es una hija toda su vida.» Eso no nos deja en buen lugar a los hombres, ¿verdad? Jecca, por favor, di algo.

Jecca tomó aire.

—Tú y mi padre organizasteis esto mientras me dedicaba a confeccionar la ropa para el desfile, ¿no es así? Era esto lo que has estado manteniendo en tantísimo secreto, lo que estuviste haciendo con tu primo Rams, el abogado. El diminutivo de Ramsey. ¿No era eso lo que me contestabas cada vez que te preguntaba qué era lo que estabas haciendo?

—Jecca —dijo, acercándose a ella—. Creí que las cosas habían cambiado entre nosotros. Me pareció que te empezaba a gustar Edilean. Tu padre...

—Es igual de manipulador y controlador que tú —dijo ella tratando de mantener la mayor calma posible, y entonces se volvió y regresó por donde habían venido.

Él la alcanzó en el largo pasillo.

—Jecca, no tienes que hacer esto. Fue idea de tu padre destinarte la sala al final de la ferretería. Me dijo que siempre quisiste tener un estudio propio.

Se volvió hacia él.

—Escuchas tanto como mi padre. —Lo dijo sin levantar la voz; estaba demasiado furiosa para eso.

—Lo olvidaremos —dijo él—. Nada de estudios al lado de la tienda. Haremos...

—No —dijo Jecca en voz baja—, no vamos a hacer nada en absoluto.

—Jecca... —empezó a decir Tris, poniéndole la mano en el brazo, pero ella se soltó con un tirón.

—¿Es que crees que porque tengas tanto prestigio en este pequeño pueblo, que porque seas médico, etcétera, de verdad crees que tienes derecho a engatusarme para que haga lo que a ti te dé la gana? ¿Que puedes comprarnos un edificio a mi padre y a mí y que por eso haré cualquier cosa que hayas planeado para mi vida? —Respiró hondo—. Te dije que aquí no había ningún trabajo para mí, pero parece que no me escuchaste.

Tristan se le acercó más.

—Jecca, lo único que puedo decir en mi defensa es que te amo, que te quiero, que amo a la mujer que eres. Adoro lo divertida y creativa que eres, y que seas capaz de montar una motosierra. Adoro que averiguaras que Nell

estaba siendo torturada por un puñado de mocosas envidiosas y que lo solucionarás. No dijiste una palabras sobre el problema, pero viste una solución y la pusiste en práctica. Y todo por una niña a la que apenas conocías. Nunca he conocido a nadie como tú. Y no creo que haya nadie igual que tú en la tierra. Te adoro y quiero que te quedes aquí conmigo. ¿Es eso tan malo?

—Que lo hicieras todo a mis espaldas sí lo es —respondió, pero entonces se ablandó—. Tristan, yo también te quiero. Lo sé. Lo siento, pero hay más cosas en la vida que el romanticismo. ¿Qué sucederá después de que te eche los brazos al cuello y te declare mi amor?

No esperó a que le respondiera.

—Durante semanas, puede que meses, incluso un año, flotaré por ahí en una nube de ensueño. Tendremos una gran boda e invitaremos a tus centenares de parientes. Pasaremos una luna de miel espectacular. ¿Y luego qué? ¿Pariré un par de hijos? ¿Haré un curso de cocina para tenerte la cena en la mesa todas las noches cuando vuelvas a casa?

Echó un poco el freno.

—¿No entiendes que pronto ya no sería yo? ¿Que lo que te gusta de mí moriría de inanición?

—Eso mismo es lo que me dijo Kim —admitió él—. Que quedarte aquí sin hacer nada te mataría espiritualmente.

—Es como lo que dijiste tú. Me dijiste que a veces es la profesión la que elige a la persona. Nell es una persona creativa. Le encanta hacer cosas, pero dijiste que va a ser médico, que la profesión la escogió. Y lo dices sin darle importancia, como si fuera un hecho.

Jecca respiró varias veces y se tranquilizó.

—¿Y si después de pasarte la infancia mordisqueando un estetoscopio una mujer te dijera: «Te quiero. Renuncia a la medicina y vive para mí.»?

Tristan retrocedió un paso, y Jecca se dio cuenta de que por primera vez la había escuchado realmente, de verdad, que no solo estaba escuchando las palabras para luego hacer caso omiso como si no significaran nada.

—¿Serías capaz de renunciar a ser médico? —le preguntó en un susurro—. ¿De aceptar otro empleo para hacer otra cosa?

—No —admitió él, y Jecca vio que por fin había entendido.

De lo que Jecca se estaba dando cuenta fue de que aquello era el final, que después de ese día ella y Tristan dejarían de ser pareja; de que ya no habría más arrumacos nocturnos ni más sexo a la luz de la luna; de que no volvería a ver a Nell ni a Lucy ni a la señora Wingate, y de que nunca vería la joyería de Kim porque no sería capaz de regresar a Edilean y ver de nuevo a Tristan.

—Tengo que marcharme —dijo ella. El corazón le latía con fuerza en la garganta—. Me tengo que ir ya. Sola. Tengo que alejarme. —Lo dijo con voz apremiante, dejando bien a las claras lo cerca que estaba de sufrir un ataque de pánico.

Tendió la mano a Tris, que no dijo nada cuando le depositó las llaves del coche en la palma, y se dirigió a toda prisa hacia el coche. Se alegró de que la casa de la señora Wingate no estuviera lejos, y se alegró de que no hubiera nadie en casa cuando llegó.

Sin pensar en lo que estaba haciendo, metió sin más miramientos la ropa y los objetos de aseo en una bolsa. Tardó solo unos minutos en reunir todas las acuarelas, las introdujo en la caja que le había hecho su padre (sin perder el tiempo en pensar que él también la había traicionado), cogió sus llaves, se metió en el coche y se dirigió al norte. Sabía que si tenía un momento de vacilación volvería corriendo a Tristan y se arrojaría a sus brazos. ¿Cómo podía abandonar a un hombre al que amaba tantísimo?

Pero conocía la respuesta; se marchaba precisamente porque lo amaba. Todo lo que había dicho era cierto. Si se casaba con él ahora —que sabía que era lo que Tris quería— le haría el hombre más infeliz de la tierra. El amor que se profesaban acabaría hecho añicos por el deseo de Jecca —por su necesidad— de crear.

Cuando entró en la I-95 estaba reprimiendo el impulso de regresar. Pero no lo hizo. Tristan se merecía algo mejor que una mujer que no fuera interiormente feliz.

Cuando llegó a Nueva York era tarde, y fue directamente a la galería de Andrea; todavía tenía el piso subarrendado al primo de Sheila, así que no podía ir allí. Podría haber ido a un hotel, pero no quiso.

Estaba tan agotada que le costó acordarse del código de la alarma, aunque al final logró desconectarla y volver a conectarla. Abrió la cremallera de la maleta lo suficiente para sacar una chaqueta, se envolvió en ella y se estiró en

el duro banco que había en medio de la galería. Hizo una pelota con una blusa para utilizarla de almohada.

«Mañana», pensó cuando empezaba a quedarse dormida; al día siguiente resolvería qué hacer. Y quizás al día siguiente, Tristan... No, no podía pensar en eso.

Se sumió en un sueño intranquilo, y no se despertó hasta que la alarma antirrobo saltó y luego se apagó rápidamente.

—¡Jecca! —dijo una voz tranquila y solemne—. Esperaba que fueras tú. La empresa de seguridad me avisó de que anoche había habido actividad.

Le costó salir de su profundo sueño, pero la voz era de una persona que no podía ignorar. Levantó la vista y vio a Garrick Preston —el padre de Andrea— que la miraba fijamente desde las alturas. Y puesto que el hombre medía un metro noventa y tres, las tales alturas no eran pocas. Detrás de él estaba su secretario, un joven alto y guapo que cambiaba cada año, y su guardaespaldas, un joven adiestrado en diversas formas de combate.

—Lo siento —dijo Jecca, esforzándose en ponerse de pie. El largo viaje y la dureza del banco, combinados con el trauma emocional, le habían pasado factura a su cuerpo.

El señor Preston seguía mirándola de hito en hito. Andrea decía que por lo que ella sabía, su padre no había sonreído en toda su vida. Se acababa de divorciar de su cuarta esposa, y su hija decía que ya andaba buscando una más joven.

—Los ojos rojos. Y durmiendo en un banco —dijo el señor Preston—. ¿Ruptura con el novio?

—Sí —admitió Jecca, que sintió que las lágrimas le anegaban los ojos. Todavía no era totalmente consciente de lo que había ocurrido en su vida, ni capaz de convencerse de que Tristan no fuera a entrar por la puerta.

El señor Preston vio las lágrimas no derramadas y se apartó.

—¿Qué tal un poco de trabajo para apartar la cabeza de los problemas?

—Me gustaría —reconoció ella.

—Mi hija ha decidido que quiere que le compre una casa en... —Echó un vistazo a su secretario.

—Tuscany —dijo este.

—Eso —corroboró el señor Preston—. Andrea vio una película o leyó un

libro o lo que fuera. Así que ella y ese tipo con el que se casó van a quedarse allí. Puedo vender esta galería o la puedes dirigir tú, Jecca. ¿Qué quieres hacer?

—Dirigirla —respondió, aunque sin mucha convicción.

El señor Preston se volvió para mirarla.

—¿Has pintado algo mientras estabas en... dondequiera que estuvieras? — Hizo un gesto con la cabeza hacia la caja de pinturas que había llevado la noche anterior.

—Algo, no mucho —reconoció—. Estuve trabajando en otras cosas. —No dio más detalles, porque no quería aburrir al hombre, aunque pensó en la campaña publicitaria de Kim y en toda la ropa infantil que había diseñado.

—Cuelga tus pinturas —dijo Preston mientras se dirigía hacia la puerta. Se volvió hacia su secretario—. Llame a Boswell y dígame que redacte los documentos.

El guardaespaldas le abrió la puerta, y el señor Preston se detuvo.

—Bienvenida a casa de nuevo, Jecca —dijo, y se marchó seguido de su séquito.

Jecca se sentó en el banco.

—Una puerta se cierra, y otra se abre —masculló. Su primer impulso fue dejarse caer sobre el banco y empezar a llorar.

Pero no podía permitirse sucumbir a ello. Se había arrojado a los brazos de Tristan con los ojos abiertos; desde el principio le había dicho —y se había dicho así misma— que aquello no podía funcionar. Había advertido a Tris que al final del verano se marcharía. Él le había dicho que podría soportar el dolor. En su ingenuidad, Jecca no había pensado en su propio dolor.

Hurgó en su bolsa en busca del móvil. ¿Cuántos mensajes le habría dejado Tristan? ¿Y su padre? ¿La llamaría para disculparse por haber conspirado con Tristan a espaldas suyas?

Cuando vio que no había mensaje alguno de ninguno de los dos se quedó perpleja. Ningún mensaje de voz ni correo electrónico ni mensajes de texto. Comprobó el listado del teléfono; ninguna llamada perdida ni de uno ni de otro.

Estaba allí sentada con cara de perplejidad, incapaz de decidir cuál era el significado de aquello, cuando el teléfono de la galería sonó. Era el señor

Boswell, el abogado que llevaba todo lo relacionado con Andrea, que quería pasarse con los nuevos contratos.

—Y hay un piso que puedes utilizar hasta que recuperes el tuyo.

—Muy bien —dijo Jecca.

El abogado titubeó un instante.

—Olvídate de tu antiguo piso. Creo que deberíamos conseguirte algo en el edificio Preston. Vas a tener un aumento de sueldo considerable.

—Bueno —dijo, pero sin ningún entusiasmo.

El señor Boswell guardó silencio.

—Me he enterado de que has roto de mala manera.

Jecca no fue capaz de articular palabra. Si lo hacía, se echaría a llorar. Le parecía increíble que Tris ni siquiera la hubiera llamado.

—¿Qué te parece si te doy tanto trabajo que no tengas tiempo para pensar?

—preguntó el hombre.

—Es lo que necesito.

—De acuerdo —dijo él—. Haré que alguien llame a los artistas y les diga que has vuelto a abrir. Te bombardearán con historias lacrimógenas sobre lo tristes que han sido sus vidas por haber cerrado la galería.

Ni siquiera se tomó la molestia de defenderse, señalando que no había sido ella quien la cerrara.

—Veo que estás bastante fastidiada —dijo el señor Boswell—. Tengo que arreglar algún papeleo, y luego me pasaré por ahí para llevarte a comer. Y otra cosa, Jecca.

—¿Sí?

—La gente no se muere realmente por un corazón roto. Y da la sensación de que es lo que te va a pasar.

—Supongo que ya lo averiguaré, ¿no? —dijo ella, y colgó.

El señor Boswell cumplió lo prometido. Treinta minutos más tarde, había tres artistas en la galería con los brazos llenos de lo que habían hecho en las últimas semanas. Y como había predicho el señor Boswell, la culparon por el cierre de la galería.

—Podrías haber hablado con Andrea —le dijeron—. O al menos haber intentado convencerla.

Al principio les explicó que había querido disponer de tiempo para

realizar su propia obra, pero a la tercera acusación desistió.

—Así soy yo. Egoísta hasta la médula. Bueno, ¿qué tienes para enseñarme?

A la una llegó el señor Boswell acompañado de una joven que acababa de terminar la carrera de Bellas Artes.

—Esta es tu Jecca, tu ayudante perfecta —dijo el abogado, y antes de que pudiera replicar, la acompañó fuera de la galería.

Comieron en un pequeño restaurante italiano, y el señor Boswell no le dio ni una oportunidad de pensar en lo que había sucedido en su vida. Trató de entretenerla con anécdotas de Andrea, que había estado a punto de hacer enloquecer a su padre desde que se marchó.

Pero Jecca no estaba de humor para reírse. Prestó atención a las historias, sí, pero cada pocos minutos consultaba subrepticamente su móvil. Ningún mensaje.

Regresó a la galería. Le habían dicho que la joven se llamaba Della, pero no preguntó más que eso. Pasaron toda la tarde revisando cuadros y pequeñas esculturas.

—¡Estas son fantásticas! —exclamó Della—. ¿De quién son? No están firmadas.

Della había abierto el maletín de Jecca y había sacado la obra que había hecho en Edilean. Sobre el suelo había extendidas como unas treinta obras, entre pinturas y dibujos de Tristan. En uno estaba sosteniendo a Nell en brazos; en otro, levantaba la vista de un libro y su mirada rezumaba amor. Jecca sabía que la había estado mirando.

—Háblame de esta preciosidad —le pidió Della—. ¿Es un modelo profesional?

—No —respondió Jecca ásperamente—. Es médico y... —Empezó a recoger las pinturas—. Esto no es para exponer.

—Pero se venderían. Quiero comprar esa en la que levanta la vista del libro. Si un hombre me mirara así, yo... —Se interrumpió porque Jecca le lanzó una mirada asesina—. Ay. ¿Es con el que el señor Boswell dijo que habías «roto de mala manera», no?

Jecca no respondió, solo guardó las pinturas. Claro que quería venderlas, pero en ese momento no podría soportar pasar sus días sin mirar a Tristan.

A las cinco, el señor Boswell envió a un joven para que llevara a Jecca a mirar pisos, y a ella no le sorprendió que el chico le dijera que estaba soltero. Según parecía, el señor Boswell estaba tratando de remendarle el corazón con otro hombre.

Se quedó el primer piso que vio. Estaba en un edificio propiedad del señor Preston, y tenía un balcón y varias ventanas con una bonita vista. Era la clase de piso que haría las delicias de cualquier neoyorquino, aunque Jecca apenas le prestó atención. Tenía algunos muebles pero no ropa de cama. El joven se ofreció a ir de compras con ella y luego llevarla a cenar, pero Jecca rechazó sus ofertas.

Salió a comprar sábanas y toallas, y cuando regresó estaba demasiado cansada para ponerlas. Desplegó una sábana, la extendió sobre la cama, comprobó el teléfono —nada— y se fue a dormir.

Por la mañana, al comprobar que seguía sin haber ningún mensaje de Tristan, se sintió un poquito mejor. Si él podía cortar con ella tan fácilmente, ella también podría.

Se duchó, se puso los vaqueros y salió a desayunar. Camino del trabajo se detuvo en una tienda y renovó su vestuario por otro más adecuado. Cuando salía de la tienda y vio su reflejo en un escaparate, pensó que tenía un aspecto más neoyorquino que de Edilean.

Cuando llegó a la galería, había dos artistas esperándola con los brazos llenos de sus trabajos.

—Este es bueno —dijo Della—. Me gusta. Aunque espero que alguien le pisotee la cera de color azul.

Estaban viendo una serie de paisajes al óleo. En parte eran modernos, y en parte tributarios de la escuela de Ashcan, y además tenían un ligero toque daliniano. Lo que los homogeneizaba era lo que parecían ser unas mil tonalidades de azul.

—Este tío se enteró de que Picasso tuvo su Período Azul y quiere que su biógrafo diga lo mismo de él —dijo Jecca.

—O ve *Avatar* seis veces al día —dijo Della—. Además, tiene un ego más grande que eso. Lo suyo es biógrafos, en plural.

—¿Crees que ya habrá escogido el emplazamiento para la biblioteca que levantarán en su honor? —preguntó Jecca, y su ayudante se rio.

Jecca se mantuvo a distancia y examinó los cuadros. En las semanas que habían pasado desde que volviera de Edilean se había esforzado en relegar sus emociones a un segundo plano. No había tenido un éxito rotundo, pero empezaba a recuperarse.

Durante esas semanas no había tenido noticias de nadie salvo de Kim, que se había negado a mencionar siquiera a Tristan.

—No voy a decir: «Ya te lo dije» —le había soltado su amiga.

—Lo sé —había respondido Jecca—, pero tienes todo el derecho a decirlo.

—No, no lo tengo. Lamento... —No había terminado de decir lo que lamentaba. En vez de eso, habían hablado del trabajo. Llegaron a un pacto de silencio para mantener sus conversaciones lejos de los hombres.

A Jecca le dolió que la señora Wingate y Lucy parecieran no querer saber nada de ella. Había creído que se habían hecho amigas, pero según parecía no había pasado de ser una simple inquilina.

Lo de Lucy fue lo peor. En la única llamada que habían mantenido, se había comportado como si Jecca fuera un enemigo tratando de sonsacarle información. Jecca no la había vuelto a llamar, y después de tres correos electrónicos que Lucy había respondido fríamente y sin entusiasmo, también había dejado de enviarlos.

Cuando llamaba a la señora Wingate, la mujer se mostraba encantadora, pero ya no había más risas sobre la barra de baile ni información sobre la casa de muñecas, ni tampoco comentario alguno acerca de Tristan o Nell ni sobre nadie que Jecca hubiera conocido en Edilean.

Esas llamadas también cesaron.

Pero lo más doloroso, lo profundamente doloroso, era lo de su padre. Durante dos semanas, había estado tan furiosa con él que lo único que había querido oírle era una miserable disculpa. Que se arrastrara. Que le suplicara perdón.

Pero no había habido nada, ni un mensaje, del tipo que fuera, y por supuesto ninguna disculpa. Con el tiempo, pese a su firme decisión, Jecca empezó a ablandarse con su padre.

Al final de tres semanas de silencio, un sábado por la tarde llamó a la casa de Nueva Jersey. Para su horror, fue Sheila la que contestó, y Jecca estuvo a

punto de colgar.

—No está aquí —le informó su cuñada—, y no estará...

Joey le había arrancando el teléfono a su esposa.

—Eh, Jec, chiquilla, ¿cómo te va en Nueva York?

—Igual que siempre. ¿Dónde está papá?

—De viaje.

—De viaje, ¿dónde?

—Bueno, ¿y cuándo nos vienes a hacer una visita? Los niños te echan de menos. Y tengo algunos pequeños arados que hay que limpiar.

—Joey, deja de eludir mis preguntas y dime dónde está papá.

—Bueno... verás... Jecca... me pidió que no te contara nada sobre él.

Jecca estaba perpleja.

—¿Que hizo qué?

—Mira —dijo su hermano—, te llamará más tarde, ¿de acuerdo? No te preocupes por nada. Ya no está furioso contigo. Tengo que cortar. Ven a vernos. O consulta internet. Hemos puesto las nuevas fotos que le hicimos a la tienda. Agur, hermanita.

—Adiós, Bulldog —dijo ella, pero su hermano ya había colgado.

Se quedó allí unos minutos, incapaz de pensar con claridad. ¿Que su padre ya no estaba furioso con ella? Pero si era ella la que tenía derecho a estar furiosa. Era él el que había traspasado los límites de...

¿A quién estaba engañando? En lo tocante a sus hijos —especialmente a su hija— las intromisiones de Joe Layton no conocían límites.

A la cuarta semana, Jecca estaba empezando a recuperarse. Si las personas de Edilean no querían saber nada de ella, no las molestaría. Así que dejó de llamarlas, dejó de intentar mantener el contacto con ellos. En vez de eso, puso los cinco sentidos en la labor de conseguir que la galería volviera a funcionar. Organizó un cóctel donde solo dio de beber champán, e invitó a algunos de los amigos más ricos del señor Preston. Fue un gran éxito.

Della le dijo:

—Si hubieras colgado tus cuadros, también los habrías vendido.

—Hay cosas más importantes que vender tu obra —dijo Jecca.

Puesto que Della tenía su propia obra y deseaba exponerla desesperadamente, no entendió lo que Jecca quiso decir.

Jecca sabía que Della estaba en la misma situación que ella hacía unos meses. Cuando había ido a Edilean, lo único que había deseado era pintar cuadros que pudiera vender. En ese momento... La verdad es que ya no parecía saber qué deseaba.

Echaba de menos a Tristan, a Nell, a su padre y a la señorita Wingate y Lucy... y a aquel pequeño pueblo que solo tenía un semáforo. Pero ellos ni siquiera parecían haber vuelto a pensar en ella.

El día que empezaba la sexta semana desde que Jecca se hubiera marchado de Edilean, sonó el timbre de la puerta.

—¡Mantenimiento! —gritó una voz masculina desde el otro lado de la pesada puerta.

Jecca se estaba comiendo un panecillo y estaba a punto de marcharse al trabajo. Ignoraba qué clase de mantenimiento necesitaba su piso, aunque por otro lado las normas del edificio no paraban de cambiar. Abrió la puerta con una mano y cogió la carpeta con la otra.

—Tengo mucha prisa —le dijo al hombre parado junto a la puerta—. ¿Le importa...? —Se interrumpió porque era su padre, y su actitud era la que ella conocía tan bien, con su cinturón de herramientas y un martillo apoyado en la cadera.

Si alguien le hubiera preguntado, Jecca habría dicho que se había recuperado muy bien de la ruptura con Tristan. Pero la visión de su padre demostró que no se había recuperado en lo más mínimo. En un segundo pasó de ser una mujer adulta a convertirse en una niña pequeña.

Dejó caer al suelo el panecillo a medio comer y la carpeta, le echó los brazos al cuello a su padre, y al final, por fin, empezó a llorar.

Su padre, que era más bajo que ella, aunque más ancho con diferencia, cerró la puerta de una patada, cogió en brazos a su hija y la llevó hasta el sofá.

—No me ha llamado ni una vez —le estaba diciendo, llorando como una magdalena—. No hizo ningún esfuerzo por intentar que me quedara.

Su padre le entregó un montón de pañuelos de papel de una caja que había en la mesa de café.

Jecca siguió hablando.

—Sé que no tiene ningún sentido que quiera que me siga... ni yo a él. Si hubiera aparecido en la puerta, se la habría cerrado en las narices. Fue algo

terrible que me comprara un estudio. Sabía que no me iba a quedar. Se lo dije desde el principio. Aunque quizá podría haber pintado allí. En Edilean, quiero decir. Lo que hice allí es lo mejor que he hecho en toda mi vida. Quizá podría haber seguido haciéndolo. No al lado de la ferretería por supuesto, porque harías que me encargara de la caja registradora, pero en alguna otra parte. ¿Sabes lo que hago ahora? Dirijo toda la maldita galería, eso es lo que hago. Me paso los días contemplando el trabajo de los demás artistas, y llevo semanas sin coger un pincel. Podría haber pintado más cuadros de verdad en Edilean, y puede que Tristan y yo hubiéramos resuelto eso, pero me puso tan furiosa que no pude pensar. Y en cuanto a ti... —No supo qué decir de la traición de su padre—. Tristan me odia, ¿verdad?

Como su padre guardara silencio, le miró.

—Creo que está loco por ti —le dijo su padre—. Pero tu doctor Tristan se marchó del pueblo poco después de que te fueras tú y nadie sabe adónde fue. Livie pensó que había subido a la cabaña, pero fue hasta allí y solo estaba aquel profesor.

Jecca tardó un momento en comprender lo que le estaba diciendo.

—¿Livie? ¿Has visto a la señora Wingate?

Joe asintió con la cabeza.

Jecca se sentó, se sonó la nariz, se secó los ojos y miró a su padre.

—Suéltalo ya —le espetó—. Lo que has estado tramando, y no te comas una palabra.

Joe miró por el piso, hacia los grandes ventanales de cristal.

—Bonito lugar. ¿Tienes más panecillos? Ha sido un largo viaje desde el sur.

—¿Desde el sur? ¿Es que vienes de Edilean? —Jecca fue a la cocina a prepararle el desayuno a su padre. Querría beicon y huevos con el panecillo, salvo que no tenía beicon.

Su padre se movió para sentarse en un taburete al otro lado de la encimera.

—¿Has reparado en que hoy hace justo seis semanas que te marchaste en una de tus rabetas?

—No tuve... —Jecca agitó la mano—. Estaba muy enfadada con vosotros dos.

—Bueno, ese novio tuyo se puso más que furioso conmigo. ¿Cómo iba yo a

saber que no te gustaría que abriera una tienda en ese pueblecito?

Volviéndose, Jecca lo miró con los ojos entrecerrados.

Joe le dedicó una sonrisa tendenciosa y soltó una pequeña carcajada.

—De acuerdo, puede que sí lo supiera. Puedes estar segura de que ese novio tuyo sabe guardar un secreto.

—No es mi novio. Llevo sin verle ni tener noticias de él desde hace semanas.

—Si vas a empezar a llorar de nuevo, deberías coger un rollo de papel higiénico.

—No voy a llorar más —dijo Jecca—. Quiero que me cuentes qué ha estado pasando. Cuando dices que Tristan sabe guardar un secreto, ¿a qué te refieres?

—No te contó nada sobre la compra de la ferretería, ¿no es así? ¿Viste aquel edificio? Cuando acabe con él, será el fin de Home Depot y Lowe's.

Jecca cascó tres huevos y los echó en una sartén mientras escuchaba a su padre con todo lo que sabía de él. Tenía mucho que contarle, aunque allí había algo más. ¿Su padre tenía... qué? ¿Miedo? ¿Era esa la emoción que anidaba en sus palabras? ¿Qué diantres podría asustar a Joe Layton? Cuando su esposa murió y le dejó con dos hijos de corta edad que criar, uno de ellos una niña que había nacido con sus propias opiniones, no se había arredrado.

—Papá —dijo Jecca lentamente—, ¿por qué no me cuentas lo que estás ocultando?

El hombre esperó a que ella sacara los huevos de la sartén. Con la yema poco hecha, como a él le gustaban.

—Me quiero casar con Lucy.

Jecca se hubiera esperado cualquier cosa, salvo eso.

—¿Con Lucy? ¿Lucy Cooper? ¿La que vive en casa de la señora Wingate?

—La misma.

Jecca se sentó en el taburete contiguo al de su padre. Verle comer le resultaba muy familiar y le maravilló lo mucho que se alegraba de verle.

—Pero... —No se le ocurrió nada que decir. Asimilar que su padre quisiera volver a casarse no era moco de pavo. Lucy, una mujer a la que ella ya quería, iba a ser su madrastra.

—Esto... —empezó a decir Jecca—. Háblame de Lucy. Nunca pude

sacarle nada de su vida personal, y Tristan no sabe... digo, no sabía nada. — Tenía que parar eso o empezaría a berrear de nuevo.

—No sé —dijo Joe—. Lucy tampoco me ha contado nada a mí.

—Pero ¿te quieres casar con ella?

—Sí. Trasladé mi trabajo allí donde está la mujer que quiero. —Su padre le sostuvo la mirada.

Sabía que la estaba criticando, juzgando, escarmentando, y, sobre todo, estaba diciéndole lo que pensaba de que hubiera huido de Tristan.

—Papá —dijo—, decidiste abrir una nueva ferretería antes siquiera de conocerla.

—¿Eso crees? —Sacó su móvil del bolsillo. La foto del salvapantallas era aquella de Lucy que Jecca le había enviado. «Domingo en la casa Wingate», había escrito ella.

Jecca tuvo que admitir que Lucy tenía muy buen aspecto, y pensó en todo lo que le había contado de ella a su padre. Lucy sabía cocinar tan bien como cosía. Y luego estaba lo de la barra de baile; eso no se podía olvidar. Sí, Jecca se dio cuenta de que su padre pudo enamorarse de Lucy antes de conocerla.

—¿Y dónde estás viviendo ahora? —Detestó oírse preguntar eso. Su padre siempre había vivido en la misma casa, trabajado en la misma tienda; resultaba desconcertante pensar que estuviera en otra parte.

—En casa de Livie.

—¿En mi apartamento?

—No, estoy en el que estaba vacío. La mayor parte del tiempo estoy con Lucy. —Sus ojos brillaron.

—Ni siquiera se te ocurra entrar en detalles —le dijo Jecca. Respiró hondo—. Y si estás en Edilean, ¿por qué no has visto a Tristan?

—Ya te dije que se marchó.

—¿A qué te refieres con que se marchó?

—A los pocos días de que salieras corriendo se marchó del pueblo. Ese otro chico médico, Roger...

—Reede.

—Sí, él. Reede ha estado atendiendo a los del pueblo. Kim me dijo que fue el que te rompió el corazón la primera vez que fuiste a Edilean. Y,

efectivamente, cuando volviste a casa parecías un alma en pena.

—Reede no me rompió el corazón, y de todas formas era una cría.

—No según tú entonces. Quien te hubiera oído hablar habría dicho que tenías cuarenta y cinco años y eras una mujer de mundo.

Jecca abrió la boca para defenderse, pero entonces se echó a reír.

—Te he echado de menos.

—¿Ah, sí? —El hombre estaba limpiando el plato con su segundo panecillo—. Yo también he pensado en ti. ¿Lista para volver a casa?

«A casa», pensó Jecca. ¿Ahora eso significaba Edilean? No pudo por menos que sentir que si Tristan la hubiera querido realmente habría... bueno... al menos la habría llamado. Aunque, por otro lado, era ella la que había perdido los papeles y huido.

Como siempre, su padre supo lo que estaba pensando.

—Ese muchacho se rinde con bastante facilidad, ¿verdad?

Jecca tuvo que esforzarse para contener otro estallido de lágrimas.

—Me lo tuve merecido —consiguió decir—. Fui yo quien le dejó.

—Cualquier hombre que te deje huir sin dejarse la vida para evitarlo no te merece.

—Oh, papá —dijo, y entonces sí que empezó a llorar de nuevo.

Joe la condujo hasta el sofá y le entregó el último pañuelo de papel de la caja.

—Antes de que inundes la casa hay algo que tengo que enseñarte. —Se metió la mano en el cinturón de herramientas que seguía llevando (luego tendría que preguntarle cómo había conseguido pasar el sistema de seguridad del edificio), y sacó una carta doblada. Estaba sucia, deteriorada y arrugada.

—¿Hace tiempo que la tienes, no? —preguntó ella, levantando una ceja.

—Hubiera venido antes, pero ese chico me hizo jurar que no te vería antes de seis semanas. Me dijo que necesitabas estar algún tiempo alejada de todos nosotros para poder tranquilizarte.

—¿Tristan te dijo eso?

—Sí. Hablé un poco con él cuando llegué a Edilean y me cantó las cuarenta. Jamás en mi vida me habían echado una bronca tan descomunal. Hasta me enseñó algunas palabrotas nuevas?

—¿Quién, Tristan? ¿Tacos? Si es tan amable y encantador.

—No cuando pensó que le había engañado para provocar que salieras huyendo. Creo que algunas de aquellas palabras eran términos médicos, pero sí que le entendí cuando me dijo dónde podía meterme ciertas partes del edificio.

—¿Que le engañaste para provocar que yo saliera huyendo? —preguntó Jecca, levantando la voz—. Por culpa tuya yo...

—¿Por qué no lees primero la carta y me gritas después? Al hombre que te la escribió le costó Dios y ayuda dar contigo. Hablé con él por teléfono, y me contó que cierta mujer llamada Savannah le dijo que eras una diseñadora de Nueva York. Chambers probó en Nueva York, luego en Nueva Jersey y en dos direcciones de Edilean antes de encontrarte... pero para entonces, ya te habías esfumado del pueblo.

Jecca le lanzó una mirada que le dijo que todavía no había acabado con él, y abrió la carta. Un tal Henry Chambers, propietario de seis marcas de ropa, le decía que llevaba tiempo considerando la posibilidad de iniciar una línea de ropa infantil. Su hija vivía en Richmond, donde tenía una pequeña boutique de ropa exclusiva para mujer, «todo fabricado por mí», decía el señor Chambers.

Ella y mi nieta fueron invitadas a la fiesta de cumpleaños de los McDowell y asistieron a su desfile de modas.

Me gustaría hablar con usted sobre la posibilidad de que diseñara para mí. Podrá llamar a su línea El ropero de Nell o Club de las Triunfadoras, como más desee. Mi hija dice que el nombre es lo de menos, porque la ropa se venderá sola. Algo que, viniendo de ella, es un gran elogio.

Vivo en el norte del estado de Nueva York, así que si estuviera interesada, llámeme y podemos concertar una cita.

Jecca leyó la carta dos veces antes de levantar la vista hacia su padre.

—¿Esto es en serio?

—Lucy le buscó en internet, y es alguien muy importante en el sector de la confección. Un simpático joven de más o menos mi edad. Lucy me habló durante horas de lo que habías hecho para sacar adelante aquel desfile, así que le llamé.

A Jecca se le empezó a nublar la mirada al recordar los felices días previos al desfile de modelos.

—Puedes trabajar en cualquier parte —dijo Joe, clavándole la mirada.

Jecca estaba leyendo la carta de nuevo.

—Te refieres a que puedo abrir una tienda en la gran sala contigua a la ferretería.

—Ese sería el primer sitio que elegiría, pero si tú... —dijo su padre sin que en su voz pudiera percibirse otra cosa que súplica, ni el menor atisbo de cachondeo o pitorreo. Jecca estaba escuchando por fin el tono lastimero que había querido oír en él, su disculpa—. Cuando hice que tu médico comprara ese edificio no era mi intención...

Jecca no pudo soportar oír el resto de la frase. Pensó que había querido oír una disculpa, pero no era así. Lo único que Joe Layton había deseado era estar cerca de su hija; y, para conseguirlo, había renunciado a la tienda que había constituido toda su vida. Le agarró con fuerza la mano llena de cicatrices de años de trabajo y endurecida por el acero y la madera.

—Está bien, papá. De verdad. Comprendo las razones que te movieron a hacerlo. Pero...

—Pero ese estúpido muchacho ha huido —dijo Joe, con un dejo de indignación en la voz—. Uno pensaría que un hombre que es capaz de decir semejantes palabrotas tendría algún valor, que sería...

Jecca le apretó la mano.

—No pasa nada. Supongo que yo no era tan importante para él como pensaba que lo era. Y todo fue culpa mía.

—¡Eh! —dijo Joe—. ¿Desde cuándo son las mujeres las que dan el primer paso? ¿Crees acaso que dejé que Lucy llevara la voz cantante? ¡Pues claro que no, carajo! Le dije cómo iban a ser las cosas y que lo único que se le permitía era decir sí.

Jecca miró a su padre a los ojos y lo único que vio fue terror en estado puro.

—Todavía no se lo has pedido, ¿verdad?

—¡Señor! ¡No! —admitió el hombre, y se pasó la mano por la cara—. Estoy que me muero de miedo.

—Papá, ¿qué te parece si me tomo el día libre en la galería y vamos en coche a visitar al señor Chambers? Y creo que también deberíamos ir a ver a Joey y a los niños. Me dijo que había hecho algunos cambios en la tienda.

—¡No empieces con eso! —dijo Joe, mientras ella se levantaba para coger

el móvil. Cuando empezó a quejarse de lo que le habían hecho a su tienda, el miedo empezó a desaparecer de su mirada.

Capítulo 20

—**A**CABA de traerlo un mensajero para ti —dijo Della, entregando a Jecca un pesado paquete.

Jecca no pudo evitar soltar un gemido. Parecía que un artista más le había enviado otro paquete urgente con su obra.

Habían pasado cuatro días desde que hubiera ido con su padre a ver al señor Chambers, pero no le había dicho nada del asunto a Della. Sabía que era una oferta que no podía dejar pasar. No era lo que había imaginado para su vida, aunque era una actividad creativa, sabía que se le daba bien y que podría ganarse la vida con ello.

—Tienes mucho que aprender —había dicho el señor Chambers—. No creo en los diseñadores que viven en rascacielos y no conocen a los que cosen la ropa. Tendrás que aprenderlo todo, desde el patronaje a los botones, pasando por los ribetes —continuó—. Y todo, desde cero.

—Entonces ¿tendrá que vivir en Nueva York? —había preguntado su padre, y su expresión lo dijo todo. Quería que Jecca regresara a Edilean con él. Había cambiado su vida para estar cerca de ella, y ahora su hija iba a tener que quedarse en Nueva York.

El señor Chambers paseó la mirada de uno a otro.

—Dame tres años, y luego podrás vivir donde quieras. Es decir, si quieres que esas cosas se vendan. Todo se basa en eso.

Jecca no había dicho gran cosa, y se limitó a asentir con la cabeza. Cuanto más trabajo, mejor. No quería tener tiempo para pensar en Tristan y lo que había dejado atrás. Su padre le había preguntado a Lucy por él en sus llamadas

nocturnas, pero nadie en Edilean —ni siquiera la señora Wingate— sabía dónde estaba ni qué estaba haciendo.

—Livie dice que Jecca le rompió el corazón y que Tristan no se va a recuperar jamás —le dijo Lucy a Joe.

—Sí, bueno, el corazón de Jecca no está precisamente sano —había respondido Joe.

Oficialmente, Jecca había aceptado la oferta del señor Chambers veinticuatro horas después de la reunión, pero quería hablar con el señor Preston antes de decírselo a alguien más. Quería conservar el piso y decirle que, aunque joven, Della podía llevar la galería. Además, había visto los óleos de la chica y no los iba a vender; así que necesitaba un empleo.

Jecca tenía una cita para ver al señor Preston al día siguiente, cuando ya hubiera regresado de un viaje al extranjero, y después de eso empezaría a trabajar en su nuevo empleo. Ya había estado horas sentada en Central Park haciendo bocetos de ideas para ropa. Su objetivo era reunir París y Edilean; un pequeño pueblo norteamericano aderezado de alta costura.

A la noche siguiente de haber hablado con el señor Chambers, Jecca supo que la persona con la que más deseaba hablar era Nell. Marcó el número de casa de sus padres, y se alegró de que fuera la niña quien atendiera la llamada.

Nell no estaba contenta.

—Me abandonasteis —dijo, con una especie de enfado lacrimógeno—. Pensé que estábamos unidos, pero tú y el tío Tris me abandonasteis.

Jecca tardó un rato en tranquilizarla y asegurarle que no la habían abandonado, al menos no de forma permanente. Le contó lo del trabajo y que tendría que permanecer en Nueva York unos tres años.

—Mi padre quiere que entonces me vaya a vivir a Edilean. ¿Has conocido a mi padre?

—Sí —dijo Nell, con voz apagada y sin entusiasmo—. No se parece a ti.

—Es que yo salí a la familia de mi madre. Nell, iré a visitarte en cuanto pueda. Te lo prometo.

La niña no dijo nada.

—Y si tu madre te deja, puedes venir a Nueva York y ayudarme a diseñar la ropa y comprar las telas. ¿Qué te parece?

—Vale —dijo Nell, pero todavía sin demasiado entusiasmo—. ¿Sabes

dónde está el tío Tris? —Lo dijo con un hipido, y a Jecca le dio pena. Una cosa es que Tris no se pusiera en contacto con Jecca, ¡pero era tremendamente injusto que abandonara a Nell!

—No —respondió en voz baja—. No lo sé. —Si no cambiaba de tema, empezaría a llorar y eso haría que Nell llorara, y entonces...—. Tengo que irme —le dijo—. Piensa en qué cosas te gustaría ponerte y dímelo.

—Lo haré —dijo Nell, aunque la tristeza seguía tiñendo su voz.

Cuando colgó, maldijo a Tristan. ¿Cómo podía hacerle semejante cosa a Nell?

Abrió el paquete que le acababan de entregar, pero no se trataba de la obra de ningún aspirante a artista, como había pensado. En vez de eso, dentro había uno de esos equipos de pintura metido en una brillante caja de madera.

No pudo evitar acordarse del último que había visto. Tristan le había comprado un juego así a Nell, y Jecca le había dicho lo que pensaba al respecto.

Arrugando el entrecejo al recordar todo lo que había sucedido desde entonces, dejó la gran caja encima de su mesa y la abrió. Estaba llena de lápices de colores de buena calidad que formaban un arco iris.

Transcurrió un instante antes de que viera la tarjeta de visita metida dentro de la tapa.

Dr. Tristan Aldredge

Médico de familia

480 Park Avenue

Nueva York, Nueva York

La tarjeta relacionaba sus números de teléfono.

Jecca estuvo allí parada durante un minuto, mirando la tarjeta de hito en hito sin entender lo que estaba viendo.

—¿A ti qué te parece? —preguntó Della desde la puerta—. Yo creo que lo enmarcó mal y que esta es la parte de arriba.

Jecca no respondió, sin dejar ni un momento de mirar fijamente la tarjeta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Della—. Parece como si fueras a

desmayarte.

Jecca le tendió la tarjeta.

Della la leyó pero sin comprender nada.

—¿Estaba en esa caja de lápices? ¿De un médico que quiere ser artista?

—Como Jecca no dijera nada, a Della se le iluminaron los ojos—. Es del tío ese con el que rompiste de mala manera, ¿verdad?

Jecca consiguió asentir con la cabeza.

—Y parece que ha abierto una consulta aquí, en Nueva York —dijo Della—. ¿Y bien?

Jecca se la quedó mirando fijamente.

—¡Ve! —exclamó la ayudante—. ¡Ve ahora mismo! ¡Ya! —Le puso la tarjeta en la mano y empujó a Jecca hacia la puerta—. Quién sabe, si vuelves con él, a lo mejor dejas de gimotear cada vez que alguien pronuncie la palabra «amor».

—Yo no... —empezó a decir Jecca, aunque sabía que sí.

Della le tendió su bolso.

—Y toma, llévate esto. —Era un lápiz rojo.

Treinta segundos más tarde, Jecca estaba saliendo por la puerta y llamando a un taxi.

Cuando llegó a la consulta de Tristan el corazón le latía con fuerza en la garganta. ¿Qué le iba a decir? Llevaban sin ponerse en contacto desde que le había dejado tirado aquel día en Edilean. ¿Y si...? Se le ocurrieron miles de «y si», pero él le había enviado la tarjeta y había... Había trasladado su consulta a Nueva York. Eso era lo principal.

En el exterior de la consulta había una brillante placa de latón en la pared. El nombre de Tristan aparecía debajo del de otro hombre, así que parecía haber abierto la consulta con alguien más.

Respiró hondo, lamentó no haber tenido tiempo de comprobar su maquillaje y abrió la puerta. Lo primero que vio fue a cuatro jóvenes verdaderamente hermosas sentadas en la sala de espera, hojeando unas revistas.

—Parece que he acertado con el lugar —dijo para sí entre dientes, y se dirigió a la ventanilla de la recepción. No le sorprendió ver a allí a dos mujeres de mediana edad.

La más gruesa miró a Jecca de la cabeza a los pies de una manera que parecía decir que sabía el motivo de su presencia.

—Me gustaría ver al doctor Aldredge —dijo Jecca.

—Tiene que tener cita, y la primera disponible es en febrero.

Jecca la miró parpadeando. Faltaban meses para eso.

—Es personal. Querrá verme.

Oyó un ruido detrás de ella y se volvió para mirar a las mujeres que estaban sentadas en la sala de espera. Todas la estaban mirando, como diciendo: «A otro perro con ese hueso.»

—Siempre es personal —dijo la mujer del otro lado de la ventanilla—. Deme su nombre, y podrá verle en febrero.

Jecca miró el lápiz de colores que tenía en la mano.

—¿Haría el favor de darle esto a Tristan?

—Pues claro —dijo la mujer, e hizo el ademán de ir a dejarlo caer en el portalápices.

—¿Es usted Jecca? —preguntó la otra enfermera.

—Sí.

—Espere, iré a buscarlo.

La primera mujer miró a Jecca de arriba abajo pensando sin duda que no era como ella había esperado. Aunque a Jecca le alegró que supieran su nombre.

Se apartó de la ventanilla. No había ninguna silla libre, así que se apoyó en la pared. Las demás mujeres se la quedaron mirando muertas de curiosidad.

Cuando la puerta de la consulta se abrió y las jóvenes suspiraron, supo que Tristan estaba allí. Se irguió y contuvo la respiración.

Tristan apareció, cerró la puerta tras él y miró alrededor un instante antes de verla. Tenía buena pinta, mejor de lo que ella recordaba, y supo que lo quería más de lo que creía posible.

—No dejé la medicina —dijo—, pero me trasladé adonde tú estabas. Si Joe puede renunciar a su ferretería, yo puedo renunciar a mi pueblo.

Ella dio un paso hacia él.

—No me llamaste.

—Lo sé —dijo Tris, y se dirigió hacia ella—. Decidí que los actos eran mejor que las promesas. Tardé un poco en mudarme. —Le tendió la mano—.

Tu padre...

—Lo sé —dijo, cuando las yemas de sus dedos tocaron las de Tris—. Se disculpó por lo que hizo, pero está impresionado por tus palabrotas.

Tris le dedicó una sonrisa de medio lado.

—Le describí lo que podía hacer con su edificio en unos términos anatómicamente muy precisos.

Jecca dio un paso más hacia él.

—Nell está deprimida porque los dos la abandonamos.

—Primero tenía que poner en orden mi vida —dijo él, y entonces extendió los brazos hacia ella—. Jecca, te quiero.

Fue hasta él y le besó con todo el deseo acumulado durante seis semanas y media. Había llegado a pensar que no le volvería a ver jamás, y había comprobado lo vacía que estaba su vida sin él.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó él, poniéndole la boca en la oreja.

Jecca empezó a decir que sí, pero alrededor de los dos se levantó un siseo colectivo. Se habían olvidado de las demás personas de la sala.

Dándose la vuelta, miraron a las mujeres, y todas, incluidas las dos del otro lado de la ventanilla estaban mirando a Tristan con expectación.

—Supongo que debo hacer esto mejor —dijo él— o no me quedará ni una paciente. —Y entonces hincó una rodilla en el suelo ante ella.

»Jecca, ¿te...? Ah, espera. —Buscó a tientas en el bolsillo de su bata blanca y sacó una caja de piel con un inconfundible diseño de Kim labrado encima. Jecca contuvo la respiración... igual que el resto de las presentes.

Todavía con la rodilla en el suelo, abrió la caja, y todas las mujeres se echaron hacia delante. En esta ocasión lo que se elevó fue un grito ahogado.

—¿Está bien? —preguntó Tris, mientras movía la caja en círculo para que todas pudieran ver el anillo con un gran diamante de tres quilates. Hubo un gesto universal de asentimiento con la cabeza.

—Jecca, amor mío —dijo él—, ¿te casarás conmigo y vivirás conmigo donde tú quieras? Adonde vuesa merced fuere... Y todas esas cosas.

—Sí —respondió Jecca.

Tris le puso el anillo en el dedo, se levantó y la besó.

Jecca le correspondió... mientras extendía la mano izquierda para que las mujeres pudieran ver el anillo.

—¿Eres feliz? —le preguntó Tris en un susurro sin apartar los labios de su boca.

—Excelsamente feliz.

—¿Sigues teniendo miedo?

—Ya no. Te quiero, Tristan. Con todo mi corazón.

—No creo que pueda querer a nadie como te quiero a ti —dijo él, y la volvió a besar.

EPÍLOGO

EERAN las nueve de la mañana, la luz se colaba tímidamente entre las cortinas del hotel y Jecca estaba acurrucada contra Tristan. Cuando vio el reloj, pegó un salto. ¡Tenía que ir a trabajar! Pero entonces se relajó, y sonrió. Era la mañana siguiente a su boda, y esa tarde iban a subir a un avión que los trasladaría a la hermosa y exquisita Nueva Zelanda para pasar la luna de miel.

No pudo por menos que pensar en lo estupendo que era que no tuviera que madrugar para ir corriendo a algún sucio almacén del centro y ponerse a examinar cientos de rollos de tela. Tris decía que trataba de hacer que su trabajo pareciera pesado, pero lo cierto es que ella lo disfrutaba cada minuto que le dedicaba.

Se había reído porque Tris tenía razón. Su nuevo trabajo le gustaba de verdad. Sobre todo era agradable que su experiencia en el negocio de las herramientas la situara un paso por delante de los demás jóvenes que trataban de aprender el oficio. No solo era capaz de utilizar cualquier máquina que le pusieran delante, sino que además las arreglaba cuando se estropeaban. Se había convertido en la predilecta de los hombres y mujeres situados en el escalafón muy por debajo de los sublimes diseñadores. Y como era tan popular, obtenía respuestas a todas sus preguntas sobre cosas como cuál era la mejor manera de insertar un ribete alrededor de la sisa para que no se viera el cosido. Enseguida aprendió a enseñar primero los diseños a los operarios para que estos le señalaran los que eran laboriosos de confeccionar, y por consiguiente demasiado caros de fabricar. En consecuencia, los diseños que le presentaba al señor Chambers siempre eran rentables.

A pesar de que le encantaba lo que estaba haciendo, sabía que Tris no estaba muy contento con su nueva consulta de Nueva York. Nunca se quejaba, pero Jecca averiguó que había pasado mucho tiempo hablando por teléfono con Reede sobre los pacientes de Edilean. Y cuando volvía «al hogar» — Jecca también lo consideraba tal— pasaba la mayor parte del tiempo haciendo visitas a domicilio.

Las dos primeras veces que habían vuelto a Edilean a Jecca le pareció que las personas del pueblo —esto es, los parientes de Tris— no le quitaban ojo de encima. La cosa había resultado un poco escalofriante, hasta que Nell le contó lo que estaba pasando.

—Dicen que conociste al tío Tris cuando tenía el brazo roto, y que por consiguiente esperabas que dedicara todo su tiempo a ayudarte a montar desfiles de modelos.

Era una idea tan absurda que al principio Jecca no la comprendió.

—¿Piensan que me marcharé cuando vea que es un médico concienzudo y diligente que se preocupa profundamente de la gente que tiene a su cuidado?

Nell había sonreído abiertamente.

—Sí.

—Nell —le dijo, sonriendo—, ya se darán cuenta de que tengo demasiado trabajo que hacer para tener celos del tiempo que Tristan dedique a su trabajo. Bueno, ¿qué te parece este boceto?

Lo cierto era que Jecca estaba deseando adquirir algún compromiso, hacer algún sacrificio, por un hombre que había hecho lo que Tris había hecho por ella. Un amigo de facultad había estado años suplicándole que se trasladara a Nueva York y abriera una consulta con él. Tris jamás había considerado la idea, pero después de que Jecca le abandonara —y después de que Joe le hubiera cantado las cuarenta— había llamado a su amigo para decirle que iría allí.

La única persona a la que Tris le había contado lo que estaba haciendo fue a Reede, al que había juramentado para que guardara el secreto.

A veces Jecca se maravillaba de la enormidad de lo que había hecho Tristan. Y por ella. Sin otra razón que la de que la amaba más que a nadie ni nada en este mundo. Cuando había dejado su querida consulta no había sabido nada de una oferta de trabajo que exigiría a Jecca tres años de formación. Tris

pensaba que estaba abandonando Edilean —sus raíces, su hogar, su familia— para siempre.

Cuando Jecca le contó lo del señor Chambers y que al cabo de tres años podría regresar a Edilean y aun así seguir trabajando, en los hermosos ojos de Tristan habían aparecido las lágrimas. Se había esforzado en ocultarlas, pero allí estaban. Jecca había deseado abrazarle, pero también quiso mantener a salvo el orgullo de Tris.

—Pero no tendré mi despacho en aquella sala contigua a la nueva fábrica de mi padre. Ahí es donde pondré el límite. Si no me pondrá a atender a los clientes...

No había terminado porque Tristan saltó sobre ella y empezó a besarla en la cara y a decirle que la quería. Le había hecho el amor con tal pasión, con semejante desenfreno, que durante los dos días siguientes Jecca vivió en un estado de total aturdimiento.

Después de eso, el humor de Tris había cambiado completamente. Jecca le oía hablar a menudo por teléfono con Reede, diciéndole que levantara el ánimo, que «pronto» estaría de nuevo allí y él podría volver a su trabajo.

Todos los días hacía copias de expedientes de pacientes desde los archivos de sus correos electrónicos, y llamaba a menudo a personas de Edilean. Jecca llegó a oír su «voz de médico» cuando aliviaba y tranquilizaba a la gente. A veces le oía explicar lo mismo tres veces a una persona; nunca perdía la paciencia con ellos, jamás parecía tener prisa. Jecca pensaba que no era de extrañar que le quisieran tantísimo.

Iban a Edilean de visita con la mayor frecuencia posible, y a Jecca nunca le importaba que Tris estuviera ausente la mayor parte del tiempo, visitando a sus antiguos pacientes. Para ellos, él era su médico, y no Reede con su brusca manera de tratarlos.

En cuanto a Jecca, había hecho muchas amistades en Edilean. En sus visitas nunca se perdía la gimnasia de las tres de la tarde con Lucy y la señora Wingate, y le encantaba ponerse al día de todas las noticias y cotilleos.

Fue en su tercer fin de semana en casa cuando la señora Wingate preguntó cuándo se iban a casar.

—No había pensado en eso —había contestado—. Hemos estado tan ocupados que...

Estaban tomando el té en la mansión Wingate, Jecca seguía teniendo la cara reluciente —la señora Wingate arrugó la frente al decir «que les caía el sudor a chorros»— por el entrenamiento de kickboxing que acababan de realizar. Lucy levantó la vista de su taza y Joe bajó la factura que había estado leyendo. Su padre estaba viviendo en casa de la señora Wingate, aparentemente en su propio apartamento, aunque pasaba todo el tiempo que podía con Lucy. Nell también estaba allí, y miró a Jecca con sus ojos de niña resabiada.

Jecca había sabido que estaba en inferioridad numérica.

—Vi una charmeuse blanca nieve que sería fantástica para un vestido de novia.

Ninguno dejó de taladrarla con la mirada.

—¡De acuerdo! Pondré una fecha. Pero primero tengo que hablar con Tristan.

Ninguno quedó satisfecho con aquello, aunque supieron que era todo lo que conseguirían. Jecca se recostó en su asiento con el té y durante un momento pensó en el edificio de su piso de Nueva York. Siempre le había gustado que la gente no supiera adónde iba ni cuándo regresaría, pero Edilean la había cambiado. Ahora le gustaba que hubiera mucha gente a la que le importara.

—Veamos —había dicho solemnemente—. Papá para llevarme hasta el altar, dos madres de honor de la novia para sentarse en la primera fila, Kim como mi dama de honor y... —Había mirado a Nell. La niña era demasiado alta y mayor para llevar las flores—. Y Nell como segunda dama de honor. No te importará sujetarme el ramo mientras Tris y yo intercambiamos los anillos, ¿verdad?

La niña le había saltado encima con un grito de placer. Ambas se habrían caído de espaldas si Joe no llega a agarrar el brazo del sillón y lo hubiera sujetado.

Eso había sucedido dos semanas atrás, y la de la última noche había sido la boda más bonita que Edilean hubiera visto jamás, o al menos eso es lo que todos le habían dicho a Jecca y a Tris.

Fuera o no verdad, para Jecca había sido preciosa. Habían levantado una enorme tienda en el césped de la casa de Tristan, y todo Edilean parecía haber

hecho acto de presencia. Ella apenas conocía a alguien, pero Tris conocía a todo el mundo. Kim y Nell se habían vestido de mayores con sendos vestidos exactamente iguales de un precioso morado azulado que les favorecía a ambas por igual. El vestido de Jecca —diseñado por ella y confeccionado por Lucy— había sido extraordinariamente hermoso. La señora Wingate se había pasado días y noches bordando a mano el corpiño con cuentas de cristal.

La ceremonia había sido romántica y respetuosa. Cuando el pastor —el marido de Laura Chawnley— se dirigió a ellos, fue como si Jecca y Tris hubieran estado solos en el mundo. Ella le sonrió cuando le levantó el velo y se inclinó para besarla en la mejilla. El pastor había dicho: «Todavía no», y los invitados se habían reído por lo bajinis.

Tris le puso un anillo creado por Kim en el dedo, y Jecca le entregó uno hecho de la misma pepita de oro. Parecía adecuado que el oro que había estado unido durante siglos los uniera a ellos para siempre.

Después de la ceremonia había habido baile y unos manjares maravillosos. Ya era tarde cuando él y Tris se habían marchado. Habían tenido que abrazar a Nell hasta la extenuación para convencerla de que iban a regresar.

—¿Volveréis aunque os enamoréis apasionadamente con toda vuestra alma de Nueva Zelanda? —les había preguntado con mucha seriedad.

Tris se había arrodillado junto a ella. Sabía lo que su sobrina les estaba preguntando en realidad.

—Te prometo que nunca te volveré a abandonar. La otra vez no debería haber salido corriendo sin decirte dónde estaría. —Esto ya se lo había dicho muchas veces, aunque la niña seguía necesitando que la tranquilizaran.

—Y veré si tienen algún peluche interesante en Nueva Zelanda —había añadido Jecca.

Nell había asentido con solemnidad y dejado que su madre se la llevara para que Tris y Jecca pudieran marcharse.

En ese momento, tumbada en la cama al lado de su marido —necesitaría algún tiempo para acostumbrarse a la idea— pensó en cómo le había dicho a Tris que era excelsamente feliz. Y lo era. Se había dado cuenta que había temido a la felicidad porque el mundo había sido demasiado pequeño. Había tenido a su padre y a Joey, y eso había sido todo. Pero ahora su vida se había expandido hasta incluir a la mayor parte de un pueblo entero.

—¿De qué te ríes? —preguntó Tris a su lado cuando le puso la pierna encima de la suya desnuda. Después del ardoroso sexo de la noche, ninguno de los dos se había molestado en vestirse.

—De alegría —dijo ella.

Tris se le acercó y ella abrió los brazos... y el móvil de Jecca zumbó.

—Olvídalo —murmuró Tris acariciándole el cuello con los labios.

—Podría ser papá o alguien de Edilean que se haya puesto enfermo —le dijo, mientras alargaba la mano hacia el teléfono.

Al final, Tris levantó la mano.

Ella cogió el móvil. Era un correo electrónico de Kim.

¿Te acuerdas de que tú y Sophie intentabais averiguar quién era el hombre a quien andaba buscando? Apareció anoche, y se va a quedar conmigo. Estoy enamorada de él desde que tenía ocho años. Que tengáis una luna de miel estupenda, y traedme un molde para magdalenas de frutas. A Travis le gusta mucho comer.

Jecca lo leyó dos veces, la segunda en voz alta para Tris.

—¿Sabes algo de ese hombre?

—Nada.

—Llamaré a Lucy para averiguar qué está pasando.

Tris le quitó el teléfono de las manos y lo dejó en la mesilla de noche.

—¿Dónde está mi chica neoyorquina a la que no le gusta que la gente se meta en sus asuntos?

—Ella...

Tris la besó.

—... aprendió que...

El ardor del beso aumentó.

—Le gusta...

Tris intensificó aún más la pasión del beso.

—Me enteraré de todo cuando regresemos —dijo Jecca, empujándole de espaldas sobre la cama.

—Estoy de acuerdo —dijo él.

Y la besó más apasionadamente todavía.

NOTAS

NOTAS

1. *Roan*: ruano. Adjetivo que se aplica a los caballos de pelo blanco, gris o bayo, pero nunca rojo. (*N. del T.*)

2. *Sack*: saco, bolsa, morral... *Bag*: bolsa, pero también bolso de mano, neceser, maletín, etc. De ahí la confusión de la niña. (*N. del T.*)